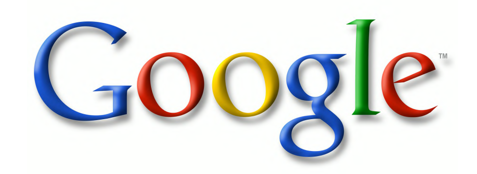

Google



No escriban en los libros
por favor.


INTER FOLIA FRVCTVS
J. M. ANDRADE


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

No escriban en los libros por favor.

OTHON

EL ARQUERO.

POR

ALEJANDRO DUMAS.



TRADUCIDO PARA EL SIGLO XIX

POR

Jose Maria Florez Verdad.

MEXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO.

1850.

CAPITULO I.

Hácia fines del año de 1340, en una noche fria pero hermosa de otoño, seguia un caballero el estrecho camino que costea la ribera izquierda del Rhin. En atencion á la hora tan avanzada, y segun el paso rápido que hacia llevar su caballo demasiado fatigado por la larga jornada que habia hecho, se hubiera creido fácilmente que iba á detenerse siquiera por algunas horas en la pequeña ciudad de Oberwinter, en la que acababa de entrar; mas no sucedió así; se internó por en medio de aquellas calles estrechas y tortuosas, como hombre que las conoce bastante para abreviar su camino atravesándolas, y apareció bien pronto por el otro lado de la ciudad, saliendo por la puerta opuesta á aquella por donde acababa de entrar. En el momento en que se bajaba el rastrillo, des-

pues de haber pasado la luna oculta hasta entonces, acababa de entrar justamente en un espacio puro y brillante como un pacífico lago, en medio de aquella mar de nubes que movian en el cielo sus fantásticas olas; así, pues, nos aprovecharémos de ese rayo fugitivo para echar una rápida ojeada sobre el nocturno viagero.

Era un hombre de cuarenta y ocho á cincuenta años, de mediano tálle, pero de formas atléticas y macizas y que parecia segun la armonía que guardaban sus movimientos con los de su caballo, haber sido tallado de una sola pieza. Como se hallaba en pais amigo, y por consecuencia libre de todo peligro, habia colocado su casco en el arzon de la silla, y no llevaba para resguardar su cabeza del húmedo aire de la noche, mas que una capucha de punto forrada de paño, que cuando el casco se hallaba en su lugar ordinario, caia graciosamente sobre la espalda. Es verdad que una larga y espesa cabellera que comenzada á encanecer, hubiera podido hacer á su dueño el mismo servicio, y aun mucho mejor, colocando como en su cuadro natural, su rostro á la vez grave y pacífico como el de un leon. En cuanto á su calidad, no hubiera sido un secreto mas que para las pocas personas que en aquella época ignoraban la lengua heráldica, porque fijando la vista sobre su casco, se veia salir á traves de una corona de conde, que formaba la cimera, un brazo desnudo empuñando una espada, mientras que en el otro lado de la silla

brillaban sobre fondo rojo en el pendiente escudo las tres estrellas de oro colocadas en forma de triángulo de la casa de Hombourg, una de las mas antiguas y mas consideradas de toda la Alemania. Mas si se desea saber otra cosa sobre el personage que acabamos de poner en escena, añadirémos que el conde Karl llegaba de Flandes, donde habia ido segun las órdenes del emperador Luis de Baviera, á ausiliar con su valiente espada á Eduardo III de Inglaterra, nombrado diez y ocho meses antes vicario general del imperio, el cual gracias á las treguas de un año, que acababa de firmar con Felipe de Valois por intercesion de Madama Juana, hermana del rey de Francia y madre del conde de Hainaut, habia quedado momentáneamente libre.

Cuando llegó á la altura de la pequeña aldea de Melhen, el viagero dejó el camino que habia seguido desde Coblentz para tomar un sendero que entraba directamente en las tierras. Por un momento, caballo y caballero se perdieron en el bosque; pero poco despues aparecieron por el otro lado, siguiendo á traves del llano, un camino que ambos parecian conocer perfectamente. En efecto, al cabo de cinco minutos de marcha, el caballo levantó la cabeza y relinchó como si anunciase su llegada, y esta vez sin que su amo tuviese necesidad de escitarlo con la voz y con la espuela, redobló el paso, tanto que al cabo de un instante, dejaron en la sombra á su izquierda, la pequeña po-

blacion de Godesberg, confundida entre un grupo de árboles, y dejando el camino que conduce de Rolandseck á Bone tomando por segunda vez á la izquierda, avanzaron directamente hácia el castillo situado en lo alto de una colina y que tiene el mismo nombre que la poblacion, ya porque lo haya recibido de ella, ó porque se lo haya dado.

Así, pues, era evidente que el castillo de Godesberg era el término del camino del conde Karl, pero lo mas seguro es que iba á llegar al lugar de su destino en medio de una fiesta. A medida que adelantaba en el camino espiral que partia de la falda de la montaña y terminaba en la gran puerta veia cada costado á su turno, arrojar mil luces por todas sus ventanas; tras de las cortinas vivamente iluminadas, veia moverse numerosas sombras, que formaban variados grupos. No por eso interrumpió su camino, aunque hubiera sido fácil juzgar por el ligero fruncimiento de sus cejas que hubiera preferido encontrar el dulce silencio de la familia, mas bien que el tumulto de un baile, de suerte que algunos minutos despues, pasaba frente á la puerta del castillo.

El patio estaba lleno de escuderos, lacayos, caballos y literas, porque como lo hemos dicho, habia fiesta en Godesberg. Así, apenas el conde Karl echó pié á tierra, cuando una multitud de lacayos y criados se presentaron para apoderarse de su caballo y conducirlo á las caballerizas. Mas el caballero no se separaba tan fácilmente de su fiel

compañero: tampoco quiso confiarlo á nadie, y tomándolo él mismo por la brida, lo condujo á una caballeriza separada donde se colocaban los propios caballos del *langrave de Godesberg*. Los lacayos aunque admirados de aquel atrevimiento, lo dejaron obrar, porque el caballero lo hacia con tal seguridad, que quedaron convencidos de que tenia derecho para hacerlo.

Cuando *Hans* (era el nombre que el conde daba á su caballo) quedó atado en una de las plazas vacantes, cuando el pesebre quedó lleno de paja y de avena, y el pilon con el agua necesaria, el caballero pensó entonces en sí mismo, y despues de haber hecho algunos cariños al noble animal, que interrumpió su comida ya comenzada, para contestar con un relincho, se encaminó á la escalera, y á pesar del obstáculo que formaban por todas partes los pages y escuderos, llegó á las habitaciones donde se encontraba reunida en aquel momento toda la nobleza de las inmediaciones.

El conde Karl se detuvo un instante en una de las puertas del salon principal para arrojar una mirada sobre el brillante conjunto de la fiesta, que era animada y ruidosa, y en la que lucian los jóvenes cubiertos con trages de terciopelo y las nobles damas con vestidos elegantes; mas entre aquellos jóvenes y nobles damas, el mas hermoso era Othon, la mas bella castellana, la señora Emma, el uno hijo, y la otra muger del langrave Ludwig de Godesberg, señor del castillo, y hermano

de armas del buen caballero que acababa de llegar. Por lo demas, la aparicion de este habia hecho su efecto: solo en medio de todos los convidados aparecia como Wilhelm á Lenorá, cubierto todavía con su armadura de batalla, cuyo color sombrío y oscuros reflejos, contrastaban singularmente con los variados y vivos del terciopelo y de la seda. Así, todos los ojos se tornaron inmediatamente hácia aquel lado, á escepcion sin embargo de los del conde Ludwig, que de pié en la puerta opuesta, parecia sumergido en tan profunda meditacion, que sus miradas no cambiaron ni un momento de direccion. Karl reconoció á su anciano amigo, y sin inquietarse absolutamente por lo que podia preocuparlo, dió una vuelta por las inmediatas habitaciones, y despues de una lucha encarnizada, pero victoriosa con la multitud, llegó á aquella pieza retirada, en una de cuyas puertas percibió, al entrar por la otra, al conde Ludwig, que aun no habia cambiado de actitud y permanecia siempre sombrío y de pié.

Karl se detuvo de nuevo un instante para ecsaminar aquella estraña tristez, amas estraña todavía en el huésped mismo, que parecia haber dado á los demas toda la alegría, y no haber conservado para sí mas que el fastidio; despues se adelantó, y viendo que habia llegado hasta el lado de su amigo, sin que el ruido de sus pasos lo hubiese sacado de su meditacion, colocó la mano sobre su hombro.

Estremeciéndose el langrave se volteó. Su espíritu y su pensamiento se hallaban tan profundamente sepultados en un órden tan diferente de ideas de la que acababa de distraerlo, que miró algun tiempo sin reconocer el rostro descubierto del que en otro tiempo hubiera nombrado con la visera baja, en medio de toda la corte del emperador. Mas Karl pronunció el nombre de Ludwig y le tendió los brazos; el encanto quedó destruido; Ludwig se arrojó contra el pecho de su hermano de armas, mas bien como un hombre que busca un refugio contra un gran dolor, que como un amigo gozoso por volver á ver á su hermano.

Sin embargo, este cambio inesperado produjo en el fatigado huésped de aquella alegre fiesta, una feliz distraccion. Lo arrastró llevándolo consigo á la estremidad del cuarto, y haciéndole sentar en un sillon de encina que cubria un dosel de terciopelo con franjas de oro, se sentó á su lado ocultando su cabeza en la sombra, y tomándole la mano, le rogó hiciese relacion de lo que le habia sucedido durante aquella larga ausencia de tres años, que llevaban separados el uno del otro.

Karl le refirió todo con la prolijidad guerrera de un antiguo soldado; cómo las tropas inglesas, brabantinas é imperiales, conducidas por el mismo Eduardo III, habian sitiado á Cambray, quemando y asolando todo: cómo los dos ejércitos se habian encontrado en Buiron sin combatir, porque un mensage del rey de Sicilia, que era muy sábio

en astrología, habia anunciado en el instante de llegar á las manos, á Felipe de Valois, que cualquier batalla que empeñase con los ingleses, y en la que mandase Eduardo en persona, habia de serle fatal (prediccion que se realizó mas tarde en Crécy y cómo, en fin, se habian arreglado las treguas del año entre los dos reyes rivales en el llano de Esplechin, y esto, como hemos dicho, por mediacion y súplica de madama Juana de Valois, hermana del rey de Francia.

El langrave habia escuchado aquella relacion con un silencio que podia hasta cierto punto pasar por atencion, aunque de tiempo en tiempo se hubiese levantado con visible agitacion, para ir á dar un vistazo á la sala del baile; mas como cada vez volvia á ocupar su lugar, el narrador, por un momento interrumpido, no habia dejado de continuar su relacion, comprendió aquella necesidad en que se encuentra un amo de casa, de seguir con la vista el órden de la fiesta que da, á fin de que nada falte de cuanto pueda agradar á los convidados. Sin embargo, y supuesto que en la última interrupcion el langrave, como si hubiese olvidado á su amigo, no volvió á sentarse á su lado, el caballero se levantó, se aprocsimó de nuevo á la puerta del baile, por la que entraba á aquel aposento retirado y sombrío una ráfaga de luz, y esta vez aquel á quien iba á reunirse lo oyó, porque levantó los brazos sin mover la cabeza. El conde Karl tomó el lugar indicado con un gesto, y el brazo del langra-

ve cayó sobre la espalda de su hermano de armas, que lo apretó convulsivamente contra su pecho.

Evidentemente una lucha terrible y secreta tenia lugar en el corazon de aquel hombre, y sin embargo, Karl tuvo que fijar mucho tiempo su vista en aquella alegre multitud que se movia delante de él, y no veía nada que pudiese indicarle la causa de semejante emocion; esta era demasiado visible para que un amigo tan afectuoso como lo era el conde, no la percibiese y dejase de causarle alguna inquietud. Sin embargo, permaneció mudo, comprendiendo que el primer deber de la amistad es la religion del secreto para las cosas que quiere ocultar; pero tambien en los corazones acostumbrados á adivinarse, ecsiste un contacto simpático; de manera que comprendiendo el langrave aquel obstinado silencio, miró á su amigo, pasó la mano por su frente, arrojó un supiros, y despues de un momento de duda:

—Karl—le dijo con voz sorda y mostrándole con el dedo á su hijo—no te parece que Othon se asemeja singularmente á ese jóven que danza con su madre?

Karl se estremeció entónces. Estas pocas palabras fueron para él lo que es para el viagero perdido en el desierto, un relámpago que produce una viva claridad á su luz: tempestuosa, aunque demasiado rápida, vió el precipicio, y á pesar de la amistad que lo ligaba con el langrave, la seme-

janza del adolescente y del hombre era tal, que el conde no pudo dejar de responder, aunque comprendiese la importancia de su respuesta:

—Es verdad, Ludwig: cualquiera creeria que son dos hermanos.

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando sintió estremecerse todo el cuerpo del hombre contra quien estaba apoyado, y se apresuró á añadir:

—Pero despues de todo, qué prueba eso?

—Nada—contestó el langrave con voz sorda—mas estaba yo seguro de que serias de mi misma opinion. Ahora ven á referirme el fin de tu campaña.

Y lo condujo al mismo sillon donde Karl habia comenzado su relacion, la que esta vez concluyó sin ser interrumpido.

Habia apenas concluido, cuando apareció un hombre por la puerta misma por donde Karl habia entrado. Al verlo el langrave, se levantó con viveza y se adelantó á su encuentro. Los dos se hablaron un instante en voz baja, sin que Karl hubiese escuchado nada de lo que decian. Sin embargo conoció fácilmente en sus gestos que se trataba de una comunicacion de la mas alta importancia, y quedó mucho mas convencido de ello, cuando vió volver al langrave con el rostro mas sombrio que antes.

—Karl,—le dijo, mas sin sentarse—debes despues de un largo camino tan largo como el que

has hecho hoy, tener mas necesidad de descanso que de bailes y fiestas. Voy á hacer que te lleven á tu habitacion; buenas noches, nos verémos mañana.

Karl vió que su amigo deseaba estar solo; se levantó sin responderle, le estrechó silenciosamente la mano, interrogándolo por última vez con los ojos; empero el langrave no le contestó mas que con una de esas tristes sonrisas que indican al corazon que no ha llegado todavía el momento de confiarle el depósito sagrado que reclama. Karl le manifestó con el último apreton de mano, que á cualquiera hora lo encontraria dispuesto, y se retiró al aposento que le habian destinado, y hasta el que llegaba el ruido sordo de la fiesta, no obstante hallarse muy retirado.

El conde se acostó con el alma llena de tristes ideas, y el oido de alegres sonidos: durante algun tiempo aquel estraño contraste ahuyentó con su lucha el sueño. Mas en fin, la fatiga venció á la inquietud, el cuerpo venció á la alma. Poco á poco, los pensamientos y los objetos se hicieron menos perceptibles, sus sentidos se entorpecieron y sus ojos se cerraron. Hubo entre aquel momento de soñolencia y el sueño real un intervalo semejante al del crepúsculo que media entre el dia y la noche, intervalo singular é indescriptible, durante el que la realidad se confunde con la ilusion, de manera que no es ni una ni otra: mas á esto sucedió un profundo sueño. Hacia tanto tiempo que

el caballero no dormia mas que bajo una tienda y sobre sus arneses de guerra, que cedió con placer á las dulzuras de un buen lecho, tanto que cuando despertó vió que el dia estaba ya muy adelantado. Mas en seguida un obstáculo inesperado, y que le recordó toda la escena de la víspera, se ofreció á su vista y atrajo toda su atencion. El langrave estaba sentado en un sillon, inmóvil y con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si aguardase el fin del sueño de su amigo, y sin embargo. su meditacion era tan profunda, que no habia notado á su amigo despierto. El conde lo vió un momento en silencio, y observando que corrian dos lágrimas por sus arrugadas y pálidas mejillas, no pudo contenerse por mas tiempo y tendiéndole los brazos:

—Ludwig! — esclamó — en nombre del cielo! qué tienes?

—Ay!—contestó el langrave—ya no tengo ni muger, ni hijo!

Y al pronunciar estas palabras, levantándose con esfuerzo, fué vacilando como un hombre ébrio á caer en los brazos que el conde abrió para recibirlo.

CAPITULO II.

Para la perfecta inteligencia de los hechos que deben proseguir, es necesario qne consientan nuestros lectores en retroceder con nosotros á lo pasado.

Hacia diez y seis años que el langrave estaba casado; lo habia hecho con la hija del conde de Ronsdorf, que habia muerto en 1316, durante la guerra entre Luis de Baviera, por el que habia tomado parte, y Federico el Hermoso de Austria; sus propiedades estaban situadas sobre la ribera derecha del Rhin, al pié de aquella cadena de colinas llamada los Siete Montes. La viuda de Ronsdorf, muger de mucha virtud y de una reputacion intacta, habia quedado entonces viuda con su hija única de edad de cinco años; mas como era de ra-

za real, habia sostenido durante su viudedad el primitivo esplendor de su casa, de manera que su servidumbre continuó siendo una de las mas elegantes de los castillos vecinos.

Algun tiempo despues de la muerte del conde, la casa de la viuda de Ronsdorf se aumentó con un jóven page, hijo, decia ella, de una de sus amigas, muerta en la miseria. Era un niño muy hermoso, apenas cuatro años mayor que Emma, y en aquella ocasion la condesa no desmintió un punto su reputacion de generosa y caritativa. El huerfanillo fué recibido por ella como un hijo, educado con él al lado de su hija y participando de las caricias de la viuda, y esto de una manera tan igual que era dificil distinguir cuál de los dos era el hijo de sus entrañas y cuál el adoptivo.

Crecieron así, el uno al lado del otro, y muchos decian que el uno para el otro, cuando con gran admiracion de la nobleza de las orillas del Rhin, el jóven conde Ludwig de Godesberg, de edad de diez y ocho años entonces, fué desposado con la pequeña Emma de Ronsdorf, que no tenia mas de diez: mas se convino entre el anciano margrave y la viuda, que los desposados esperarian cinco años todavía antes de ser esposos.

Entretanto Emma y Alberto crecian: el uno se hacia un hermoso caballero, y la otra una graciosa jóven; por lo demas, la condesa de Ronsdorf habia vigilado cuidadosamente los progresos de su amistad, y reconocido con placer que por vivo que fuese

su afecto, no tenia ninguno de los caracteres del amor. Sin embargo, Emma tenia trece años y Alberto diez y ocho; su corazon como un boton de rosa iba á abrirse al primer soplo de la adolescencia: ese momento era el que para ellos temia la condesa. Desgraciadamente en aquel instante cayó enferma: por algun tiempo esperaron que la fuerza de la juventud (la condesa viuda tenia apenas treinta y cuatro años) triunfaria de la obstinacion de la enfermedad. Se engañaron, porque estaba mortalmente herida. Ella misma lo conoció, hizo venir á su médico, y lo interrogó con tanta insistencia y firmeza, que no pudo escusarse de decirle que la ciencia de los hombres era insuficiente, y que no le quedaban mas ausilios que los del cielo. La condesa recibió la noticia como cristiana, hizo que llamaran á Alberto y á Emma, les ordenó que se arrodillasen delante de su cama, y en voz baja, y sin mas testigos que Dios, les reveló un secreto que solo ellos escucharon. Unicamente se notó con admiracion que á la hora de la agonia, en lugar de ser la moribunda la que bendijo á los niños, fueron estos los que bendijeron á la moribunda y los que parecieron perdonarle con anticipacion sobre la tierra una falta de la que sin duda iba á recibir la absolucion en el cielo. El mismo dia en que confió aquel secreto la condesa, murió santamente, y Emma, que tenia que aguardar todavía un año para llegar de prometida á esposa, fué á pasar aquel año al convento de Nonenworth, edificado

en medio del Rhin en la isla del mismo nombre, situada en frente de la pequeña poblacion de Honnef. En cuanto á Alberto, su pesar por la pérdida de su bienhechora fué igual al que hubiera sentido por una madre.

Pasó el tiempo fijado: Emma habia llegado á sus quince años y continuado floreciendo en medio de sus lágrimas y de su isla santa, como una de esas frescas rosas de las aguas que flotan en la superficie de los lagos, brillantes con el rocío. Ludwig recordó al anciano langrave la obligacion aceptada por la viuda y ratificada por su hija: hacia un año que el jóven habia dirigido constantemente sus paseos hácia el Rolandweath, preciosa colina que domina el rio, y desde cuya cima se ve estendida y cortando la corriente como lo haria la proa de un navío, la graciosa isla en cuyo centro se eleva todavía hoy el monasterio, convertido en una posada. Allí pasaba horas enteras con los ojos fijos en el claustro, porque frecuentemente una jóven que reconocia por sus hábitos de novicia, los que debia dejar muy pronto, salia á sentarse bajo los árboles que crecen á la orilla del Rhin, y allí permanecia horas enteras, inmóvil y desmayada en una meditacion que tal vez tenia por causa el objeto que atraia á Ludwig. No debe, pues, causar admiracion que el jóven fuese el primero que se acordó que el luto habia espirado y recordase al langrave que por una casualidad favorable,

aquella época correspondia con la fijada para la celebracion de su matrimonio.

Por una especie de tácita convencion, todos miraban á Alberto, que apenas tenia entonces veinte años, pero que se habia hecho notar por una gravedad que no estaba en relacion con su edad como tutor de Emma; así, pues, á este fué á quien el langrave recordó que habia llegado la época de reemplazar los vestidos de luto con otros de fiesta. Alberto se dirigió al convento y previno á Emma que el jóven Ludwig reclamaba la promesa hecha por su madre. Emma se ruborizó y alargó la mano á Alberto, respondiéndole que estaba pronta á seguirlo á donde quisiese conducirla. El viage no era largo, no habia que atravesar mas que la mitad del Rhin y andar dos leguas á lo largo de sus riberas; no era, pues, el camino el que debia retardar el momento tan deseado por el jóven conde. Así, tres dias despues de haber cumplido sus quince años, Emma, seguida de una numerosa comitiva digna de la heredera de Ronsdorf, y conducida por Alberto, fué puesta en manos de su señor y dueño, el conde Ludwig de Godesberg.

Pasaron dos años llenos de paz y de ventura, á cuyo tiempo la condesa dió á luz un niño que fué llamado Othon. Alberto, que habia encontrado una nueva familia, pasó aquellos dos años tan pronto en Ronsdorf como en Godesberg, y durante ese tiempo llegó á la edad en que un hombre de noble raza debia hacer sus primeras pruebas en

las armas. Habia en consecuencia entrado al servicio, como escudero, entre las tropas de Juan, de Luxembourg, rey de Bohemia, uno de los mas valerosos caballeros de su época, y lo habia seguido al sitio de Cassel, donde habia ido á ausiliar al rey Felipe Valois, que habia emprendido restablecer al conde Luis de Crécy en sus estados, de los que habia sido arrojado por las buenas gentes de Flandes. Se habia, pues, encontrado en la batalla en que todos estos fueron hechos pedazos bajo los muros de Cassel, y por primer ensayo derrotó de tal manera á los villanos, que Juan de Luxemburg le nombró caballero en el mismo campo de batalla. La victoria fué por lo demas tan decisiva, que lag uera terminó al instante, y encontrándose pacificada la Flandes, Alberto volvió al castillo de Godesberg, orgulloso con poder mostrar á Emma su cadena de oro y sus espuelas.

No encontró al conde que se hallaba ausente en servicio del emperador; habian hecho los turcos una invasion en Hungría; y al llamamiento de Luis V, Ludwig habia partido con su hermano de armas el conde Karl de Hombourg; no por eso fué menos bien recibido en el castillo de Godesberg, donde permaneció cerca de seis meses. Al cabo de este tiempo, fatigado de su inaccion y viendo á los soberanos de Europa bastante tranquilos, partió para guerrear contra los sarracenos de España, á quienes hacia la guerra Alfonso XI, rey de Castilla y de Leon. Allí hizo prodigios de valor, combatien-

do contra Muley-Nuhamod; pero habiendo sido gravemente herido delante de Granada, volvió por segunda vez á Godesberg, donde encontró al marido de Emma, que acababa de entrar en posesion del título y de los bienes del anciano langrave, que habia pasado de esta á mejor vida al principio del año de 1332.

El jóven Othon crecia: era un bello mozo de cinco años; tenia cabellos rubios, rosadas mejillas y ojos azules. La vuelta de Alberto fué una fiesta para toda la familia, y sobre todo para el niño, que lo amaba mucho. Alberto y Ludwig se volvieron á ver con placer; ambos habian combatido contra los infieles, el uno en el Mediodia, el otro en el Norte; ambos habian sido vencedores, y los dos traian numerosas relaciones para largas noches de invierno; así pasó un año como si hubiese sido un solo dia; pero al cabo de él, el caracter aventurero de Alberto lo impelió de nuevo; visitó las cortes de Francia é Inglaterra, siguió al rey Eduardo en su campaña contra la Escocia, rompió una lanza con James Douglas, volviéndose despues contra la Francia llegó á tomar la isla de Cadsand con Gauthier de Manuy; hallándose entonces sobre el continente, se aprovechó de ello para hacer una visita á sus antiguos amigos, y entró por tercera vez al castillo de Godesberg, donde encontró un nuevo huésped.

Era uno de los parientes del langrave, llamado Godefroy, que no teniendo nada que esperar de la

fortuna paternal, habia procurado formarse una con las armas. El tambien habia combatido á los infieles, pero en Tierra Santa: los lazos del parentesco, la fama que habia adquirido en la Cruzada, cierto lujo que anunciaba que su fé habia tomado mas bien el carácter de la ambicion que el del desinteres, le abrieron las puertas del castillo de Godesberg como á un huésped distinguido; mas habiéndose á poco tiempo alejado Hombourg y Alberto, habia logrado hacer su compañía poco mas ó menos indispensable al langrave Ludwig, que lo habia detenido cuando habia querido irse.

Godefroy se hallaba, pues, establecido en el castillo, no como huésped, sino bajo el pié de comensal.

La amistad tiene sus zelos acaso tan punzantes como el amor: sea prevencion ó realidad, Alberto creyó notar que Ludwig lo recibia con mas frialdad que la que acostumbraba: se quejó á Emma, que le dijo que por su parte ella tambien observaba algun cambio en las maneras de su marido. Alberto permaneció quince dias en Godesberg, y entonces, bajo pretesto de que Ronsdorf reclamaba su presencia para hacer algunas indispensables reparaciones, atravesó el rio, la garganta de montañas que solamente separaban á un dominio del otro, y dejó el castillo.

Al cabo de quince dias, recibió noticias de Emma. No comprendia el carácter de su marido, porque de dulce y benévolo que antes era, se habia vuel-

to desconfiado y taciturno. Hasta el jóven Othon, tenia que sufrir sus violencias, y desusadas, siendo esto tanto mas sensible á la madre y al niño, cuanto que hasta entonces habian sido los objetos del afecto mas vivo y mas profundo del langrave. Ademas, á medida que aquel afecto disminuia, añadia Emma, Godefroy parecia hacer estraños progresos en la confianza del langrave, como si en él hubiese recaido aquella parte de sentimientos que este robaba á su muger y á su hijo, para fijarlos en un hombre, que era para él casi un estrangoro.

Alberto compadecia desde el fondo de su corazon aquel odio á sí mismo, que hace que el hombre feliz, como si estuviese atormentado de su dicha, busca todos los medios de moderarla ó estinguirla, como lo haria con un fuego demasiado violento, que temiese ver consumir su corazon. Las cosas habian llegado hasta este punto, cuando recibió, como toda la nobleza de las inmediaciones, una invitacion para dirigirse al castillo de Godesberg, donde el langrave daba una fiesta en celebracion del aniversario del nacimiento de Othon, que cumplia diez y seis años.

Aquella fiesta, al fin de la cual hemos introducido á nuestros lectores en el castillo, producia, como lo hemos dicho, un contraste singular con la tristeza del que la daba: era porque desde el principio del baile, Godefroy habia hecho observar al langrave, como una cosa que descubria por primera vez, la semejanza de Othon y de Alberto. En efecto, á

escepcion de esa flor de la juventud que brillaba en el rostro del adolescente, y la cual habia tostado en el hombre el sol de España, eran los mismos cabellos rubios, los propios ojos azules, y aun hasta ciertos rasgos de la fisonomía, cuya semejanza indica la misma sangre, que no puede notarse entre ellas, sino con una atencion un poco sostenida. Esa revelacion habia sido una puñalada para el langrave; hacia algun tiempo que gracias á Godefroy, sospechaba de la pureza de las relaciones de Emma y Alberto; mas la idea de que aquellas relaciones ecsistian antes de su matrimonio; la idea mas punzante todavía y á la que daba mayor fuerza aquella estraña semejanza, de que Othon, á quien tanto habia amado, era hijo del adulterio, destrozaba su corazon, y le hacia casi perder el juicio: en aquel momento fué, como lo hemos referido, cuando llegó el conde Karl, y hemos visto que arrastrado por la verdad, habia aumentado el dolor de su desgraciado amigo, confesándole que aquella semejanza de Alberto y Othon era incontestable; sin embargo, como tambien lo hemos visto, se habia retirado sin dar á la tristeza de Ludwig toda la importancia que verdaderamente tenia.

Así, pues, el hombre que se habia acercado á hablar tan misteriosamente al langrave, en el reducido aposento donde se habia retirado con Karl, era el mismo Godefroy, cuya presencia habia he-

cho nacer en la dichosa familia la primera turbacion que habia oscurecido su felicidad. Acababa de decirle que creia estar seguro, por algunas palabras que habia escuchado, de que Emma habia concedido una cita á Alberto, que debia partir aquella misma noche para Italia, donde iba mandando un cuerpo de tropas que enviaba el emperador: era muy fácil adquirir la certidumbre de aquella traicion, puesto que la cita debia verificarse en una de las puertas del castillo, y Emma debia atravesar todo el jardin para concurrir á ella.

Una vez en el camino de la sospecha, nada puede detener á uno: así, pues, el langrave, queriendo á cualquier precio adquirir una certidumbre, ahogó aquel sentimiento generoso é instintivo que hace que á todo hombre de valor repugne el humillarse al oficio de espía; entró en su aposento con Godefroy y entreabriendo la ventana, que daba al jardin, esperó con ansiedad aquella última prueba, que debia hacerle tomar una decision todavía incierta; Godefroy no se habia engañado: hácia las cuatro de la mañana Emma descendió la escalera, atravesó furtivamente el jardin, y desapareció en un bosquecillo de árboles, que ocultaba la puerta. Aquella desaparicion duró diez minutos poco mas ó menos, volviendo despues hasta el descanso, en compañía de Alberto, en cuyo brazo iba apoyada. A la luz de la luna el langrave los vió abrazarse, y aun le pareció distinguir en el trastornado ros-

tro de la esposa, las lágrimas que le hacia derramar la partida de su amante.

Ya no le quedó á Ludwig la menor duda, y resolvió inmediatamente alejar á la culpable esposa y al hijo del adulterio. Una carta entregada á Godefroy mandaba á Emma que lo siguiese, y se dió órden al gefe de las guardias, de que arrestase á Othon al amanecer, y lo condujesen á la abadía de Kiberg, cerca de Colonia, donde cambiaria el brillante porvenir del caballero por la estrecha celda de un monge.

La órden se cumplió, y Emma y Othon habian salido hacia una hora, el uno para el monasterio de Nonenworth y el otro para la abadía de Kiberg, cuando despertó el conde Karl, y como lo hemos dicho, halló á su lado á su anciano amigo, semejante á una encina cuyas hojas ha dispersado el viento, y cuyas ramas ha tronchado el rayo.

Hombourg escuchó con atencion grave y afectuosa la relacion que le hizo Ludwig de todo lo que habia pasado. En seguida, sin tratar de consolar ni al padre ni al esposo:

—Lo que yo haga, lo das por bien hecho, es verdad?—preguntó.

—Sí—contestó el langrave—mas, qué puedes hacer?

—Esa es cuenta mia—contestó el conde Karl.

Y abrazando á su amigo, se vistió, ciñóse su espada, salió de su aposento, descendió á las caba-

lierizas, ensilló él mismo á su fiel Hans, y tomó lentamente, poseido de muy diferentes ideas, el camino espiral que habia recorrido la víspera con tanta rapidez, y lleno de esperanzas dulces.

Cuando llegó á la falda de la colina, el conde Karl tomó el camino de Rolandseck, que siguió al paso, y sumergido en profundos pensamientos, dejó á su caballo en libertad para conducirlo rápida ó lentamente; sin embargo, cuando llegó á un camino quebrado, en cuyo fondo se hallaba una capillita donde oraba un sacerdote, miró á su rededor, y viendo probablemente que el lugar era tal como podia desearlo, se detuvo. En aquel momento, el sacerdote, que sin duda habia concluido su oracion, se levantó y se disponia á partir; pero Karl lo detuvo, pregntándole si no habia otro camino para dirigirse del convento al castillo, y habiendo escuchado su respuesta negativa, le suplicó que se esperase, supuesto que antes que pasase mucho tiempo, iba á tener un hombre necesidad de su ministerio. Él sacerdote comprendió en la tranquila voz del anciano caballero, que habia dicho la verdad, y sin preguntar quién era el condenado, rezó por quien iba á morir.

El conde Karl era uno de esos tipos de la antigua caballería, que comenzaban á desaparecer en el siglo décimo quinto, y que Froissard describe con todo el amor que tiene el anticuario á un resto de los tiempos pasados. Para él, todo lo resolvia

la espada y dependia de Dios, y en su conciencia el hombre estaba seguro de no errar remitiendo tódas las cosas á su juicio. Así, pues, la relacion del langrave le habia inspirado con respecto á las intervenciones de Godefróy algunas dudas, que la reflecsion habia casi cambiado en certidumbre; por otra parte, nadie, escepto aquel funesto consejero, habia jámas puesto en duda el amor y la fidelidad de Emma á su esposo. Habia sido amigo del conde de Ronsdorf, como lo era del langrave de Godesberg. El honor de ambos formaba parte del suyo; á él le tocaba, pues, tratar de volverle aquel esplendor, empañado un momento por un calumniador; en consecuencia de tal resolucion, habia tomado el partido, sin decir una palabra á nadie, de ir á esperarlo al camino que debia seguir, y allí hacerle confesar su traicion, ó arrancarle el alma si era preciso, para conducir á buen fin aquella noble empresa.

Entonces bajó la visera de su casco, detuvo á Hans en medio del camino, y caballo y caballero permanecieron mas de una hora inmóviles, cual una estatua ecuestre. Al cabo de ese tiempo, vió aparecer al fin de una quebrada, á un caballero completamente armado. Este se detuvo un instante, viéndo el paso interceptado; mas habiéndose asegurado de que el que lo aguardaba se hallaba solo, se contentó con afirmarse sobre los estribos, asegurándose de que su espada salia con

facilidad de la vaina, y continuó su camino. Cuando llegó á algunos pasos del conde, y viendo que este no parecia tener intencion de interrumpir su marcha, se detuvo á su turno.

—Señor—le dijo—lo sois de estos lugares, y es vuestra intencion la de interceptar el camino á los viageros que pasen?

—No á todos, señor,—respondió Karl—sino á uno solo, que es un cobarde y traidor, y al que tengo que pedir cuenta de su traicion, y cobardía.

—Entónces la cosa no puede tener relacion conmigo,—contestó Godefroy—y por lo mismo os suplico que arrimeis vuestro caballo á derecha ó izquierda, á fin de que quede en medio del camino, lugar para los hombres del mismo rango.

—Os engañais, caballero;—respondió el conde Karl con la misma tranquilidad—al contrario, á vos es á quien atañe; en cuanto á participar del camino con un miserable calumniador, eso jamas lo hará un noble y leal caballero.

El sacerdote se lanzó entre ambos.

—Hermanos—les dijo—querríais degollaros?

—Os engañais, sacerdote,—contestó el conde—ni este hombre es mi hermano, ni deseo precisamente que muera. Que confiese haber calumniado á la condesa con Ludwig de Godesberg, y lo dejo en libertad para que vaya á hacer penitencia donde quiera.

—No le faltaba mas, como prueba de inocencia —dijo sonriendo Godefroy, que tomaba al caballero por Alberto—que ser tan bien defendida por su amante.

—Tambien ahora os engañais;—contestó el caballero sacudiendo la cabeza cubierta de hierro—no soy el que pensais, sino el conde Karl de Hombourg. No tengo, pues, mas odio contra vos, que el que profeso á todo traidor, y el desprecio que manifiesto á cualquier calumniador. Confesad que habeis mentido y sois libre.

—Eso—respondió riéndose Godefroy—es un asunto que solo pertenece á Dios y á mí.

—Que Dios lo juzgue, pues—esclamó el conde Karl preparándose para el combate.

—Así sea—murmuró Godefroy, bajando con una mano su visera, y sacando con la otra la espada.

El sacerdote se puso en oracion.

Godefroy era valeroso, y habia dado mas de una prueba de su arrojo en Palestina; pero entonces combatia por Dios, en lugar de hacerlo en su contra. Así, aunque el combate fué largo y encarnizado, aunque se hubiese manifestado valiente y hábil en el manejar de las armas, no pudo resistir á la fuerza que daba al conde Karl la conciencia de su derecho: cayó atravesado por la espada que habia entrado en la coraza, y penetrado profundamente en el pecho. En cuanto al caballo de Go-

defroy, espantado con la caida de su amo, tomó el camino por donde habia venido, y desapareció en las revueltas del camino.

—Padre mio,—dijo tranquilamente el conde Karl al sacerdote, que temblaba de susto—creo que no teneis tiempo que perder para cumplir vuestra santa mision. Ahí teneis la confesion que os habia prometido, apresuraos á recibirla.

Y metiendo su espada en la vaina, volvió á tomar su monumental inmovilidad.

El sacerdote se aprocsimó al moribundo, que se habia apoyado sobre una rodilla y la mano; pero que no pudo hacer mas. Desató su casco; tenia el rostro pálido y los labios llenos de sangre. Karl creyó por un momento que no podia hablar; mas se engañó. Godefroy se sentó, y el sacerdote, de rodillas á su lado, escuchó la confesion, que pronunció en voz baja é interrumpida. A las últimas palabras, el herido sintió que se acercaba su fin, y con el ausilio del sacerdote, habiéndose hincado, levantó las dos manos al cielo, diciendo por tres veces:

—"Señor, Señor, perdonadme!"—pero á la tercera ecshaló un profundo suspiro, y cayó sin movimiento.

Estaba muerto.

—Padre mio,—dijo el conde Karl al sacerdote—no estais autorizado para revelar la confesion que se os acaba de hacer.

—Sí—contestó el sacerdote—pero á una sola persona: al langrave de Godesberg.

—Montad, pues, en mi caballo—continuó el caballero, echando pié á tierra—vamos á verlo.

—Qué haceis, hermano mio?—contestó el sacerdote, acostumbrado á viajar de una manera mas humilde.

—Montad, montad, padre mio;—dijo insistiendo el caballero—no se diria que un pobre pecador como yo va á caballo, mientras un ministro de Dios camina á pié.

Y al pronunciar estas palabras, lo ayudó á ponerse en la silla; y aunque se resistió bastante el humilde caballero, lo condujo por la brida, hasta el castillo de Godesberg. Cuando llegó á él, entregó contra su costumbre á Hans á los criados, condujo al sacerdote á la presencia del langrave, á quien halló en el mismo aposento, en el propio lugar y sentado en el mismo sillon, aunque habian pasado siete horas desde que habia dejado el castillo. Al ruido que hicieron al entrar, el langrave levantó su frente pálida, y los miró con admiracion.

—Mira, hermano,—le dijo Karl—aquí está un digno servidor de Dios, que tiene que revelarte una confesion *in extremis.*

—Quién ha muerto, pues?—esclamó el conde, poniéndose aun mas pálido.

—Godefroy—respondió el caballero.

—Quién fué el matador?—murmuró el langrave.

—Yo—dijo Karl y se retiró tranquilamente cerrando la puerta despues de haber salido, y dejando al langrave sólo con el sacerdote.

Y hé aquí lo que éste refirió al primero:

"Godefroy habia conocido en Palestina á un caballero aleman, de las cercanías de Colonia, que se llamaba Ernesto de Huningen: era un hombre grave y severo, que habia entrado hacia quince años en la Orden de Malta, donde gozaba de gran reputacion por su religion, su lealtad y su valor.

"Godefroy y Ernesto combatian juntos en San Juan de Acre, cuando fué herido este último mortalmente. Godefroy lo vió caer, hizo que lo retirasen del combate, y volvió contra el enemigo.

"Concluida la batalla entró en su tienda para cambiar de vestido, mas apenas lo habia hecho, cuando entraron á decirle que el Sr. Ernesto de Huningen se hallaba de mucha gravedad, y deseaba verlo antes de morir.

"Accedió á su deseo, y encontró al herido sostenido por una fiebre ardiente que debia consumir en poco tiempo el resto de su vida. Así, pues, conociendo él mismo su situacion, le espuso en pocas palabras el servicio que esperaba de su amistad.

"A la edad de veinte años, Ernesto habia amado á una jóven, de la que fué correspondido; mas hijo menor de familia, sin título y sin fortuna, no habia podido obtenerla. Desesperados los amantes, olvidaron que no podian ser esposos, y resultó

de ese olvido el nacimiento de un niño, que no podia llevar el nombre de uno ni de otro.

"Algun tiempo despues, la jóven se vió obligada por sus parientes á casarse con un señor, noble y rico. Partió Ernesto, se detuvo en Malta para para pronunciar sus votos, y desde esa época combatia en Palestina. Dios habia recompensado su valor. Despues de haber vivido santamente, murió como un mártir.

"Ernesto presentó un papel á Godefroy: era la donacion de todo lo que poseia á su hijo Alberto: sesenta mil florines poco mas ó poco menos. En cuanto á la madre, como habia muerto hacia seis años, creyó poder revelarle su nombre para que lo guiase en sus pesquisas. Era la condesa de Ronsdorf.

"Godefroy volvió á Alemania, con la intencion de cumplir la última voluntad de su amigo. Mas al llegar á la casa de su pariente el langrave, sabiendo la situacion de las cosas, conoció á primera vista todo el partido que podia sacar del secreto, que poseia. El langrave no tenia mas que un hijo, y alejados Othon y Emma, Godefroy era el único heredero del conde."

Hemos visto de qué manera habia puesto en ejecucion su proyecto, en el momento en que encontró en el camino quebrado de Rolandsworth al conde Karl de Hombourg.

—Karl! Karl!—esclamó el langrave corriendo

como un insensato al corredor donde esperaba su hermano de armas—Karl! no era su amante, sino su hermano.

E inmediatamente diõ õrden de que condujesen á Hodesberg á Emma y Othon. Partieron ambos mensageros, siguiendo el curso del Rhin el uno, y llevando camino contrario al otro.

En la noche volviõ el primero. Emma, desgraciada hacia mucho tiempo, ofendida la víspera, pedia el que la dejasen concluir su vida en el monasterio donde habia pasado su juventud, contestando que si era preciso, invocaria la inviolabilidad del lugar.

Al amanecer apareciõ el segundo mensagero: llegaba acompañado, de los soldados que debian conducir á Othon á Kirberg, mas Othon no se hallaba entre ellos. Cuando bajaban lentamente por el Rhin, Othon, que sabia con qué intencion lo llevaban, escogiõ el momento en que toda la tripulacion se hallaba ocupada en dirigir la barca en una rápida corriente, y lanzándose en lo mas profundo del rio, habia desaparecido.

CAPITULO III.

Sin embargo, la desgracia del langrave no era todavía tan grande como lo creia. Othon se habia lanzado en el rio, no para buscar en él la muerte, sino la libertad. Educado en sus riberas, el viejo Rhin era un amigo contra el cual habia ensayado muchas veces sus juveniles fuerzas, para que pudiese temerlo. Se sumergió, pues, hasta el fondo, nadó bajo del agua mientras se lo permitió su respiracion, y cuando apareció en la superficie para tomar aliento, la barca estaba tan lejos, y la noche era tan oscura, que los guardas que lo acompañaban, creyeron que se habia quedado sumergido en el rio.

Othon se apresuró á ganar la ribera. La noche era fria, sus vestidos estaban empapados, y tenia

necesidad de fuego y de cama. Se dirigió, pues, á la primera casa cuyas ventanas vió brillar en la oscuridad, se precipitó como un viagero estraviado, y como era imposible reconocer si se hallaba mojado por la lluvia del cielo ó por el agua del rio, no escitó ninguna sospecha; y le fué concedida la hospitalidad, con toda la franqueza y discrecion alemanas.

Al dia siguiente partió al amanecer para Colonia. Era el santo dia domingo, y como entró á la hora de la misa, vió á todos que se dirigian á la iglesia. Siguió á la multitud, porque él tenia tambien que pedir á Dios.....primero por su padre, á causa del error y aislamiento en que lo habia dejado......por su madre, encerrada en un monasterio......en fin, por él mismo, libre, pero sin apoyo en aquel mundo inmenso, que por todo horizonte no le habia mostrado mas que el castillo natal. Sin embargo, se ocultó tras una columna para hacer su oracion; tan cerca de Godesberg, podia ser reconocido por algunos de los señores que habian concurrido á la fiesta de la víspera, ó por el mismo arzobispo de Colonia, el Sr. Waleirand de Tuliers, que era uno de los mas antiguos y mas fieles amigos de su padre.

Cuando Othon concluyó su oracion, miró á su rededor, y vió con admiracion que en el número de los espectadores se hallaba una gran cantidad de arqueros de diferentes paises, y su primer pensa-

miento fué que la misa se habia celebrado en honor de San Sebastian, protector de la corporacion. Se informó inmediatamente del que se hallaba mas prócsimo, y supo que se dirigian á la fiesta del arco, que daba en todos los años en aquella misma época el príncipe Adolfo de Cleves, uno de los señores mas ricos y mas afamados, entre los de cuyos castillos se encuentran desde Strasbourg hasta Nímegue.

Salió Othon en seguida de la iglesia, se informó de quién era el mejor sastre de la poblacion, cambió sus vestidos de terciopelo y de seda por un justillo de paño verde, con su cinturon de cuero, compró un arco de la mejor madera de arce, escogió un carcax guarnecido con doce flechas, y habiendo preguntado cuál era la posada donde se reunian mas particularmente los arqueros, se le contestó que era en la del Gallo de Oro, y se dirigió á ella, la cual estaba situada en el camino de Verdingen, fuera de la puerta de la Aguila.

Encontró cosa de treinta arqueros reunidos comiendo alegremente. Se sentó en medio de ellos, y aunque fuese desconocido de todos, lo recibieron bien, gracias á su juventud y á su buena cara. Por otra parte, se habia anticipado á aquella benévola acogida, diciendo desde el principio que se dirigia á Claves para asistir á la fiesta del arco, y deseaba hacer el camino con tan buenos como alegres

compañeros. La proposicion fué recibida con unánime gozo.

Como los arqueros podian todavía disponer de tres dias, y como el domingo es un dia santo, consagrado al descanso, no se pusieron en camino sino hasta la mañana siguiente, siguiendo la ribera del rio, y conversando alegremente de caza y de guerra. En el camino notaron los arqueros que Othon no tenia absolutamente plumas en su gorra, lo cual era contra el uniforme, teniendo todos una pluma, despojo y trofeo al mismo tiempo de un pájaro víctima de su destreza, y se burlaron de su arco nuevo, y de sus flechas nuevas tambien. Othon confesó sonriéndose, que ni arco ni flechas habian servido todavía; pero que enla primera ocasion trataria de procurarse el adorno indispensable, que faltaba á su gorra. En consecuencia preparó y templó su arco. Todos esperaban con curiosidad una ocasion para juzgar de la destreza de su nuevo camarada.

Estas no tardaron en presentarse; un cuervo graznaba en la última rama seca de un encino, y los arqueros mostraron riéndose aquel objeto á Othon; mas el jóven contestó que el cuervo era animal inmundo, cuyas plumas eran indignas de adornar la gorra de un buen arquero. La contestacion era plausible, así es que los alegres viageros se contentaron con ella.

Un poco mas adelante percibieron un gavilan

inmóvil en la punta de una roca, y se hizo la misma proposicion al jóven. Mas entónces contestó que el gavilan era un pájaro de raza, del que solo los hombres de raza tenian derecho de disponer, y que el hijo de un paisano no se atreveria á matar á una ave semejante, en las tierras de un señor tan poderoso como lo era el conde de Worrigen, cuyas propiedades atravesaban en aquel momento. Aunque hubiese verdad en el fondo de aquella respuesta, y que tal vez ninguno de los arqueros hubiese osado cometer la accion que aconsejaban á Othon, todos la recibieron con una sonrisa mas ó menos burlona, porque comenzaban á figurarse que su jóven camarada, poco seguro de su destreza, trataba de retardar el momento de dar una prueba tan decisiva como la que se le pedia.

Othon vió la sonrisa de los arqueros, y la comprendió; pero fingió no darle ninguna importancia, y continuó su camino riéndose y conversando cuando repentinamente á cincuenta pasos de distancia poco mas ó menos voló un gallo de las orillas del rio. Entonces Othon se volvió hácia el arquero que se hallaba mas cerca, y que se le habia designado como uno de los mas hábiles tiradores.

—Hermano—le dijo—desearia para mi gorra una pluma de ese pájaro; vos que sois el mas hábil entre nosotros, hacedme, pues, el favor de tirarlo.

—Al vuelo?—preguntó admirado el arquero.

—Sin duda, al vuelo;—continuó Othon—ved cómo se eleva lentamente: apenas ha avanzado cosa de diez pasos desde que emprendió su vuelo; no se halla mas que á medio tiro de flecha.

—Tira, Roberto, tira!—gritaron todos los arqueros.

Roberto hizo una señal con la cabeza, indicando que accedia á la invitacion general mas bien por obediencia á las órdenes de la honrada sociedad, que por la esperanza del triunfo. No obstante, apuntó con toda la atencion de que era capaz, y la flecha, lanzada por un brazo robusto y por una vista ejercitada, partió seguida de todas las miradas, pasando tan inmediata al pájaro, que arrojó un grito de espanto, al que contestaron las aclamaciones de todos los arqueros.

—Bien tirado!—dijo Othon—ahora vos, Herman, —añadió volviéndose hácia el arquero que se encontraba á su izquierda.

Sea que este hubiera esperado aquella invitacion ó que hubiera deseado seguir el ejemplo, estaba pronto en el momento en que Othon le dirigió la palabra, y apenas habia concluido, cuando otra flecha, tan certera y rápida como la primera, persiguió al fugitivo, que arrojó un nuevo grito, al pasar á algunas pulgadas de él, aquel segundo mensagero de la muerte. Los arqueros aplaudieron de nuevo.

—Ahora yo—dijo Othon.

Todas las miradas se tornaron hácia él, porque el gallo, sin estar fuera de tiro, comenzaba á llegar á una distancia bastante considerable, y teniendo el aire suficiente á sus largas alas, se elevaba con una rapidez que debia bien pronto ponerlo fuera de todo peligro. Othon habia calculado sin duda todo esto, porque hasta que no calculó bien la distancia con la vista, llevando con lentitud y con mucha atencion su flecha á la altura del animal, cuando la colocó én la línea del ojo, retiró la cuerda casi hasta detras de su cabeza, á manera de los arqueros ingleses, haciendo doblar su arco como una varita de sauce. Permaneció un instante inmóvil como una estatua, despues se oyó repentinamente un ligero silbido, porque la flecha habia partido con tal rapidez, que ninguno la vió. Todos los ojos quedaron fijos en el pájaro, que se detuvo como si lo hubiese alcanzado un rayo invisible, y cayó atravesado de parte á parte, de una altura tal que ni aun se hubiera creido que podria llegar la flecha.

Los arqueros estaban asombrados; semejante prueba de destreza, apenas era creible para ellos mismos; en cuanto á Othon, que se habia detenido para juzgar del efecto del golpe, apenas vió caer al animal, cuando se puso en camino, sin notar al parecer el asombro de sus compañeros. Cuando llegaron á donde estaba el gallo, arrancó de su cuello las plumas finas y elegantes que forman un

penacho natural, y las colocó en su gorra. Los arqueros habian contado la distancia: el pájaro cayó á los trescientos veinte pasos.

Esta vez la admiracion no estalló en aplausos; los arqueros se miraron unos á otros, asombrados de aquella prueba de destreza; despues contaron los pasos, como lo hemos dicho, y cuando Othon acabó de adornar su gorra con el penacho de plumas tan milagrosamente conquistado, Frantz y Herman, los dos arqueros que habian tirado antes de él, le tendieron la mano, mas con un sentimiento de deferencia que indicaba que no solamente lo reconbcian por su camarada, sino por su superior.

La viajante comitiva, que no se habia detenido en Worringen mas que para almorzar, llegó á las cuatro de la tarde á Neufs. Comieron á toda prisa, porque á tres leguas de Neufs se hallaba la *iglesia de Roca*, cerca de la cual los religiosos arqueros no podian pasar sin hacer un peregrinage á ella. Othon, que habia adoptado la vida y las costumbres de sus nuevos compañeros, los siguió en aquella escursion, y hácia al caer de la tarde llegaron á la Roca santa: era una piedra inmensa que tenia el aspecto de una iglesia.

En otro tiempo aquella piedra fué efectivamente la primera iglesia cristiana edificada en las orillas del Rhin por un gefe de Germania, que murió en olor de santidad, dejando siete hijas bellas y vir-

tuosas, para que rezasen al rededor de su tumba. Era el tiempo de las grandes inmigraciones de los bárbaros. Pueblos desconocidos, empujados por mano invisible, descendian de las llanuras del Asia y venian á cambiar la faz del mundo europeo. Una cierva condujó á Atila á traves de los Palus Meotides, y descendió hácia la Alemania, precedido por el terror que inspiraba su nombre. El Rhin, espantado al rumor de los pasos de aquellas naciones feroces, vacilaba en proseguir su curso hácia las arenas, donde desaparece, y se estremecia todo, como una inmensa serpiente. Los Hunos aparecieron bien pronto sobre la ribera derecha, y el mismo dia se vió brotar el incendio en todo el horizonte, es decir, desde colonia Agrippinia* hasta Aliro.** El peligro era grave; no habia que esperar piedad de semejantes enemigos, y á la mañana siguiente, en el momento que se vieron arrojar las balsas que se habian construido durante la noche, con los árboles de un bosque que habia desaparecido, las jóvenes se retiraron á la iglesia y se arrodillaron al rededor de la tumba de su padre, suplicándole, por el santo amor que les habia profesado durante su vida, que las protegiese despues de su muerte.

El dia y la noche se pasaron en oraciones, y es-

* Antiguo nombre de Colonia.

** Wsel.

peraban ya el ser salvadas, cuando al amanecer oyeron que se acercaban los bárbaros. Comenzaron á golpear con los pomos de sus espadas, á la puerta de encima que cerraba la iglesia, mas viendo que se resistia, unos volvieron á la poblacion para tomar escalas, con el fin de entrar por las ventanas: los otros cortaron un pino, que despojaron de sus ramas, y con el cual formaron una palanca para forzar la puerta. Despues, cuando se procuraron los instrumentos necesarios á sus proyectos sacrílegos, se encaminaron con ellos á la iglesia que servia de asilo á las siete hermanas, mas cuando llegaron, no habia ni puertas ni ventanas. La iglesia estaba allí; pero se habia cambiado en una roca; solamente del centro de aquella masa de granito, se oia salir un canto suave, triste y dulce como el canto de los muertos. Era el cántico de accion de gracias de las siete vírgenes que alababan al Señor.

Los arqueros hicieron su oracion en la iglesia de la Roca, y volvieron á dormir á Strump.

A la mañana siguiente, se pusieron en camino; el dia se pasó sin otro incidente que un sucesivo refuerzo. Los arqueros acudian de todos los puntos de Alemania, á aquella fiesta anual, cuyo premio era entonces una gorra de terciopelo verde, rodeada de dos ramas de fresno de oro, atadas con un broche de diamantes. Debia ser concedido por la hija única del margrave, la jóven prince-

sa Elena, que acababa de cumplir catorce años. El concurso de tan diestros arqueros no tenia nada de admirable.

La pequeña comitiva, que subia entonces á cuarenta ó cincuenta hombres, queria llegar á Cléves al dia siguiente por la mañana, pues el tiro debia comenzar inmediatamente despues de la misa, es decir, á las once. En consecuencia, los arqueros habian resuelto llegar á dormir á Kervenheim. La jornada era larga; así, pues, apenas se detuvieron para almorzar y comer. No obstante las muchas diligencias que hicieron los viajeros, llegaron á la poblacion despues de cerradas las puertas. Se trataba de pasar la noche fuera, y lo menos mal posible; divisaron un castillo arruinado, en una montaña vecina; era el de Windeck.

Todos fueron de opinion que se debia aprovechar aquella circunstancia favorable, escepto el mas anciano de los arqueros, que se opuso con todo su poder, mas como era solo, su voz no tuvo ninguna influencia, y le fué preciso acompañar á sus camaradas so pena de quedar solo; así, pues, los siguió.

La noche estaba sombría; ni una estrella brillaba en el cielo, las nubes espesas y cargadas de agua, bajaban hasta las cabezas de nuestros viageros, como las olas de un mar aéreo. Semejante abrigo, por desmantelado que estuviese, era, pues, un beneficio del cielo.

Los arqueros subian la colina en silencio, y sin embargo, al ruido de sus pasos oian á lo largo del sendero cubierto de zarzas, huir á los salvages animales, cuya multiplicada presencia indicaba que aquellas ruinas solitarias estaban guardadas contra la presencia de los hombres, por algun supersticioso terror. Repentinamente los que marchaban á la cabeza, vieron enderezarse delante de ellos como una fantasma, la primera torre, centinela gigantesco encargado en otros tiempos de defender la entrada del castillo.

El anciano arquero propuso el que se detuviesen en aquella torre, y se contentasen con su abrigo. En consecuencia hicieron alto; uno de los arqueros prendió lumbre, encendió una rama de pino, y pasó la puerta.

Entonces observaron que los techos se habian desplomado, que solo las murallas estaban en pié, y como la noche aparecia lluviosa, todos á una voz manifestaron el deseo de continuar su camino, hasta el cuerpo de habitacion: sin embargo, dejaron de nuevo al anciano arquero en libertad para detenerse en aquel lugar. Pero rehusó por segunda vez, prefiriendo seguir á sus compañeros á donde fuesen, mas bien que quedarse solo en semejante noche, y con tal vecindad. La comitiva se puso, pues, en camino; durante aquella detencion de diez minutos, todos cortaron una rama de pino, formando con ella una antorcha resinosa, de suer-

te que la montaña, oscura un poco antes, se habia iluminado repentinamente, y comenzaba á distinguirse á la estremidad del círculo de luz, la masa triste, vaga y sombría del castillo, que á medida que se acercaban, se dibujaba de una manera mas clara, mostrando sus macizas columnas y sus bōvedas elípticas, cuyas primeras piedras habian sido colocadas por Carlo-Magno, cuando estendia desde las montañas de los Pirineos hasta los pantanos bátavos, aqnella línea de fortalezas destinadas á resistir la invasion de los hijos del Norte. Al acercarse los arqueros, y á la vista de las teas, huyeron á su turno los huéspedes del castillo: eran búhos y quebrantahuesos de vuelo nocturno, que despues de describir dos ó tres círculos sileneiosos sobre las cabezas de los que llegaban á turbarlos, se alejaron graznando. A aquella vista y á aquellos gritos siniestros, los mas valerosos no pudieron dominar un movimiento de terror, porque sabian que hay ciertos peligros contra los cuales no pueden el valor ni el número. No por eso dejaron de penetrar en el primer patio, y se encontraron en el centro de un cuadrado formado por habitaciones de las que las mas se hallaban arruinadas, mientras las otras se encontraban en un estado de conservacion tanto mas notable, cuanto que hacian un contraste con los restos que cubrian la tierra del frente.

Los arqueros entraron en la habitacion que les

pareció mejor, y se hallaron bien pronto en una gran sala, que parecia haber sido en otro tiempo la de las guardias. Los restos de los postigos cerraban las ventanas de manera que interceptaban la fuerza del viento. Bancos de encino apoyados contra las paredes, y colocados en rededor de la pi za, podian servir todavía para el mismo uso á que estaban destinados. En fin, una inmensa chiminea les ofrecia medio de alumbrar y calentarlos durante su sueño. Era todo lo que podian desear aquellos hombres, hechos para los duros trabajos de la caza y de la guerra, acostumbrados á pasar las noches, no teniendo por cabecera mas que raices, y por todo abrigo las hojas de un árbol.

Lo peor de todo era no tener qué cenar. La jornada habia sido larga, y desde el medio día no habian probado bocado; mas este era otro de los inconvenientes á que los cazadores debian estar acostumbrados. En consecuencia apretaron las hebillas de sus cinturones, prendieron un gran fuego en la chimenea, donde se calentaron cómodamente, no pudiendo hacer otra cosa mejor ademas; el sueño comenzó á descender sobre los viageros, y cada uno se colocó lo mejor que pudo para pasar la noche, despues de haber tomado la precaucion, por consejo del arquero anciano, de hacer que velasen sucesivamente cuatro personas que designase la suerte, á fin de que el sueño del resto de la

tropa, fuese tranquilo. Esta les tocó á Othon, á Herman, al anciano, y Frantz. La duracion de la centinela se fijó en dos horas cada uno, y en aquel momento daban las nueve y media en la iglesia de Kerventsein. Othon comenzó la suya, y al cabo de un instante, se encontró solo y despierto en medio de sus nuevos camaradas.

Era el primer momento de tranquilidad que hallaba para hablar consigo mismo. Tres dias antes á la misma hora, era feliz, y estaba orgulloso haciendo los honores del castillo de Godesberg, á los nobles castellanos de las inmediaciones; y ahora, sin que hubiese tenido la menor parte en el cambio ocurrido, y cuya causa ignoraba, se encontraba desheredado del amor paterno, desterrado sin saber el término de su destierro, y mezclado entre una tropa de hombres valerosos y leales sin duda, pero sin nacimiento y sin porvenir, velando su sueño, él hijo de príncipe, acostumbrado á dormir mientras se velaba el suyo. Estas reflecsiones ocuparon el tiempo de su vela, que le pareció corta. Dieron las diez, las diez y media y las once sucesivamente, sin que el menor suceso hubiese interrumpido sus reflecsiones. Sin embargo, la fatiga fisica comenzaba á luchar con la preocupacion moral: cuando sonaron las once y media, era ya tiempo de que llegase el fin de su centinela, porque sus ojos se cerraron á pesar suyo. En consecuencia despertó á Herman, que debia

reemplazarlo, anunciándole que habia llegado su turno. Herman despertó de muy mal humor; soñaba que asaba un cabrito que acababa de matar, y en el momento que cenaba magníficamente, á lo menos en sueños, se halló en ayunas, con el estómago vacío, sin ninguna esperanza de llenarlo. Fiel á la consigna que se habia dado, cedió su lugar á Othon, y tomó el suyo. Este se recostó; sus ojos medio abiertos, distinguieron todavía durante algun tiempo los objetos que lo rodeaban, de una manera incierta, y entre ellos á Herman de pié, contra una de las macizas columnas de la chimenea; bien pronto todo se confundió en un vapor oscuro, en el que cada cosa perdió su forma y su color; en fin, cerró los ojos y se quedó dormido.

Herman, como lo hemos dicho, permaneció de pié contra una de las columnas de la chimenea, escuchando el ruido del viento en las elevadas torrecillas, y fijando á la moribunda luz del fuego, sus ardientes miradas en los rincones mas sombríos de la habitacion. Sus ojos estaban fijos en una puerta cerrada, que al parecer conducia á las habitaciones interiores del castillo, cuando comenzaron á dar las doce de la noche. Aunque era Herman muy valeroso, contó con cierto estremecimiento interior, y con los ojos siempre fijos en el mismo punto, las once campanadas, cuando en el momento en que daba la última, se abrió la puer-

ta, y una jóven hermosa, pálida y silenciosa, apareció en el umbral, iluminada por una luz oculta tras ella. Herman quiso llamar, mas como si hubiese adivinado su intencion, la jóven llevó un dedo á su boca para recomendarle el silencio, y con la otra mano le hizo seña de que le siguiese.

CAPITULO IV.

Herman vaciló un momento; pero pensando en seguida que era vergonzoso en un hombre temblar delante de una muger, dió algunos pasos hácia la misteriosa desconocida, que viéndolo acercarse, entró en el cuarto, tomó una lámpara colocada sobre una mesa, abrió una puerta, y desde el umbral de ella, se volvió para hacer una nueva seña al arquero, que habia quedado de pié á la entrada de la segunda pieza. La seña fué acompañada de una sonrisa tan graciosa, que hizo des-

aparecieran los últimos temores de Herman. Se lanzó tras la jóven, que oyendo sus precipitados pasos, se volvió por última vez para hacerle señal de que caminase tras ella, conservando algunos pasos de distancia. Herman obedeció.

Avanzaron así en silencio, atravesando una porcion de habitaciones desiertas y sombrías, hasta que al fin el guia misterioso abrió la puerta de una pieza brillantemente iluminada, en la cual estaba preparada una mesa con dos cubiertos. La jóven entró primero, colocó la lámpara sobre la chimenea y fué á sentarse, sin pronunciar una palabra, sobre una de las sillas que esperaban á los convidados. Viendo en seguida que Herman, intimidado y vacilando se habia detenido en el umbral de la puerta.

—Bien venido séais—le dijo—al castillo de Windeck.

—Debo aceptar el honor que me ofreceis?—respondió Herman.

—No teneis hambre y sed, señor arquero?—contestó la jóven—sentaos á esa mesa, comed y bebed; yo soy quien os invito.

—Vos sois sin duda la castellana?—dijo Herman sentándose.

Sí—contestó con un movimiento de cabeza la jóven.

—Y habitais sola estas ruinas?—continuó el arquero, mirando á su rededor con asombro.

—Soy sola.

—Y vuestros parientes?

La jóven le señaló con el dedo, dos retratos colgados en la pared, el uno de hombre, y de muger el otro, y dijo en voz baja:

—Soy la última de la familia.

Herman la miró sin saber todavía qué pensar del sér estraño que tenia ante su vista. En aquel momento sus ojos se encontraron con los de la jóven, que estaban húmedos y enternecidos. Herman no pensaba ni en la sed, ni en el hambre; veia delante de él, de un pobre arquero, una noble dama, olvidando su nacimiento y su orgullo, para recibirlo á su mesa; él era jóven y hermoso, y no desconfiaba de sí mismo; creyó que esa hora que se presenta, segun dicen, al hombre que va á hacer fortuna, se presentaba á él en aquel instante por única vez.

—Comed—le dijo la jóven sirviéndole la cabeza de un jabalí.—Bebed,—añadió vertiendole un vaso de vino, rojo como una sangre.

—Cómo os llamais, hermosa huéspeda?—dijo Herman animado y levantando su vaso.

—Me llamo Berta.

—Pues bien, á vuestra salud, hermosa Berta!—continuó el arquero. Y bebió el vino de un solo trago.

Berta no respondió nada, pero se sonrió tristemente.

El efecto del licor fué magnífico; los ojos de Herman brillaron á su turno, y aprovechándose de la invitacion de la castellana, atacó la cena con un encarnizamiento que probaba que no se le habia ofrecido á un ingrato, y que podia escusar el olvido que habia padecido, no haciendo la señal de la cruz, como era su costumbre hacerlo, cada vez que se sentaba á la mesa. Berta lo miraba sin imitarlo.

—Y vos—le dijo él—no comeis?

Berta hizo señal de que no, y le vertió vino por segunda vez. Era ya una costumbre en aquella época, que las hermosas damas mirasen como una cosa indigna de ellas el beber y comer, y Herman habia visto frecuentemente en las comidas á las cuales habia asistido como criado, á las castellanas permanecer así, mientras los caballeros comian al rededor de ellas, á fin de hacer creer que, semejantes á las mariposas y á las flores, cuyo brillo y ligereza tenian, no vivian mas que con el perfume y el rocío. Creyó que lo mismo seria Berta, y continuó comiendo y bebiendo, como si ella lo hubiese acompañado. Por otra parte, su graciosa huéspeda no permanecia inactiva, pues viendo que su vaso estaba vacío se lo llenó por la tercera vez.

Herman no sentia ya ni temor ni embarazo: el vino era delicioso y real; hacia en el corazon del convidado nocturno su efecto accstumbrado; Herman se sentia lleno de confianza en sí mismo, y

recapitulando todos los méritos de que se juzgaba poseedor, á esa hora no se admiraba de la buena buena fortuna que le llegaba; lo que le asombraba solamente, era que hubiera tardado tanto. Se hallaba en esta feliz disposicion, cuando sus ojos se fijaron en un laúd colocado sobre una silla, como si hubiera servido en aquel mismo dia; entonces pensó que una poca de música no vendria mal despues de la escelente comida que aeababa de hacer. En consecuencia, invitó graciosamente á Berta para que tomase su laúd y cantase alguna cosa.

Berta estendió su mano, tomó el instrumento y principió un preludio tan vibrante, que Herman sintió estremecerse hasta la última fibra de su corazon; apenas se habia repuesto de aquella emocion, cuando con voz tierna y profunda á la vez la jóven comenzó una balada, cuya letra tenia con la situacion en que se hallaba tal analogía, que hubiera podido creerse que la misteriosa jóven improvisaba.

Era una castellana enamorada de un arquero.

La alusion no se escapó á Herman, y si aun le hubiesen quedado algunas dudas, la balada las hubiera disipado: así, pues, á la última copla se levantó, y dando vuelta á la mesa, fué á colocarse tras de Berta, y tan cerca, que cuando la mano de esta se deslizó de las cuerdas del instrumento, cayó en las de Herman, el cual se estremeció al con-

tacto de aquella mano helada; mas se recobró al instante.

—Ay! —le dijo él—señora, yo no soy mas que un pobre arquero siu nacimiento y sin fortuna; pero para amar tengo el corazon de un rey.

—Yo no deseo mas que un corazon—respondió Berta.

—Sois, pues, libre?—se aventuró Herman á preguntar.

—Soy libre—contestó la jóven.

—Os amo!—dijo Herman.

—Y yo tambien—contestó Berta.

—Y consentís en casaros conmigo?—esclamó Herman.

Berta se levantó sin contestar, se dirigió á un mueble, y abriendo un cajon, tomó dos anillos, que presentó á Herman; volviendo en seguida al mueble, sacó, guardando siempre silencio, una corona de flores de naranjo y un velo de novia. Colocó el velo sobre su eabeza, lo afirmó con la corona, y volviéndose:

—Estoy pronta—dijo.

Herman se estremeció, casi á pesar suyo; sin embargo, habia adelantado demasiado para no proseguir hasta el fin. Ademas, qué arresgaba él, pobre arquero, que no poseia ni un pedazo de tierra, y para el que solo la plata sellada con que estaba cubierta la mesa, hubiera sido una fortuna?

Alargó, pues, la mano á su novia, haciéndole á

su turno señal con la cabeza, de que estaba pronto á seguirla.

Berta tomó con su mano fria la ardiente de Herman, y abriendo una puerta, entró en un corredor sombrío, que no estaba iluminado mas que por la luz pálida de la luna, que saliendo de entre las nubes, penetraba á traves de las estrechas ventanas, colocadas de trecho en trecho. En seguida, al cabo del corredor, encontraron una escalera que descendieron, rodeados de profundas tinieblas: entonces Herman, acometido de un estremecimtento involuntario se detuvo, y quiso retroceder; mas le pareció que la mano de Berta apretaba la suya con una fuerza sobrenatural; de manera que medio avergonzado y obligado por la fuerza, continuó siguiéndola.

Descendian siempre, y al cabo de un instante, le pareció á Herman, segun la húmeda impresion que sentia, que se hallaban en una region subterránea; á los pocos instantes ya no le quedó la menor duda: habian cesado de bajar, y caminaban sobre un terreno unido que era fácil reconocer por el piso de una caverna.

Al cabo de diez pasos se detuvo Berta, y volviéndose hácia la derecha:

—Venid, padre mio—dijo.

Al cabo de otros diez se detuvo de nuevo, y volviéndose á la izquierda:

—Venid, madre mia—añadió.

Y continuó su camino, hasta que habiendo andado otros diez pasos, dijo por tercera vez:

—Venid, hermanas mias.

Y aunque Herman no podia distinguir nada, le pareció oir á sus espaldas, un ruido de pasos, y el roce de los vestidos. En aquel momento su cabeza tocó la bóveda; mas Berta empujó la piedra con la punta del dedo, y la piedra se levantó. Daba entrada á una iglesia espléndidamente iluminada; salian de una tumba y se encontraban en un altar. Al mismo tiempo se levantaron dos baldones del coro, y Herman vió aparecer al padre y á la madre de Berta, con el mismo trage en que estaban en los dos cuadros del aposento donde habia cenado, y tras ellos, en la nave, salir de la misma manera los monges de la abadía inmediata al castillo, y que hacia un siglo estaba arruinada. Todo estaba, pues, reunido para el matrimonio, novios, parientes convidados. Solo faltaba el sacerdote. Berta hizo una señal, y un obispo de mármol, acostado sobre una tumba, se levantó con lentitud y se colocó delante del altar. Entonces Herman se arrepintió de su imprudencia, y hubiera dado muchos años de su vida por hallarse en la sala de los guardias, acostado al lado de sus compañeros; mas se sentia arrastrado por una fuerza sobrehumana, y semejante á un hombre poseido de un espantoso sueño, que no puede gritar ni huir.

Durante ese tiempo, Othon habia despertado, y

sus ojos se fijaron naturalmente en el lugar donde debia velar Herman; mas Herman no estaba allí, y nadie ocupaba su lugar. Othon se levantó; uno de sus últimos recuerdos del momento en que se durmió, era haber visto confusamente abrirse una puerta y aparecer una muger; habia tomado aquello por el principio de un sueño; pero la ausencia de Herman le daba una apariencia de realidad; sus ojos se volvieron en seguida hácia la puerta, que recordaba perfectamente haber visto cerrada, mientras que él mismo estaba de centinela, y que se encontraba entonces abierta.

Sin embargo, Herman, fatigado, podia tal vez haber cedido al sueño; Othon tomó una rama de pino, la prendió en el hogar, recorrió uno por uno á todos los arqueros, y no reconoció al que buscaba. Entonces despertó al anciano, á quien correspondia hacer su centinela; Othon le refirió lo que habia pasado, y le suplicó que velase, mientras él iba á buscar á su perdido compañero. El anciano sacudió la cabeza, y en seguida:

—Habrá visto á la castellana de Windeck,—dijo—y en ese caso es hombre perdido.

Othon estrechó al viejo á que se esplicase; mas no quiso decir otra cosa; no obstante, esas pocas palabras, en lugar de calmar en Othon el deseo de buscarlo, le comunicaron nuevo ardor; veia en toda aquella aventura, alguna cosa misteriosa y sobrenatural, que su valor se enorgullecia en profun-

dizar, ademas de que amaba á Herman; los dos dias de viaje que habia hecho con él, se lo habian manifestado como un compañero alegre y valiente que sentia mucho perder; en fin, tenia mucha confianza en una medalla milagrosa, conducida de Palestina por uno de sus abuelos, que habia hecho la tocasen al sepulcro de Cristo, regalo que su madre le habia hecho en la infancia, y que siempre habia llevado religiosamente sobre su pecho.

Aunque fueron muchas las observaciones que le hizo el anciano, Othon no desistió de la resolucion que habia tomado, y á la luz de su antorcha natural, entró en la pieza inmediata, cuya puerta habia quedado abierta; todo se hallaba en su lugar, escepto una puerta que se hallaba abierta, y entonces pensó que Herman habia entrado por una y salido por la otra; tomó, pues, el mismo camino y atravesó aquella misma serie de habitaciones por las que habia pasado Herman, la cual terminaba en la sala del festin.

Aprócsimándose á ella, le pareció oir hablar, y se detuvo inmediatamente: escuchó, y despues de un instante de atencion, no conservó ya la menor duda; mas no era la voz de Herman; pensando sin embargo que los que hablaban podrian darle noticias suyas, se acercó á la puerta: cuando llegó al umbral se detuvo, sorprendido por el estraño espectáculo que se presentó á su vista; la mesa se hallaba servida é iluminada; solo los convidados

habian cambiado; los dos retratos se habian desprendido de la tela, y descendido de sus cuadros; sentados uno á cada lado de la mesa, conversaban gravemente, como convenia á personas de su edad y condicion. Othon creyó que lo engañaba su vista: tenia á su frente personages que parecian por sus trages pertenecer á una generacion que habia desaparecido hacia mas de un siglo, y que hablaban el aleman del tiempo de Cárlos el Calvo. Othon prestó mas atencion á lo que veia y escuchaba.

—A pesar de todas vuestras razones, mi querido conde,—decia la muger—no dejaré de sostener que el matrimonio que hace en este momento nuestra hija Berta, es una baja alianza, de la que no ha habido ejemplo en nuestra familia, puf! un arquero......

—Señora,—contestó el marido—teneis razon; pero hace mas de diez años que nadie se ha presentado en estas ruinas, y ella sirve á un amo menos dificil que vos, y para quien una alma es una alma......Por otra parte, puede llevarse el vestido de arquero, y no ser por ello un villano. Testigo ese jóven Othon, que viene para oponerse á su union, que nos escucha insolentemente, y al que voy á atravesar con mi espada, si no se reune al instante con sus camaradas.

Al pronunciar estas palabras, volviéndose hácia la puerta donde estaba el jóven mudo é inmóvil

de admiracion, sacó su espada, y se acercó á él con paso lento y automático, como si caminase impulsado por resortes hábilmente combinados, y no lo hiciese ayudado de sus músculos.

Othon lo miró acercarse, con un espanto de que no era dueño; mas no por eso dejó de prepararse á sostener el combate, cualquiera que fuese el adversario. Sin embargo, viendo con qué enemigo tán estraño tenia que luchar, comprendió que no estarian por demas para defenderse, tanto las armas temporales como las espirituales: en consecuencia, antes de sacar su espada, hizo la señal de la cruz.

En el mismo instante se apagaron las bugías, desapareció la mesa, y el anciano caballero y su esposa, se desvanecieron como visiones. Othon permaneció un momento aturdido; en seguida, no viendo ni escuchando nada, entró en la sala poco antes tan llena de luces, y entonces vió que los fantásticos convidados habian recobrado sus lugares en los cuadros; solo los ojos del anciano caballero parecian vivos todavía, y seguian á Othon amenazándolo.

Este continuó su camino. Segun lo que habia escuchado, juzgaba que un inminente peligro amenazaba á Herman, y viendo una puerta abierta, siguió la indicacion dada y entró en el corredor. Cuando llegó al fin del pasadizo, y al principio de la escalera, descendió las primeras gradas, y bien

pronto se encontró al nivel del cementerio de la abadía, junto al cual veia la iglesia; mas Othon quiso mejor atravesar el cementerio, que pasar por debajo de él. Entró, pues, en el claustro y se dirigió á la iglesia; mas como la puerta estaba cerrada, tuvo que empujarla, y la cerradura saltó del encino, tanta era la vetustez de la puerta.

Entonces se halló en la iglesia y vió todo; los religiosos, los novios, los parientes, y dispuesto á pasar al dedo de Herman, pálido y tembloroso, el anillo nupcial, al obispo de mármol que acababa de levantarse de la tumba: no habia duda, era el matrimonio de que hablaban el caballero anciano y su muger. Othon estendió la mano hácia una pila de agua bendita, y llevando sus dedos húmedos á la frente, hizo la señal de la cruz.

Al instante todo se desvaneció como por encanto: obispo, novios, parientes y religiosos; los cirios se apagaron; la iglesia tembló, como si al volver á entrar en sus tumbas, los muertos hubiesen conmovido sus fundamentos; se escuchó un trueno, un relámpago atravesó el coro, y como si hubiese sido herido del rayo, Herman cayó sin conocimiento en el embaldosado del santuario.

Othon se acercó á él, alumbrado por su antorcha pronta á apagarse, y colocándolo en sus espaldas, trató de llevárselo: en aquel momento la rama resinosa llegaba á su fin; Othon la arrojó á lo lejos y quiso salir por la puerta; mas la oscuridad era

tan profunda, que no pudo lograrlo, y anduvo mas de media hora tropezando de pilar en pilar, con la frente cubierta de sudor, y los cabellos erizados al recuerdo de las cosas infernales que habia visto. Por fin halló la tan buscada puerta.

En el momento en que ponia el pié en el claustro, escuchó su nombre y el de Herman, repetidos por muchas voces, y al mismo tiempo brilló la luz de muchas antorchas en las ventanas del castillo; en fin, algunos aparecieron al pié de la escalera, y se dispersaron bajo los arcos del claustro; Othon respondió entonces con un solo grito, con el que agotó el resto de sus fuerzas, y cayó desmayado al lado de Herman sin conocimiento.

Los arqueros llevaron á los dos jóvenes á la sala de guardia, donde á poco tiempo abrieron los ojos. Herman y Othon refirieron entonces cada uno á su turno lo que les habia sucedido: en cuanto al anciano arquero, oyendo aquel trueno que estalló sin tempestad, despertó al instante á todos sus compañeros, y se puso en busca de los aventureros y arrojados jóvenes, que encontró, como hemos visto, en un estado poco diferente el uno del otro.

Ninguno volvió á dormirse, y á las primeras luces del alba, la comitiva salió silenciosamente de las ruinas del castillo de Windeck, y prosiguió su camino para Cléves, donde llegó á las nueve de la mañana.

CAPITULO V.

La liza preparada para el tiro del arco, era un llano que se estendia desde el castillo de Clèves hasta las orillas del Rhin. Del lado del castillo, se habia formado un tablado, que aguardaba al príncipe y á su comitiva; del otro y sobre la ribera, el pueblo de todas las aldeas vecinas estaba ya colocado, esperando el espectáculo que iba á gozar, y del que estaba tanto mas orgulloso, cuanto que el vencedor de aquel dia, debia salir de sus filas. Un grupo de arqueros llegados de diversas partes de Alemania, esperaban ya en una de las estremidades de la pradera, mientras que en la otra, el blanco que debian tocar las flechas, presentaba á ciento cincuenta pasos de distancia, en medio de un cartel blanco, un punto negro rodeado de dos círculos, uno rojo y otro azul.

A las diez se oyeron sonar las trompetas: se abrieron las puertas del castillo, y salió de él una elegante cabalgata: se componia del príncipe Adolfo de Cléves, de la princesa Elena, y del conde soberano de Ravenstein. Una comitiva numerosa de pages y de lacayos, á caballo, como sus amos, aunque la distancia que separaba el castillo de la pradera fuera de media milla, seguia á los señores y parecia desarrollándose, sobre el estrecho sendero que descendia de la colina al llano, una larga serpiente diapreada que llegaba á apagar su sed en el rio.

Con prolongadas aclamaciones fueron recibidos el rey y la reina de la fiesta, en el momento en que subieron al tablado que se les habiapre parado. En cuanto á Othon, aunque aquellos se habian ya sentado, no habia salido un solo grito de su boca, tan absorto estaba en una muda y profunda contemplacion, á la vista de la jóven princesa Elena.

Era en efecto una de las mas graciosas creaciones que podia producir aquella Alemania del Norte, tan fecunda en tipos pálidos y graciosos. Como las plantas que crecen en la sombra, templando sus raices en un suelo húmedo, á Elena le faltaban tal vez esos vivos colores de la juventud, que brillan bajo un sol mas ardiente; pero en cambio tenia toda la elasticidad y gracia de esas preciosas flores de los lagos, que se ven salir del agua al amanecer, para mirar un instante á su rededor,

y tomar parte en la fiesta de la vida; pero que se cierran al crepúsculo, y se acuestan al anochecer, sobre sus largas y redondas hojas de tallos invisibles, que la naturaleza les ha dado por lecho. Seguia á su padre, y ella misma iba seguida del conde de Ravenstein, que debia, segun decian, recibir muy pronto el título de desposado; tras ellos marchaban los pages que conducian sobre un cojin de terciopelo encarnado, la gorra destinada al premio del vencedor. En fin, los oficiales de princípe Adolfo concluyeron de llenar los lugares del honor reservados en el tablado, y despues de haber contestado la princesa Elena con una graciosa inclinacion de cabeza, al murmullo de admiracion con que fué recibida, hizo señal su padre de que podian comenzar.

Habia ciento veinte arqueros, poco mas ó menos, y las condiciones impuestas eran las siguientes:

"Los que al primer tiro no diesen en el cartel blanco, debian retirarse inmediatamente, y renunciar á concurrir.

"Los que al segundo tiro pusiesen sus flechas fuera del círculo rojo, debian retirarse á su turno.

"En fin, no debian quedar para la lucha definiva, mas que los que despues del tercer tiro, se mantuviesen dentro del círculo azul."

De esa manera, se evitaba la confusion entre los concurrentes; ademas, lo que era tambien muy po-

sible, que la casualidad en lugar de la destreza no formase un vencedor de un arquero mediano.

Tan pronto como se dió la señal, todos los arqueros tendieron sus arcos y prepararon sus flechas. Todos se habian inscrito, y la colocacion se habia arreglado por órden alfabético. Un heraldo llamaba por sus nombres, y segun eran llamados, los tiradores se adelantaban y lanzaban sus flechas.

Veinte arqueros sucumbieron á aquel primer tiro, y se retiraron avergonzados, y acompañados de las risas de los espectadores, á un lugar reservado donde muy pronto debian reunírseles sus nuevos compañeros de infortunio.

Al segundo tiro, el número fué mas considerable todavía, porque mientras mas dificil era la tarea, mas escluidos debia necesariamente haber. En fin, al tercero, no quedaron para disputar el premio mas que once tiradores, entre los cuales se encontraban Frantz, Herman y Othon. Eran los mejores arqueros que habia desde Strasburgo hasta Nimégue. Así, pues, redobló la atencion, y los mismos tiradores que ya no tenian derecho á la lucha, olvidando su derrota, participaron de aquella ansiedad general, haciendo votos cada uno de ellos, para que la suerte que los habia abandonado, protegiese á un amigo, á un compatriota ó á un hermano.

Entonces se celebró un nuevo convenio entre los mismos arqueros: todos los tiradores cuyas flechas

no tocasen aquella vez el punto negro, quedában escluidos, y por consecuencia reducido el número de los concurrentes. Siete tiradores sucumbieron: Frantz y Herman, habian dado el golpe que en términos de tiro se llama *sucio*, es decir, que habian colocado sus flechas en la orilla del punto. Mildar y Othon habian dado cabalmente en el centro.

Mildar, á quien nombramos por primera vez, era un arquero del conde de Ravenstein, cuya reputacion habia remontado el Rhin, desde el lugar en que se pierde en las arenas del Ortrech, hasta el del en que sale débil riachuelo de la cadena de San Gotardo; hacia mucho tiempo que Frantz y Herman, que querian sostener su reputacion, deseaban encontrarse con aquel terrible adversario que siempre se les oponia. El fallo acababa de darse; sin haber sido despedidos, la ventaja habia quedado por Mildar, á quien solo Othon habia constantemente contrarestado.

Mientras mas disminuia el número de los tiradores, mas se aumentaba el interes de los espectadores. Así, pues, los cuatro arqueros que habian quedado en la liza eran el objeto de todas las miradas. Tres eran ya célebres, por haberse disputado y llevado muchos premios; pero el cuarto y el mas jóven, era completamente desconocido de todos; unos á otros se preguntaban su nombre,

y ninguno podia dar á conocer otro que el que él mismo habia escogido.... *Othon el Arquero.*

Segun el órden alfabetico, Frantz debia tirar el primero. Se adelantó hasta el límite señalado por una cuerda, escogió su mejor flecha, la colocó lentamente, y levantando su arco, fijó la vista por algunos segundos, con toda la atencion de que era capaz, despues soltó la cuerda, y la flecha se clavó en el centro del punto negro. Por todas partes se oyeron mil esclamaciones: Frantz se retiró á un lado, para dejar la plaza á sus camaradas.

Herman se adelantó, tomó las mismas precauciones que el primero y obtuvo el mismo resultado.

Llegó su turno á Mildar. Se colocó en el lugar designado, en medio del mas profundo silencio; escogió con el mayor cuidado una flecha de su carcax, la puso en equilibrio sobre su dedo, con el objeto de ver si el hierro de la punta no pesaba mas que el marfil del otro cabo, y satisfecho del ecsámen, la colocó sobre la cuerda. En aquel momento el conde de Ravenstein, su patron, se levantó, y sacando una bolsa:

—Mildar,—le dijo—si te acercas mas á la varita que tus dos adversarios, es tuya la bolsa.—En seguida la arrojó, cayendo á los piés del arquero. Pero estaba este tan preocupado, que apenas prestó atencion á lo que le decia su amo. La bolsa hizo bastante ruido al caer, mas ni siquiera movió

la cabeza; muchas miradas se fijaron un instante en la yerba, buscando aquel oro brillante, en medio de la red de seda que lo cubria, mas inmediatamente volvieron á dirigirse á Mildar.

No fué engañada la esperanza del conde de Ravenstein; la flecha de Mildar rompió la varita y se clavó precisamente en el centro; resonó un grito por todas partes; el conde de Ravenstein palmoteó frenéticamente. Elena, por el contrario, se puso visiblemente pálida, tanto, que su padre inquieto se inclinó á ella preguntándole si sufria; mas esta por toda respuesta sacudió su rubia cabeza sonriéndose, y tranquilizado el princípe Adolfo, dirigió su vista á los tiradores. Mildar recogia la bolsa.

Quedaba Othon, á quien su nombre habia dejado al último, y á quien la destreza de Mildar parecia no dejar la menor esperanza. Sin embargo, él tambien se sonrió como la princesa, y en aquella sonrisa hubiera podido observarse que todavía no se consideraba vencido.

Pero los que parecian tomar el mas vivo interes en aquella lucha de destreza, eran Frantz y Herman. Vencidos ambos, reconcentrado todas sus esperanzas en su jóven camarada. No tenian una bolsa de oro que arrojar á sus piés, como lo habia hecho el conde Ravenstein; mas se aprocsimaron á Othon y le apretaron la mano.

—Piensa en el honor de los arqueros de Colo-

nia,—le dijeron—aunque en conciencia no sabemos cómo podrás defenderlo.

—Puedo,—respondió Othon—si quieren quitar la flecha de Mildar, clavar la mia en el agugero que hizo la suya.

Frantz y Herman se miraron con una admiracion que participaba del asombro. Othon hizo aquella proposicion con un tono tan sereno y con tal sangre fria, que no dudaron, segun las pruebas de destreza que les habia dado, que estuviese en estado de hacer lo que decia. Un rumor considerable circulaba por toda la asamblea; así, pues, hicieron señal de que querian hablar, y el silencio se restableció. Entonces Herman, dirigiéndose al tablado donde estaba el príncipe de Cléves, elevó la voz y le trasmitió la súplica de Othon. Era tan justa y tan estraordinaria, que al instante se le concedió, y entonces fué Mildar quien se sonrió, mas con un aire de duda que probaba que miraba la cosa como imposible.

Entonces Othon colocó en el suelo su gorra, su arco y sus flechas, y fué él mismo con paso lento y acompasado á ecsaminar el golpe, era cual lo habia dicho el señalador: cuando llegó al blanco, Mildar, que lo habia seguido, arrancó su flecha. Frantz y Herman quisieron hacer otro tanto, pero Othon los detuvo con una mirada: comprendieron que su jóven camarada deseaba servirse de sus dardos como de dos guias, y respondieron con una

señal de inteligencia. Othon recogió entonces una margarita de los campos, la enterró en la cavidad formada por la flecha de Mildar, á fin de que en el centro del punto negro, lo guiase un objeto blanco; tomada esta precaucion volvió á sû lugar, sin humildad, pero sin orgullo, convencido de que aunque perdiese el premio lo habia disputado por bastante tiempo, para no avergonzarse de verlo pasar á las manos de otro.

Cuando llegó al límite, esperó un instante que cada uno hubiese recobrado su lugar. Restablecido el órden, recogió su arco, pareció tomar á la casualidad una de las flechas, aunque un ojo ejercitado hubiera observado que habia escogido entre las demas la que habia tomado, sacudió la cabeza para apartar sus largos cabellos rubios, que el movimiento habia colocado ante sus ojos; y en seguida, mas sereno, y sonriéndose como el Apolo Pythiano, colocó su flecha en el arco, la levantó lentamente, á la altura del blanco y de su vista, retiró su mano derecha, hasta que la cuerda del arco tocase su espalda, y permaneció un instante inmóvil como un arquero de piedra: repentinamente se vió despues pasar la flecha como un relámpago, y al mismo tiempo desaparecer la margarita. Othon habia cumplido lo ofrecido, y su flecha habia reemplazado en el centro del blanco á la flecha de Mildar. Un grito de unánime sorpresa se oyó por todas partes, puesto que la cosa pare-

cia un milagro. Othon se volvió hácia el príncipe y saludó. Elena se ruborizó de placer, y Ravenstein de despecho.

Entonces el príncipe Adolfo de Cléves se levantó, y declaró que desde aquel momento contaba dos vencedores; que por consecuencia habria dos premios; uno seria la gorra bordada por su hija, y el otro la cadena que el ministro llevaba al cuello. Sin embargo, como aquella lucha de destreza le interesaba, lo mismo que á la concurrencia, manifestó su deseo de que cada uno de los adversarios propusiese la última prueba á su eleccion, estando el otro obligado á admitirla. Othon y Mildar aceptaron, como hombres que lo hubiesen pedido si no se les hubiese ofrecido, y la multitud, alegre al ver prolongarse un obstáculo tan interesante para ella, aplaudió con un movimiento unánime, agradeciendo al príncipe su generosidad.

El órden alfabético daba á Mildar la eleccion de la primera prueba. Así es que se dirigió á la orilla del rio, cortó dos ramitas de sauce, colocó una á cierta distancia del blanco primitivo, y habiéndose situado en el límite, la dobló con su flecha.

Othon colocó la otra é hizo lo mismo.

Mas le tocaba á él su turno: tomó dos flechas; colocó una en su cinturon, la otra en el arco, la arrojó haciendo que describiese un círculo, y mientras que la primera caia verticalmente, la rompió con la segunda.

La cosa pareció tan milagrosa á Mildar, que declaró que no habiéndose jamas entregado á aquel ejercicio miraba como imposible ejecutarlo. En consecuencia se confesó vencido, y dejó la eleccion á su adversario, entre la gorra bordada por la princesa Elena, ó la cadena de oro del príncipe Adolfo de Cléves.

Othon escogió la gorra, y fué á arrodillarse delante de la princesa, en medio de una triple aclamacion de la multitud.

CAPITULO VI.

Cuando Othon se levantó con la frente adornada con la gorra que acababa de ganar, su rostro brillaba de alegría y felicidad. Los cabellos de Elena casi habian tocado los suyos, sus alientos se habian confundido, era la primera vez que aspiraba el de una muger.

Sentaba tan bien su justillo verde á su talle esbelto y delicado, sus ojos brillaban tanto con el orgullo que siente el hombre con su primer triunfo, y estaba, en fin, tan hermoso y tan orgulloso con su felicidad, que el príncipe Adolfo de Cléves pensó al instante cuán ventajoso le seria el enganchar semejante servidor. En consecuencia, volviéndose hácia el jóven, que estaba pronto á descender las gradas del tablado:

— Un instante, jóven,—le dijo—espero que no nos dejareis tan pronto.

—Estoy pronto á las órdenes de vuestra señoría—contestó el jóven.

—Cómo os llamais?

—Me llamo Othon, monseñor.

—Pues bien, Othon,—continuó el príncipe—me conoceis, puesto que habeis venido á la fiesta que he dado. Sabeis que mis servidores y mis criados me consideran como un buen amo. Estais libre?

—Lo estoy, monseñor—contestó Othon.

—Pues bien, entonces quereis entrar en mi servicio?

—En qué calidad?—preguntó el jóven.

—En la que me parece que conviene á vuestra condicion y á vuestra destreza. En la de arquero.

Othon se sonrió con una espresion indefinible, para los que no debian ver en él mas que un hábil tirador de arco, é iba sin duda á responder segun su rango y no segun su apariencia, cuando vió los ojos de Elena fijarse en él con tal espresion de ansiedad, que se detuvieron las palabras en sus labios. Al mismo tiempo la jóven juntó las manos en señal de súplica; Othon sintió desvanecerse su orgullo á aquel primer rapto de amor, y volviéndose al príncipe:

—Acepto—le dijo.

Un relámpago de alegría pasó por el rostro de Elena.

—Pues bien, está dicho;—continuó el príncipe

—y desde este dia estais á mi servicio. Tomad esta bolsa, contiene las arras del mercado.

—Gracias, monseñor:—contestó Othon sonriéndose—tengo todavía algun dinero, que proviene de mi madre. Cuando se concluya, reclamaré de vuestra señoría la paga que me corresponde en razon de mis servicios. Solo reclamaré, puesto que vuestra señoría está tan bien dispuesto por mí, otra gracia.

—Cuál?—dijo el príncipe.

—La de enganchar—contestó Othon—al mismo tiempo que á mí, á ese valeroso jóven que vuestra señoría ve allí apoyado en su arco, que se llama Herman: es un buen camarada que no quisiera yo dejar.

—Pues bien,—dijo el príncipe—ve á hacerle de mi parte el mismo ofrecimiento que te hecho á tí, y si acepta dale esta bolsa, que tú no has querido: él no será tal vez tan orgulloso como tú.

Othon saludó al príncipe, descendió del tablado y trasmitió á Herman la proposicion y la bolsa; recibió la una con alegría y la otra con reconocimiento; y en seguida ambos jóvenes se colocaron entre la comitiva del príncipe.

Esta vez no daba la mano á su hija; era el conde de Ravenstein quien habia solicitado y obtenido aquel honor: la noble comitiva anduvo un poco á pié para llegar al lugar donde estaban los caballos; el de la princesa Elena estaba al cuidado de

un simple lacayo, puesto que el page que debia tener el estribo á la princesa, habia permanecido por mas tiempo del que debia haberlo hecho, entre la multitud de los espectadores, donde lo habia conducido la curiosidad.

Othon observó su ansia, y olvidando que era descubrirse, puesto que solo un jóven noble debia llenar las funciones de page ó escudero, se lanzó para reemplazarlo.

—Parece, jóven,—le dijo el conde de Ravenstein apretándole con el brazo—que la victoria te hace olvidar tu rango. Por esta vez te perdonamos tu orgullo, en favor de tu buena voluntad.

La sangre subió al rostro de Othon con tal rapidez, que le pasó como una llama delante de los ojos; mas comprendió que decir una palabra ó hacer una señal era perderse: permaneció, pues, inmóvil y mudo. Elena le dió las gracias con una mirada. Habia ya entre aquellos dos juveniles corazones, que apenas acababan de conocerse, una inteligencia tan profunda y tan simpática, como si hubiesen sido siempre hermanos.

El caballo del page habia quedado libre, y el lacayo lo conducia por la brida. El príncipe lo observó, y tras él á Othon, que caminaba con Herman.

—Othon,—dijo el príncipe—sabeis montar á caballo?

—Sí, monseñor—contestó este sonriéndose.

—Pues bien, toma el caballo del page; no es justo que un vencedor vaya á pié.

Othon saludó con la cabeza, en señal de obediencia y de agradecimiento. Aprócsimándose en seguida al corcel, se puso en la silla sin ayuda del estribo con tantagracia y prontitud, que era evidente que aquel nuevo ejercicio le era tan familiar como el otro en que poco antes habia dado una prueba tan grande de destreza.

La cabalgata continuó su camino hácia el castillo; cuando llegó á la puerta de la entrada, Othon notó el escudo que la adornaba, y sobre el cual se hallaban esculpidas y pintadas las armas de la casa de Cléves, que eran azul con un cisne de plata sobre un mar de sinople (verde:) recordó entonces que aquel cisne tenia relacion con una antigua tradicion de la casa de Cléves, que frecuentemente habia oido referir en su infancia; sobre aquella puerta habia un balcon pesado y macizo, que llamaban el balcon de la princesa Beatriz, y entre la puerta y esté, una escultura del principio del siglo XIII, que representaba un caballero dormido en una barca, conducida por un cisne; en fin, esta figura heráldica se hallaba reproducida por todas partes, enlazándose graciosamente á los adornos mas modernos de ciertas partes del castillo nuevamente edificadas.

El resto del dia se pasó entre fiestas. Othon, en su calidad de vencedor, fué durante todo él el ob-

jeto de la atencion general; y mientras que el príncipe daba por su parte un rico banquete, los camaradas de Othon le ofrecieron una comida, de la cual él fué el príncipe. Solo Mildar rehusó tomar parte en ella.

A la mañana siguiente, llevaron á Othon un vestido completo de arquero con las armas del príncipe. Othon miró por algun tiempo aquel trage que no por ser militar, dejaba de ser una librea; pero pensando en Elena, se armó de valor, dejó los vestidos que se habia hecho en Colonia, y se puso los que en adelante le estaban destinados.

El mismo dia comenzó su servicio, que era la guardia de las torrecillas y de las galerías. Llegó el turno de Othon, y el jóven arquero fué colocado de centinela sobre un terrado situado enfrente de las ventanas del castillo. Dió gracias al cielo por aquella casualidad; á traves de las ventanas abiertas para que pudiese entrar un rayo de sol que acababa de rasgar las nubes, esperaba ver á Elena. Su esperanza no fué engañada; Elena apareció bien pronto con su padre y el conde de Ravenstein, quienes se detuvieron mirando al jóven arquero; aun le pareció á Othon que los nobles señores se dignaban ocupar de él. En efecto, él era el objeto de la conversacion. El príncipe Adolfo de Clêves hacia notar al conde de Ravenstein el buen porte de su nuevo servidor, y el conde de Ravenstein hacia observar al príncipe Adolfo de

Cléves, que su nuevo servidor, con desprecio de todas las leyes divinas y humanas, llebaba los cabellos largos como un noble, mientras que hubiera debido tenerlos cortos, como convenia á un hombre de oscura condicion. Elena aventuró una palabra, para salvar de las tijeras la rubia y rizada cabellera de de su protegido; mas el príncipe Adolfo de Cléves, admirado de la justicia de la observacion de su futuro yerno, y celoso de las prerogativas reservadas á la nobleza, contestó que los demas arqueros tendrian derecho de quejarse, si se despreciaba en favor de Othon una regla á la que todos estaban sometidos.

Othon estaba muy lejos de pensar que se estaba tramando contra aquel adorno aristocrático, que tanto agradaba á su madre; pasaba y repasaba por delante de las ventanas, fijando sus ávidas miradas en el interior de los aposentos que habitaba la que él amaba ya con toda su alma: entonces eran sueños de felicidad y proyectos de venganza, los que se ofrecian juntos á su espíritu, enlazados como una mortífera serpiente, á un árbol cargado de deliciosos frutos. Ademas, de cuando en cuando, un recuerdo de la cólera paternal oscurecia su frente y pasaba como una nube entre el porvenir y el naciente sol de su amor.

Al bajar, despues de haber hecho su guardia, Othon encontró al barbero del castillo, que lo es-

peraba por mandato del conde, con la comision de cortarle los cabellos.

Othon hizo que dos veces le repitiera aquella órden, porque no pudiendo desechar los vivos recuerdos de su reciente esplendor, no queria creer que á él iba dirigida. Mas reflecsionando comprendió que lo que el príncipe ecsigia era demasiado sencillo para él, Othon era un arquero mas diestro que los demas; pero la destreza no ennoblece, y solo los nobles tenian derecho para usar largos los cabellos. Era, pues, preciso que Othon dejase el castillo ú obedeciese.

Era tal la importancia que los señores jóvenes daban entonces á aquella parte de su adorno, que Othon permaneció suspenso: le parecia que por su honor y el de su familia, no debia sufrir semejante degradacion. Por otra parte, desde el momento en que se resignase, á la vista de Elena no era verdarderaemente mas que un simple arquero, y valia mas pensar en alejarse de ella, que verse así humillado en su presencia. Se hallaba sumergido en estas reflecsiones, cuando pasó el príncipe dando el brazo á su hija.

Othon dió un paso hácia el príncipe, y éste, que conoció que el jóven queria hablarle, se detuvo.

—Monseñor,—dijo el jóven arquero—perdonadme si me atrevo á dirigiros semejante pregunta; mas realmente ha venido por órden vuestra este hombre á cortarme los cabellos?

—Sin duda,—respondió el príncipe admirado—Por qué lo preguntas?

—Es que vuestra señoría no me habló de esta condicion, cuando me ofreció el que entrase á su servicio entre los arqueros.

—No te hablé de esa condicion,—dijo el príncipe—porque no pensé que tuvieras la esperanza de conservar un adorno que no corresponde á tu estado. Eres de orígen noble para llevar los cabellos como un baron ó un caballero?

—Y sin embargo,—dijo el jóven eludiendo la pregunta—si yo hubiera sabido qué vuestra señoría ecsigia de uno semejante sacrificio, tal vez hubiera rehusado sus ofrecimientos, por mucho que hubiera sido el deseo qué hubiera tenido de aceptarlos.

—Todavía es tiempo de retroceder, mi jóven amigo—contestó el príncipe, que comenzaba á hallar muy estraña semejante obstinacion de parte de nu hombre del pueblo.—Pero guárdate de que eso no te sirva de gran cosa, y que el primer señor por cuyas tierras pases, no ecsija el mismo sacrificio, sin ofrecerte la propia indemnizacion.

—Para cualquier otro que vos, monseñor,—contestó Othon sonriéndose con una espresion de desden que causó admiracion al príncipe é hizo temblar á Elena—seria cosa fácil de emprender; pero dificil de lograr. Soy arquero, y—continuó colocando las manos sobre sus flechas—llevo, co-

mo vuestra señoría puede verlo, la vida de doce hombres en mi cinturon.

—Las puertas del castillo están abiertas,—respondió el conde--parte ó quédate, como quieras. No puedo revocar absolutamente la órden que he dado; decídete, pues eres libre. Ahora sabes ya las condiciones, y no podrás decir que en el enganche te he sorprendido.

—Estoy decidido, monseñor,—respondió Othon inclinándose con un respeto mezclado de dignidad, y pronunciando estas palabras con un acento que probaba que en efecto su resolucion estaba tomada.

—Partes?—dijo el príncipe.

Othon abrió la boca para responder; pero antes de pronunciar las palabras que debian separarlo siempre de Elena, fijó en ella la última mirada: una lágrima temblaba en las luengas pestañas de la jóven.

Othon permaneció contemplándola un momento.

—Partes?—preguntó por segunda vez el príncipe, admirado de esperar por tanto tiempo la respuesta de uno de sus servidores.

—No, monseñor, me quedo—dijo Othon.

—Está bien,—dijo el príncipe—estoy muy contento al verte mas razonable.

Y continuó su camino.

Elena no pronunció una palabra; pero miró á

Othon con tal espresion de reconocimiento, que cuando el padre y la hija se encontraron, á alguna distancia, el jóven se volvió alegremente hácia el barbero, que aguardaba su respuesta.

—Vamos, maestro,—le dijo—manos á la obra.

Y conduciéndolo al primer cuarto que encontró abierto en la galería, se sentó y entregó su cabeza al mancebo, quien comenzó la operacion para que habia sido llamado, sin comprender nada de lo que acababa de pasar á su vista. No por eso procedió con menos actividad, tanto que al cabo de unos instantes se hallaban cubiertas las baldosas con su cabellera encantadora, cuyas hebras rubias y rizadas rodeaban, cinco minutos antes, con tanta gracia, el rostro del jóven.

Othon habia quedado solo, y cualquiera que fuese la obediencia á las menores órdenes de Elena, no podia mirar sin pesar los sedosos bucles que tanto se complacia su madre en acariciar, cuando creyó oir un ligero ruido al fin del corredor: escuchó con atencion, y reconoció los pasos de la jóven. Entonces, aunque el sacrificio habia sido hecho á ella, le dió vergüenza el mostrarse con la frente despojada de sus cabellos, y se precipitó violentamente hácia un rincon, en el que habia una cortina, tras la cual se escondió. Apenas habia entrado cuando vió aparecer á Elena: caminaba con lentitud y como si hubiera buscado alguna cosa. Al pasar por delante de la puerta, sus ojos

se fijaron en el suelo. Mirando entonces á su rededor, y viendo que estaba sola, se detuvo un instante, y convencida en seguida por el silencio, entró llena de temor; se inclinó, siempre escuchando y mirando, y habiendo recogido uno de los bucles del jóven arquero que habia allí diseminados, lo ocultó en su pecho y huyó precipitadamente.

Othon entretanto habia caido de rodillas tras la cortina, con la boca abierta y las manos unidas. Dos horas despues, y en el momento en que menos se esperaba, el conde de Ravenstein mandó á su comitiva que estuviese pronta á dejar con él, al dia siguiente, el castillo de Cléves. A todos causó admiracion aquella repentina resolucion; mas en la misma tarde circuló entre los servidores del príncipe, la noticia de que, obligada por su padre á responder á la demanda que se le habia hecho de su mano, la jóven condesa habia declarado que preferia entrar en un convento, antes que ser la esposa del conde de Ravenstein.

CAPITULO VII.

Ocho dias despues de los sucesos que hemos referido en nuestro anterior capítulo, y en el instante en que el príncipe Adolfo de Cléves iba á levantarse de la mesa, se anunció que un heraldo del conde de Ravenstein acababa de entrar en el patio del castillo, portador de un cartel de desafio de parte de su amo. El príncipe se volvió hácia su hija, con una espresion en la que se mezclaban de una manera demasiado clara, su profunda ternura y su reconvencion. Elena se ruborizó y bajó la vista; despues de un momento de silencio, el príncipe dió órden de que se introdujese al mensagero.

Entró el heraldo: era un noble jóven vestido con los colores del conde, y que llevaba sus armas en el pecho; saludó profundamente al príncipe, y con

una voz á la vez llena de firmeza y cortesía, cumplió su mision guerrera. El conde Ravenstein, sin indicar los motivos de su declaracion, desafiaba al príncipe Adolfo, por cualquiera parte que pudiese encontrarlo, hombre á hombre, ó veinte contra veinte, con iguales armas, de dia ó de noche, en la montaña ó en el llano.

El príncipe escuchó el reto del conde, sentado y cubierto, y habiendo concluido, se levantó, tomó de un sillon donde estaba colocado su propio manto de terciopelo forrado de armiño, lo colocó en las espaldas del heraldo, se quitó del cuello una cadena de oro, pasándola al del mensagero, recomendando que lo tratasen magníficamente, con el fin de que cuando dejase el castillo dijese que en la casa del príncipe Adolfo de Cléves, un desafio de guerra era recibido como una invitacion para asistir á alguna fiesta.

Bajo aquella aparente tranquilidad, el príncipe ocultaba sin embargo una profunda inquietud. Habia llegado á la edad en que la armadura comienza á ser muy pesada para las espaldas de un guerrero. No tenia ni un hijo, ni un sobrino á quien confiar la defensa de su querella: amigos solamente, entre los cuales, en aquellos tiempos de turbacion en que cada uno tenia que hacer, ya por su propia cuenta, ya por la del emperador, encontraria, como lo pensaba, simpatías; pero no ausilio. No obstante, envió cartas por todas partes, que

llamaban á sus aliados y amigos. Despues se ocupó activamente en reparar su castillo, en fortificar los lugares débiles, y hacer entrar la mayor cantidad posible de víveres.

Por su parte, el conde de Ravenstein habia aprovechado los ocho dias de anticipacion que habia tenido sobre su adversario. Así, algunos dias despues de haber remitido el mensage, y antes que los aliados del príncipe de Cléves hubiesen tenido tiempo para llegar en su ausilio, se oyó repentinamente una voz que gritaba á las armas. Aquella voz era la de Othon, que se hallaba de centinela en las murallas, y que acababa de observar en el horizonte y por el lado de Fimégue, una nube de polvo, en medio de la que brillaban las armas, de la misma manera que aparecen las chispas por entre el humo.

El príncipe, sin pensar que el ataque seria tan pronto, estaba sin embargo preparado y dispuesto á sostenerlo. Hizo cerrar las puertas, bajar los rastrillos, y dió órden á la guarnicion de que subiese á las trincheras. En cuanto á Elena, descendió á la capilla de la condesa Beatriz y comenzó á orar.

Cuando las tropas del conde de Ravenstein se hallaron á media legua del castillo, el mismo heraldo que habia venido ya en nombre de su amo se separó del ejército precedido de una trompeta, y se acercó hasta el pié de las murallas. Allí la

tocó tres veces, y de parte del conde desafió de nuevo al príncipe en persona, ó á cualquier campeon que quisiera combatir en su lugar, concediendo tres dias, durante los que debia venir todas las mañanas, al prado que separaba los parapetos del rio, á requerirlo á combate singular, al fin de cuyo plazo, si su duelo no era admitido, ofreceria el combate general; despues de manifestado aquel desafio, se adelantó hasta la puerta, y clavó en ella con su puñal el guante del conde.

Por toda respuesta, el príncipe arrojó el suyo desde lo alto de la muralla. Y como la noche adelantaba, sitiados y sitiadores hicieron sus disposiciones, los unos para el ataque, para la defensa los otros.

Relevado Othon de su puesto, y viendo que el peligro no era inminente, descendió del terraplen al castillo; porque recorriendo el cuartel reservado á los arqueros y servidores del príncipe, sucedia que muchas veces veia á Elena en algun corredor. Entonces la jóven, aunque ignoraba que habia sido vista por el jóven arquero el dia en que recogió el bucle de sus cabellos, se sonreia algunas veces, y se ruborizaba siempre. En seguida, y bajo un pretesto cualquiera, dirigia, aunque raras veces, la palabra á Othon; esos dias eran de fiesta para el corazon del arquero, y tan pronto como se separaba de ella, iba á ocultarse en algun rincon retirado y solitario del castillo,

donde repetia en su memoria las palabras de la jóven castellana, y veia cerrando los ojos, la sonrisa ó el rubor qne las habian acompañado.

Esta vez fué en vano; tuvo que dirigir sus miradas al interior de todas las ventanas, recorrer todos los corredores; mas no la vió ni la encontró. Suponiendo entonces que oraba en la iglesia del castillo, bajó á ella: la iglesia estaba solitaria. No quedaba mas que la capilla de la condesa Beatriz, donde tal vez podria estar; pero aquella capilla era reservada, y los criados no entraban en ella sino cuando eran llamados.

Othon vaciló un instante en seguirla á aquel santuario: pensando que la gravedad de las circunstancias podia servirle de escusa, se dirigió en fin, por el lado donde esperaba encontrarla, y levantando la cortina que colgaba delante de la puerta, vió á Elena arrodillada al pié del altar.

Othon entraba por primera vez en aquel oratorio: era un retiro oscuro y religioso, en que la luz no penetraba sino á traves de los vidrios de colores, y donde todo disponia el alma á la oracion. Una sola lámpara suspendida sobre el altar, ardia delante de un cuadro, que representaba siempre aquella misma tradicion, de un caballero conducido por un cisne; únicamente la cabeza del caballero estaba rodeada de una aureola brillante, y en las dos columnas que soportaban el cuadro, estaban colgados en un lado, una espada de un cru-

zado, cuyo puño y cubierta eran de oro; y en el otro una trompa de marfil cubierta de perlas y rubíes, y entre las dos columnas y sobre el cuadro, como es costumbre todavía en Alemania, estaba colgado un escudo con un casco encima: eran los mismos que se veian en el cuadro, y era fácil reconocerlos, porque tanto en la tela como en el acero se veia brillar el mismo balcon que era de oro con una cruz azul coronada de espinas sobre un monte verde. La espada, la trompa, el casco y el escudo, eran, pues, probablemente del caballero del cisne, y aquel caballero, sin la menor duda, era uno de aquellos antiguos valientes que habian tomado parte en las cruzadas.

Othon se acercó silenciosamente á la jóven, que oraba en voz baja delante de Cristo ó de un mártir, teniendo en la mano un rosario con cuentas de ébano engarzadas en concha nácar, en cuyo cabo colgaba una campanita, que no daba ningun sonido, porque habiendo caido el badajo, sin duda por vetustez, no habia sido reemplayado.

Al ruido que hizo Othon arrimando una silla, la jóven se volvió, y lejos de que su rostro manifestase ningun resentimiento porque la habia seguido, le dirigió una sonrisa á la vez triste y dulce.

—Ya lo veis,—le dijo ella—cada uno de nosotros obra segun el espíritu que Dios ha puesto en él. Mi padre se prepara á combatir, y yo rezo. Vos

esperais triunfar por la sangre, yo espero vencer con las lágrimas.

—Y á qué santo os encomendais?—preguntó Othon, cediendo á la curiosidad que le inspiraba aquella imágen, reproducida sobre la tela y sobre la piedra.—Es San Miguel ó San Jorge? decidme su nombre, para que pueda pedir al mismo santo que vos.

—No es ni uno ni otro:—respondió la joven—es Rodolfo de Alost; y el pintor se engañó cuando le puso la aureola, supuesto que era la palma la que le pertenecia, porque fué mártir y no santo.

—Y sin embargo,—añadió Othon—le rezais como si estuviese sentado al lado de Dios, qué podeis esperar de él?

—Un milagro como el que hizo á nuestra abuela, en una ocasion semejante. Pero ay! el rosario de la condesa Beatriz está hoy mudo; y el sonido de la campanilla bendita no irá por segunda vez á despertar á Rodolfo á Tierra Santa.

—Ni puedo inspiraros temores, ni daros esperanzas,—contestó Othon—porque no sé lo que quereis decir.

—No conoceis esta tradicion de nuestra familia?—preguntó Elena.

—No conozco mas que lo que veo; sin duda ese caballero que atraviesa el Rhin en una barca conducida por un cisne, libró á la condesa Beatriz de algun peligro.

—De un peligro semejante al que nos amenaza en este momento, y este es el motivo porque vengo á orar ante su imágen: otra ocasion os referiré esta historia—dijo Elena, levantándose para retirarse.

—Y por qué no ahora?—preguntó Othon, haciendo un movimiento respetuoso para detener á la jóven.—Son buenos tanto el tiempo como el lugar, para una leyenda guerrera, y para una tradicion santa.

—Sentaos, pues, aquí y escuchad—contestó la jóven, que no deseaba otra cosa mejor que hallar un pretesto para permanecer con Othon.

Este hizo una señal con la cabeza, indicando que recordaba la distancia que Elena queria olvidar, y permaneció de pié á su lado.

—Debeis saber—dijo la jóven—que Godofredo de Bouillon era tio de la princesa Beatriz de Cléves, nuestra abuela.

—Lo sé—respondió inclinándose el jóven.

—"Pero lo que ignorais,—continuó Elena—es que el príncipe Roberto de Cléves, que se habia casado con la hermana del héroe, resolvió seguir á su hermano á la cruzada, y á pesar de las súplicas de su hija Beatriz, hizo todos sus preparativos para cumplir aquella santa resolucion. Godofredo, aunque era muy piadoso, quiso al principio disuadirlo de su proyecto, porque partiendo para la Tierra Santa, Roberto dejaba sola y sin apoyo

á su hija única, de edad apenas de catorce años. Pero nada pudo detener al anciano soldado, quien á todo lo que le decian contestaba con la divisa que habia ya inscrito en su bandera:—*Dios lo quiere.*

"Godofredo de Bouillon debia tomar, al pasar, á su cuñado; el camino de la cruzada estaba ya trazado por la Alemania y la Hungría, y esto no lo hacia apartarse de su camino; ademas, queria despedirse de su jóven sobrina Beatriz. Dejó puesto su ejército, que se componia de diez mil hombres de caballería y setenta mil infantes, á las órdenes de sus hermanos Eustaquio y Beaudoin, á los cuales se unió para el mando provisional, su amigo Adolfo de Alost, y descendió el Rhin, de Colonia á Cléves.

"Hacia seis años que no habia visto á la jóven Beatriz. Durante aquel intervalo, de niña habia llegado esta á ser una jóven; se citaba por todas partes su naciente belleza, que se hizo tan maravillosa, que aun hoy cuando se habla en el pais de una muger perfectamente hermosa, dicen:—Bella como la princesa Beatriz.

"Godofredo empleó cuantos medios pudo con su cuñado, para obtener de él que permaneciese al lado de de su hija. Pero todo fué en vano: el príncipe habia tomado ya sus medidas para acompañar al futuro soberano de Jerusalen. Un escudero llamado Gerardo, que gozaba de mucha fa-

ma por su fuerza y su valor, y que ademas poseia la confianza de su amo, fué escogido por él para proteger á la jóven princesa, y recibió al efecto todos los derechos de un tutor y todo el poder de un mandatario.

"En cuanto á Godofredo, que á causa de un presentimiento veia sin duda con pena todas aquellas disposiciones, dió por único don á su sobrina, ese rosario que tenia yo en las manos, cuando entrásteis hace poco: lo habia traido de la Tierra Santa Pedro el Hermitaño; habia sido tocado en el Santo Sepulcro de Nuestro Señor, y habia sido bendecido por el reverendo padre guardian del Santo Sepulcro. Pedro el Hermitaño se lo dió á Godofredo de Bouillon como un talisman sagrado que poseia muchas virtudes milagrosas, y Godofredo aseguró á la jóven que si la amenazaba algun peligro, no tenia mas que hacer que tomar aquel rosario, y decir una oracion con corazon religioso y ferviente, y que entonces él escucharia, en cualquier parte que estuviese, el sonido de la campanita que tenia el rosario, aunque estuviese separado de ella por montañas y mares. Beatriz recibió con reconocimiento el precioso rosario, cuya virtud solo conocian su padre, su tio y ella, y pidió al príncipe el permiso de fundar una capilla que guardase dignamente en su urna de mármol, una joya tan rica. No tengo necesidad de deciros que le fué al instante concedida aquella súplica.

"Partieron los cruzados. Una inscripcion que vereis en la puerta del castillo, y que dicen fué grabada por mano del mismo Godofredo, indica que partieron el 3 de Septiembre del año de 1096. Atravesaron pacíficamente y sin oposicion, la Alemania y la Hungría, llegaron á las fronteras del imperio griego; y despues de haberse detenido por algun tiempo en Constantinopla, entraron en Bitynia. Se dirigian á Nicea, y no podian equivocar el camino, porque estaba señalado con las osamentas de los ejércitos que habian precedido al suyo, uno conducido por Pedro el Hermitaño, y el otro por Gauthier–sin–Dinero.

"Llegaron delante de Nicea. Conoceis los pormenores de aquel sitio. Al tercer asalto murió el príncipe Roberto de Cléves. La noticia dilató seis meses en atravesar el espacio, y llegar á cubrir de duelo á la jóven princesa Beatriz.

"El ejército continuó su camino, marchando hácia el Mediodia, en medio de tales fatigas y sufrimientos, que á cada ciudad que los cruzados veian, preguntaban si no era la de Jerusalen, á donde iban; el calor llegó en fin á ser tan grande, que los perros de los señores espiraban de fatiga, y los halcones morian en sus manos. En una sola parada que hicieron, dicen que murieron mas de quinientas personas, por la mucha sed que esperimentaban y que no podian apagar. Dios haya tenido piedad de sus almas!

"Durante aquella larga y dolorosa marcha, los recuerdos de Occidente se presentaban á los desgraciados cruzados, mas frescos y queridos que nunca. Los de Godofredo habian sido reanimados, por la muerte de su cuñado, Roberto de Cléves. Así es, que pocos dias pasaban sin que el general cristiano hablase á su jóven amigo, Roberto de Alost, de su encantadora sobrina Beatriz, sobre que no dispondria de su mano sin su permiso, y que tenia la esperanza, si la empresa santa no lo detenia por mucho tiempo en Palestina, de unir á Rodolfo con Beatriz: y habia hablado de ella con tanta frecuencia, y haciendo tales elogios al jóven guerrero, que éste se habia enamorado de ella por el retrato que se le habia hecho, y si por casualidad durante un dia, Godofredo no hablaba de Beatriz á Rodolfo, era éste quien hablaba de ella á Godofredo.

"Llegaron al fin delante de Antioquía. Despues de un sitio de seis meses, fué tomada la ciudad; á las marchas bajo un sol ardiente, á la sed del desierto, sucedió bien pronto otra plaga, no menos terrible: el hambre.

No habia medio de permanecer por mucho tiempo en aquella ciudad, que se habia deseado como un puerto de salvacion. Jerusalen se habia hecho no solo un objeto, sino una necesidad. Los cruzados salieron de Antioquía, cantando el sal-

mo: *Levántese el Señor y sean dispersos sus enemigos* y caminaron hácia Jerusalen, que al fin divisaron, desde las alturas de Emmaüs. Solo habian quedado cuarenta mil, de los noventa mil que habian partido.

"A la mañana siguiente comenzó el sitio: tres asaltos se sucedieron sin resultado; el último duraba hacia tres dias, cuando el viérnes 15 de Julio de 1099, el mismo dia y hora en que fué crucificado Jesucristo, dos hombres llegaron á lo alto de las trincheras. El uno cayó, y el otro quedó de pié: el que quedó fué Godofredo de Bouillon, y el que cayó Rodolfo de Alost, novio de Beatriz. El sueño dorado del vencedor se habia desvanecido.

"Godofredo de Bouillon fué elegido rey, sin dejar, sin embargo, su profesion militar. A la vuelta de una espedicion contra el sultan de Damasco, el Emir de Cesarea llegó á él y le presentó los frutos de la Palestina. Godofredo tomó una manzana de cedro y la comió. Cuatro dias despues, el 18 de Julio del año de 1100, espiró despues de once meses de reinado, y cuatro años de ausencia.

"Pidió que su tumba fuese colocada al lado de la de su jóven amigo, Rodolfo de Alost, y su última voluntad fué cumplida.

CAPITULO VII.

"Estas noticias llegaban unas tras otras á retumbar en Occidente, y de todos los ecos que despertaban, el mas doloroso era el que resonaba en el corazon de Beatriz: habia sucesivamente sabido la muerte del príncipe de Cléves su padre, de Rodolfo de Alost su novio, y de Godofredo de Bouillon su tio. La menos dolorosa de las tres noticias era la de la muerte de Rodolfo, á quien no habia conocido; pero las otras dos la hacian doblemente huérfana, porque perdiendo á Godofredo de Bouillon, creyó perder á su segundo padre.

"Un nuevo dolor vino á unirse á este: durante los cinco años que habian pasado, desde la partida para la cruzada hasta la muerte de Godofredo, Beatriz habia crecido en belleza: era entonces una graciosa jóven de diez y nueve años, y habia observado que el escudero, á quien habia sido con-

fiada, no era insensible al sentimiento que inspiraba á todos los que á ella se aprocsimaban. Sin embargo, mientras que le habia quedado un defensor, Gerardo habia encerrado su amor en su alma. Mas cuando vió á Beatriz huérfana y sin apoyo, se atrevió hasta el punto de declararle que la amaba. Beatriz recibió aquella declaracion como debia recibirla la hija de un príncipe; mas Gerardo, antes de quitarse la máscara, habia tomado su resolucion: contestó á la jóven que le concedia un año y un dia para su duelo; pero que pasado ese tiempo, se preparase á recibirlo por esposo.

"Se habia verificado una completa trasformacion: el criado hablaba como amo. Beatriz era débil, se hallaba aislada y sin defensa: ningun ausilio podia venirle de los hombres, ella se refugió en Dios, y Dios le envió, si no la esperanza, al menos la resignacion. En cuanto á Gerardo, aquel mismo dia hizo cerrar las puertas del castillo, poniendo doble guardia en cada una de ellas, temiendo que Beatriz se escapase.

"Recordareis que Beatriz habia hecho edificar esta capilla, para encerrar el rosario milagroso que le habia dado su tio. Si Godofredo hubiera vivido, nada hubiera ella temido, porque tenia el corazon lleno de fé, y le habia dicho que en cualquier lugar que estuviese, separado por montañas ó por mares, oiria el sonido de la campanita santa

y acudiria en su ausilio; pero Godofredo habia muerto, y á cada *Pater*, la campanita habia tenido que repicar demasiado, y sin esperanza de que su sonido atrajese un defensor.

"Pasaron los dias, despues los meses, y por fin el año; Gerardo no habia abandonado un solo instante su guardia, de manera que ninguno sabia la estremidad á que se hallaba reducida Beatriz. Por otra parte, en aquella época, la flor de la nobleza se hallaba en Oriente, y apenas habia en las orillas del Rhin dos ó tres caballeros que se hubieran atrevido, tan conocidos eran la fuerza y valor de Gerardo, á tomar la defensa de la hermosa cautiva.

"Habia amanecido el último dia, y Beatriz concluido su oracion, como de costumbre; el sol estaba brillante y puro, como si la luz celeste no alumbrase mas que la felicidad. La jóven llegó á sentarse en su balcon, y allí sus ojos se fijaron en la ribera, donde habia perdido de vista á su padre y á su tio. En aquel mismo lugar, comunmente desierto, le pareció observar un punto movible, cuya forma no podia distinguir á causa de la distancia; mas desde el instante que lo percibió, cosa estraña, le pareció que aqnel punto se movia así por ella, y con esa supersticion que solo tienen los afligidos, colocó toda su esperanza, sin saber cuál era la que podia quedarle todavía, en aquel punto desconocido, que á medida que des-

cendia el Rhin, comenzaba á tener una forma. Los ojos de Beatriz estaban fijos en él con tanta persistencia, que la fatiga mas que el dolor le hacia verter lágrimas. Mas á pesar de ellas, comenzaba á distinguir una barca. Algunos momentos despues, vió que iba conducida ésta por un cisne, y montada por un caballero, que estaba de pié en la proa, con el rostro vuelto hácia ella, mientras que en la popa relinchaba un caballo enjaezado. A medida que la barca se acercaba, se hacian mas visibles los pormenores: el cisne estaba atado con cadenas de oro, y el caballero iba armado con todas sus piezas, escepto el casco y escudo, que estaban colocados á su lado de manera que fué fácil ver entonces que era un hermoso jóven de veinticinco á veintiocho años, con el cútis tostado por el sol de Oriente; pero cuyos cabellos rubios y flotantes, descubrian su orígen septentrional: Beatriz se hallaba de tal manera sumergida en la contemplacion, que no habia visto guarnecerse las trincheras de soldados atraidos como ella por aquel estraño espectáculo, y su contemplacion era tanto mas profunda, cuanto que entonces no habia ya duda de si la barca se dirigia en derechura al castillo; porque tan luego como llegó á su frente, el cisne salió á tierra, el caballero se cubrió la cabeza con su casco, pasó su escudo por el brazo izquierdo, saltó á la ribera, sacó en seguida su caballo, se lanzó en la silla, y haciendo una señal con la mano al pájaro obediente

se adelantó hácia el castillo, mientras que la carca volvia á tomar subiendo el rio, el camino, que habia tomado descendiéndolo.

"Cuando estuvo á cincuenta pasos de la puerta principal, el caballero tomó una trompa de marfil que llevaba en el *sotner*, y aprocsimándola á sus labios dió llamadas poderosas y prolongadas como para imponer silencio, y en seguida con voz fuerte:

—"Yo,—gritó—soldado del cielo y noble de la tierra, á tí, Gerardo, castellano del castillo, ordenamos en nombre de las leyes divinas y humanas que renuncies á tus pretensiones sobre la mano de la princesa Beatriz, que tienes prisionera, con desprecio de su nacimiento y de su rango, y que deje al instante ese castillo, donde entraste como criado y en el que te atreves á mandar como dueño: y si necesario es, te desafiamos á todo trance, con la lanza y la espada, con la lucha y el puñal, como á traidor y desleal, lo que probarémos con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora del Monte Carmelo, en señal de lo cual, te arrojamos nuestro guante.

"Entonces el caballero se quitó el guante, que arrojó al suelo, y se vió brillar en uno de sus dedos, el diamante que habeis debido notar en la mano de mi padre, y que es tan hermoso que solo él vale la mitad de un condado.

"Gerardo era valiente; así, por única respuesta se abrió la puerta principal, y salió por ella un pa-

ge que se acercó á recoger el guante, y tras el page se adelantó el castellano, cubierto con su armadura de guerra y montado en un caballo de batalla.

"Ni una palabra pronunciaron los dos adversarios. El desconocido caballero bajó la visera de su casco; Gerardo hizo otro tanto. Los campeones tomaron cada uno por su lado el campo que creyeron necesario, pusieron sus lanzas en ristre, y volvieron uno contra otro al galope de sus caballos.

"Ya os he dicho que Gerardo pasaba por uno de los hombres mas fuertes y valerosos de la Alemania. Tenia una coraza forjada por el mejor fabricante de Colonia. El hierro de su lanza habia sido mojado en la sangre de un toro, muerto por los perros, en el momento en que aun hervia con las últimas agonías del animal, y sin embargo, su lanza se estrelló como un vidrio contra el escudo del caballero, mientras que la de este traspasó con solo el empuje el escudo, la coraza y el corazon de su adversario, Gerardo cayó sin pronunciar una palabra, sin tener tiempo para arrepentirse, y como si hubiese sido herido por un rayo, el caballero se volvió hácia Beatriz, la que estaba de rodillas y daba gracias á Dios.

"El combate habia sido tan corto, y el asombro que á él habia seguido tan grave, que los soldados de Gerardo, al ver caer á su amo, ni aun siquiera

habian pensado en cerrar la puerta del castillo. El caballero entró, pues, sin resistencia en el primer patio, echó pié á tierra, pasó la brida de su caballo por un gancho de fierro, y se adelantó hácia el vestíbulo: en el momento en que ponia el pié en el primer escalon, Beatriz apareció en el último: venia al encuentro de su libertador.

—"Este castillo es vuestro, caballero,—le dijo ella—porque acabais de conquistarlo. Miradlo, pues, como vuestro. Mientras mas tiempo permanezcais en él, mayor será mi reconocimiento.

—"Señora,—respondió el caballero—no es á mí á quien debeis dar gracias, sino á Dios, porque Dios es quien me envia en vuestro ausilio. En cuanto á este castillo, es la habitacion de nuestros padres hace diez siglos, y deseo que sean por otros tantos siglos la de sus descendientes.

"Beatriz se ruborizó, porque era la última de su familia.

"Sin embargo, el caballero habia aceptado la hospitalidad ofrecida: era jóven y hermoso, Beatriz era sola y dueña de su corazon. Al cabo de tres meses, los dos jóvenes se apercibieron que habia entre ellos, por una parte mas que amistad, y por la otra mas que reconocimiento. El caballero habló de amor, y como parecia de un nacimiento elevado, aunque no se le conociesen tierras, ni condado, Beatriz, rica por ambos, feliz con hacer alguna cosa por el que habia hecho tanto por ella

le ofreció con su mano aquel principado, que le habia conservado de una manera tan valerosa, y sobre todo tan inesperada. El caballero se arrojó á los piés de Beatriz: la jóven quiso levantarlo.

—"Perdon, señora,—dijo el caballero—porque teniendo necesidad de vuestra indulgencia, permaneceré así hasta que la obtenga.

—"Hablad—contestó Beatriz.—Os escucho, pronta á obedeceros con anticipacion como si fuéseis ya mi dueño y mi señor.

—"Ay!—dijo el caballero—va á pareceros estraño sin duda que recibiendo tan grande felicidad de vos, no puedo aceptarla sino con una condicion.

—"Os la concedo—contestó Beatriz.—Ahora, cuál es?

—"Que nunca me pregunteis ni mi nombre, ni de dónde vengo, ni dónde supe el peligro de que estábais amenazada, porque si me lo preguntais, os amo tanto, que no tendré valor para rehusároslo, y tan luego como yo os lo dijese no podria permanecer á vuestro lado, y nos veriamos separados para siempre. Tal es la ley que me ha sido impuesta por el poder que me ha guiado por en medio de los montes, llanos y mares, durante el largo viage que he hecho para venir á libertaros.

—"Qué importa vuestro nombre? qué importa de dónde venis? que importa la persona que os dijo que yo estaba en peligro? abandono lo pasado por

lo futuro. Vuestro nombre es Caballero del Cisne. Venis de una tierra bendita, y Dios es quien os envió. Qué necesidad tengo de saber mas? He aquí mi mano.

"El caballero la besó con trasporte, y un mes despues, el capellan los unió en este mismo oratorio, en donde Beatriz, temiendo el otro matrimonio que se le habia ofrecido, suplicó y lloró tanto por espacio de un año y un dia.

"El cielo bendijo su union: en trés años Beatriz hizo al caballero padre de tres niños, que fueron llamados Roberto, Godofredo y Rodolfo. Pasaron todavía otros tres años en la mas perfecta union, y gozando de una felicidad que parecia pertenecer á otro mundo mejor.

—"Madre mia,—dijo un dia el jóven Roberto, al entrar en el castillo—dime el nombre de mi padre.

—"Para qué?—preguntó la madre estremeciéndose.

—"Porque me lo pregunta el hijo del baron de Asperen.

—"Tu padre se llama el Caballero del Cisne,—dijo Beatriz—y no tiene otro nombre.

"El niño se contentó con aquella respuesta, y volvió á jugar con sus jóvenes amigos. Pasó un año, no en los trasportes de felicidad que habian acompañado á los primeros, sino en ese dulce reposo que anuncia la intimidad de las almas.

—"Madre mia,—dijo un dia el jóven Godofredo —cuando llegó á este pais en una barca conducida por un cisne, de dónde venia mi padre?

—"Y para qué quieres saberlo?—preguntó la madre suspirando.

—"Porque el hijo del conde de Megen me lo preguntó.

—"Venia de de un pais lejano y desconocido —dijo la madre.—Esto es todo lo que sé.

"Esta respuesta satisfizo al niño, que la trasmitió á sus jóvenes camaradas, y continuó jugando á las orillas del rio con la candorosa indiferencia de su edad.

"Pasó otro año, y durante él sorprendió el caballero mas de una vez á Beatriz pensativa é inquieta: sin embargo, no pareció observarlo, y redobló con ella sus atenciones y caricias.

—"Madre mia,—dijo un dia el jóven Rodolfo—cuando te libró del mal Gerardo, quién dijo á mi padre que tenias necesidad de ausilio?

—"Y para qué me lo preguntas?—dijo la madre llorando.

—"Porque me lo preguntó el hijo del margrave de Gorkum.

—"Dios,—respondió la madre—que ve á los que sufren, y que les envia á sus ángeles para socorrerlos.

"El niño no preguntó mas. Se le habia acostumbrado á ver á Dios como á un padre, y no le

causó admiracion el que un padre hiciese por su hijo lo que Dios habia hecho por su madre.

"Mas la princesa Beatriz veia las cosas de otra manera: habia reflecsionado que el primer tesoro de los hijos era el nombre de su padre. Sus tres hijos no lo tenian. La pregunta que cada uno de ellos le habia dirigido, seria frecuentemente repetida por los hombres, y ellos no podian contestarles lo que habian respondido á los niños. Cayó, pues, en una profunda y continua tristeza, porque sucediese lo que sucediese, estaba decidida á ecsigir de su esposo el secreto que habia prometido no preguntar jamas.

"El caballero vió aquella melancolía creciente y adivinó la causa. Mas de una vez al aspecto de Beatriz tan desgraciada, estuvo á punto de decírselo, pero siempre fué detenido por la terrible idea de que aquella revelacion seria seguida de una eterna separacion.

"En fin, Beatriz no pudo resistir mas, se dirigió al caballero, y arrojándose á sus piés, le suplicó en nombre de sus hijos, que le dijese quién era, de dónde habia venido, y quién lo habia enviado.

"El caballero se puso pálido como si estuviese prócsimo á morir, y colocando sus labios en la frente de Beatriz, dándole un tierno beso:

—"Ay! así debia suceder:—murmuró suspirando —esta tarde te revelaré cuanto deseas saber.

CAPITULO IX.

"Eran las seis de la tarde poco mas ó menos, cuando el caballero y su muger llegaron á sentarse al balcon. Beatriz parecia triste y embarazada; el caballero estaba triste. Los dos permanecieron algunos instantes en silencio, y sus miradas se fijaron instintivamente en el lugar en que habia aparecido el caballero, el dia de su combate con Gerardo. El mismo punto se distinguia, en el propio lugar. Beatriz se estremeció, el caballero ecshaló un suspiro. La propia impresion, que turbaba al mismo tiempo sus dos almas, los atrajo el uno al otro; y se encontraron sus ojos. Los del caballero estaban húmedos, y manifestaban un sentimiento de tristeza tan profundo, que Beatriz no pudo soportar y cayó de rodillas.

—Oh! no, no, amigo mio,—le dijo—no pronun

cies ni una palabra de ese secreto que debe costarnos tan caro. Olvida la súplica que te he hecho, y si no dejas nombre á nuestros hijos, serán valerosos como su padre, y se formarán uno.

—"Escucha, Beatriz:—respondió el caballero—todas las cosas están previstas por el Señor, y puesto que ha permitido que me hicieras la pregunta que me has dirigido, es porque el dia ha llegado. Nueve años he pasado á tu lado, nueve años de una felicidad que no habia sido hecha para este mundo; mayor que la que un hombre haya jamas obtenido. Da gracias á Dios como yo lo hago, y escucha lo que te voy á decir.

—"Ni una palabra, ni una palabra!—esclamó Beatriz—ni una palabra, yo te lo suplico.

"El caballero estendió la mano en direccion del punto que hacia algunos instantes comenzaba á distinguir mejor; y Beatriz reconoció la barca conducida por el cisne.

—"Bien ves que ya es tiempo:—dijo—escucha pues, lo que por tanto tiempo has tenido el secreto deseo de saber, y lo cual debo decirte, supuesto que me lo has preguntado.

"Beatriz apoyó sollozando su cabeza en las rodillas del caballero. Este la miró con una espresion indefinible de tristeza y amor, y dejando caer as manos sobre sus espaldas:

—"Yo soy,—le dijo—el compañero de armas de tu padre Roberto de Cléves, el amigo de tu tio

Godofredo de Bouillon. Soy el conde Rodolfo de Alost, muerto en el sitio de Jerusalen.

"Beatriz arrojó un grito, levantó su pálido rostro, y fijó en el caballero sus ojos espantados y huraños: quiso hablar; pero no pudo proferir mas que sonidos inarticulados, como los que se escapan durante un sueño.

"—Sí, ya sé—continuó el caballero—que lo que te digo parece increible. Mas recuerda, Beatriz, que yo cai en la tierra de los milagros. El Señor hizo por mí lo que por la hija de Jaira, y el hermano de la Magdalena. Esto es todo.

—"Ah! Dios mio! Dios mio!—esclamó Beatriz, poniéndose de rodillas—lo que decís no es posible.

—"Yo creia que tenias mas fé, Beatriz—contestó el caballero.

—"Sois Rodolfo de Alost?—murmuró la princesa.

"El mismo: Godofredo, ya lo sabes, me habia dado como á sus dos hermanos, el mando del ejército, para venir á buscar á tu padre. Cuando volvió estaba tan maravillado por tu juvenil belleza, que durante todo el camino no habló mas que de tí. Sí, Godofredo te amaba como á una hija, puedo decir que me amaba lo mismo; así, pues, desde el momento en que te habia visto, una sola idea se habia apoderado de él, la de unirnos. Yo tenia entonces veinte años, y una alma virginal como

la de una doncella. El retrato que de tí me hizo, inflamó mi corazon, y bien pronto te amé tan ardientemente como si te hubiera conocido desde mi infancia. Las cosas estaban tan bien arregladas entre nosotros, que no me llamaba mas que su sobrino.

"Murió tu padre; yo lo sentí como si hubiera sido el mio. Al morir me dió su bendicion y me renovó su consentimiento. Desde entonces te reputé como mia; tu recuerdo desconocido, pero siempre presente, floreció en medio de todos mis pensamientos; tu nombre se mezcló en todas mis oraciones.

"Llegamos á la vista de Jerusalen; fuimos rechazados en tres asaltos consecutivos: el último duró sesenta horas. Era preciso ó renunciar para siempre la ciudad santa, ó tomarla aquella vez. Godofredo ordenó el último ataque. Tomamos juntos el mando de una columna; marchamos á su cabeza; colocamos dos escalas, y subimos al lado uno del otro; en fin, llegamos á lo alto de la trinchera; levanté el brazo para afianzarme de una almena, cuando ví brillar el hierro de una lanza, y un dolor agudo sucedió á aquella especie de relámpago, recorriendo todo mi cuerpo un sudor helado y un estraño temblor. Pronuncié tu nombre, y caí de espaldas sin sentir ni ver mas: estaba muerto.

"No tengo ninguna idea del tiempo que perma-

necí entregado á ese sueño, que se llama la muerbe. Un dia, en fin, me pareció sentir que se apo yaba una mano en mi espalda. Vagamente creí que el dia de Josafat habia llegado. Un dedo tocó mis párpados, abrí los ojos; estaba acostado en una tumba, cuya losa se habia levantado por sí sola, y delante de mí, en pié, estaba un hombre que reconocí por Godofredo, aunque tuviese un manto de púrpura en las espaldas, una corona en la cabeza y una aureola al rededor de la frente; se inclinó á mí, me sopló la boca, y sentí que entraba en mi pecho la vida y el sentimiento: sin embargo, me parecia estar todavía unido al sepulcro con ganchos de fierro. Quise hablar, mas mis labios se movieron sin proferir el menor sonido.

—"Despierta, Rodolfo, el Señor lo permite,—dijo Godofredo—y escucha lo que voy á decirte.

"Hice entonces un esfuerzo sobrenatural, en el que se reunieron todas las fuerzas nacientes de mi nueva vida, y pronuncié tu nombre.

—"De ella es precisamente de quien vengo á hablarte—me dijo Godofredo.

—"Mas,—interrumpió Beatriz— Godofredo habia muerto tambien?

—"Sí,—respondió Rodolfo—y hé aquí lo que habia sucedido.

"Godofredo habia muerto envenenado, y habia pedido antes de morir, que su cuerpo descansase

cerca del mio; se habia cumplido su voluntad, y habia sido enterrado con su vestido real; mas al manto de púrpura y á la diadema, Dios habia agregado una aureola. Godofredo me refirió todo cuanto habia sucedido despues de mi muerte, y que por consecuencia no podia saber.

—"Y Beatriz?—le dije.

—"Ya llegamos á lo que á ella se refiere—me respondió.—Dormia, pues, como tú en mi tumba, esperando la hora del juicio, cuando me pareció, cual si despertase de un profundo sueño, volver poco á poco al sentimiento y á la vida. El primer sentido que se despertó en mí, fué el del oido; creí escuchar el sonido de una campanita, y á medida que en mí volvia la ecsistencia, los sonidos se hacian mas claros. Bien pronto los reconocí por los de la campanita que habia dado á Beatriz. Al mismo tiempo recobré la memoria, y me acordé de la propiedad milagrosa del rosario de Pedro el Hermitaño. Beatriz estaba, pues, en peligro, y el Señor habia permitido que el sonido de la campanita sagrada penetrase hasta mí tumba, y me despertase de los mismos brazos de la muerte.

"Abrí los ojos y me encontré cercado de tinieblas. Entonces se apoderó de mi un temor horrible: como no tenia ningun conocimiento del tiempo que habia pasado, creí que habia sido enterrado vivo; pero en el propio instante, el olor del incien-

so penetró en el sepulcro. Oí unos cánticos celestes; dos ángeles levantaron la losa de mi tumba, y ví á Jesucristo, sentado al lado de su Santísima Madre, en un trono de nubes.

"Quise prosternarme; mas no pude hacer ningun movimiento.

"Sin embargo, sentí que se desataban los lazos que sujetaban mí lengua, y esclamé:

—"Señor! Señor! bendito sea vuestro santo nombre!

"Jesucristo abrió la boca á su turno, y sus palabras llegaron hasta mí, suaves como un cántico.

—"Godofredo, mi noble y piadoso servidor, me escuchas?—me dijo.

—"Ay, Jesus mio!—respondí—oigo el sonido de la campanita santa que manifiesta que aquella cuyo padre murió por vos, así como su novio y su tio, está ahora en peligro, y no tiene mas que á vos para socorrerla.

—"Pues bien, qué puedo hacer por tí?—dijo Jesucristo.—Yo soy el Dios renumerador, pide, y lo que pidas te será concedido.

—"Oh Jesus mio!—respondí yo—nada tengo que pediros para mí, porque por mí habeis, hecho mas que lo que por hombre alguno. Me habeis escogido para conducir la cruzada, y librar la ciudad

Santa; me habeis dado la corona de oro, en el mismo lugar en que habeis llevado la de espinas, y habeis permitido que muriese en vuestra gracia. Nada, pues, tengo que pediros para mí, oh Jesus mio! ahora sobre todo, que con mis ojos mortales he contemplado vuestra Divinidad. Mas si me atreviese á pedir por otro?

—"No te he dicho que lo que pidas te será concedido? Despues de haber creido en mi palabra durante tu vida, dudarias despues de tu muerte?

—"Pues bien, Jesus mio;—le respondí—vos que leis en lo mas profundo del corazon de los hombres, sabeis con qué pesar morí: durante cuatro años, habia alimentado una dulce esperanza; y era la de unir al que amaba como á un hermano con la que adoraba como una hija; los separó la muerte. Rodolfo de Alost murió por vuestra santa causa, pues bien, Jesus mio, volvedle los dias que debia vivir, y permitid que vaya en ausilio de su novia, á quien amenaza un gran peligro en este momento, puesto que el son de la campanita, que no cesa de repicar, prueba que tampoco cesa de rezar.

—"Que se haga como lo deseas;—dijo Jesucristo—que se levante Rodolfo de Alost, y marche en ausilio de su novia. Lo dispenso de la tumba, hasta el dia en que su muger le pregunte quién es, de dónde va, y quién lo ha enviado. Estas tres pre-

guntas serán la señal en la cual debe conocer que lo llamo á mi morada.

—"Señor, Señor!—esclamé yo por segunda vez —que sea bendito vuestro santo nombre!

"Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando pasó una especie de nube entre el cielo y mi vista, y todo desapareció.

"Entonces me levanté de mi tumba y vine á la tuya. Apoyé la mano en tu espalda para despertarte de la muerte. Toqué con el dedo tus párpados para abrirte los ojos, introduje mi aliento en tus labios para volverte la vida y la palabra. Y ahora, Rodolfo de Alost, levântate, porque es la voluntad de Jesucristo que vayas al socorro de Beatriz, y que permanezcas á su lado hasta que te pregunte quién eres, de dónde vas, y quién es el que te ha enviado.

"Apenas habia cesado de hablar Godofredo, cuando sentí romperse los lazos que me sujetaban al sepulcro. Me paré en mi tumba, tan lleno de vida como antes que hubiera recibido el golpe mortal, y como me habian sepultado con mi coraza, me encontré armado, á escepcion de mi espada, que se me habia escapado al caer, y que probablemente no habia podido encontrarse.

"Entonces Godofredo me ciñó la suya, que era de oro; colgó de mi cuello la trompa de que se servia comunmente en medio de las batallas, y co-

locó en mi dedo el anillo que le habia dado el emperador Alexis; y habiéndome abrazado en seguida:

"—Hermano,—me dijo—siento que Dios me llama á sí. Coloca sobre mí la piedra de mi tumba, y cumplida mi obligacion, ve sin perder un instante en ausilio de Beatriz.

"Al pronunciar estas palabras, volvió á acostarse en su sepulcro, cerró los ojos y murmuró por segunda vez:—Señor, Señor, bendito sea tu nombre!—Me incliné hácia él para abrazarlo por última vez; pero no respiraba, y dormia ya con el sueño del Señor.

"Dejé caer sobre él la piedra, que un dedo divino habia levantado; fuí á arrodillarme delante del altar, hice mi oracion, y sin perder un instante resolví venir en tu ausilio.

"En el pórtico de la iglesia encontré un caballo enjaezado, y contra la pared una lanza; no dudé un instante que uno y otro fuesen para mí. Tomé la lanza, monté á caballo, y pensando que el Señor habria confiado á su instinto el cuidado de conducirme, le arrojé la brida en el cuello, y lo dejé que tomase el camino que quisiese.

"Atravesé la Siria, la Capadocia, la Turquía, la Francia, la Dalmacia, la Italia y la Alemania; en fin, despues de un año y un dia de viage, llegé á las orillas del Rhin. Allí encontré una barca, á la que estaba enganchado un cisne con cadenas de

oro. Subí en ella y me condujo hasta el frente del castillo. Tú sabes lo demas, Beatriz.

—"Ah!—esclamó esta—mira el cisne y la barca que llegan al mismo lugar á donde entonces llegaron; mas ahora, infeliz de mí, vienen para llevarte. Rodolfo, Rodolfo, perdóname.

—"Nada tengo que perdonarte, Beatriz—dijo Rodolfo abrazándola.—Ha pasado ya el tiempo. Dios me llama, y eso es todo. Démosle gracias por los nueve años de felicidad que nos ha concedido, y pidámosle otros semejantes en el Paraiso.

"Entonces llamó á sus tres hijos, que jugaban en el prado, los que llegaron inmediatamente. Abrazó primero á Roberto, que era el mayor, le dió su escudo y espada, y lo nombró su sucesor. En seguida abrazó á Godofredo, que era el segundo, le dió su trompa y le dejó el condado de Loüen: en fin, hizo lo mismo con Rodolfo, que era el tercero, y le dió el anillo y el condado de Messa. Habiendo por última vez apretado á Beatriz en sus brazos, le dió órden de que permaneciese donde estaba; recomendó á sus tres hijos consolasen á su madre, á quien veian llorar sin comprender sus lágrimas; y descendió en seguida al patio, donde encontró su caballo ensillado, atravesó el patio, volviendo el rostro á cada paso, subió la barca, que tomó inmediatamente el camino por donde habia venido, y desapareció poco despues entre las sombras nocturnas que comenzaban á cercar la tierra.

"Desde esa hora hasta la de su muerte, la princesa Beatriz se asomó todos los dias al balcon; pero nunca volvió á ver aparecer la barca, el cisne ni el caballero."

—Y yo venia á suplicar á Rodolfo de Alost,—continuó Elena—el que pidiese á Dios que hiciese por mí un milagro, semejante al que en su misericordia se dignó hacer por la princesa Beatriz.

—Amen—respondió Othon sonriéndose.

CAPITULO X.

El conde de Ravenstein habia cumplido su promesa. A la salida del sol se vió en el prado que separaba el rio del castillo, flotar su bandera en la elevada tienda. A la puerta de ella estaba colgado su escudo, en cuyo centro brillaban sus armas, que eran azules con un leon de oro echado sobre una roca de plata; y de hora en hora salia de la tienda un soldado, y volviéndose sucesivamente hácia los cuatro puntos del horizonte, hacia resonar su trompeta con una sonata de desafio.

Pasó el dia sin que nadie respondiese al llamamiento del conde de Ravenstein; porque como lo hemos dicho, los amigos, los aliados ó parientes del príncipe Adolfo de Cléves habian sido prevenidos demasiado tarde, ó se hallaban ocupados por su cuenta ó por la del emperador, de suerte que si

siquiera uno habia acudido. El anciano guerrero se paseaba con aire inquieto en las trincheras, Elena oraba en aquella capilla de la princesa Beatriz, y Othon apostaba que ponia tres flechas seguidas en el leon echado del conde de Ravenstein. En cuanto á Herman, habia desaparecido sin que se supiese por qué causa, y al llamamiento de por la mañana, no habia contestado, ni por él lo habia hecho persona alguna.

Llegó la noche sin ofrecer ningun cambio en la situacion respectiva de los sitiados y sitiadores. Elena no se atrevia á dirigir la vista á su padre. A aquella hora era cuando se le representaban todas las circunstancias de su negativa, y esta habia sido tan repentina é inesperada, que temblaba al pensar que de un momento á otro, el anciano príncipe no le preguntase la causa.

Apareció el dia, tan triste y tan amenazante como el de la víspera, y con él comenzaron las ponantas del conde de Ravenstein. El anciano príncipe subia de hora en hora á las trincheras, volviéndose lo mismo que la trompeta, hácia los cuatro puntos del horizonte, jurando que en tiempo de su juventud, no hubiera sucedido tal cosa sin que se hubieran presentado diez campeones para defender una causa tan sagrada como lo era la suya. Elena no abandonaba la capilla de la princesa Beatriz. Othon parecia inquieto é indiferente en medio de la inquietud general. Herman no habia parecido.

La noche pasó llena de inquietudes y de turbacion. El dia que iba á nacer era el último, y en seguida comenzarian los asaltos y escalamientos, y las vidas de muchos centenares de hombres iban á pagar el capricho de una jóven. Así, cuando aparecieron en el Oriente los primeros rayos de la luz, Elena, que habia pasado la noche llorando y suplicando en la capilla, estaba resuelta á sacrificarse, para terminar aquella querella. Atravesaba, pues, el patio para ir á encontrar á su padre, que le habian dicho estaba en la sala de armas, cuando supo que al llamamiento de la mañana, Othon habia faltado á su turno, y que se creia que lo mismo que Herman, habia abandonado el castillo. Semejante noticia dió el último golpe á la resistencia de Elena. Othon abandonando á su padre, Othon huyendo cuando el ausilio de cualquier hombre, y sobre todo de un hombre tan diestro como él, era tan necesario á la defensa del castillo, era una de esas cosas que no se habian ni aun presentado á su espíritu, y que debia tener sobre su determinacion una influencia rápida y decisiva.

Encontró á su padre armándose. El anciano guerrero habia llamado en su ausilio á los recuerdos de su juventud, y confiando en Dios, esperaba que le daria las fuerzas de sus bellos y juveniles años: estaba, pues, decidido á combatir él mismo con el conde de Ravenstein.

Elena comprendió al instante todas las desgra

cias que semejante resolucion podia acarrear. Se arrodilló delante de su padre, diciéndole que estaba pronta á casarse con el conde. Mas al decir esto, manifestaba su voz tanto dolor, y habia tantas lágrimas en sus ojos, que el anciano conoció que valia mil veces mas morir, que vivir para ver á su hija única, sufrir eternamente un pesar semejante al que sentia entonces.

En el momento en que el príncipe levantaba á Elena y la apretaba contra su corazon, se escuchó el desafio que de hora en hora partia del campo del conde de Ravenstein. El padre y la hija se estremecieron de nuevo; mas de alegría. Les llegaba al fin un defensor.

Los dos subieron al balcon de la princesa Beatriz, para ver de qué parte les llegaba aquel inesperado socorro; y les fué demasiado fácil, porque todos los brazos estaban estendidos y todos los ojos fijos en el mismo lugar. Un caballero armado con todas sus piezas y con la visera baja, seguia la corriente del Rhin en una barca, teniendo á su lado á su escudero, armado como él. Su caballo de batalla estaba en la proa, cubierto de hierro como su dueño, y contestaba con relinchos al doble llamamiento guerrero que habia escuchado. A medida que adelantaba, podian distinguirse sus armas, que eran azules con un cisne de plata. Elena no volvia en sí de su sorpresa. Habia oido sus súplicas Rodolfo de Alost, y un defensor sobre-

natural renovaba para ella el milagro que Dios habia hecho en favor de la condesa Beatriz?

Fuera lo que fuera, la barca continuaba avanzando en medio del asombro general. En fin, tomó tierra en el mismo lugar en que se habia detenido dos siglos y medio antes, la del conde Rodolfo de Alost. El caballero desconocido saltó á la ribera, sacó su caballo, se lanzó en la silla, y mientras que su escudero permanecia en la embarcacion, se dirigió al príncipe Adolfo y á la princesa Elena, á quienes saludó, y partiendo en derechura á la tienda del conde de Ravenstein, tocó su escudo con el hierro de su lanza, lo que era señal de que lo desafiaba á punta de lanza y á todo trance. El escudero del conde de Ravenstein salió en seguida, y vió cuáles eran las armas del caballero desconocido. Tenia una lanza en la mano, una espada en el cinto, una hacha pendiente del arzon de la silla; ademas, llevaba en el cuello el puñal pequeño que se llamaba el puñal de gracia. Concluido aquel ecsámen, el escudero entró en la tienda; en cuanto al caballero, despues de haber saludado por segunda vez á los que venia á socorrer, tomó el campo que creyó necesario, y deteniéndose á cien pasos de la tienda poco mas ó menos, esperó á su adversario.

Mas no esperó mucho: el conde estaba armado, de suerte que no tenia mas que colocar el casco en su cabeza, para estar pronto á entrar en la liza.

Salió, pues, inmediatamente de su tienda. Se le condujo su caballo, y se lanzó en él con un ardor que probaba el deseo que tenia de no retardar un instante el combate que le ofrecia de una manera tan inesperada el Caballero del Cisne de plata. Sin embargo, por violento que estuviese, dirigió una ojeada á su enemigo á fin de reconocer, si era posible, por alguna señal heráldica, con qué clase de hombre iba á batirse. El caballero llevaba en la cimera de su casco, por toda señal distintiva, una corona pequeña de oro, cuyos florones tenian la figura de las hojas de la vid, lo que indicaba que era príncipe ó hijo de príncipe.

Hubo entonces un instante de silencio, durante el cual cada uno de los dos campeones aprestaba sus armas, y el que fué empleado por los espectadores en un ecsámen rápido de cada uno de ellos.

El conde de Ravenstein, de edad de treinta á treinta y cinco años, en toda la fuerza de ella, sólidamente montado en su caballo de batalla, era el tipo de la fuerza material. Se conocia que costaria tanto trabajo el arrancarlo de la silla, como en arrancar una enraizada encina, y que era necesario un leñador demasiado fuerte, para que cumpliese satisfactoriamente su tarea.

El caballero desconocido parecia, por el contrario, segun podia juzgarse por la gracia de sus movimientos, que apenas salia de la adolescencia; su

armadura, aunque perfectamente ajustada, tenia la suavidad de una piel de serpiente: se veia, si se nos permite espresarnos así, bajo aquel hierro elástico, circular una sangre juvenil; y vencedor ó vencido, era fácil comprender que debia emplear para atacar ó defenderse, recursos muy diferentes de los que la naturaleza habia puesto á disposicion del conde de Ravenstein.

Sonó la trompeta del conde; contestó la del caballero desconocido, y el príncipe Adolfo de Cléves, que desde su balcon dominaba el combate como un juez del campo, arrastrado por los recuerdos de su juventud, gritó con voz fuerte:

—*Dejadlos ir!*

Al mismo tiempo los dos adversarios se lanzaron uno contra otro, y se encontraron poco mas ó menos á la mitad de la distancia que habian escogido. La lanza del conde se deslizó en la orilla del escudo del caballero, y fué á romperse contra la torja que llevaba suspendida á su cuello, mientras que la lanza del caballero, alcanzando á la cimera del casco de su adversario, rompió las correas que lo detenian bajo la barba, y lo safó de la frente del conde, que quedó con la cabeza descubierta y desarmado, al mismo tiempo que algunas gotas de sangre, rodando por su rostro, indicaron que el hierro de la lanza, al propio tiempo que le habia arrancado el casco, le habia rozado el cráneo.

El Caballero del Cisne de plata se detuvo para dar al conde tiempo de tomar otro casco y otra lanza, indicando de esa manera que no queria aprovecharse de la primer ventaja, y que estaba pronto á volver á comenzar el ataque con iguales probabilidades.

El conde comprendió aquella cortesía, y vaciló un instante antes de decidirse á aprovecharla. Sin embargo, como su adversario le habia dado una prueba, en aquel primer encuentro, de que no era un enemigo despreciable, arrojó el pedazo inútil, tomó de manos de su escudero un casco nuevo, y rechazando con el brazo la lanza que le presentaba, sacó su espada, indicando que preferia continuar el combate con aquella arma. Inmediatamente el caballero imitó á su enemigo, y arrojando á su turno la lanza y desenvainando la espada, saludó en señal de que esperaba sus órdenes. Las trompetas sonaron por segunda vez, y ambos adversarios se precipitaron uno contra otro.

Desde los primeros golpes, los espectadores vieron que no habian errado en sus previsiones; uno de los combatientes contaba con su fuerza y el otro con su destreza; cada uno obraba, pues, en consecuencia; el primero hiriendo á machetazos, y el segundo á estocadas, el conde de Ravenstein tratando de romper la armadura de su adversario, y el caballero desconocido buscando todos los medios de falsear la de su enemigo.

Era una lucha terrible; el conde de Ravenstei dando con las dos manos como un leñador, hacia saltar á cada golpe algunos pedazos de hierro; el cisne de plata habia completamente desaparecido; el escudo caia de pedazo en pedazo; la corona de oro estaba destruida; por su parte, el caballero desconocido habia buscado todos los caminos por donde pudiese introducir su espada hasta el corazon de su adversario, y por la gola de su casco, de los espaldares de su coraza, corriendo algunas gotas de sangre por la armadura del conde, indicaban que la punta de la espada habia penetrado por cada una de aquellas partes. Continuando de aquella manera, el resultado del combate se hacia una cuestion de tiempo. Resistiria la armadura del Caballero del Cisne de plata, hasta el instante en que el conde de Ravenstein perdiese sus fuerzas por consecuencia de las dos ó tres heridas que parecia habia recibido? Hé aquí lo que todos se preguntaban, viendo la táctica adoptada por cada uno de los combatientes. En fin, el último golpe de la espada del conde de Ravenstein rompió completamente la cimera del casco de su adversario, y le dejó la cabeza casi descubierta. Entonces todas las probabilidades parecieron estar en favor del conde, y hubo un instante de terrible angustia para el príncipe y Elena.

Mas su temor no duró mucho; su jóven campeon comprendió que ya era tiempo de cambiar de tác-

tica, y cesó al instante de dar golpes, para no ocuparse mas que en pararlos.

Entonces se vió un juego maravilloso; el Caballero del Cisne de plata se detuvo, inmóvil como una estatua: solo su brazo y espada parecian tener vida, y desde entonces la espada de su adversario, encontrando por todas partes la suya, no pudo ya tocar su armadura. El conde era hábil en el manejo de las armas; pero todos sus recursos parecian ser conocidos de su enemigo. Las dos hojas se seguian como si un diamante las hubiese atraido una á otra; era el rayo que seguia al rayo, dos atrevidas serpientes que jugaban.

Sin embargo, semejante lucha no podia durar; las heridas del conde, por ligeras que fuesen, arrojaban bastante sangre, que corria hasta los arneses del caballo, y reuniéndose en el casco, se veia el conde obligado de cuando en cuando á escupirla por los agujeros de su visera. Sintió que comenzaban á disminuir sus fuerzas, y que su vista se turbaba; la destreza de su adversario se le habia visiblemente demostrado, para que esperase cosa alguna de su espada; así, tomando una desesperada resolucion, con una mano arrojó á lo lejos la inútil arma, y con la otra tomó con viveza la hacha que pendia del arzon de la silla. El caballero hizo otro tanto con una prontitud y precision que pareció obrar por medio de la magia, y ambos adversarios se hallaron dispuestos á co-

menzar un nuevo combate, que entonces no podia dejar de ser decisivo.

Mas á los primeros golpes que se dirigieron los dos campeones, observaron con asombro que las cosas habian cambiado completamente: el conde de Ravenstein era el que se tenia sobre la defensiva, y el Caballero del Cisne de plata era el que atacaba á su turno; pero con tal fuerza y rapidez, que era imposible seguir con la vista la arma corta y maciza que flameaba en su mano. El conde se mostró por un instante digno de su fama y de su nombre; pero en fin, habiendo parado fuera de tiempo un golpe, la arma de su adversario cayó de plomo sobre su casco, rompió la cimera y la corona de conde, y aunque la hacha no penetró hasta la cabeza, produjo el efecto de una masa. El conde, aturdido, inclinó la cabeza hasta el cuello de su caballo, en cuya crin buscó instintivamente un apoyo; y soltando al mismo tiempo su hacha, vaciló un momento y cayó á su turno, sin que su adversario tuviese necesidad de continuar el ataque.

Sus escuderos corrieron y desataron su casco: el conde estaba completamente privado. Lo trasportaron á su tienda, y al desarmarlo le encontraron ademas de las heridas de la cabeza, otras cinco en diferentes lugares del cuerpo.

En cuanto al Caballero del Cisne de plata, colocó su hacha en el arzon de la silla, su espada en

la vaina, tomó su lanza, y adelantándose de nuevo hácia el balcon de la condesa Beatriz, saludó al príncipe Adolfo y á su hija, y en el momento en que creian que su libertador iba á entrar en el castillo, se dirigió hâcia la ribera, se apeó del caballo y entró en su barca, que remontó la corriente del rio llevándose al misterioso vencedor.

Dos horas despues, volviendo en sí el conde, ordenó al instante que se levantase el campo y tomasen el camino de Ravenstein.

En la tarde llegó el conde Karl de Hombourg, con veinte soldados. Venia en ausilio del príncipe Adolfo de Cléves, que, como hemos dicho, habia enviado mensages á todos los amigos y aliados que tenia en las inmediaciones.

El socorro era entonces inútil; pero el anciano guerrero no dejó por eso de ser grandemente recibido y dignamente festejado.

CAPITULO XI.

Mientras pasaban en Clêves los sucesos que hemos referido, el langrave Ludwig, no teniendo á su lado mas que á su anciano amigo el conde Karl de Hombourg, habia permanecido en el castillo de Godesberg, llorando á Emma, que no queria volver á su lado, y á Othon, á quien creia muerto. En vano el conde trató de darle esperanzas, diciéndole que su muger lo perdonaria, y que su hijo sin duda se habia escapado al nado: el pobre langrave no queria creer en aquellas palabras de esperanza, y decia que habiendo condenado sin misericordia, se veia condenado sin esperanza de obtener gracia. Ese estado violento no podia durar, mas sucedió á él una profunda melancolía, y el langrave se encerró en los mas retirados aposentos del castillo de Godesberg.

Solo Hombourg era admitido en su habitacion, y no obstante, pasaban dias enteros sin que pudiese llegar hasta su amigo. El buen caballero no sabia qué hacer; tan pronto queria ir á buscar á Emma al convento de Nonenworth, pero temia que una nueva negativa no aumentase las penas del esposo; tan pronto queria ponerse en busca de Othon, mas temblaba que una pesquisa inútil no llevase hasta el colmo las angustias del padre.

Durante estos sucesos, llegaron al castillo de Godesberg los despachos del príncipe Adolfo de Cléves. En cualquier otra circunstancia, el langrave Ludwig se hubiera apresurado á dirigirse en persona á aquella invitacion de guerra; mas estaba tan absorto en su dolor, que dió sus poderes á Hombourg, y el buen caballero, despues de haber segun sn costumbre, cubierto á su amigo Hans con sus arneses de batalla; se puso á la cabeza de veinte soldados y se encaminó hácia el principado de Cléves, donde llegó en la tarde del mismo dia en que habia tenido lugar entre el caballero del Cisne de plata y el conde de Ravenstein, el combate que hemos descrito.

El conde Karl habia sido recibido como un antiguo compañero de armas, y habia encontrado á los habitantes del castillo entregados á la alegría y á las fiestas. Una sola circunstancia, de que ninguno podia darse cuenta, turbaba la alegría del príncipe: era la desaparicion del caballero desco-

bate de la víspera; mas poco despues volvió á su imaginacion aquel recuerdo, y con él, el pesar de dejar sin recompensa el sacrificio del caballero desconocido. Consultó al conde Karl sobre lo que debia hacer en el particular, y el anciano caballero le aconsejó que proclamase que perteneciendo de derecho la mano de Elena á su defensor, el Caballero del Cisne de plata no tenia mas que presentarse, para recibir una recompensa que hacia preciosa, aun para el hijo de un rey, la hermosura y riqueza de Elena.

Aquella misma tarde, el conde Karl dejó el castillo á pesar de las instancias del príncipe puesto que negocios de mucha importancia, segun decia, lo llamaban al lado de su anciano amigo el langrave de Godesberg.

Othon esperaba al caballero en Kerveinhelm: entonces fué cuando supo la desesperacion del langrave. Todo desapareció ante la idea de su padre enfermo y desgraciado, todo, hasta su amor á Elena. Así, pues, ecsigió del conde que se pusiesen al instante en camino. Mas el conde tenia otra esperanza, y era la de llevar á la vez al langrave su esposa y su hijo, porque esperaba que una palabra de éste, obtendria de la madre lo que no habian podido conseguir las súplicas del esposo.

Hombourg no se engañó: tres dias despues veia, á traves de las lágrimas que derramaba de gozo, á

su anciano amigo estrechaba entre sus brazos á su muger y á su hijo, á quienes habia creido perdidos para siempre.

Sin embargo, el castillo de Cléves parecia vacio; al partir Othon se habia llevado la alegría. Elena oraba sin cesar en la capilla de la princesa Beatriz, y el príncipe Adolfo de Cléves no cesaba de asomarse al balcon con objeto de ver si volvia el Caballero del Cisne de plata: el padre y la hija no se reunian mas que á las horas de comer. Cada uno se inquietaba por la tristeza del otro; en fin el príncipe Adolfo resolvió poner en ejecucion el consejo que le habia dado el conde de Hombourg.

Una tarde en que Elena, despues de haber orado todo el dia, se retiraba á rezar aún, su padre la detuvo en el momento en que iba á pasar el umbral de la puerta.

—Elena,—le dijo—no has pensado mas de una vez desde el dia del combate que tan felizmente te libró del conde de Ravenstein, en el caballero desconocido?

—Sí, monseñor,—respondió la jóven—porque creo no haber dirigido una oracion á Dios desde aquel dia, sin haber pedido el que lo recompense, puesto que vos no lo podeis hacer.

—La única recompensa que convendria á un jóven tan noble, como aquel parecia serlo, seria la mano de la que libertó—contestó el príncipe.

—Qué decís, padre mio!—esclamó Elena ruborizándose.

—Digo—respondió el príncipe reconociendo en la espresion del rostro de su hija mas sorpresa que inquietud—que siento no haber ejecutado antes el consejo que me dió Hombourg.

—Y cuál es?—preguntó Elena.

—Mañana lo sabrás—respondió el conde.

A la mañana siguiente partieron los heraldos para Dortreck y para Colonia, proclamando por todas partes que no habiendo hallado el príncipe Adolfo, una recompensa mas noble que ofrecer al que habia combatido por su hija, que la mano, de esta prevenia al Caballero del Cisne de plata que dicha recompensa le aguardaba en el castillo de Cléves.

Hácia el fin del séptimo dia, cuando el príncipe y su hija se hallaban sentados en el balcon de la princesa Beatriz, Elena apoyó vivamente una de sus manos en el brazo de su padre, mientras que le mostraba con la otra un punto negro que aparecia en el rio, en la punta de Dorvick, es decir, en el mismo lugar donde habia desaparecido Roberto de Alost.

A los pocos momentos aquel punto se hizo visible. Elena fué la primera que reconoció que era una barca que conducia tres personages y seis remeros. Poco despues distinguió qne aquellos hombres estaban cubiertos con sus armaduras, tenian

la visera baja, y el que estaba en medio de los otros, llevaba en el brazo izquierdo un escudo blasonado. Desde entonces su vista no se separó un momento del escudo: al cabo de un instante no le quedó ya la menor duda; el escudo tenia por armas, un campo azul con un cisne de plata; el príncipe mismo, á pesar de la debilidad de su vista, comenzaba á distinguirlo, y no podia contener su alegría; Elena temblaba generalmente y á pesar suyo. El príncipe tomó á Elena por la mano, y obligándola á descender, la condujo casi por fuerza al encuentro de su libertador. En lo alto de la escalera le faltaron las fuerzas, y el príncipe se vió obligado á detenerse: en aquel momento los tres caballeros entraron en el patio.

—Sed bien venidos, quien quiera que séais,—les gritó el príncipe—y si uno de vosotros es verdaderamente el bravo caballero que ha venido tan valerosamente en nuestro ausilio, que se acerque y levante la visera de su casco, á fin de que pueda abrazarlo con el rostro descubierto.

Entonces el que llevaba el escudo blasonado se detuvo un instante, apoyándose en los hombros de los dos caballeros que le acompañaban, porque parecia tan conmovido como la jóven; pero inmediatamente pareció recobrarse, y subiendo lentamente las gradas de la escalera, siempre escoltado por sus dos compañeros, se detuvo en la penúltima, dobló una rodilla delante de Elena, y des-

nocido, que se habia alejado de una manera tan inesperada y rápida, que el príncipe lo habia visto desaparecer antes de haber encontrado un medio de detenerlo. No se habló en toda la noche mas que de aquella estraña aventura, y todos se retiraron sin haber podido comprender nada.

La imaginacion del príncipe estaba fija de tal manera en un solo pensamiento, desde el fin del combate, que hasta que se encontró solo fué cuando notó la desaparicion de sus dos arqueros Herman y Othon. Semejante conducta en el momento del peligro, le pareció tan estraña de parte de aquellos dos hombres, que resolvió, si se presentaban en el castillo sin dar una escusa satisfactoria, echarlos vergonzosamente á la vista de todos sus compañeros. En consecuencia se dió órden á los guardias nocturnos, que previniesen al príncipe á la mañana siguiente, en el caso en que Othon y Herman entrasen en la noche.

A la mañana del dia siguiente, entró un criado en la habitacion del príncipe. Ambos desertores habian entrado en el cuartel de los guardias á las dos de la mañana.

El príncipe se vistió inmediatamente, y mandó llamar á Othon.

Diez minutos despues se presentó el jóven arquero delante de su señor. Parecia tan sereno, como si hubiese ignorado el motivo porque se le lamaba. El príncipe lo miró con severidad; mas

la causa que hizo bajar los ojos á Othon ante aquella mirada terrible, fué visiblemente un sentimiento de respeto y no de vergüenza. El príncipe no comprendia semejante seguridad.

Entonces interrogó á Othon, y el jóven respondió á todas las preguntas del príncipe con respeto y firmeza, que habia estado ocupado durante el dia anterior, en un negocio muy importante, en el que Herman le habia ayudado: esto era cuanto podia decir. En cuanto á la falta de Herman, la tomaba por su cuenta, supuesto que era él quien habia usado de su influencia sobre aquel jóven, que le debia la vida, para hacer que faltase á sus deberes.

Nada comprendia el príncipe de semejante obstinacion; mas como á una falta contra las reglas de la disciplina militar, añadia una desobediencia al poder señorial, dijo á Othon que sentia separarse de un arquero tan diestro, pero que era contra las reglas establecidas en el castillo, que un servidor se alejase de aquella manera, sin pedir permiso para hacerlo, y entrase sin querer decir de dónde venia; en consecuencia, el jóven arquero podia reputarse libre, y entrar al servicio de cualquier otro señor que le conviniese. Dos lágrimas aparecieron al principio en los párpados de Othon; pero fueron inmediatamente secadas, por la llama que subió hasta su rostro; y sin responder una palabra, el jóven arquero se inclinó y salió.

No sin esperanza hábia tomado el príncipe semejante resolucion, y le fué necesario recurrir al sentimiento de cólera que habia despertado en él la obstinacion del culpable, para castigarlo con tanta severidad. Así, pensando que el jóven se arrepentia, el príncipe se dirigió á la ventana que daba al patio que debia atravesar Othon para entrar en el cuartel de los arqueros, y se ocultó tras una cortina, á fin de no ser visto, seguro como estaba de verlo retroceder. Mas Othon se alejó lentamente y sin volver la cabeza, y el príncipe lo seguia con la vista, perdiendo una esperanza á cada paso que daba, cuando vió venir del lado opuesto del patio, al conde Karl de Hombourg, que iba á cuidar que el almuerzo de Hans se lo sirviesen á la hora acostumbrada. El anciano conde y el jóven arquero caminaban, pues, al encuentro uno de otro, cuando levantando á un mismo tiempo los ojos, se detuvieron ambos como heridos por un rayo. Othon habia reconocido á Karl, y éste á Othon.

El primer movimiento del jóven fué alejarse; pero Hombourg le tendió los brazos, apretándolo contra su corazon con toda la fuerza de la antígua amistad que hacia treinta años lo unia á su padre.

El príncipe pensó que el buen caballero se habia vuelto loco; un conde abrazando á un arquero, le parecia un espectáculo tan estraño, que no podia

creerlo; así, pues, abrió la ventana y llamó con todas sus fuerzas á Karl. A aquella aparicion, el jóven no tuvo mas que el tiempo necesario para hacer que el anciano caballero le prometiese guardar el secreto, y se lanzó en el cuartel de los guardias, mientras Hombourg se dirigia al llamamiento del príncipe.

Este lo interrogó; mas Hombourg á su turno no quiso decir nada. Se contentó con responder que habiendo estado Othon mucho tiempo al servicio del langrave de Godesberg, lo habia conocido allí muy niño, y profesado mucho cariño, de suerte que cuando lo habia encontrado, no habia sido dueño de su primer movimiento de gozo: convenia con su acostumbrada bondad, que aquel primer movimiento lo habia conducido mas allá de los límites del decoro. El príncipe, que sentia la severidad que habia usado con Othon, porque sospechaba algun misterio en aquella singular ausencia, se aprovechó de aquella ocasion para reparar lo que habia hecho: en consecuencia, llamó á un criado, y le dió órden de que fuese á decir á su arquero que se quedase en el castillo, y que á los ruegos del conde Karl de Hombourg, le perdonaba; mas volvió el criado diciendo que habia desaparecido con Herman, sin que nadie hubiera podido decirle lo que se habian hecho.

El príncipe quedó por algun tiempo tan preocupado por aquella desaparicion, que olvidó el com-

pues del último momento de duda, levantó la visera de su casco.

—Othon el arquero!—esclamó el príncipe asombrado.

—Estaba yo segura—murmuró la jóven ocultando su rostro contra el pecho de su padre.

—Mas quién te habia dado derecho para ponerte un casco coronado?

—Mi nacimiento—respondió el jóven con aquel acento dulce y firme al mismo tiempo, que ya conocia el padre de Elena.

—Quién me lo probará?—preguntó Adolfo de *Cléves*, dudando todavía de la palabra de su arquero.

—Yo, su padrino—dijo el conde Karl de Hombourg.

Y ambos al pronunciar tales palabras, levantaron sucesivamente la visera de sus cascos.

Ocho dias despues, los dos jóvenes se dieron las manos en la capilla de la princesa Beatriz.

Esta es la historia de *Othon el Arquero*, tal como la he oido referir en las orillas del Rhin.

FIN.

VIAGE

A

VENECIA,

POR

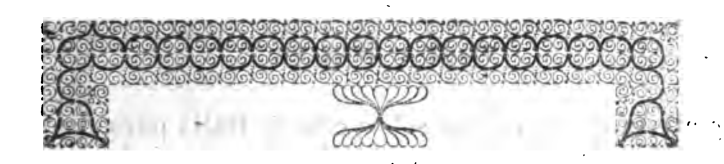
ARSENIO HOUSSAYE.

Traducido para el Siglo Diez y Nueve.

MEXICO.

IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO.

1850.



I.

Prefacio de viage.

Desde que dejé de leer he comenzado á viajar. Este mundo, que ciertamente no es el mejor, es un libro sagrado escrito por Dios y comentado por los hombres. Yo lo abro al azar, en cualquiera parte, en las páginas conocidas y en las desconocidas; pero en esta novela mundana, así como en las amorosas, es necesario pasar por alto ciertos pasages; y así como se pasa en silencio una declaracion de amor, yo lo hago con mi travesía de Pontoise dentro de un coche, camino del Norte.

Montesquieu decia:

"La Alemania se ha hecho para viajar; la In-

glaterra para meditar sobre ella; la Italia para habitar; la Francia para vivir."

"¿Habria leido por ventura Montesquieu este viejo proverbio:

"Italia para nacer, Francia para vivir, España para morir?

Los franceses viven como los árboles, bajo el mismo cielo, sobre el mismo suelo, y arraigados en él. Ya se sabe que los franceses casi no viajan..... iba á decir que *nunca* en véz de *casi*. El parisiense no se embarca voluntariamente sino para Saint-Cloud, y no hace sin inquietud otro viage que el de Fontainebleau. Aprender á vivir es aprender á morir; pero acaso seria mejor decir que viajar es habituarse á morir; y tal vez sea mas esacta esta espresion; porque la tumba no es sino un nuevo pais, el otro mundo, como vulgarmente se dice. Este principio debe ser consolador para los que gustan de los viages, y temen sin embargo el último. Este es el único que en Francia se hace regularmente: se atraviesa el panteon, pero los Alpes ó los Pirineos!....No hablo de los franceses en tiempo de guerra, porque entonces van á todas partes; á diferencia de los franceses que van á Baden, los cuales á ninguna parte van.

Confieso que Paris es para el parisiense un mundo siempre desconocido. Una mañana me puse en camino para viajar por la calle Saint-Denis, y allí hice grandes descubrimientos arqueológicos,

yencontré el orígen del teatro nacional y de la leratura francesa. Comencé á escribir mi viage; pero hubiera necesitado el aliento del Judío errante; y por otra parte percibí que era necesario escribir y no viajar, ó viajar y no escribir.

El dia que partí para Venecia me encontré con uno de los tres ó cuatro historiadores que anuncian hoy la grandeza y la decadencia de la república de los Duxes. Este historiador fidedigno viajaba de su librería á la biblioteca real; y le aconsejé que fuese tambien al Louvre á estudiar los cuadros en que el Cavaletto ha sabido desfigurar á Venecia con tanto talento.

Por lo que toca á mí, no me murmuréis si escribo algo, porque ademas de que viajé sin dinero, no tengo la pretension de escribir, sino de narrar simplemente.

Comunmente se dice que todos los caminos conducen á Roma; y con fé en este acsioma, me abandoné al ferro-carril del Norte, y fuí á saludar otra vez á Rubens en Amsterdan, y á Rembrandt á Amberes: por otra parte, este es el camino mas corto de Roma, porque ¿no es siempre mas corto el camino mas bello? ¿Y el Rhin no es el camino mas bello de Europa? Todos los que viajan por viajar, no por llegar á ningun término, confiesan como yo que el mas hermoso camino para llegar á Italia, es subir el Rhin y atravesar el monte San Estardo. Los lagos de Guillermo Tell lo condu-

cen á uno hasta el fin de esta montaña de gigantes; y los lagos de Italia lo reciben á uno al otro lado en medio de sus eternas fiestas.

Desde mi salida de París hasta mi llegada á Venecia, no he encontrado un frances; no hablo de los artistas, que son cosmopolitas. Sin embargo, recuerdo que en la cumbre del Righi estaba al mismo tiempo que yo un parisiense nacido en París, que hablaba de París, de las mugeres de París, y de la ópera de París.

Este tenaz parisiense era un auditor del consejo de Estado que se envanecia seguramente de su título, porque en el registro de los viageros escribió en caracteres magestuosos: *Auditor en el consejo de Estado.*—Cosa inútil, supuesto que ninguno de los asertantes le negábamos la posesion de sus orejas. Bien se comprende que este título podrá alegarse para ir á un concierto; pero para ir á ver las bellezas del Righi!......

De Milan á Venecia he viajado con un filósofo aleman que hablaba todos los idiomas hasta el suyo: y conversamos sobre las artes modernas en Alemania. Como nuestros compañeros de viage eran ingleses, y en su cualidad de tales habian visto tres ó cuatro ocasiones á Venecia, rogué á mi aleman que les preguntase algunas cosas acerca de la comarca por donde atravesábamos. Interrumpiendo, pues, su discurso, preguntó á los ingleses; y guardándose para sí las noticias adquiridas, con-

tinuó su discusion apasionada sobre las doctrinas de Overbeck.

He aquí todo lo que indagué en mi travesía de Milan á Venecia:

El pais no es muy quebrado, pero la naturaleza está llena de frondosidad y fragancia, deslumbrando por su ecshuberancia, su brillo y su colorido. Principalmente desarrolla su lujo en los pámpanos que se estienden en arcos vistosos sobre los campos de lúpulo, maiz y tabaco.

II.

Venecia.

Saunazon ha cantado á Venecia con las hipérboles mas atrevidas. Pone en escena á Neptuno y á Júpiter.—"Ved, dice el Dios de la mar; ved á Roma y ved á Venecia: ensalzad cuanto querais vuestro Capitolio y vuestro Tíber; al fin direis que Roma ha sido construida por los hombres, pero que Venecia no ha podido ser construida sino por los Dioses:

Si pelago Tybrim praefero, cerbem aspece utramquem:
Illam homines dices, hanc posuisse deos.

Byron esclamaba:—"Yo te saludo ¡oh Cibeles de los mares! que á los lejos me apareces coronada de una diadema de torres, y mandando con magestad á las olas y á las divinidades del Océano."

No olvidemos el soneto de Alfieri:

> Ecco sorger dall' acque io veggo altera
> La canuta del mar saggia reina......

Camparella ha escrito un bello soneto sobre Venecia:

"Nueva arca de Noé que levantada sobre las olas preservó de la suerte á la raza justa, cuando Atila, plaga enviada por Dios, se arrojó sobre la Italia.

"Tú no has sido profanada nunca por la servidumbre; tú produces héroes, sabios y pensadores. Por eso se te llama justamente vírgen inmaculada y madre fecunda.

"Tú nadas sobre el mar, ruges sobre la tierra, y vuelas hasta el cielo.

"Oh! reina!....unas veces pez y otras leon alado—el leon de San Marcos—sostienes el Evangelio."

Los poetas han cantado á Venecia; los novelistas han conducido á ella á sus heroinas; los pintores han reproducido sus palacios y sus iglesias; pero ni los novelistas, ni los poetas, ni los viageros, ni los pintores, han conseguido retratar esta maravilla oriental. Delante de Venecia es necesario cerrar el cuarto libro de Child-Harold; es necesario cerrar las páginas mas bellas de Cavaletto, este panegirista de un pais sin tierra. Solo hay un cuadro que pueda dar idea de Venecia—este es Venecia.

Cuando llega uno á Venecia se siente tentado de esclamar, como el profeta delante de Tiro:

—"Cómo ha perecido la que habitaba en la mar! Oh! ciudad soberbia! las islas se espantarán viendo saltar las olas de los pórticos de tus palacios."

Cuando entra uno á Venecia, el corazon es asaltado por una tristeza repentina. El leon de San Marcos está encerrado en la férrea jaula de los bárbaros del Norte (1). El Adriático, el mar de los poetas, que en los siglos de oro venia á mecer amoroso los palacios de la voluptuosa Violante; el Adriático está quieto y sombrío desde que no reflejan en sus aguas sino palacios desiertos y lamentables. Pueblo de la república, ¿dóndes estás? Porque no eres tú el pueblo que yo encuentro aletargado sobre los gastados pavimentos. Pueblo de la república, ¿qué has hecho de tu madre? Tú la has abandonado, á esa bella y deleitable hija del Adriático, á la pasion brutal de los reyes estrangeros. Ellos han asaltado su tálamo, la han encadenado con sus manos sacrílegas y la han maltratado como á una muger perdida. Y tú, pueblo de la república, tú no has despertado para morir esclamando como el poeta:

(1) Estas páginas se imprimieron en el *Constitucional* de Paris antes de la revolucion que (lo esperamos todavia) devolverá á Venecia su república y su esplendor. Roma ha tenido dos épocas.

El que viva será libre; el que muera ya lo es!

Venecia ha salido de la mar como Venus; y como Vénus fné linda, apasionada, loca por todos los deleites del corazon de los ojos y de los lábios.

Venecia, "la reina del mar!" es una ciudad de otro mundo: desde que pone uno el pié en sus silenciosas gõndolas vestidas de negro como estafalcos, se olvida uno repentinamente del pais de donde viene, y solo se tiens cabeza para pensar en Venecia, corazon para sentirlo palpitàr por ella. Aquí es donde viaja uno por las regiones de la muerte; aquí está el silencio, el olor de las tumbas, las tumbas mismas. Pero ¿quiẽn no querria habitar este gran momento, grandioso poema en que la arquitectura y la escultura han cantado alternativamente los mas bellos versas de la poesia Oriental?

Venecia ha salido de la mar bella y victoriosa; y ha domado á esra fiera y tempestuosa yegea que no se somete sino al dorado acicate del ginete invisible. Pero poco á poco la mar recobrá su impario; bate en brecha á la ciudad abandonada; deaora cada noche un grama de piedra del palacio ducal; entra en los palacios de los Foscari y de los Barbarigo, y cubre todas las ilusiones de mármol de Palladio. La que salió de la mar esrá trapada por la mar. Si Venecia tuviese todavia á los hijos, los hijos de la repũblica, podria luchar, y abatir con el remo de lòs dúcces las olas triunfantes,

pero Venecia ya no tiene hijos que acariciar su seno marchito: ¿ni para qué tener hijos ahora? ¿Para que sean los esclavos del emperador de Austria? En vano se intenta libertar á Venecia de una muerte cercana; no ecsiste la ciudad, supuesto que ya no se oye latir el corazon de su pueblo. Venecia no es mas que un glorioso sepulcro como Jerusalen.

Para un artista el viage á Venecia es el de la peregrinacion. Yo no podria describir el piadoso fervor con que saludé á lo lejos la atmósfera de azul, de rosa y oro, que corona sus domos y sus torres. Cristiano como soy, confieso que no era la idea de Dios la que inspiraban esas iglesias, sino los recuerdos del Ticiano y del Veronés, que viven en la luz del sol, mas allá de la tumba.

Hace poco tiempo todavía qne se llegaba á Venecia en barcas ó en góndolas: hoy que los ferrocarriles lo invaden todo, se llega por un ferro-carril. Confieso, sin embargo, que en el equinoccio este seria el mejor modo de atravesar el mar.

El camino de fierro no tardará en anonadar á los Alpes. En el estado en que ha caido Venecia, este camino parece destinado, no tanto á conducir á ella, como á salvar sus despojos en el último dia.

Cuando llegué, Venecia tenia su cielo italiano, lo que no sucede todos los dias. El emperador de Austria no se ha contentado con enviarle su polí-

tica y sus soldados, sino que le ha mandado tambien sus nublazones y sus tempestades.

Un ómnibus impulsado por dos remeros nos tomó en el desemcarcadero y nos condujo al hotel.

En *Leone-Bianco*, la reina de Holanda ha alquilado todo el edificio, en Danieli la familia Galitzin lo ha invadido todo.

Nos aconsejaron ir á la *Luna* siquiera para pasar la noche. ¿Por qué no habiamos de ir á la *Luna*? Yo amo á la luna, y sus reflejos me encantan. Éste hotel está situado sobre el gran canal, frente al jardin del palacio real, casi bajo los arcos de la plaza de S. Marcos: no puede desearse mejor alojamiento.

Mas parece que en todos los paises la luna debe amarse á la hora de las ilusiones y no á la hora de comer. El hostelero nos dió buenos cuartos con pavimentos de mosaico y cubiertos de arabescos; pero nos advirtió que en la *Luna* no se comia. —¿No se come? —O se come mal, que es peor— nos respondió.

Esta es la primera vez que encontré un hostelero de tal especie. Su advertencia nos habia conconmovido profundamente, y salimos á buscar la "fortuna del puchero" cosa que no se puede hallar en Venecia. Lo que pudimos alcanzar fué un poco de sol y de aire, una naranja, unas pasas, pastel de arroz y café. No hay *restorans*, porque no considero como tales á unas tabernas sombrías,

donde me ha parecido imposible distinguir lo que se come á medio dia. La gente del pueblo no tiene cocineras: come y se desayuna en la calle con mariscos cocidos. Nada de vida doméstica ni de hogar; su ajuar es una mala cama entre dos tabiques. Los gondoleros viven en sus góndolas, donde no cantan los versos de Torcuato.

A pesar de todo esto, mi filósofo aleman insistia en comer; pero yo, que habia venido á Venecia por ver, y no por comer, todo me volvia ojos.

III.

San Marcos.

Me habia yo quedado plantado como un punto admirativo delante de la basílica de S. Marcos, esta maravilla griega, romana y gótica; este sueño de las *Mil y una noches*, este poema lleno de vida y de color, que canta mas bien la glória del arte que la gloria de Dios. Dios, en su simplicidad de padre de familias, no ama estas deslumbradoras riquezas. La basílica de S. Marcos bien pudiera ser una mezquita, así como es una iglesia. Nunca se han confundido tan ingeniosamente los diversos estilos del genio arquitectónico, la suprema elegancia de los griegos y el lujo brillante de los bizantinos.

Maravillados ya con el pórtico y los domos que

alumbraba un sol alegre de Septiembre, con los soberbios caballos de Corinto, el grupo de pórfido y el leon mutilado, entramos deslumbrados: esos mosaicos de fondo dorado corridos por todo el arteson y representando la historia santa desde Adan hasta los Evangelistas; los pavimentos de jaspe y de pórfido; las innumerables columnas de mármol, de bronce, de alabastro, de serpentina; la fuente del agua bendita, obra del siglo XV, que se eleva sobre un altar sin fecha; el famoso candelabro; la pala de oro; los sepulcros; todo este lujo de oro y de mármol, de arte y de poesía, donde el sol poniente arrojaba algunos rayos vivos, confundia mi curiosidad.

Me habia yo detenido no lejos del altar, delante de una puerta de bronce, donde me habian sorprendido tres figuras en relieve.

—Esas no son gentes de iglesia—le dije á mi compañero.

Yo habia reconocido al Ticiano: él habia reconocido á Aretin: y bien pronto descubrimos que la tercera cabeza era la de Sansovino, que ha pasado treinta años en esculpir y cincelar la puerta. Aretin está aquí con toda su audacia. Es una cabeza viva que lleva con insolencia el sello de un carácter odioso templado per el genio. Aretin era mercarder de lisonjas y calumias; y el mismo Ticiano lo pintaba para ser proclamado un grande artista, y para atenuar sus difamaciones.

Pero el Tintorero no tuvo la misma prudencia: y un dia fué á casa del poeta, á quien tomó medida con una pistola:—"Pedro Aretin, le dijo—teneis apenas la altura de una de mis pistolas multiplicada por tres."—Con razon llamaron robusto á este pintor.

La palabra de Aretin era la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de todo el mundo: de modo que para sus enemigos y aun para sus amigos fué un dia feliz aquel en que sin temer de despertarlo, pudieron escribir sobre él.

Era un famoso é infame periodista que se puede considerar como el criador de la *cantinela.* ¿No fue él quien hizo cantar á Francisco I y Carlos V fuera de los otros pequeños soberanos de Italia? Unos le enviaban una cadena de oro, otros un caballo; los mas pobres no le daban sino unos cuantos palos: lo que no le impidió hacer grabar medallas donde insolentemente tomó el título de *divino.*

Es necesario confesar que su retrato es una de las originalidades de San Marcos. Tambien es cierto que Miguel-Angel no diria de esta puerta, lo que dijo de la del bautisterio de Florencia:—*La puerta del paraiso.*

Permaneceria uno en San Marcos, si no estuviese á un lado el palacio ducal. Si el palacio ducal es el capitolio del poder aristócrata, el puente de os Suspiros es la roca Tarpeya. Sombría histo-

ria, cuya primera página está escrita por Marino Faliero que perdió la cabeza, y viene á terminar el arquitecto Calendrio que murió en el cadalso.

El aspecto del palacio ducal es á la vez severo y risueño, como un castillo gótico construido por un enamorado á la vuelta de las Cruzadas: es el genio del Norte y del Oriente confundidos en un pensamiento único. Los capitales de las columnas del primer órden de la fachada, con sus follages, sus figuras y sus símbolos que tienen una fisonomía atrevida y primitiva; la *logietta* de Victoria, la de la Carta; las estatuas griegas de la facha da del relox; el Adan y Eva del Rizzo; la pequeña fachada de Pergamasso; el Marte y el Neptuno de Sansovimo; la escalera de oro, son una espléndida entrada en materia. Se penetra con respe to en este palacio que no está habitado sino por las obras maestras.

En el palacio hay una biblioteca, pero los verda deros historiadores de Venecia son los pintores. Toda la historia de la república está escrita sobre los cielos rasos, en magníficos cuadros de mármol y oro.

—Vamos á comer?—me dijo répentinamente el filósofo.

Yo no hice otra cosa que seguirlo en silencio.

IV.

Un cuadro vivo del Veronés.

Todavía no habia yo visto nada veneciano. Repentinamente vi aparecer, como por encanto, un cuadro de Pedro Veronés en todo su brillo y su desenvoltura.

Eran cuatro jóvenes esbeltas, morenas, de reflejos dorados, hijas del pueblo vivas y perezosas, buscando el sol y el gondolero: en Venecia cada hija del pueblo tiene dos amantes igualmente amados; el sol y el gondolero. El reinado del uno comienza cuando termina el del otro.

Viendo pasar con todo su abandano de reinas á estas muchachas hermosas, nacidas para ser bellas y no para trabajar, admiraba alternativamente á Dios en su obra, y á Pablo Veronés en sus

recuerdos. Apenas iban vestidas con el trage del tiempo. No tenian sombrero, ni gorro, ni ninguna de esas horribles invenciones de las mugeres septentrionales que tienen miedo de constiparse. Sus abundantes cabellos solo están detenidos con una peineta de concha; y siempre alguna madeja indócil se escapa *escandalosamente* como una mies dorada. El vestido apenas está abrochado; y su orgulloso corsé recuerda el de la querida del Ticiano en el museo del Louvre, sin estar mejor escondido: se tapan sus chales de cien sueldos como si fueran clamides, y algunas veces se cubren la cabeza como las españolas. Llevan con mucha gracia chinelas de madera ó de cordoban con grandes tacones; y sin embargo, tienen bastante buena talla para que se les puedan aplicar estos versos de Juvenal.

Breviorque videtur
Virgine Pygmaea nullis adjuta cothurnis:

es decir, que cuando no tiene patines, parece mas pequeña que una pigmea. Todas son coloristas, buscan los matices ó los contrastes armoniosos; parece que todas han asistido á los talleres de pintores venecianos del siglo de oro. Producen los mismos efectos violentos, aman los colores brillantes y el mismo estilo en las estofas, que no son sencillas ni sublimes, pero que tienen mucho de tea-

tral: es el estilo del Veronés en Venecia, de Rubens en Amberes, de Giordano en Nápoles, de Lemoine en Paris. Ciceron no hubiera amado á las venecianas, Plinio las hubiera adorado.

Ticiano, el rey supremo de los coloristas, aun comparado con Rubens, con Giorgione y el Veronés, no reconocia sino tres colores, el blanco, el rojo y el negro: en ellos encontraba sus cielos, sus Violantes, sus duxes, sus árboles y sus rayos. Las mugeres del pueblo en Venecia no aman sino estos tres colores: el sol completa el cuadro.

V.

La querida del Ticiano.

Desde mi llegada á Venecia he pensado que lo ideal es una invencion del Norte: el Sur nunca es vencido por el arte. En Venecia, ni Bellini, ni Giorgione, ni Ticiano, ni el Veronés han superado en sus madonas ó sus cortesanas la belleza de las hijas del Adriático.

Los maestros venecianos, así como los flamencos, han reprobado con tan viva verdad la obra de Dios, que en Venecia lo mismo que en Amberés, á cada paso cree uno mirar un cuadro ó un retrato; y se detiene uno esclamando:—¡Qué color y que luz!....Cree uno saludar al Ticiano ó al Veronés, á Rubens ó á Van-Dyck; cree uno admirar al pintor y no admira sino á Dios.

Aun no habia visto ningunos cuadros; y encontré sobre la Guidesca volviendo de S. Giorgio-Maggiore, en una góndola bastante agitada, una hermosa jóven de veinte años de un brillo inaudito, de una robustez ecsuberante. La salud tiene tambien su poesía. A primera vista reconocí á la Flora del Ticiano, la hija de Palme le Vieux. Tenia un ramillete en la mano, menos brillante, menos frondoso que ella misma. Ella se inclinaba hácia la Guidesca para ver su hermosura, ajando contra sus lábios las flores ya marchitas de su ramillete. El gondólero que la conducia á la plaza de S. Marcos la miraba apasionado, y cantaba á media voz las notas estrañas de las bacanales de Lido. No podria uno formarse una idea de su gracia en el remar sin haberlo visto materialmente. La hermosa lo escuchaba con el encanto de un recuerdo vago de amor. Dios sabe qué loca pasion le recordarian estas notas perdidas en el viento. Yo no pensaba sino en el Ticiano y su querida. Su historia no es conocida de nadie, ni aun de los historiadores.

Poema.

"Ella, la bella Violante, era hija de Palme.
"Cuando la primavera hubo florecido quince

veces sobre sus megillas, el pintor se arrodilló delante de su hija como delante de una imágen de la Vírgen María, reina de los ángeles.

"Violante, Violante! lirio abierto á mi amor sobre las olas azuladas de Venecia, tu gloria en este mundo será incomparable: la vírgen que voy á pintar para la iglesia de la Redencion será tu imágen fiel ¡oh Violante!

"Porque tú eres la imagen de la santas doncellas que están allá en el cielo con Dios.

" Porque el oro de tus cabellos ha caido del cielo como un rayo de amor; porque la llama que luce en tus ojos es la llama divina que los ángeles encienden sobre sus pebeteros de plata."

Y diciendo estas palabras, el pintor tomó su paleta, y pintó para gloria del arte y para gloria de Dios.

La Vírgen que se animó sobre un trozo de cedro fué una obra maestra, radiante de amor y de verdad.

Cuando el cuadro estuvo acabado, la bella Violante se voló como una ave que va á cantar su cancion. Ella habia nacido para amar como todas las hijas de la tierra. Dios mismo, que ama la juventud en sus estravíos, arroja rosas fragantes en el camino de Magdalena la pecadora.

Cantando como iba su cancion, encontró al Ticiano y á su amigo Giorgione.

—Amigo Ticiano, si esa muchacha quisiera su-

bir á nuestro obrador, de nuestra paleta saldria una obra maestra. Una Diana cazadora altiva y elegante: una Venus deslumbradora de vida y de luz!

—Si viniera á mi obrador—dijo el Ticiano conmovido—caeria de rodillas delante de ella y romperia mis pinceles.

Violante fué al obrador del Ticiano, y no rompió sus pinceles. Despues de haber respirado con ella todos los embriagantes perfumes de una alborada amorosa, la pintó mas bella que la mas bella.

Giorgione vino para ver el retrato; pero Ticiano ocultó el retrato y el original.

Largo tiempo vivió en el sabroso secreto de esta pasion tan deslumbradora y tan fresca; era la luz del alba reflejando en el rocio.

Un dia—compadeced á la hija de Palme le Vieux!—Ticiano espuso el retrato de su querida. Todo el mundo iba á amarla, pero él la amaba todavía?

Despues de haber sonreido á los venecianos con los ojos y los lábios de su querida, el Ticiano embriagado por la fama, metamorfoseó á Violante en Venus saliendo de la mar, vestida de olas trasparentes.—Compadeced á Palme le Vieux que ya no veia á su hija sino en las vírgenes de la Redencion!

El arte habia sofocado al amor. Violante era

tan hermosa que se consoló con su hermosura que le aseguraba el reinado del mundo: ella reinó.

Una tarde, á la hora de maitines, entró á la iglesia de la Redencion; y las gentes al mirarla decian:

—Violante ha entrado aquí por equívoco.

Violante respirando la fragancia de los incensarios cáyó de rodillas delante de un altar, donde su padre venia á orar frecuentemente. El órgano elevaba á Dios sus armonías y las jóvenes venecianas cantaban con sus argentinas voces un himno á la Reina de los ángeles.

Violante levantó los ojos, sus ojos que se habian inflamado con todas las pasiones profanas.

Su mirada cayó sobre una imagen de la Vírgen, la mas pura, la mas noble, la mas adorable de cuantas habia en la iglesia de la Redencion.

—Santa María, madre de Dios, ruega por mí, murmuró dulcemente. Estaba conmovida de la belleza divina de esta vírgen, que pareció criada por una sonrisa de Dios.

—Ay! me dicen que soy bella; pero esto es una ilusion del amor: la belleza aquí es donde está en todo el brillo de un pensamiento celestial.

Un recuerdo, un vago recuerdo habia venido á agitar su corazon.

—Cuando era yo jóven—dijo contemplando á la Vírgen—cuando tenia yo diez y seis años.....

Cayó desvanecida sobre el marmoreo pavimento.....Habia, en fin, reconocido á esta vírgen tan

bella que se levantaba sobre un cielo de oro y azul: era la Vírgen de Palme le Vieux.

Violante se habia reconocido.—Oh! Dios mio!—esclamó devorando sus lágrimas—¿por qué habeis permirido esta metamórfosis?

Ella que todavia la víspera se habia visto hermosa en su espejo de Murano, ocultó su rostro como si se estuviera mirando en todo el horror de sus estravíos.

Se levantó y salió de la iglesia respirando con un sombrio deleite el amargo olor de la tumba.

A donde iba? El sol, el amoroso sol de Venecia vino á secar la última perla caida de sus mejillas. A dónde iba? Era la estacion en que los pámpanos comienzan á desarrollar sus ricos frutos.

Encontró á Pablo Veronés, que la coronó con los primeros racimos dorados de la Brenta.—Oh! mi vírgen—decia Palme le Vieux—Oh! mi ilusion—decia Giorgione. Oh! mi querida—decia el Ticiano. Oh! mi Bacante—decia Pablo Veronés.

VI.

Ticiano y Giorgione.

Despues de haber visto el retrato vivo de Violante vi su retrato pintado; pero ¿está menos vivo en la obra del Ticiano, bajo su colorido de fuego? Esta hermosa muchacha se encuentra en todas las galerías italianas. Siempre ha sido pintada por Ticiano? se reconoce el tacto del maestro; pero comunmente no daba sino el último toque, el mas difícil, el que revela el genio. He aquí la razon de todas estas Violantes atribuidas al Ticiano. "Su obrador era un santuario impenetrable. Cuando este gran maestro salia de su casa dejaba abierta la puerta de su obrador á fin de que sus discípulos pudiesen copiar furtivamente los cuadros que dejaba. Despues de algun tiempo encontraba de ven-

ta muchas de estas copias, las compraba y las retocaba; de modo que estas copias se convertian en originales. Aun sucedia que algunas las firmaba"—Segun esta asercion de Lauri, historiador fidedigno, podemos decir con Teofilo Gautier—"Escepto los seis ú ocho museos regios, donde la genealogia de los cuadros se conserva desde que salieron de la mano del pintor, todos los lienzos que se atribuyen á los grandes pintores italianos no son sino antiguas copias. "Sin embargo; han sido tan fecundos esos pintores italianos, y sobre todo los de Venecia! Los dos Bellini pintaban todavía á noventa años; Montagna, Palma y Tintoretto, á ochenta años aun trabajaban con valentia. Por lo que toca al Ticiano, todo el mundo sabe que murió de una epidemia á los noventa y nueve años.

¡Que vida tan brillante' y cuan llena de gusto y de gloria! la frescura de su juventud la conservó hasta el último dia. Yo he visto en la Academia de bellas artes su primero y su último cuadro que están colocados en la misma sala como dos páginas curiosas de la historia: y se creeria? el cuadro mas atrevido, mas vivo y mas brillante es el último. Aun mo atrevería á decir que este cuadro es el mas hermoso de ese pintor secular. Es la historia del genio de Rembrandt que comenzó con la sabiduria y la prudencia, y acabó por tomarse las libertades mas salvages. Homero escribia la *Odisea* en el invierno de su vida.

Supuesto que he hablado de Rembrandt, diré de paso que he visto en Venecia una de sus Magdalenas holandesas.

A fuerza de verdad, Rembrandt se hace sublime, así coma otros á fuerza de elevacion é idealismo. Hay en Venecia una Magdalena de este maestro que es una obra maestra de espresion, y qne contrasta singularmente con todas las magdalenas de los maestros italianos.

Es una holandesa sencillamente hermosa; pero no se encuentran en todas partes los modelos de este sublime poema? Si no es bella por la grandiosidad de las líneas, lo es por el dolor y el arrepentimiento (arrepentimiento y dolor que convendrian á cualquiera muger: ¿por qué pintar siempre á la Magdalena como una muger iluminada por los resplandores de Cristo; una poetisa, una Safo cristiana que canta mas bien que llora sus pecados?) Esta Magdalena de Rembrandt deja ver en su semblante que antes de levantar sus ojos al cielo ha amado á los hombres de la tierra, se ve que ella ha llorado de alegría, antes de vertir esas amargas lágrimas que el genio ha critalizado. No está desnuda como sus hermanas, se le ve de medio cuerpo y de frente, vestida de holandesa; y enseña una mano admirable, como las hacia Rembradt en sus dias de buena voluntad. Vive todavía con la vida humana del corazon que es la tempestad de la criatura; todas las borrascas que la han agi

tado en el mar de los peligros están apenas amortiguadas en su seno.

Las inquietudes del pensamiento no han atormentado al Ticiano; nada ha comprendido de los terrores bíblicos, ni del paraiso ideal del arte. Se ha contentado con ser verdadero y brillante: viviendo en Venecia con todos los deleites de una ardiente juventud, tuvo por musa á una bacante y ahogó su poesía en la cabellera de una querida que caia como una lluvia de oro sobre la nieve de la espalda. Acaso ha faltado el Ticiano alguna tentacion del Angel malo, un amor engañado, una lucha sorda con la miseria, una gran pesadumbre en el corazon; vivió dichoso durante noventa y nueve años, y fué admirado de todos, hasta de los reyes y emperadores, Francisco I le levantaba el pincel, y Cárlos V le prodigaba los mas altos títulos de nobleza. "Despues de haber oido el consejo de nuestros muy amados príncipes, condes, barones, y otros dignatarios de nuestro santo imperio, en la plenitud de nuestro poder cesáreo, Nos te nombramos conde del sagrado Palacio de Letran, de nuestra corte y de nuestro imperial consistorio, te damos el título de tal por las presentes, te elevamos á esta alta dignidad, y te inscribimos en el número de nuestros condes palatinos. A tí y á tus hijos, y á tus herederos perpetuamente, os declaramos tan nobles como se puede ser en a mas alta condicion humana, como si hubiérais

nacido de raza noble, procreados por cuatro abuelos paternos y maternos. Nos te damos la espada, la espuela, el manto y el cinturon de oro."

Pero la última hora de esta vida radiante y escenta de tempestades, fué el drama mas sombrío que haya pasado para un hombre.

Ticiano tenia dos hijos y una hija: Pomponio, Horacio y Labinia. Pomponio fué sacerdote; Horacio fué pintor; Labinia fué hermosa. La epidemia cayó sobre Venecia, y Horacio fué de los primeros atacados. Ticiano quiso velar á su hijo, á su querido Horacio, á quien creia destinado á recojer su herencia; y sobre el mismo lecho cayó atacado de la peste. Tuvo el dolor de ver morir á Horacio, y él mismo estaba prócsimo á espirar, cuando Pomponio, que era el mas mal sacerdote del siglo XVI, fecundo en sacerdotes malos, corriendo por la posta para Milan, se precipitó al palacio de Borbarigo, que su padre habitaba hacia largo tiempo. No llegó á cerrar los ojos á su padre, sino á recojer los muebles y lienzos de algun valor para rematarlos en venduta.

Ticiano, el artista glorioso, murió sin un amigo, sin un criado que le diese el último adios. Pomponio era menos que un criado. Inmediatamente salió de Venecia dejando á su padre sin sepultura. El hombre á quien Cárlos V y Francisco I consideraban como su igual, no ha tenido un sepulcro. A esta hora se le está levantando un mo-

numento frente al de Canova; pero no se han recojido sus huesos. Hoy es cuando Venecia comienza á conocer á duras penas, que sus grandes pintores valen tanto como sus Duxes.

Se está tallando mármol para el Ticianc, y á Pablo Verones se deja abandonado bajo una humilde piedra, entre las tinieblas de la iglesia abandonada de S. Sebastian, que está cayendo en ruinas: un sepulcro sin mgestad.

Sin embargo, si Giorgione no hubiera muerto en la juventud mas florida, como una espiga ya dorada pero cuyo fruto está verde todavía, ¿hubiera sido Ticiano el rey de los coloristas aceptado por la posteridad? Ticiano no era sino el hombre de talento cuando Giorgione vivia; y solo cuando Giorgione murió se atrevió á ser hombre de genio. Estudiando con solicitud las obras de los venecianos se reconoce bien pronto que el Ticiano no ha hecho sino recojer la herencia de los tres grandes maestros Zucati, Bellini y Giorgione. Y aun pudiera preguntarse: ¿ha llegado á la suavidad de Bellini, á la poesía romanesca de Giorgione, este otro Ariosto armado de un pincel? ¿La Magdalena del Ticiano iguala á la Madona de Bellini? ¿La célebre Asuncion vale lo que el *Moises niño* de Giorgione? Su pasion por la paleta no dominó á Giorgione hasta el punto de limitar su horizonte, como sucedió al Ticiano. En el *Moises niño*, en la mayor parte de sus cuadros, no ha puesto en

oposicion sino un pequeño número de colores siempre admirablemente quebrados por las sombras: por eso es tan severa y tan brillante su armonía.

En Venecia quedan pocas obras de Giorgione. Se sabe que pintaba los frescos sobre las fachadas de los palacios segun la moda del siglo XV; y apenas se ven hoy algunos vestigios caritativamente conservados. Se reconoce á Giorgione á primera vista, por la firmeza de sus toques, la frescura naranjada de sus carnes, la soltura y atractivo de sus ropas. Se le reconoce sobre todo por su acento noble y altivo. Es en pintura un gran caballero con manto y espuelas doradas.

VII.

Cuadros de los pintores venecianos.

Si tuviera que pintar este radioso cuadro, escojeria un tríptico, como los de los pintores primitivos; y sobre el bastidor central escribiria con letras de fuego:—*Siglo de oro:* el primer bastidor lo consagraria al siglo de plata; y el último al siglo de la *liga.*

En el primer bastidor, bajo los maestros mosaistas que son la infancia del arte, agruparia al rededor de Giovanni Bellini, el pintor inefable, á Schiavoni que robaba á Dios sus ángeles y los *emparaisaba* en sus obras; á Gentile Bellini, el apasionado del viejo estilo; á Andrea Montagna, ese veneciano enamorado de la antigüedad, entusiasta inspirado por el cielo, que fué el primero que mostró á los

ojos de los pintores venecianos los pomposos paisages de la Brenta; al Squarcione, llamado por sus discípulos el primero de los pintores; á Vittore Carpaccio, "que tenia la virtud en el fondo del corazon,, y cuyas figuras, por su movimiento y su espresion, parece que tienen alma; á Girolamo de Santa Croce, el gracioso pintor de las bacanales, aurora ya luminosa de Giorgione; á Giam–Battista Cima, ó mas bien el Conegliano, que tiene tanto encanto y verdad en sus movimientos, en sus aires de cabeza y en su colorido; á Montagna el escelente estilista de las cabezas *paduanas*; al correcto y sábio Francesco de Ponti; á Bartolomeo que componia sus cuadros con hojas de oro lo mismo que con colores; á Andrea di Murano que encubre su sequedad con ciertos rasgos antiguos; á los Vivarini, los brillantes coloristas, los pintores piadosos y sábios; á Carlo Crivelli, el Perugin ecsagerado de Venecia; al esbelto y elegante Marco Basaiti: en fin, á algunas figuras menos dignas de la historia y que el olvido ha envuelto en medias sombras.

Sobre el bastidor central vemos aparecer cuatro grupos radiantes. Primero Giorgione con sus toques dorados y atrevidos, como otro Andrea del Sarto; Pietro Luzino, su discípulo y su rival, que de la pintura *caballeresca* habia descendido á la grotesca, que se robó á la querida de su maestro y lo hizo morir de dolor; Sebastian del Piombo, el pin-

tor de los colores trasparentes que, muerto Rafael, fué saludado como el primer pintor en frente de Julio Romano; Giovanni d'Idina, que tuvo un instante la paleta de Giorgione y el pincel de Rafael, Francesco le More que tenia la mano para ejecutar cuando Julio Romano ú otro queria pensar por él; Lorenzo Lotto que templaba su vehemente pincel por el juego de las medias tintas, que moria con las manos enclavijadas delante de una de sus Vírgenes, dignas de las figuras de Leonardo de Vinci; Palme le Vieux, el padre de Violante, el maestro de Bonifazio; Palme, que tenia el arte de ocultar su pincel en las adorables cabezas de las Vírgenes inspiradas por la belleza de su hija, antes que ella hubiese encontrado al Ticiano; el rudo y suave Rocco Marconi; Brusasorci, el poeta épico que tomó una paleta en vez de una pluma; Paris Bordone, lleno de gracias y de sonrisas; el Pordenone, el robusto y el apasionado, que rivalizó con Ticiano, con el pincel en la mano y la espada en el cinto.

En seguida viene el grupo de Ticiano, el gran maestro. Nicolo di Stefano, Francesco, Horazio, Fabrizio, Cesare, Tomas soy Marco Vicelli; Tizianello y Girolamo di Ticiano; todos de la familia del rey de los coloristas, que hacen círculo á su derredor, así como Bonifazio, *la sombra de su cuerpo*; Campagnola, el erudito; Callisto Piazza, cuyos cuadros firmaba Ticiano sin que ninguno lo estrañara.

En el tercer grupo se ve radiar sobre un fondo

de ultramar algo ceniciento, la figura de tintes, vinosos del vehemente y delicado Tintoretto que arrojado del obrador de Ticiano el zeloso, habia escrito sobre las paredes de su pobre cámara:—*El perfil de Miguel Angel y el colorido de Ticiano*:— Tintoretto que habria sido uno de los mas grandes pintores "si en muchos de sus cuadros no se hubiera encontrado indigno de Tintoretto." Cerca de él aparece Dominico Tintoretto, que siguió las huellas de su padre, "como Ascanio siguió las de Eneas;" María Tintoretto, el angel de la casa que fué bella de corazon, de cara y de carácter, que fué la alegría y el dolor de su padre, que sonrió en su cuna, y que vertió robre su sepultura todas sus lágrimas.

Cerca del Tintoretto, saludad en esa claridad dudosa, pero de un efecto mágico, á esa arca de Noe, donde ese genio instintivo que se llama Bassano, se divierte como un niño con todos los animales anti-diluvianos. Está rodeado de sus cuatro hijos, marcados todos con el mismo aire de cabeza que Jacopo Apallonio y Jacopo Guadagnini, que se le parecen de lejos; y de Antonio Luzzarini, este divino veneciano, que lo reprodujo hasta la ilusion.

He aquí el cuarto grupo, que se desprende sobre un fondo trasparente, delante de un palacio de esbeltas columnas y pórticos magestuosos, donde se celebra algun sagrado festin con la magnificencia del paganismo. ¿Reconoceis á ese gran señor de la pintura por su aire risueño, la elegancia de sus

movimientos y el esplendor teatral de sus vestidos? Es Pablo el Veronés, que se apoya descuidado sobre su hermano Benedetto, el pintor de los adornos y las perspectivas; trae á sus dos hijos Carlo y Gabriele que no fueron sinó los hijos de grande hombre; Parasio y del Friso, que tambièn tuvieron una parte de la herencia: en fin todos los imitadores serviles.

Estamos en el segundo bastidor: nuestros ojos deslumbrados por tantó brillo, tanta mágia, tanta luz, no distinguen de pronto esos tintes grises apagados por la sombra. Sin embargo, vemos aparecer á Jacopo Palme, el jóven, el maestro de los maneristas, el último del siglo de oro, y el primero del siglo de la *liga;* genio indeciso que iba de Rafael al Veronés, de Polidoro á Tintoretto; gran maestro, si los cuadros de estos cuatro no eosistiesen. Entre las sombras se perfila tambien vagamente Boschini que pintaba como si estuviera batiēndose; Corona el grandioso; Vicentino el pintor histórico de la repūblica, Peranda el poeta, Malombra el retratista; el dulce y gracioso Pilotto. Mas lejos se percibe le secta de los tenebrosos que trajeron en el siglo XVII á Venecia el estilo de Caravaggio, como Triva, Saracini, Strozza, Berevenzi, Ricchi. La vista es atraida por un grupo que recuerda á la primera mirada el bello reinado de la pintura veneciana; son Contarino, Tiberio Tinelli, el luminoso y delicado Forabosco, Belloti,

Carlo Ridolfi, Vecchia. Pero ved la sombra rompiéndose como si el sol fuese á aparecer; de quién es esa figura radiosa? ¿No es todavia el Ticiano ó el Veronés? Es Varotari el paduano. Cuánta gracia y cuánta energía! Cuánto amor á lo bello novelesco! Oh si estuviese aquí el Ariosto! Las mugeres de Ticiano y del Veronés no tiene esta elegancia heroica ni esta frescura seductora. Está rodeado de sus discípulos, Scaliger, Rossi y Carpioni; hace algun lugar á Liberi, el mas sabio de los pintores venecianos, al feroz y poderoso Piazzetta que chispea entre las sombras; á Canaletto, el paisagista de este pais donde no hay un palmo de tierra; al impetuoso y risueño Tiepolo, que fué el último veneciano—porque la Rosalba que vino despues de él, era una muger.

¡Cuántas figuras dignas de memoria he ahogado en la lontananza nebulosa de este cuadro! Y sin embargo he amontonado á Pelion sobre Ossa, y he añadido confusion á confusion. La fama es una vieja perezosa que se contenta con pronunciar aquí y alla un nombre solo, que repite sin cesar. Cuantos poetas hay que tienen genio y que no tienen gloria! Despues de todo, éstos son los mas ricos, porque la gloria es incoercible, y el genió se puede coger á manos llenas.

Acaso debí, en vez de bosquejar un cuadro, imitar á ese loco de Boschini, que en un poema burlesco traza *una carta de navegacion*, *diálogo entre*

un senador veneciano y un profesor de pintura bajo los nombres de ESCELENCIA y COMPADRE, *dividida en ocho vientos, por medio de los cuales el bajel de Venecia es llevado á la alta mar de la pintura, en dónde domina como señor, con gran confusion de aquellos que no conocen la brújula.* Ya se ve por esto que no faltaba un Scudery en Venecia. ¿La carta de navegacion pintoresca no vale lo que la carta del gobierno?

¡Ah! si yo hubiera tenido á mi disposicion esta topografia de la pintura veneciana, con un bajel de la república, para vogar en la plena mar del genio! Habria yo descubierto la isla de Giorgione poblada de palacios moriscos, y de enamorados que cantan al murmullo de las marmoreas fuentes, los versos del Ariosto! Habria descubierto la isla del Ticiano con Venus dormida sobre rosas, ó á Violante que se abrocha su corsé delante de un espejo de Murano sostenido por los amores! Habria descubierto la isla del Veronés, donde la agua se cambia en vino para embriagar á los alegres convidados nacidos para los festines y los galanteos amorosos. Y en fin, todas esas islas donde reinan Bellini y Tintoretto, Sebastian del Piombo, ó Palme le Vieux, Bassano ó Varotari; finalmente, todos los verdaderos reyes del Adriático.

VIII.



La academia de las bellas artes.

Los pintores venecianos no han visto la vida con los ojos del alma; no han abierto las puertas de oro de lo invisible y de lo infinito; se han contentado con sonreir al mundo perecedero, sin presentir el mundo inmortal. Han cojido las flores de la vida, sin percibir que en sus cálices habia una lágrima del cielo. ¡Cuánta distancia hay de los sueños de Corregio á las ninfas carnales del Ticiano! Con Corregio el deleite es ardiente, volcánico, pero tiene alas; con Ticiano no es sino una muger voluptuosa que entreabre una cortina.

Venecia no ha sentido nunca las inquietudes del pensamiento; ha amado á Dios sin elevarse hasta él; se ha embriagado con la radiante belleza de sus

res, y con los racimos dorados de la Lombar- La mar, que como una sierva siempre su- a, le traia todos los tesoros de la Asia, todo lujo y toda la espiritualidad de la Europa, la mar, tranquila ó tempestuosa, nunca le ha llevado las solemnes meditaciones que forman los ensueños del poeta. Venecia no ha leido, por decirlo así, sino la novela de la vida; escuchaba las as canciones del banquete cuando la filosofía ria enseñarle sus tristes verdades, ó convidaba filosofía al banquete, y la embriagaba con el s esquisito vino de Chipre, escanciado por la no de una muger hermosa y con las sienes desnudas.

Estas reflecsiones me asaltaron luego que traspasé el dintel de la Academia.

Tambien en Venecia hay una academia de bellas artes; pero no agravia á los vivos, sino solo tributa homenages á los muertos. Cicognara el fundador, ha querido principalmente que fuese el refugio de todas las obras maestras esparcidas por las iglesias, los palacios y los conventos arruinados. Cicognara es quien ha descubierto la Asuncion, una obra maestra del Ticiano, escondida muchos años en la iglesia de los Frari bajo una capa de polvo que la ocultaba aun á los ojos de los pintores. No intentaré describir el efecto de este cuadro, que ha recobrado su virginal frescura: es el Ticiano en todas sus partes. Miguel Angel y Rubens serian

los únicos dignos de alabar esta composicion g... diosa y este brillante colorido.

La Academia contiene mas de una obra maes... tra. Toda la escuela veneciana está aquí, radiante con los nombres de los maestros primitivos y los maestros soberanos.

Venecia ha tenido pocos escultores entre los pintores y los mosaistas. Sin embargo, la Academia contiene algunos mármoles y algunos bronce... bajos relieves y estatuas de algunos escultores venecianos, como el bajo relieve fechado en 134... que representa en mármol dorado á la Vírgen y ... Niño Jesus, con tanta espresion como sencillez. El cincel de Canova está espuesto bajo una urna de pórfido que contiene su mano. Canova ha venido al último como destinado á hacer un mausoleo de mármol blanco á la madre patria de los artistas-dioses.

Canova ha querido levantar un túmulo de mármol al Ticiano en la iglesia de los Frari en 1794; y habia publicado el proyecto de este monumento; pero aconteció la caida de la república, y el Ticiano fué abandonado en su oscuro rincon. El proyecto de Canova servirá para su propia sepultura en la misma iglesia. Es una ancha pirámide de mármol de Carrara, con esta inscripcion: *Ex consolatione Europæ universæ.*

Hoy en fin, se está tallando el mármol para la tumba del Ticiano; pero se olvida á Pablo Vere-

nes en S. Sebastian, donde la araña hila su tela silenciosamente sobre las obras maestras del gran colorista, destruidas y abandonadas; la historia de Ester y de Mardoqueo. Yo he pasado solo una siesta ante esta tumba elocuente, y ante estos cuadros radiantes. Lentamente me asaltó la tristeza, á la idea de que aquel hombre que habia robado al sol sus rayos y su alegría, estaba allí solo, abandonado, y entre las dobles sombras de la tumba.

Esta se ha abierto tambien en Venecia para Sansovino y Aretin. Sanzovino, el grande artista tan vagabundo y tan atormentado durante su vida, no ha tenido reposo ni en la muerte. Sus despojos han errado de una en otra iglesia. Aretin no tiene ya sepultura: fué enterrado en S. Lúcas, donde se encuentra su retrato pintado por Alvise dal Friso; pero si la tumba ha desaparecido, su impío nombre resuena aûn en la iglesia por la boca de los sacerdotes que se han trasmitido sus palabras, despues de la estrema-uncion. Murió segun ellos, diciendo este verso:

Guardati mi da' topi, or che son unto

Sin embargo, yo habia leido que Aretin habia muerto entre las risas que le producia la relacion de las aventuras de sus hermanas, cortesanas venecianas, que vendian el amor, lo mismo que él vendia los elogios.

Yo he visitado piadosamente todas las iglesias de Venecia para saludar á Dios; pero principalmente para encontrar en ellas la sombra de los grandes artistas flotando delante de sus cuadros ó sobre sus mausoleos. Yo he conversado largo tiempo con Palladio en su iglesia del Redentor, por la noche, mientras las capuchinos hacian su oracion. Sanzovino se me aparecia por todas partes, y me iniciaba en las bellezas de esta arquitectura estraña, hecha para Venecia, é imposible en cualquiera otra parte.

IX.

La jóven que se alimenta con rosas.

Los pintores venecianos no han llegado hasta nosotsos en su posteridad, escepto uno solo, André Schiavoni cuyos biznietos he visitado. A propósito de una esposicion de pintura en Amsterdam, he nombrado ya á los Schiavoni modernos de Venecia que han conservado la religion del colorido, y la pasion por las cabezas de aire voluptuoso. El viejo Schiavoni tenia mas genio; pero no mas amor en el pincel.

Una mañana temprano caminaba yo por el gran canal, con intencion de visitar en el dia la mayor parte de los palacios cuyas fachadas seducen los ojos desde S. Marcos hasta Rialto. Mi gondolero se detuvo repentinamente delante de un palacio de estilo morisco, diciéndome con aire inteligente:

—Una hermosa galería, una hermosa muger, y una hermosa jóven.

Todo eto bien valia la pena de detenerse un poco. Llamó él á la puerta. Despues de tres ó cuatro minutos vino á abrir una vieja que me hizo seña de que la siguiese. La entrada en materia carecia de esplendor. La puerta y la escalera no recordaban en manera alguna los palacios antiguos de Venecia cargados de oro y de mármol. La vieja me hizo entrar á una especie de antecámara, tapizada de cuadros recientemente pintados en un estilo dulzon; cuadros de pacotilla para la Rusia, *arte pulido.* Pensé que mi gondolero habia querido divertirse y no divertirme; y ya iba á retroceder cuando ví en efecto abrirse una galería poblada de algunos malos mármoles, y de bustos sin narices ni orejas, conservados como si fueran antigüedades.

Entré en esta galería desconfiando mas y mas, cuando una nueva figura apareció en el horizonte Era el dueño de la casa, un hombre ya viejo, tipo veneciano deprimido por el vestido moderno. Llegó en fin á mí, y me abrió un gabinete curioso de estudiar. A primera vista quedé deslumbrado como si hubiese entrado dentro del mismo sol. Estaba yo en casa de los hijos del sol. Giorgione, Bellini, Ticiano, Verones, Tintoretto, esparcian allí todos sus rayos, sobre el espejo mas brillante que jamás se haya visto. Eva, desnuda por la pri-

mera vez, porque ocultaba su desnudez; Magdalena arrepintiéndose, con todo el esplendor de Magdalena pecadora; Venus, con su pecho de nieve; Diana con su pié argentino; en fin, todos los símbolos amorosos de los poetas y las religiones. ¿Lo diré?—derrepente creí que entraba en un harem, cosa probable por la falibilidad, infalibilidad dirán otros, del genio veneciano.

Estos cuadros amorosos no me representaban á Eva ni á Magdalena; la ciencia con todas sus miserias y el arrepentimiento con todas sus amarguras; ni á Venus, ni á Diana; Venus, la fiesta del corazon; Diana la enamorada, que triunfa del amor. Yo no veia sino mugeres en la superficie. El símbolo se habia desvanecido bajo el brillo de la paleta; y estaba deslumbrado, pero solamente de los ojos.

Lo que me llamó la atencion de pronto fué una jóven dormida en el *Jardin de las rosas*. Su amante velaba y protegia su sueño. El *Jardin de las rosas* está á la orilla de la Brenta. Este grupo encantador me recordó vagamente á los *Boucher*, pero en una viva pintura, mucho mas antigua, cuyo brillo estaba templado por cierta melancolía estraña al talento de Boucher, talento en que solo jugaba la mano sin atender á los latidos del corazon. Aunque el acento de las figuras fuese un poco rústico, se percibia una verdadera distincion en estas dos fisonomías encantadoras Eran campesi-

nos ó grandes señores disfrazados de campesinos. Aunque el sueño cerrase los ojos de la jóven, se adivinaba que tenia los mas bellos del mundo. Una ligera sonrisa doraba sus lábios, como si un sueño de amor pasase por ellos con el beso ideal de su amante.

Entre todas estas frescas y lascivas apariciones habia notado tambien una criatura original que no tenia la pretension de recordar una figura consagrada. Era una obra del viejo Schiavoni, obra del corazon, en que el autor se deja arrastrar del genio, sin pensar en ello, en un dia feliz para la paleta. Figúrese una jóven de una frescura mágica delante de una mesa cargada de rosas. Es la hora de su comida, y está comiendo flores. Por eso, segun la espresion de un antiguo, tiene las mejillas nutridas con rosas. Hé aquí una idea absolutamente poética, una idea de soñador aleman. Estoy convencido de que Schiavoni ha creado esta linda comedora de flores, sin pensar que un poeta podia hacer á propósito de ella el mas bello soneto. Y ese soneto ecsiste. ¿No adivinais quién lo ha rimado? El pícaro de Le Pays en sus *Amistades, Amores* y *Galanteos.*

A IRIS, QUE ACOSTUMBRABA COMER FLORES.

"A fé que vuestro gusto me causa risa: ¡comer flores pues no es mala comida; y aunque le lla-

meis un banquete regio, no os costará ciertamente mucho dinero.

"En vuestra casa seria inútil un cocinero; y vuestra despensa solo está en el jardin; pero dejémonos de chanzas sobre esto; y creedme, Iris; abandonad esa costumbre.

"Porque cuando el invierno haga sentir sus rigores, y solo queden las rosas de vuestras mejillas que el tiempo no se atreveria á marchitar;

"¿Qué hariais en esta desgracia estrema, si á falta de flores que pudiérais comer, os viérais reducida á comeros á vos misma?"

Le Pays era un veneciano, si no por el color, á lo menos por los *concetti.* ¿Por qué en lugar de tal poeta no tuvo Schiavoni á Rosegarten ó Burger para comentar esta obra seductora?

—Os gusta este cuadro?—me preguntó el dueño de la casa.

—Mucho—le respondí—hay en esa cabeza no sé qué aire ideal de voluptuosidad que me llega al corazon. Yo he visto ya á esta bella criatura entre mis visiones de veinte años; y seguramente habita alguna de las doradas regiones de Mahoma.

—Pues bien! de esta pintura hecha, hará tres siglos por mi tatarabuelo, porque yo soy un Schiavoni, (yo me incliné ante la posteridad de Schiavoni) hay una copia sorprendente que voy á mostraros.

—¿Sois pintor tambien, caballero?

—Sí señor; la copia de que os hablaba es una de mis obras menos malas; vais á juzgar de ella.

Schiavoni llamó á la vieja que se habia alejado, y le habló en italiano de Venecia, del cual no comprendí una palabra. Miré entonces con alguna curiosidad al hijo del antiguo pintor que conserva despues de tres siglos el genio tradicional del colorido.

—Mirad—dijo repentinamente, y me señaló con el dedo á una jóven encantadora que llegaba risueña al unbral del gabinete.

Estaba vestida sin estudio, con abandono, con demasiada confianza en su hermosura, en su cuello altanero, en sus hombros de mármol; ¡cómo no desdeñar el artificio de la compostura! Sus cabellos castaños, de reflejos dorados, estaban mal recogidos por el peine; y era una cabellera tan abundante, que Magdalena pecadora se hubiera hecho con ellos un manto en sus dias de profanos recuerdos, para ocultar á los vientos de la soledad las llamas del pasado incendio.

—Y bien, señor—me dijo el padre—¿no encontrais la copia digna del original?

Yo estaba confuso de tanta semejanza; el mismo perfil, la misma espresion, el mismo brillo..

—Señor Schiavoni, creo que superais á vuestro antecesor: yo no daria vuestras obras por las

suyas; ó mas bien, daria el original por la copia. Este prodigio es inesplicable.

—Todo lo que yo puedo deciros es, que esta figura pintada segun la tradiccion es el retrato de mi abuela (mi abuela la del siglo XVI); pero os voy á contar esta historia inmediatamente.

Yo le dije á la jóven una bestialiadad, como por ejemplo—Tambien vos sois una comedora de flores; vuestra alma se desayunará con una ilusion, y vuestro corazon con una quimera.—Ella me respondió con un adorable movimiento de cabeza y una sonrisa celestial, alejándose hácia la escalera despues de hacer una esquisita cortesía. Volvimos á colocarnos frente al cuadro, y Schiavoni habló de esta manera:

LA ULTIMA COMIDA DE JACINTA.

"He aquí la historia de Schiavoni y de Jacinta; un pobre pintor, y una jóven hermosa.

"El comenzó por ser pintor de muestras. Hábia nacido en Sebingo, en Dalmacia. Vino muy jóven á Venecia, y ninguno de los maestros célebres entonces se dignó recibirlo en su obrador.

"Sin embargo, Ticiano lo encontró un dia que

iba con sus cuadros bajo del brazo á ofrecerlos á un mercader. El gran pintor se sorprendió de la originalidad de los toques de Schiavoni—¿Quién te ha enseñado á dar estos toques tan trasparentes y estas actitudes tan bellas?—No lo sé.—¿Por qué estás tan pálido?—Tengo hambre.

"Ticiano tomó de la mano á Schiavoni, y lo llevó á la biblioteca de S. Marcos:—Aquí tienes en que ganar el pan.

"Schiavoni pintó tres óvalos en la linternilla: unos caballeros acuchillando á sus enemigos; un obispo socorriendo á los pobres; un rey distribuyendo premios á sus soldados.

"Pero despues de algunos dias de inacccion volvió á caer en toda su miseria; no habia trabajado sino para pagar sus deudas y para pasar alegremente el Carnaval. No volvió á encontrar al Ticiano, ni tuvo valor de recurrir á él.

"Se consolaba con el amor de una linda jóven que habia visto una tarde llorando sobre Rialto.—¿Por qué llorais?—Mi padre está en el mar y mi madre ha muerto—Venid conmigo: tambien yo estoy solo, y lloro como vos.

"Ella lo siguió. Ella le dió su belleza, y él le dió su corazon. Pero seguramente no bendijo Dios sus esponsales.

"Sin embargo, esperaron. El gran pintor habia convertido en oficio su noble arte, y pintaba carteles y hacia copias. Habitaban una pequeña ca-

sa no lejos ee los palacios Barbarigo y Foscari. Por la noche oian cantar las alegrías de la vida, y no podian dormirse porque tenian hambre.

"Jacinta no tenia hambre para sí, sino para sus hijos. Cada año habia uno nuevo; y habian pasado ya ocho años desde su encuentro en Rialto. La Provindenciasuele chancearse cruelmente.

"Los padres de Santa Cruz vinieron un dia á pedir Schiavoni una *Visitacion:* y se puso á trabajar creyendo que sus malos dias iban á terminar. Acabado el cuadro se hizo una fiesta en la iglesia.

"Toda Venecia fué á llevar flores á la Santa Madona.

"El pintor permaneció en la iglesia hasta en la noche. Cuando todos los fieles se hubieron retirado, se acercó á los padres de la Santa Cruz y les pidió algun dinero.—No tenemos—le respondieron — llevaos algunas flores como ofrenda á vuestro genio.

"Schiavoni arrebató desesperado dos ramilletes de rosas y salió como un loco. Jacinta estaba esperándolo en la puerta con sus ocho hijos.—!Ramilletes de rosas!—dijo ella con su divina sonrisa. —Sí, esta es la moneda con que pagan los padres de la Santa Cruz—dijo arrojando los ramilletes á los piés de su querida.

"Ella palideció y recogió los ramilletes.—Voy á servir la comida—dijo despues—entreten un poco á esos pobres muchachos.

"Schiavoni llamó á sus hijos á su obrador, donde aquella parvada de ángeles gritaba de hambre con sus lábios de rosa. Cuando reapareció la mesa estaba puesta: todos los muchachos tomaron sus lugares de costumbre.

"Cuando Schiavoni se sentó, Jacinta le sirvió en dos platos de estaño los ramilletes de rosas deshojadas.

"Esta fué la última comida de Jacinta.

"Y esta linda jóven que se alimenta con rosas, es el retrato de la pobre Jacinta. Sin duda Schiavoni lo pintó con los recuerdos vertiendo todas las lágrimas de su corazon. ¿No es verdad que es triste ver esas rosas, cuando sabe uno que en la mesa no hay una migaja de pan?

"¡Ay!—añadió el señor Schiavoni, despues de una pausa—yo que no tengo genio habito un palacio....¿Cuál de los dos Schiavoni es el mas pobre?"

El señor Schiavoni se enjugó una lágrima.

Yo estaba tristemente inclinado delante de Jacinta ; y poco á poco descubria en su sonrisa inefable todas las angustias que la habian conducido á la tumba.—¡Jacinta! ¡Jacinta!—murmuré, y hubiera yo querido estrechar contra mi corazon á esa bella criatura tan injustamente atormentada.

Oí un ruido de pasos, y el sentimiento que tenia en el corazon se renovó. Era la señorita Schia-

voni que venia á anunciar á su padre una visita del embajador de Rusia.

—¡Jacinta! ¡Jacinta!—le dije, tomándole una mano y besándole la frente—¡Oh! cuánto os amaria yo si viviéseis.

El señor Schiavoni habita el antiguo palacio Justiniano, que está al lado del de los Foscari. Estraños azares del destino! Hace doscientos cincuenta años que los Foscari eran presidentes de la república, y Schiavoni moria de hambre á la sombra de su palacio hoy los Schiavoni tienen un palacio y los Foscari no se atreven á volver la vista al de sus antepasados. Todavía el año pasado ecsistian cuatro Foscari en Venecia; y uno de los cuatro ha muerto, ha muerto como Schiavoni, "sin dejar con que lo entierren:" y se ha pedido en las iglesias venecianas para hacerle unos funerales correspondientes á su nombre. Y aun quedan tres Foscari: el primero vive oscuramente en un rincon con trescientos sesenta y cinco *zwanziger* de renta (diez y siete *sueldos* franceses diarios que equivalen, á real y medoi); el segundo es factor en una posta de correos.—¡Un Foscari!—el tercero es bufon en un mal teatro.—Siquiera este desafia la fortuna riéndose.

El bufon es el único que se acuerda de los duxes sus abuelos.

El cuadro mas vivo de la galería Schiavoni es un *Adan* y *Eva* del Tintoreto, de una luz y una

frescura deslumbrantes. Eva recuerda un poco la de Lúcas de Leyde y la de Alberto Dürer, estos paganos del Norte que han criado á la muger para los ojos y no para el corazon.

El señor Srhiavoni tiene un hijo que es pintor como lo han sido todos los Schiavoni hace tres siglos. Este no tiene la mano atrevida de su padre: el amor de los grandes señores tártaros por *el arte pulido* lo ha perdido casi para siempre: pinta vírgenes en porcelana, conteniendo su pincel, de la misma manera que un ginete tímido contiene su caballo. Por otra parte es un hombre de ingenio que trabaja para hacer fortuna no queriendo la gloria de los antiguos Schiavoni á trueque de comer rosas, ni aun en compañia de Jacinta. Sobresale haciendo cuadros de Bellini ó Giorgione, donde no faltan sino sus firmas. Como parecia muy enamorado de las obras de estos dos grandes pintores, me ha prometido hacerme en pocos dias una Vírgen del uno y una cortesana del otro. En Venecia es donde principalmente ecsiste el arte de falsificar á los viejos pintores. Hay obradores modernos de donde nunca ha salido un original. La Rusia se lleva cada año cien Ticianos, cincuenta Giorgiones, cien Veroneses, y cincuenta Bellinis de contrabando. Al llegar á Venecia por todas partes se saluda al siglo de oro; pero bien pronto atormentado uno por las cópias, no quiere reconocer á los maestros ni en sus propias obras. . . . .

El señor Schiavoni me preguntó con aire distraido, si aun habia en Francia algunos pintores dignos de renómbre. ¡Vanidad de vanidades !No sabia qué responderle: queria alabar á Mr. Bidault y á Mr. Pingret. Le respondí gravemente que Mr. de Lacroix y Mr. Ingres. El me suplicó que le dijese si pintaban figuras ó paisages.

—Yo he tenido alguna vez —añadió— deseos de enviar mis cuadros á las esposiciones de París; pero despues de todo, para qué buscar una gloria tan remota?

Este hombre tenia razon: las conquistas del genio no son como las de la guerra; no quieren perderse en la distancia; y solo les falta un poco de espacio y un poco de sol. ¡Cuántos poetas y cuántos pintores escriben solo para un pequeño número de espíritus elevados, sin cuidarse de las aclamaciones de la multitud!. . . .de la multitud que se engañaria siempre, si no fuese arrastrada en su entusiasmo por el entusiasmo consacrante de los reyes de la inteligencia.

El Sr. Schiavoni me habló con pesar de la dificultad de tener modelos: entregarse en cuerpo y alma al primer gondolero que se presente, esto es permitido; pero descubrirse la garganta, la espalda ó la pierna en un obrador, esto indigna mucho á las cortesanas de Venecia. Quieren que el amor les aranque su manto para mirarlas á su sabor; pero temen la concupiscencia de los ojos, como decia

S. Pablo. Ellas, que nunca se ruborizan, se avergonzarian gravemente de desnudarse para ponerse de Diana Cazadora, Magdalena arrepentida, ó Ninfa campestre. Una veneciana no se deja copiar sino despues de haberle hecho una declaracion amorosa. La pasion es el único fuego que purifica los tenebrosos vapores del deleite.

El Sr. Schiavoni me rogó que volviese yo á verlo, proletiéndome visitarme en Paris. ¡Promesa de viage! Se entrega uno en un momento con alma y corazon: un momento despues, todo se ha olvidado. No me pareció divertido volver á visitar al Sr. Schiavoni: ya habia leido su libro hasta la última página. Si viene á Paris, no tendrá tiempo ni de saludarme, y me alegraré de ello.

X.

Una bailarina olvidada.

He encontrado á la señorita*** en el antiguo palacio Grimani, en el despacho de las cartas. Ya no era esa encantadora vision del cielo de la ópera, ni la muger que bailando parecia recordar un tiempo en que tenia alas. ¡Juventud! ¡juventud! ¿por qué huyes tambien de esas mugeres que han bebido en tu copa de oro, que han vivido de poesía, y han esparcido con su mano todas las fragantes flores del amor? La señorita *** no es ya la esquisita bohemiana del arte de las Camargo, elevándose por la gracia hasta la altura de la fantasía: ahora es una ciudadana que paga muchas contribuciones, que gobierna sus tierras y sus casas, quiero decir sus dos ó tres palacios, que equivalen á una casa en la calle de S. Denis, en París.

Este dia estaba la señorita *** en la oficina de correos esperando su turno como cualquiera otra mortal; ella que ha sido diosa y sílfide! Yo tambien esperaba, y avanzaba con ella á retaguardia de la multitud.

Llegó su vez, y murmuró con un acento algo misterioso y embarazado: *María* ***

¡Vanidad de vanidades! El empleado no conocia ese nombre glorioso; y mientras buscaba la T. ella lo seguia con los ojos, queriendo leer anticipadamente: tenia el alma pendiente de esa carta que iba á recibir.—¿Qué le dirian en ella? ¿Que la amaban todavía?—Eso se dice siempre. ¿Que la seguirian hasta el fin del mundo? No se dice nunca.

Ya no habia sino tres ó cuatro cartas en que buscar. El empleado obraba con parsimonia, como si adivinase las angustias que iba á causar. Ella apoyaba su mano frescamente enguantada sobre el pretil de la ventana, visiblemente inquieta. En Italia todo se hace en la ventana ó en la calle.

—*Niente*—dijo al fin el empleado.

Esta palabra hirió el corazon de la bailarina como una puñalada. Y se alejó lentamente de la ventana, como quien duda del camino que debe tomar.—Ay! pobre hada, que has perdido el anillo de oro de los encantos: hace diez años no eras tú la que esperabas una carta; pero hoy se vengan todos los que hiciste esperar. Esta es la historia de todos los amores.

En el valle humano, la voz del hombre que llama á la muger, no halla eco al principio: los suspiros se pierden en el espacio. Pero por muy diosa que sea una muger, acaba por responder como el eco.

Mas tarde, la voz que con tanta alma llamaba á la muger se apaga poco á poco: solo un eco vago interrumpe el perezoso silencio; y al cabo se escucha solo un lamento dolorido: el ¡ay! del cansancio.

De la misma manera vuelve uno á encontrar á todas esas deidades que han bailado en el cielo de la ópera.

XI.

Del peligro de comer en Venecia.

He olvidado deciros cómo se come en Venecia. El dia de nuestra llegada buscamos en vano una mesa hospitalaria.

—Y estoy seriamente inquieto—me dijo mi filósofo aleman—porque comienzo á creer que en Venecia la comida y el vestido son de la misma sustancia; aire, y nada mas.

Y navegábamos de uno en otro canal espiando todas las casas, En Venecia todo el mundo es mercader de pan ó de fruta; pero por doradas que estuviesen las tortas de maiz ó las uvas moscateles, no nos atrevíamos á tanto regalo. Y viajando siempre tiene uno una hambre inglesa. Habiamos pasado cincuenta puentes; habiamos ido del palacio ducal á Rialto, de Rialto al arsenal, cuando la

Providencia què no abandona nunca al hombre de firme voluntad, nos deparó un cartel milagroso que en letras gordas decia: —*Pedro Marseille, fondista.* Letras elocuentes! En dos brincos llegamos al palacio Marseille.

Nos sirvieron dos beefsteaks cuatro costillas, dos pollos y dos botellas de vino de Chipre: sin contar los intermedios, los postres y el buen humor de los bribonzuelos que nos servian.

—¿Viajais como filósofo ó como artista?—me preguntó mi compañero.

—Yo viajo sin intencion fija—le respondí—¿por qué me haceis la pregunta?

—Porque esta comida va á terminar por una monstruosa suma.

La suma se hizo al fin. Pedro Marseille no tiene tinta ni plumas, los *piccoli* hacen la cuenta en voz alta. Nos pidieron por los dos, cuatro *zwanziger* (unos cinco reales). Hicimos intencion de no volver porque.... dos beefsteaks, cuatro costillas y dos pollos por cinco reales es mas que regalar; y yo tengo costumbre de pagar mi comida.

—¿Comen aquí algunas gentes?— le pregunté á un *piccolissimo* que nos habia llevado un nido de gatos para divertirnos.

—Sí, *Signor*—me respondió.

—Qué quiere V.—le dije á mi filósofo—habrán comido algunos antes que nosotros.

XII.

Un punto delicado.

Nos fuimos al café de Florian; un café que ya era célebre en tiempo de la república, y en donde todo el mundo pasa el rato entre el humo de los cigarros y lo novedad de los estrangeros.

En el café de Florian fué donde Montesquieu encontró una noche á Law con su famoso diamanta y sus locas utopias.—"¿Por qué—le preguntó el presidente—no habeis intentado vencer la resistencia del parlamento, vos que prodigais los millones?—Porque si los franceses – respondió Law—no son tan grandes genios como mis compatriotas, sí son (hasta hoy) mas incorruptibles." ¿Qué decís de este parentesis de Law?—Montesquieu partió de allí para declarar que la naturaleza de los gobiernos forman las virtudes ó los vicios de las

naciones. "Un cuerpo que está libre solo por algunos instantes, debe resistir mas á la corrupcion que aquel que está siempre libre: el primero vendiendo su libertad, la pierde; el segundo no hace sino prestarla, y la enerva enagenándola." Venecia ha inspirado esta otra reflecsion á Montesquieu: "Yo he visto las galeras de Venecia, y no he visto en ellas un solo hombre triste. Buscad, pues, un cordel grueso para echároslo al cuello y ser dichoso."

Nos habian servido en plena plaza de S. Marcos, entre un turco meditabundo y úna familia veneciana. Esta familia estaba compuesta de una madre, dos hijos y un marido ó pretendiente.

Voy á someter un punto delicado al fallo del público. El marido—decididamente era un marido—fumaba descuidadamente su puro, respondiendo de cualquier manera á las preguntas de las hermanas que habian venido exprofeso á comer frutas heladas.

Repentinamente el marido sacudió su puro, y algunas chispas fueron á caer sobre el talle orgulloso de su muger (el fuego se habia detenido sobre la montaña): levantóse ella asustada; el marido no hizo caso; yo me acomedí y apagué el fuego.

Entonces el marido se levantó y me habló en mal frances; yo le respondí en mal italiano, y acabamos por no entendernos. Levantó él la voz, su-

bí yo al mismo tono, y entonces la muger tomó parte para esplicarle mi conducta "bien natural" porque, en fin, "¿hubiera sido mas decente dejarla arder viva?"

Era una comedia de las mas venecianas: todo el mundo nos miraba y se reia, principalmente la her mana. Solo mi filosófo aleman no perdia su gravedad melancólica.

Al fin se levantó para apaciguar á este Otelo improvisado; pero su seriedad era mas cómica todavía que la situacion.

—Signor....

El marido *ultrajado* soltó una carcajada y volvió á encender su puro.

Ahora comienzo á percibir que en Venecia me será necesario hablar italiano. Pero ¿qué italiano hablaré con todos esos rusos y esos ingleses? Ovidio se veia obligado á hablar como los escitas para hacerse entender. Racine viajando por el Langüedoc decia:—"Estoy en peligro de olvidar el poco frances que sé."

Yo hago cuanto puedo, y no puedo dejar de hablar frances.

Racine caia frecuentemente en los *concetti*; mirad si no, estos versos escritos durante su viage.—"La noche ha desplegado su manto: la luna de mudable faz, aparece sobre su trono de plata, y forma tertulia con las estrellas."

Esto es del hotel de Rambonillet, lenguaje pu-

ro. Cuando los grandes poetas quieren hacerse pequeños, hacen lo que Hércules cuando hilaba á los piés de Onfalo; rompen el huso.

El pais de Goldoni ama el teatro. La Fenicia rivaliza con la Scala y San Carlo. Sin embargo Milan y Nápoles triunfan, porque hay mas plata en estas dos ciudades siempre vivas. Mas de una vez me ha parecido asistir en los teatros de Venecia, á representaciones hechas por sombras, para algun loco que ha permanecido en pié sobre las ruinas del mundo. Me sucedió un dia en que el verdadero espectáculo se daba sobre el agua, encontrarme casi solo en la comedia. Salí de ella sacudiendo los sudarios de los siglos muertos.

Por lo que toca al Carnaval de Venecia, figuraos una procesion de espectros que cantan un *De profundis* á todo lo que FUE bello y amoroso en Venecia, cuando Venecia era la reina del mundo.

XIII.

Venecia hace cien años.

Todavía hace cien años Venecia tenia su Dux y sus cortesanas, su Carnaval y sus gondoleros.—tenia todavía un pintor vivo, una muger, es verdad; pero era la última flor, la última sonrisa de la pintura veneciana: era Rosalba, cuyo brillo casi hacia palidecer los espejos de La Tour.

Hace cien años el presidente de Brosses escribia lo siguiente viajando con Sainte-Palaye:—"Ya no hay pintores; pero todavía hay bastantes pinturas para llenar el Oceano. Nunca nos desayunamos Sainte-Palaye y yo sin haber estudiado concienzudamente cuatro cuadros del Ticiano, y dos cielos rasos del Veronés; por lo que toca á los

del Tintoretto, seria imposible agotarlos: ese hombre debia tener una furia da diavolo."

Ya no tenian aceptacion las ideas de los estilos venecianos entre los charlatanes de Francia y de Navarra: Ya ni un duelo, ni un asesinato; cuando mas habia tres ó cuatro ahogados cada añoentre los buenos cristianos; y su catástrofe provenia, segun la desolada viuda, de que habian bebido vino de Chipre, y habian tropezado en la calle.

Los zelos venecianos eran tambien una paradoja: ya no habia tiempo para ser zeloso. Por otra parte, la comunidad de bienes era admitida entre todos los miembros de una familia hasta el 36 grado:—"Desde que una niña queda prometida entre familias nobles—dice el presidente—se pone una máscara y nadie la ve sino su futuro ó aquellos á quienes éste lo permite, que son muy pocos. En cuanto se casa, se convierte en un mueble de utilidad para toda la familia; cosa bien imaginada, puesto que así no hay necesidad de precauciones, y está uno seguro de tener herederos de la sangre. Comunmente toca al hijo menor llevar el nombre de marido; pero admas de este, es de regla que haya un amante, y seria una especie de deshonor para una muger, el no tener ligado á un hombre ante el público."

—He aquí la razon por qué la nobleza veneciana, que data del siglo V, ha llegado hasta nosotros sin interregno: el marido podia dispensarse de estar

presente, y á veces le sucedia tener que hacer largos viages marítimos en servicio de la República, sin que su casa resintiese la ausencia; á su vuelta la encontraba llena de hijos. De pronto dudaba si estos hijos eran suyos; pero desde que veia que en el libro de oro de Venecia estaban registrados bajo su nombre, se disipaban todas sus dudas.

Hace cien años la galantería, un poco cansada de los palacios, se habia refugiado en los conventos. Las religiosas tenian todos los privilegios de la coquetería; y se vestian casi como nuestras famosas comediantas, llevando armadores de ballena debajo de los hábitos. Todo el mundo alababa la elegancia de su peinado, y el corte profano de sus vestidos. Dejaban ver la garganta y las espaldas; pero al través de un velo. Esto era sin duda un acto de humanidad, para dejar á los pobres la tela que se emplearia en el corsé. El ingenioso presidente escribia:—"Ecsiste una querella loca entre tres conventos de la ciudad, porque cada uno de ellos quiere dar una querida al nuncio recien llegado." Hoy todavia hay frailes; pero ya no se les ve la garganta ni la espalda.

Hace cien años los gondoleros cantaban los versos del Tasso y del Ariosto, porque hace cien años que conducian á los enamorados en sus góndolas. Un noble ó patricio tenia jurisdiccion plena en toda la estension de su palacio; pero la góndola era un asilo sagrado. "No se ha oido que el gondole-

ro de la muger haya sido seducido por el marido: al dia siguiente lo hubieran ahogado todos sus compañeros." Era el viage de Watteau á Citerea; era el deleite nacido de las espumas del mar, indolentemente mecido sobre el mar en una gōndola cargada de sedas, terciopelos y pedrerías. Hoy se encuentran todavía las gōndolas esbeltas y ligeras, que corren entre las ondas como los pintados caracoles; pero el camino de la Isla del Amor se ha borrado.

Hace cien años el Carnaval duraba seis meses. Durante seis meses, los Duxes, los arzobispos, los señores, los embajadores, los religiosos, no podian salir á la ciudad sin llevar una careta en lá mano ó sobre la náriz: las bacanales paganas invadian los palacios, las iglesias y los conventos: todo el mundo se entregaba al diablo un poquito, aunque no fuera sino por tener la alegría incfable de la conversion. Hoy no se dan ni á Dios ni al diablo: todavia hay máscaras; pero ya no hay Carnaval. Entonces las cortesanas lo eran por amor, ahora lo son por dinero. Habia teatros donde se revelaba el genio veneciano por el ingenio y por la música; pero ya no hay genio nacional desde que la Austria ha introducido su música, y hace correr su ingenio por todas las calles.

Hace cien años la plaza de S. Marcos "estaba tapizada de cortesanas," como el infierno lo está de las buenas intenciones; hoy no se ven por ella mas

que las palomas que vuelan. Hay tantas palomas en Venecia, como perros en Paris. Se sabe que en los antiguos tiempos era uso el domingo de Ramos soltar desde sobre el portal de S. Marcos una multitud de pichones con un torcido de papel en las patas; lo que los hacia caer despues de una breve lucha:" el pueblo se agolpaba sobre ellos, y les torcia ,el pescuezo para cemérselos despues: cumpliendo asi el antojo del rey Enrique IV: *la poule au pot le dimanche.* Pero sucedia que cada año de escapaban de este acto de fé dos ó tres pichones, y se refugiaban sobre los Planos del palacio ducal, como para consolarse en las esperanzas de los prisioneros. Multiplicáronse hasta lo infinito, y el consejo de los diez, enternecido, decretó que fueran mantenidos á espensas de la república, Hoy ya no ecsioten prisioneros bajo los romos, y los pichones se pasean con mangotes sobrc la plaza de S. Marcos como los payos endomingados.

Hace cien años, todavia gobernaban á Venecia el arte y el lujo. Los grandes se arruinaban reaimente por hacer dorar sus frisos, sus cielos rasos y sus marcos. Ciertamente no adivinareis la suerte que cabia á los huetfanos abandonados ó á los bastardos que se entregaban á la benevolencia en la república: se les entregó un hospicio donde no tenian otra obligacion que cantar la gloria de Dios y la gloria de Venecia: de modo que estos

hospicios eran unos perpetuos conciertos de ángeles. Los serafines del cielo de S. Pedro, las huríes del paraiso de Mahoma, no podrian daros una idea de estos conciertos radiantes. Todas las filarmónicas eran bellas, porque la gloria ceñia sus frentes y alumbraba sus ojos; todas estaban vestidas de blanco y llevaban en sus cabellos un ramo de flores de granado. Tocaban el violin, la flauta, el órgano, el oboe, el violoncelo.

—"No hay —dice Brones—un instrumento que les inspire temor por tosco que sea, y sus voces son adorables por su flecsibilidad y su ligereza. La Zabetta sorprende entre las otras por la estension de la voz y por los *golpes de arco* que da con la garganta. Casi me veia yo tentado á creer que se habia tragado el violin de Lomis."

Hace cien años comenzaba á abandonar sus palacios, porque no se encontraban bastante grandes, así como nuestros abuelos abandonaban sus castillos de torres: hoy casi ya no hay venecianos en estos hermosos castillos de estilo oriental. Los venecianos de 1847 son rusos é ingleses medio arruinados, que habitan esas moradas de príncipes para hacer algunas economías. La señora duquesa de Luchezzi Palli, la antigua duquesa de Berry, es hoy la reina de Venecia. La Taglioni es mas rica, pero con todo y sus tres palacios, no pasa de ser una diosa de ópera.

Hace trescientos años, las venecianas no cam-

[illegible]riamente: ved si no, los cua- [illegible]ce doscientos años se vestian [illegible]; y preguntadselo al Veronés: [illegible]estian de peluca y manto pa- [illegible]es del estío; hoy se visten como [illegible]ais del estilo teatral y las estofas y florea[illegible]! oh! patria de las paletas brillantes!

Hace cien años los sacerdotes se desayunaban del altar, y comian del teatro. Por la noche se les veia en la ópera loquear con las cortesanas, y se desenmascaraban delante de ellas para recibir *coram populo* un abanicazo en la nariz. Hoy los sacerdotes son demasiado pobres para poder tener vicios.

Hace cien años la inquisicion no era sino una sombra de poder, porque su justicia no tenia ya las tinieblas del misterio. Delante de este tribunal odioso, el consejo de los Diez ponia tres jueces soberanos. En cuanto la santa inquisicion sacaba las uñas, uno de los tres jueces se levantaba y suspendia el juicio. El consejo de los Diez por su parte era muy suave: se necesitaba que el acusado fuese muy criminal para que lo encerraran en los Pozos, ó bajo los Plomos. Hoy la justicia de Venecia, teniendo que combatir con Silvio Pellico, ha querido ilustrar por última vez los Pozos y los Plomos del palacio ducal. (1)

(1) Todavía vive un carcelero que se gloria de haberle llevado su capa à Silvio Pellico para que compareciera ante el tribu-

Las prisiones de Venecia que han sido el pretesto de muchas declamaciones y de algunas tragedias en cinco actos, no están ni mas arriba, ni mas abajo: ni los Pozos están debajo del agua, ni los Plomos llegan al cielo. Los Pozos son calabosos muy habitables en los dias de melancolía: y la república que no quiere la muerte del pecador, ha tenido cuidado de cubrirlos de planchas para evitar toda humedad. Los Plomos son una especie de bohardillas desde donde se descubre uno de los mas bellos panoramas: es decir, Venecia nadando sobre la mar, en medio de las cincuenta islas que la rodean. Casanova no se encontraba allí muy bien, porque Casanova no era poeta. (1) "Pero un presidente del tribunal de apelacion en Venecia, el conde Florembery, que ha habitado en ellas, ha escrito un periódico en que deseaba á sus lectores una habitacion tan buena como la que él tenia." (2)

---

nal. Es un soldado viejo de Bonaparte que llora al hablar del prisionero de Santa Helena, y que no se enternece nunca al enseñar los presos que tiene bajo su custodia.

(1) Se sabe que Casanova se disgustaba de la lectura de la *Consolation* de Boecio, porque no encontraba en ella ninguna indicacion aprovechable para evadirse.

(2) Valery. El mismo viagero es de nuestra opinion acerca del gobierno de Venecia: á la llegada de los franceses en 1797 los registros de sentencias por crímenes de Estado fueron abiertos, y solo se encontraron catorce sentenciados desde el principio del siglo.

Hace cien años el evangelio de S. Marcos espuesto en el *Tesoro* al lado del clavo, de la esponja y de la caña de la pasion, estaba escrito en latin sobre *papyrus* (apenas quedan algunas letras esparcidas). Hace cien años habia como hoy incrédulos; y osaban dudar de la antenticidad de esta santa maravilla, bajo el mezquino pretesto escribieron siempre en griego ó en hebreo.

Hace cien años no se almorzaba ni se comia en Venecia. Los comedores estaban pintados por Bassan ó sus discípulos; se veian esparcidos los mas bellos frutos del mundo, las mas raras victorias de la caza y de la pesca; pero sobre la mesa casi no habia nada que llevar á la boca. Los ojos eran los que comian. "Los venecianos con su fasto y sus palacios, no saben lo que es regalar un pollo á nadie de los apóstoles. Yo he estado platicando en casa de la procuradora Foscari; y por todo regalo, a las tres de la tarde, es decir, á las once de la noche en Francia, veinte pages trajeron en un desmesurado platon de plata una gran cidra cayote (chilacayote), calificado de melon aquático: plato detestable entre los que lo sean. Lo acompañaba una columna de platos de plata, donde cada uno se sirve su parte, y á media noche se retira á cenar á su cuarto." Hoy no ha cambiado esto: platos de plata y melones acuáticos he visto; sólo que por via de variante me han ofrecido una noche una manzana de Normandia en un plato esmaltado. Las man-

zanas de Normandia son esquisitas en Venecia: y yo he visto á mas de una gran señora morderla ávidamente con todos sus ebúrneos dientes, como si fuera la manzana original.

Hace cien años Alfredo Musset, que estaba enamorado de Granada y de Venecia, cantaba sus lindos versos con su linda voz. Hoy el gondolero mas alentado apenas entona un cántico en honor de Pio IX (el reformador.) ¡Ay! Demasiado reformado está el mundo en un siglo: el espíritu humano es como el sol; solo alumbra un hemisferio; ó como el mar, que decrece por un lado lo que crece por otro. Paris tiene algo menos de libertad que hace cien años, ¿pero dónde está la república de Venecia? En la caja de polvos de M. de Metternich.

XIV.

Paseo en góndola.

Ya no causa sorpresa, como otras veces, que las góndolas estén perfectamente vestidas de tela negra estrelladas de clavos de oro. Ese era el color de la república viva; ese color es el de la república difunta.

Solo los muertos tienen privilegio de hacerse conducir en góndolas rojas, color de sangre, color de duelo para la república. Hoy no se disputan ya estas góndolas para el último viage.

La Malibran no gustaba del negro, porque para ella era este color un presagio de la tumba: un dia se aventuró á lanzar una góndola gris enfrente

de la Piazetta, y fué causa de una revolucion. La Malibran fué silbada por la primera vez en su vida.

Nada es mas dulce para una alma perezosa, que un viage sin objeto en ese laberinto que se llama Venecia. El hilo de Ariadna es el gondolero. Se deja uno mecer indolentemente, y las ilusiones mas estrañas lo halagan: parece que viaja uno ultra-tumba, en una region habitada solamente por las almas. Apenas vuelve uno en sí al torcer la esquina de una calle, con los gritos musicales del gondolero: *Castellani-Nicollati.* Caron no estaba mas silencioso en su viage aquerontesco.

Cuando estéis en una góndola no olvidéis el paseo de Chioggia, donde todavía late el corazon veneciano ; donde mas de un miembro del consejo de los Diez iba incógnito á olvidar su tribunal entre las fiestas amorosas; donde Ticiano iba á buscar sus figuras realistas; donde Leopoldo Robert agrupaba su escena de pescadores; donde Goldoni recogia agudezas para sus *Gare Chiozzotte.* No olvidéis la isla de S. Lázaro, donde Byron iba á estudiar con los armenios. El convento de los laboriosos *mechitaristas* es acaso la mas digna de todas las instituciones monásticas. Los reformistas contemporáneos deben á sus ideas un viage á la isla de S. Lázaro. No encontrarán allí, como en las comunidades religiosas esparcidas por Europa, la estéril renuncia del mundo, y de las obras

y pompas de Satanas: los armenios viven con la vida que Dios les dió, y teniendo la mira del cielo se entregan á estudios que elevan el alma y consuelan el corazon.

XV.

Las bacanales de Lido.

Una tarde he llegado á Lido, sin pensar en ello. Mi gondolero habia dado una cita galante y era forzoso que yo concuriera á ella. Era el dia de las bacanales. Los venecianos saludan cada mes á la luna de Lido con bailes grotescos, tarantelas disparatadas, imposibles, inverosímiles, al son de una música delirante, en que el violin y el pífano luchan á cual mas agudo. Bebe uno mucho, grita mucho, y se agita mucho. El baile de la ópera..........¡qué digo! el descendimiento de

Courtille es menos loco y menos estrepitoso. Todo el pueblo se encuentra allí sacudiendo sus harapos y su alegría. Cuando las jóvenes han caido inmóviles de fatiga sobre la yerba, rociada de vino, los hombres siguen bailando solos hasta que caen á su vez. Todavía no se ha encontrado un pintor que consagre estas bacanales por el carácter del arte. ¡Oh! encantadores amantes de Giorgione y Ariosto, ¿reconoceriais á Lido en este cuadro conciso que me atrevo á bosquejar, vos que os deleitábais yendo á meditar á la orilla de las olas azuladas de esta isla de poesía?

Lido no es hoy otra cosa que el barrio Mont-Parnasse de Venecia: solo que el cielo es mas hermoso y el mar comunica su solemnidad á estas bacanales sin pasion.

Los venecianos llaman á eso bacanales, así como llaman escalera de los gigantes á la escalera del palacio ducal. ¡Maravillosos amplificadores! llegarian á estar en el Olimpo en el banquete de los dioses, y no serian olímpicos á pesar de esto.

Muchos de sus palacios no son sino humildes habitaciones de hidalgos de provincia. Su escalera de los gigantes no podria distinguirla un gigante pasando frente á ella: su puente de los Suspiros no tiene sino un solo arco. Las bacanales de Lido son fiestas pastorales donde no se bebe una sola gota de vino. Si buscais la casa del Ticiano, encontrareis el muro de un jardin en un callejon sin

salida llamado: *El Estrecho de Gallipoli!* Sin embargo, en todas estas ruinas de hombres y cosas hay no sé qué de grandioso que esplica bien este epitafio de un patricio veneciano donde espresa el noble pesar de haber sido obligado á trocar su título por el de Gran duque de Toscana. (1)

Hasta los Facchini hablan de su orígen antidiluviano, y de sus trabajos de Hércules.

Los genealogistas han sembrado la desconfianza respecto á los Facchini. Pero es una bárbara preocupacion mal decir de los Facchini pintándolos como á Barba-Azul. El Facchino es un buen compañero de viage que vive en el sol mientras no lo encierran (cosa que le sucede frecuentemente por sus pecados); que estafa con mucha gracia y sabe sazonar el camino. Suprimid al Facchino, y la Italia cambia de aspecto. El Facchino os alegra, os escita, os entona. Se han visto filántropos ingleses y progresistas franceses que apalean á los Facchini, porque estos pobres diablos se empeñaban en servirles demasiado bien. Pero despues de todo, hay motivo de cólera por unos cuantos *bajjocci* mas ó menos? El Facchino lo mas que alcanza son las migajas del viagero de Italia; y los que profesan la filantropía en Inglaterra y el pro-

(1) Se sabe que los patricios venecianos no querian llenarse de títulos, así como las bellas venecianas no gustaban de llenarse de diamantes.

greso en Francia, deberian honrar mas á la humanidad que sufre en Roma y en Venecia. En los estados del Papa es donde principalmente he encontrado al Facchino primitivo. Llegaba yo un dia en Ferrara, frente al palacio de la señora doña Lucrecia; derrepente estornudé, sin duda de admiracion: al momento se precipita un Facchino vestido de elegante, y me dice con el tono mas gracioso— *Dios ayude á usted*—despues de lo cual, y cuando iba yo á saludarlo, me pidió un *paolo* (casi un real) Me habia hablado, me habia hecho una cortesía, era forzoso pagarle; y así lo hice de buena gana, informándome de su tarifa. Los estados del Papa están plagados de estas honradas gentes; y á fé que necesita Pio IX mucho talento para poder convertir en hombres á tantos mendigos.

Mi gondolero me aconsejó que fuera á divertirme con el espectáculo de las Bacanales, mientras él iba al antiguo cementerio de los judíos, donde lo esperaban amorosamente. Me puse á seguir una guirnalda marchita de jóvenes locas que corrian bailando y llamando á un grupo de galanes alucinados que giraban al rededor de tres ó cuatro botellas forradas de mimbre, besándolas cada uno á su turno y sin poder detenerse en su movimiento. Las pobres ninfas los provocaban bonitamente, pero los galanes no tenian besos sino para las botellas. Las muchachas sin embargo eran jóvenes y bellas; Veronés y Varotari se hubieran embria

gado con este cuadro radiante. ¡Cuánto lujo de vida y de deleite! Cabellos de seda, pupilas de fuego, perfiles suaves, senos altivos: solo les faltaba una corona de pánpano. Estaban vestidas solo de harapos pretensiosos; pero llevaban en el cuello y en los dedos avalorios vistosos de Murano: ademas, llevaban su juventud y su belleza loca.

Repentinamente fueron dispersadas por un verdadero huracan: es decir, por un grupo de bailadores que cayeron sobre ellas, como sobre una presa palpitante. Eran los romanos salvages, precipitándose sobre las virtuosas y espantadas sabinas.

XVI.

La querida de Lord Byron.

Esa tarde habia en Lido, en un círculo de tabernas improvisadas, dos ó tres mil venecianos que habian ido á ser actores ó espectadores en las Bacanales.

Era un pupulacho muy animado y muy pintoresco. La isla estaba bloqueada por innumerables barcas del lado de Venecia, y por el lado del mar estaba llena de bañadores. Yo me detuve no lejos de S. Micheli, fortaleza que parece tallada en las mismas rocas, delante de una vendedora de ostras: tenia antojo de saber si las ostras del Adriático saben lo mismo que las de Ostende. Las ostras eran escelentes: la vendedora las acompañaba con

un resto de belleza grave, altanera, espresiva: sus ojos habian conservado todo su brillo.

Estando comiendo mis ostras, el conde de F*** á quien habia encontrado en el palacio Barbarigo se detuvo frente á mí.

—¿Os ha contado ya su historia?—me preguntó.

—¡Su historia! El destino ha podido fijar tambien su atencion en una vendedora de ostras?

—Durante seis semanas ha sido la querida del poeta mas grande del mundo.

—¡La querida de Lord Byron!

Ella dijo este nombre mágico; y lo repitió con una voz doliente y una sonrisa melancólica:—Lord Byron!......

—Vaya—le dijo el conde F*** contádnosla en dos palabras. Comerémos ostras todo el tiempo que dure.

—Es una locura—esclamó como haciéndose de rogar y levantándo los ojos al cielo como para leer esta novela olvidada.

Al fin comenzó.

"Hace ya mucho tiempo, y fué en este mismo lugar: bailaba yo como esas que bailan allá abajo y él se paseaba por la rivera. Acercóse con su noble y hermosa cabeza, que bésé tantas veces, y se colocó en medio de las bacanales. Yo era la mas loca y le parecí la mas linda.

—"Dadme esa bella niña—le dijo al que baila-

ba conmigo—dádmela; veréis como bailamos sobre mi caballo.

"Mi compañero me tomó en brazos y me puso en los del caballero, que estrechándome contra su corazon, picó con los azicates al caballo. ¡Oh! qué baile! Tenia yo mas miedo de caer que de perderme; y me estrechaba contra mi caballero como el ave se acurruca contra las ramas durante la tempestad.

"Era la primera vez que me sentia yo á caballo, y me parecia que era conducida por una ola en creciente. Cada segundo temia undirme en la mar.... Ya os lo dije, parece un cuento de hadas.

La noche habia llegado y nos cubria: y á lo lejos escuchaba yo los cantos de las Bacanales en concierto con el galope del caballo y el rugido de las olas. Del caballo bajé para entrar en una góndola cubierta de raso y terciopelo. ¡Oh! qué viage!......Pero no comeis, señores?

En efecto, devorábamos; no las ostras, sino esta leyenda que nos contaba en dialecto veneciano, llena de imágenes pomposas, como si Lord Byron hablase por su boca.

Ella continuó:

"Llegamos al palacio Mocénigo. Yo temblaba como la hoja: era dichosa y me veia perdida; tenia miedo y alegría.' Un palacio, un gran señor, lacayos....y mi madre me esperaba cerca de Rialto para ir á cenar á nuestra choza: mi madre era pes-

cadera! Los lacayos abrian tamaños ojos, tan grandes como los arcos del palacio, y no me atrevia á pasar delante de ellos; pero él que me amaba todavia, me diō su mano y me condujo hasta su cámara.

"Cuando la puerta se cerrō, me diō una cachemira turca y me mandō que arrojase mi ropa por la ventana: me esperaba para cenar y no queria que mis pobres vestidos participasen de la fiesta.

"Yo estaba perpleja. Me quité el pedazo de mantilla que llevaba y comenzaba á desceñirme el talle escondiēndome entre las sombras de las cortinas; pero despues me resolví á no pasar mas allá. El sin embargo se impacientaba, me esperaba para cenar: y si no me ayuda un poco, no sé cómo hubiera acabado.—Vamos, señores, mas ostras.

"A la mañana siguiente me advirtió que una góndola me esperaba á la puerta del palacio para conducirme á casa de mi madre.—Yo no quiero irme, le dije; pero él rogó, mandó, se mostró inecsorable.—¿Tendrē valor—le dije—de presentarme en Rialto á la luz del sol? mi madre me pegará; y no es mi madre la que temo, sino la luz del sol.—Entonces, me dijo abrazándome, partiréis por la noche; esta noche, despues que el sol se haya puesto.—Nunca! esclamē ecsaltada.

"El dia lo pasamos alegre y tristemente. Qué quereis? él se alegraba y se fastidiaba conmigo

alternativamente. Yo no sabia sino decirle que lo amaba y que moriria por él.

"Llegada la noche, me tomó suavemente la mano, y me dijo al conducirme:—El sol se ha ocultado, adios. Pronto nos veremos.

"No sabia yo resistir, y me dejaba llevar como un niño: Cuando estuvimos sobre el peristilo, me hizo seña de bajar á la góndola: el gondolero me esperaba con el remo dispuesto.—Adios! le dije con aire resuelto: y cuando él iba á ofrecerme la mano, yo ya me habia arrojado al canal......

—Pero, señores, casi no coméis nada!

"Bien comprenderéis—continuó—que no permanecí mucho tiempo en el agua. El fué quien me salvó. Cuando volví en mi acuerdo estaba otra vez en su cámara; un médico acababa de entrar, y él me sostenia en sus brazos con una ternura fraternal. Mi adios en el agua lo habia conmovido hasta llorar.—Margarita—me dijo apasionado—viviréis conmigo siempre.—Siempre! murmuré yo tristemente,—Ese *siempre* de Lord Byron duró seis semanas......seis siglos; si es que los siglos se cuentan por las horas de placer. Qué dias tan bellos! qué fiestas para el corazon! qué locuras tan celestiales!

"Todos los dias ibamos en la amada góndola donde ocultaba yo mi dicha, del palacio Mocénigo á alguna isla lejana, comunmente á Lido, donde encontrábamos al hermoso caballo que relinchaba al

vernos. Oh! cuanto adoraba yo la mar! esta mar que solo me hablaba de amor ó de muerte!

"Cuando él me hablaba apenas lo comprendia; y sin embargo lo escuchaba con delicia. Todavía oigo su voz. Parece que yo habia hecho algo bueno arrojándome al agua, porque frecuentemente me decia que en toda Inglaterra no hallaria una que hiciese esto mismo tan bien hecho.

Con todo, no he vuelto á hacerlo, y mejor quiero vivir condenada á vender ostras por cuatro siglos, que volver á beber un trago en plena mar.

"Tendré necesidad de contaros el final? Es como el de todas las historias, no vale lo que el principio. Despues de seis semanas me rogó que me fuera á vivir con mi madre, jurándome que siempre hallaría abierto su palacio. Esperaba á un embajador, y no podia recibirlo en mi compañía. Esta vez yo sola bajé á la góndola, y no me arrojé al canal......

"No volví á verlo sino de cuando en cuando: me habia amado tanto, que me olvidó muy pronto.

"Un dia se me negó la entrada al palacio Mocenigo, y á la mañana siguiente me envió un bolsillo lleno de oro. Arrojé el bolsillo al canal, corrí á mi casa, me quite mi vestido de seda, desgarré mis encages, me vestí con un trage viejo de mi madre, y héme aquí...... Vendiendo ostras y pescados.

"Tomé mi partido, y cerré mi libro en la mas bela página. Al cabo no sé leer."

Nosotros escuchabámos todavía: ella añadió— "Habeis comido cincuenta y tres ostras: á medio zwanziger cada una, son veinte y siete zwanziger cabales."

Estas fueron sus últimas palabras. Las ostras eran un poco caras; pero las pagamos sin regatear.

La vendedora de ostras habia tenido su momento de poesía. El mismo Byron, el genio superior, no habia tenido nunca tan bella inspiracion como Margarita diciéndole adios y arrojándose al agua. La pasion es lo que forma la poesía.

Miraba yo á esta muger con una curiosidad mas y mas ardiente: esta muger que se habia mostrado la amante mas sublime, no tenia ya nada de muger, desde que abandonando la playa de su dorada juventud, se habia dejado marchitar los lábios por la sed de la ganancia.

Byron ha contado algunos fragmentos de su historia con Margarita. Su relacion no concuerda en todos los puntos con la de esta heroina tempestuosa; de modo que no dice haberla salvado él mismo. Véamos, sin embargo, un retrato de Margarita, pintado por Byron:

"Tomó sobre mí tal ascendiente, que aunque se lo procuraba disputar, nunca lo perdia. Esta influencia estaba en sus ojos negros, en su fisonomía sombría y espresiva: tenia el carácter veneciano en el dialecto, en el pensamiento, en las maneras, en las locuras de su candor. Ademas, no sabia

leer ni escribir, y no podia fastidiarme con sus cartas. Recibí dos sin embargo, que hizo escribir á un escribano, un dia que estaba yo enfermo. Altiva, imperiosa, arrogante, no hacia sino su capricho, sin cuidarse del lugar, del tiempo ó los testigos; y si á las mugeres del palacio les ocurria oponerse á su voluntad, les pegaba.

"Cuando la conocí estaba yo en relaciones con la señora*** que encontrándola un dia tuvo la imprudencia de amenazarla, por tener noticia de nuestro paseo á caballo. Margarita le arrancó el velo y le gritó:—"Yo no soy su esposa; pero ni vos tampoco; sois su querida, y querida suya soy tambien. ¿Qué derecho teneis para reprenderme? ¿Tengo la culpa de que me quiera mas que á vos? La culpa es vuestra; pero si quereis aprisionarlo amarrádlo con la cinta de vuestras enaguas. En fin, no creais que porque sois rica me habeis de callar nunca la boca." Y despues de este trozo de elocuencia, se alejó dejando al rededor de la dama un grupo de concurrentes que comentaban el diálogo.

"Tuvo mil caprichos insensatos. Con su *fazielo* estaba encantadora; pero quiso tener un gorro con plumas, y todas mis razones para evitar este ridículo trage fueron inútiles. Despues quiso tener un vestido de gran dama, un vestido de cola, y toda resistencia fué estéril: ella llevó su maldecida cola á todas partes.

"Me amaba con violencia. Un dia de otoño que habia yo ido á Lido con mis gondoleros, nos sorprendió una borrasca y nos puso en peligro. La góndola estaba llena de agua, los remos perdidos, la mar tempestuosa, la lluvia caia á torrentes, el viento crecia y la noche se acercaba. En fin, despues de grandes esfuerzos, entramos en Venecia, y percibí á Margarita sobre los escalones del palacio de Mocenigo, con los ojos bañados en lágrimas y el cabello empapado en agua, esparcido sobre el seno. Con semblante pálido, y sus miradas inquietas que paseaba por la agitada mar, se parecia á Medea descendida de su carro, ó á la diosa de las tempestades Ninguna otra gente habia salido á recibirnos. Cuando me vió no corrió á mí como era de esperarse, sino que esclamó:—*Ah! can della Madona; no está il tempo per andar all' Lido:* —y en seguida les pegó á los criados y á los gondoleros."

Byron no dice si tambien á él le pegó: lo que no es muy dudoso. Voltaire decia que del teatro no dependen los silbidos de la voluntad.—Byron decia lo mismo del amor.

Volvamos á Venecia ya de noche y en una hermosa noche de luna. ¡No me habléis del Coliseo cuando hay luna. El mas bello espectáculo de Italia con la luna es Venecia con su silencio, su aspecto oriental, sus palacios que se miran en el agua, la góndola solitaria, los domos plateados, la

voz solemne de las iglesias. La luna es el sol de las ruinas. Con este sol apagado es con el que se debe ver esa ciudad muerta.

XVII.

Las cortesanas.

Juan Jacobo Rousseau ha sido, por decirlo así, embajador en Venecia, supuesto que M. de Montaigne lo abandonaba todo á su secretario, escepto el sueldo. ¿Pues de dónde viene que en sus *Composiciones* no se encuentra una sola página para pintar la ciudad de los Duxes tal como apareció á los ojos del filósofo de Ginebra? Ni una palabra del Ticiano ni del Veronés, ni de los cuadros, ni de los palacios. Es que en los siglos XVII y XVIII no habian penetrado las artes en la literatura. Winckelmaun decia que:—Los escritores eran tan

espeditos para hablar de pintura, como los peregrinos para hacer la descripcion de S. Pedro de Roma." Se tenia fé, y se tenian ojos; nada mas.

Juan Jacobo no sabia ver sino las montañas, las florestas y los lagos. Debe reconocerse, sin embargo, que Rousseau ha pintado, con la paleta del Paduano, un retrato de cortesana veneciana. Mirad·

"Si veis acercarse una góndola, tened cuidado; allí está el enemigo. Una góndola se me acercó: una jóven deslumbrante, una morena de veinte años, coqueta y viva, vino á sentarse á mi lado y me habló italiano con un acento que me hizo volver la cara. Ella tomó posesion de mí como si le perteneciera. Zullieta me daba á guardar sus guantes, su abanico, su *linda*, su cofia; me mandaba hacer mil cosas, ir á mil partes y yo obedecia. Escucha, Zanetto—me dijo ella—no quiero ser amada á medias como las francesas: al primer momento de fastidio márchate. Conversando ví dos pistolas que formaban parte de su vestido: eran sus compañeras de placer. A la mañana siguiente la encontré *in vestito confidenza.* Las vírgenes de los claustros son menos frescas; las bellezas de los serrallos son menos vivas; las huríes del paraiso son menos provocativas. Sus mangas y su cuello estaban bordados de seda con borlitas, ó mejor dicho, rosas. ¡Oh! era la puerta del Eliseo."

Todavía hay cortesanas en Venecia; pero ya no

hay Zullieta. Los que quieran conocerlas artísticamente, deben conformarse con sus cabelleras locas, sus cuellos altaneros y sus gargantas arrogantes: en cuanto á lo demas, son indignas á las cortesanas de Praxiteles y Fidias. Las cortesanas de hoy hacen comprender que si el caudal de Venus se ha trocado por la discreta saya, es porque la humanidad ha querido ocultar sus flancos secos y sus piernas enflaquecidas. Por eso las cortesanas de hoy se abandonan al amor misterioso y rehusan dejarse ver del arte que ama la luz del sol.

XVIII.

La duquesa de Berry.

El palacio de Venecia mejor habitado hoy es el de la señora duquesa de Luchesi-Palli (duquesa de Berry). Se ha convertido en veneciana, porque ha nacido en Nápoles; pero es francesa por los recuerdos y tal vez por las esperanzas. Entrando en su casa, la hospitalidad os acoge tan alegremente, que creis estar en vuestro pais. Allí se encuentra mas de una página de la historia de Francia: un zapato de Luis XIV que el conde de Chambord queria calzarse de buena gana (el zapato está pintado por Rigaud y no por Vantoo); el devocionario de María Antonieta; la *Familia pobre* de Prudhom, elocuente defensa democrática que todos los reyes debian tener en la sala del trono; cartas de Enrique IV, que Enrique V leia tan frecuente-

mente; en fin, todo un museo, todo un Louvre, todo un Versalles.

Madama de Luchesi ha desafiado al invierno desde que está en Venecia. Todavía no escarcha sobre su cabeza. Hay mugeres por las cuales pasa el tiempo sin contar. Los paganos habian pintado á las Horas coronadas de rosas.

La mayor parte de los palacios célebres están abandonados á los estrangeros. Algunos ni están habitados; pero la Europa viajera se entroniza en ellos. Ya no tienen sino algunas obras maestras que mostrar: poco á poco la Rusia y la Inglaterra acabarán de devastar á Venecia. ¿Volveré á ver la Magdalena del Ticiano y la Susana del Tintoretto en el palacio Barbarigo, donde están en venta esos dos cuadros, por los cuales daria yo veinte madonas de Rafael.

Sí, yo volveré á ese país que se atreve á ser hermoso sin árboles y sin caballos; donde el fresco Adrico envia en estío una frescura de paraiso; donde el viento oriental es tan suave en invierno que los venecianos le llaman "la capa de los pobres." Sí, iré á comer ¡oh Venecia! tus bueyes de Stiria, tus sargos sabrosos de Chioggia, tus pollos de Rovigo, tus gallinas de la Brenta, tus sardinas del Adriático, tus bellas frutas de Este y de Monteguana; iré á beber tu vino de Chipre y tu *val Pollicella*. Volveré á ver tus bellas mugeres ama-

das de Giogione y de Casanova; tus manzanas de Normandia, ó tu paraiso perdido....... ¡Pobre Venecia! Tambien tú eres paraiso perdido.

XIX.

Apéndice.

El que tenga intencion de ir á Venecia, no lea este libro, ni ninguno otro de los escritos sobre el mismo objeto. Es necesario que el pais por donde se viaja sea una floresta vírgen, donde cada aventurero haga sus descubrimientos. ¿Para qué conocer la solucion antes que el enigma? El verdadero viagero es como el amante apasionado: ¿qué le importan las puertas abiertas para todos, si él entra por la ventana?

Sin embargo, mi librero me dijo que mi libro

era enteramente *inútil*, cosa que al escribirlo entraba en mi intencion, y que hasta cierto punto inutiliza la prohibicion de leerlo, apuntada al comenzar este capítulo. Mas para que sea de todo infundada la prohibicion, añadiré, como por via de complemento, otras noticias algo mas positivas, acerca de ese pais celestial que se llama Venecia.

XX.

La vida en Venecia.

Escribiendo este viage cayó en mis manos un libro, de un antiguo bibliotecario del rey en Versalles: — *Venecia y Padua.* Mr. Valery no es como yo, un buscador caprichoso de estatuas, bajos relieves y cuadros vivos ó pintados: él es un viagero sabio que sacude el polvo de los libros; y así voy á dejar hablar á los viageros sobre

LA VIDA EN VENECIA.

"La situacion de Venecia en medio de las lagunas, parece que debia hacer su aire húmedo y va-

poroso; pero este aire está continuamente renovado por los vientos y el sudeste, que lo despojan de los gases mefíticos. Segun muchos sábios, es suave, igual, útil para la respiracion sin ser pesado, y mucho menos húmedo que el de Milan. Las emanaciones salinas de las lagunas crian una atmósfera particularmente saludable á las personas atacadas de tísis pulmonar, escrófulas, tubérculos, ó raquitismo; y los baños de mar son allí muy eficaces tambien contra estas afecciones. Estos baños, que pueden tomarse en invierno, y ser continuados en el estío con otros en tierra firme, deben su benéfica influencia al limo y las algas. La mejor de estas es la *sphaeroceus conervoides*, á causa de la estraordinaria cantidad de gelatina que contiene, y de la facilidad de estraerla, así como de tener siempre fresca la planta, que crece abundantemente en el invierno, aun en medio del gran canal.

El régimen ictiológico, es escelente en Venecia: sobre todo si tienen las ostras las célebres *pidocchi* de que vamos á hablar. Los paseos en góndola que mecen el cuerpo lánguidamente dos ó tres horas al sol, y mantienen al enfermo envuelto en los vapores marinos; en fin, las distracciones y las comodidades completan el buen régimen. Solo el estío produce algunas fiebres periódicas, comunes á todas las costas del Adriático y el Mediterráneo que están cerca de los pantanos. Las epidemias de Ve-

necia no han sido mas fuertes que en Milan ó Florencia, y entre las grandes ciudades italianas es la que ha sufrido menos con el cólera. El aire es templado, y el sudeste, que suaviza el rigor del invierno es llamado "la capa de los pobres." Este clima es reparador para los niños y los viejos; pero parece menos conveniente á las personas de edad media; y en algunos estrangeros produce una revolucion interior. La salud de Venecia es generalmente buena, y se llega á una edad avanzada: pueden contarse algunos centenares.

Venecia ofrece á los glotones, placeres vivos y variados. Los bueyes que vienen de la Stiria, criados para la mesa y que no trabajan, dan una carne de superior calidad. El carnero de Chioggia es mas esquisito que el de tierra firme. La Polesina de Rovigo suministra buenas grasas y sabrosas aves. Los alrededores de los pantanos crian buena caza, sabrosa y barata. Las gallinas ciegas se venden en invierno á cuatro ó á cinco sueldos. La liebre es sabrosa, y el conejo es tan abundante que todos lo desdeñan.

El pescado del Adriático goza de una justa reputacion, y da abundantes y delicados tributos á la reina de este mar. Adisson nota con esactitud, que si los venecianos estuvieran bloqueados por todas partes, podrian hasta cierto punto librarse de la hambre por la cantidad de pescados que la mar les suministra, y que se pueden tener aun en las

mismas calles: lo que forma en almacen natural, que pocas ciudades poseen. Se enumeran el célebre salmonete [*triglia*], el primero de los pescados del Adriático; el rodaballo [*rombo*], alabado ya por Boccaccio en su larga y rara carta al prior de los Santos Apóstoles en Florencia, donde se encuentra un cuadro tan vivo del lujo, y el tren de vida de un grande de la época; las sardinas frescas [*sardelle*], que se han apellidado los pájaros del Adriático; el oblongo [*sfoglie*], que es escelente; los pescaditos [*sachette*] los *paganelle de mar*; la umbrela, que pesa hasta cuarenta libras, y el thon hasta quinientas; pero comunmente de diez á cincuenta. Este último llega del mes de Agosto al de Octubre, y para tenerlo siempre bueno y evitar su corrupcion la policía ecsamina las barcas, que lo conducen, sobre todo si el siroco [*sudeste*] no ha llegado; y por muy póco pasado que esté, es arrojado á la mar. Las ostras del arsenal, enormes y grasas, no podria uno comerlas por docenas; cocidas y sazonadas con buenas verduras, á la veneciana, forman un plato muy agradable y digerible. A pesar del horror de su nombre, se estiman mucho los pidocchi del arsenal (piojos de mar) especie de almeja muy sabrosa; pero son muy raros y no se pescan sino por Junio ó Julio, produciendo una carestía estraña en medio de la mar que los produce. Los deleitables sargos pululan en el fango de los canales de Chioggia. Se hacen de él grandes salazones; y se tiene una carne suave y sabro-

sa, pero si se abusa de ella produce dolores de cabeza y aun fiebre. Los huevos aprensados, salados y secos dan una especie de cobial llamada *bottargue*, muy buscada y que se sazona con aceite y limon. La mayor parte de estos pescados tan esquisitos, y otros, como el salmon, la sardina, el piojo, el rombo, el sargo, el cangrejo, y sobre todo las ostras, tienen tambien el mérito de proporcionar á los enfermos un caldo muy saludable.

Las frutas, buenas y abundantes, vienen de las colinas de Este de Monzelice y de Montagnana.

En Venecia es preciso desconfiar del vino, porque comunmente está falsificado. Los marineros se lo beben en la travesía, y lo completan con agua de las lagunas, bastante insalubre, aunque no deja de tener un saborcillo agradable, semejante al del agua de Seltz. Las gentes acomodadas y previsoras encargan á un criado fiel la sobrevigilancia de las barcas conductoras del vino.

La caza en los alrededores de Venecia, embellecidos por los lagos, se estiende por todo el litoral desde Aquilea hasta el puerto mas antiguo é histórico de Carolo, hoy arruinado. Los patos y los zambullidores abundan. Esta caza á que eran muy aficionados los venecianos, formaba antes uno de los espectáculos solemnes y alegres, peculiares del pais."

Los viageros que buscan hasta las tildes sobre

las *iii*, y que tienen horror á lo imprevisto—¡imprevisto! este es el caballo indomado de los viageros—deben llevar debajo del brazo el libro de M. Valery; ó mas bien, deben dirigirse en cuanto lleguen al café Florian, y preguntar á la hermosa ramilletera de la plaza de S. Marcos, en qué puede un hombre emplear en Venecia su corazon, su tiempo y su dinero.

Hasta aquí M. de Valery. Vamos ahora á añadir otros pormenores.

Los vinos de Francia y España llegan y no pagan nada, como en puerto franco. El verdadero vino de Chipre cuesta en el café, de cinco á diez sueldos el vaso: ordinariamente se paga á 34 sueldos botella, y á 3 francos el de primera clase. Los otros vinos buenos son el *val Pollicella* y el *piçolit* de Conegliano y del Frioul.

Posadas. No son ciertamente de las mejores. *La Europa*, que tiene mesa de pasageros á 8 francos, y que es frecuentada por los franceses, *la Luna El Abergo Reale, el Leon blanco, La Reina de Inglaterra.*

Los cuartos amueblados son baratos, pero mal servidos: cuestan de 30 á 40 francos mensuales. A la entrada de la plaza de S. Marcos ecsiste una agencia de alquileres donde puede uno ocurrir para proporcionarse alojamiento. Las personas que deseen habitaciones mas elegantes deben diri-

girse ó bien al almacen artístico del *Gondoliero*, cerca de los *Procuratie Becchie*, ó al gabinete de lectura del *Gondoliero*, plaza de S. Marcos. Es necesario, principalmente en estío, habitar sobre el gran canal á fin de recorrer todas las tardes este *Corsó* líquido.

Fondas.—Il Cavalleto, il Vapore, il Capello: el bodegon de *S. Benedetto*, amado de los artistas.

Cafees.—En la plaza de S. Marcos. Los aficionados á buenos pescados y á la originalidad culinaria deben ir á *Cuintavalle*, casa de Sur-Zuana, á quien es necesario avisar con alguna anticipacion, y se tendrán goces que en la *Roca de Tántalo* parisiense no se hallarian. En Mole: café del Fonso; la Vendetta marina de donde se descubre un hermoso panorama. la Aurora y el Albero d' Oro son los cafes de los jóvenes elegantes.

Góndolas.—Cincuenta centavos de alquiler por hora; cinco francos por todo el dia. El carricoche para *Bologne* 20 francos, inclusa la comida. Un navio de vapor parte por la noche tres veces á la semana para Trieste; llegando en siete horas: el precio de las mejores localidades es de 17 francos 40 centavos. Una góndola para ir de *Mestre* á Venecia cuesta 5 francos y medio por la *buena-mano*

Librerías.—El *Gondoliero*. Esta inteligente y vasta librería tiene dos casas en la plaza de S

Marcos; una para libros italianos, la otra para los estrangeros é italianos. Esta casa ha criado el diario *El Gondoliero*.—Para libros antiguos *Gancion*, *Enoato*, gabinete de lectura del Gondoliero, plaza de S. Marcos.

Obradores. Pintores: Schiavoni, Lipparini, Gregoleti, Duce, Busato, Borsato, para los cuadros de carácter: Viola, paisagista; Borsa, para las escenas populares: Ferrari, *escultor*, que anuncia á la Italia un digno compatriota y heredero de Canova. Una estatua de la Melancolía, y sobre todo un Laocon, han escitado la admiracion universal.

Almacen de cuadros de los antiguos maestros. La coleccion de nuestro compatriota M. de Civry está en primera línea, y algunas veces presenta obras maestras auténticas, dignas de las galerías reales. Barbini, Sanquirico—almacenes de artefactos y papelería elegante, del *Gondoliero*. *Litografiia:* bello establecimiento de M. *Gaspar*, que ha reproducido ya treinta de los mas grandes cuadros de la escuela veneciana.—*Cadenitas de oro* tan estimadas por la delicadeza del trabajo y la pureza del oro, en casa de Cuchetti y los otros joyeros, aunque sean los mas pequeños. El precio varía segun la finura del trabajo.

Almacenes de sederías y novedades.—Caron, Tropeani; Madama Adela, *costurera y mercadera de modas*, que recibe todas las creaciones de Paris.

Tabaco.—El tabaco y los puros venecianos son medianos; pero en Trieste los hay escelentes. Puede uno procurárselos en esta ciudad en el depósito general por medio de un amigo ó corresponsal, y recibirlos por el buque de vapor. Bastan los puros de Trieste, verdaderos habanos, y que cuestan de cuatro á cinco sueldos, para decidir á hacer el viage á muchos aficionados.

XXI.

Marino Faliero.

Ni aun los profanos de la historia oyen el nombre de Venecia sin recordar á Marino Faliero; su nombre ha sido el estribillo de muchas cantilenas, el argumento de algunas comedias, el tema de una ópera. Oigamos, pues, lo que dice M. Napoleon Gallois, sobre la vida del infortunado dux.

"Hay en la vida política de algunos hombres llamados á las mas altas dignidades, circunstancias tan inverosímiles, hechos tan estraños á las ideas vulgares, tan contradictorios al carácter público de los hombres, que el primer movimiento del espíritu es negar su posibilidad: y ciertamente la conspiracion de Marino Faliero debe ser contado el primero entre los fenómenos históricos. En

efecto, ¿quién podria, recorriendo los anales de un pueblo antes poderoso, leer sin una sorpresa mezclada de incredulidad, que el gefe de este pueblo se ligó con conspiradores subalternos, escogidos entre las clases mas ínfimas de la sociedad, para trastornar la constitucion aristocrática de su pais, que lo habia investido del poder supremo, y para destruir violentamente las clases que eran el sosten inmediato de ese poder? Esta incredulidad crece á medida que se inicia uno en los pormenores de esta conjuracion, y que sabe que el que se constituyó en alma de ella, no tenia para escusarse ni la efervescencia de la juventud, ni la ambicion que impele á los hombres avaros de poder, á servirse de las pasiones del pueblo para mejor oprimirlo despues; ni el patriotismo que manda y justifica tantas cosas; pues el único móvil fué la vanidad de un viejo ofendido. Esta es toda la historia de Marino Faliero. Despues de una juventud en que habia servido gloriosamente á y pais, haciéndose distinguir siempre por su valor, su talento, Marino Faliero fué llamado á los 76 años á la dignidad de dux de Venecia. Subido al trono ducal en 11 de Septiembre de 1354, comenzó por ajustar una tregua con los genoveses, que acababan de destruir completamente la armada veneciana en el puerto de Sapienza: este primer acto parecia presagiar á los venecianos una seguridad tan larga como fuese el reinado de Faliero. Pero un suceso insigni-

ficante vino á desmentir estos presagios. El dux tenia por esposa á una muger bella y jóven á quien celaba hasta el escéso. Un jóven patricio, Miguel Steno, uno de los gefes del tribunal de los Cuarenta, tenia un rencor con Faliero, y escribió sobre los muros del mismo palacio ducal esta inscripcion injuriosa:

Marino Faliero tiene
A la muger mas hermosa;
Y aunque la llama su esposa,
Es cierto que él la mantiene;
Pero es otro el que la goza.

Marino, furioso por este ultrage, denunció á Steno ante el tribunal de los Cuarenta, que lo condenó á dos meses de prision y un año de destierro. Este pequeño castigo no bastó á apagar el resentimiento del Dux; y haciendo estensivo su odio á todo el tribunal y á todos los patricios, que no habian sabido ayudarle á vengar su honor, esperó una ocasion favorable para hacer estallar su cólera. Esta ocasion no tardó en presentarse: habiendo sido maltratado por un noble un empleado en el puerto, vino á quejarse y á pedir justicia al dux. Este respondió deplorando su impotencia y el abatimiento en que habia caido, y dejando percibir sus deseos de venganza. Desde este momento quedó urdida la conspiracion, y la animosidad de Marino y los plebeyos contra la nobleza veneciana, fueron los fundamentos. Diez y seis de los principa-

les conjurados debian apostarse en diferentes cuarteles de la ciudad, teniendo cada uno á sus órdenes sesenta hombres determinados, é ignorando su destino ellos mismos: debian formar algun tumulto, y entonces la campana de S. Marcos daria la señal de alarma. Todos los patricios estaban obligados en oyendo esta campana, á acudir á la plaza de S. Marcos y formarse alrededor del Dux; aquí era, pues, á donde debian dirigirse los conjurados, para asesinar sin escepcion. Se habia guardado el sigilo mas profundo; pero la casualidad, mas bien que la delacion, hizo que el consejo de los Diez trascendiese el complot: presos muchos de los culpables denunciaron á sus cómplices, y despues de haber sido puestos en la tortura fueron decapitados el dia 15 de Abril de 1355, dia fijado para sus planes. No tardó el Dux en sufrir la misma suerte: interrogado por la *Cuarentena criminalista*, á que se habian reunido veinte ciudadanos sin voto, y juzgado despues por el consejo de los Diez, al que se habian agregado otros veinte ciudadanos, fué declarado culpable de rebelion contra el gobierno, y condenado á que le cortaran la cabeza. Fué ejecutada la sentencia á 15 de Abril del mismo año, sobre la escalera ducal, en el mismo lugar donde el Dux habia prestado el juramento de fidelidad á la república, cuando fué elevado. Un miembro del consejo de los Diez, tomando la espada sangrienta de manos del verdugo, la blandió

delante del pueblo, diciendo: "El traidor está castigado."—A estas palabras la multitud se agolpó al palacio para contemplar los restos palpitantes del que habia sido elevado á la primera dignidad. Asi abortó una de las conspiraciones mas increibles que haya conservado la historia. Para perpetuar su memoria, el senado hizo reemplazar el retrato de Marino Faliero, que se encontraba con todos los de sus predecesores en la sala del gran consejo, por un velo negro que tenia esta inscripcion:—"Este es el lugar de Marino Faliero, decapitado por sus crímenes."—Mas de 400 personas fueron presas y castigadas como cómplices del Dux. Los últimos momentos de este viejo, que sacrificaba todas las preocupaciones y los afectos de su rango ducal al orgullo de sus celos ofendidos, ofrecian al teatro una escena que no han dejado de aprovechar los autores. Byron el primero, en 1817 reprodujo bajo la forma del drama, los sucesos referidos. Casimiro Delavigne en seguida los ha llevado al teatro frances, y en fin, tenemos una hermosa ópera italiana.

XXII.

Venecia otra vez.

La ciudad de Venecia, cuyo antiguo esplendor se ha opacado, es hoy la capital del gobierno de Venecia, que unido al de Milan, forma el reino lombardo-veneto, posesion de la Austria. El gobierno veneciano está dividido en ocho subdelegaciones, que son: Venecia, Padua, Polsina, Verona, Bisancio, Trevisa, Beluna y Udina. La poblacion de Venecia que disminuye cada dia, y de la cual 40.000 personas viven á espensas del resto; apenas llega hoy á 100.000 almas, y en 1.700 tenia todavía el doble. Su puerto está declarado puerto franco. El pueblo de Fusina sobre el litoral, es el punto donde se embarca uno para Venecia, separada de la tierra firme por dos leguas de lagunas. Estas lagunas presentan muchos bajíos; y para

evitar que los buques tropiesen en ellos se han puesto señales de distancia en distancia para demarcar el camino. A medida que la embarcacionse desliza sobre esta superficie tranquila, se va levantando lentamente del horizonte un grupo de torres, campanarios, cúpulas y casas: es Venecia que va naciendo de las aguas. Formada en una reunion de sesenta islotes, está entrecortada por innumerables canales, de los cuales el mayor serpentea en forma de S y divide la ciudad en dos partes casi iguales. El conjunto de ella ocupa un espacio de 2,000 toesas en su mayor longitud, y 1,500 en su mayor anchura. En Venecia todo tiene un carácter original: las casas se levantan ora sobre estacadas á los dos lados del canal, y no se puede salir de ellas sino en góndola; ora se ve un canal costeado por dos calles estrechas, y las hay tan anchas como en las ciudades del continente: los puentes se han construido con profusion.

Lo que sorprende es el silencio que reina; porque ningun carruage hace estremecer el pavimento; y esta ciudad poco industriosa y comerciante no se entrega á ningun oficio ruidoso.

La góndola es lo único que sirve para las comunicaciones.

El ruido de Venecia en medio del dia se parece al silencio de las otras ciudades en medio de la noche. Magníficos palacios levantados por los mejores arquitectos de Italia, principalmente por Pa-

lladio, están hoy deshabitados ó trasformados en hoteles. Hace algunos años que los ingleses ricos hacian numerar los mármoles de las mejores fachadas, y los hacian trasportar, para ir á soldarlos otra vez en alguno de los soberbios parques de la Gran-Bretaña; pero la Austria puso fin á esta devastacion.

Entre las cosas notables vamos á mencionar el arsenal, que solo él ocupa una isla de una legua de circunferencia: está defendido por altas murallas, de modo que tiene el aspecto de una ciudadela. A la entrada es donde están los dos leones colosales, obras maestras de escultura, y que fueron llevados de Atenas y Corinto. Este arsenal, hoy silencioso, y que no contiene sino una preciosa coleccion de armaduras de la edad media, contó en el esplendor de la república 1600 obreros trabajando en su recinto. Venecia sostuvo largo tiempo una flota de 330 velas y 26.000 marineros.

La Biblioteca de Venecia, heredera de una buena parte de los despojos de Constantinopla, es célebre por la cantidad de manuscritos griegos y latinos que contiene, y por las muchas estatuas antiguas de que está adornada.

Tambien muchos conventos y monasterios poseen colecciones preciosas para el erudito.

No hay iglesia ni palacio que no llame la atencion del viajero, y que no le ofrezca en profusion

lienzos, frisos, estatuas, bajos-relieves, mármoles y columnas de un trabajo esquisito.

Venecia ha dado una prueba reciente de que no ha decaido en ella las bellas artes: en ella ha visto la luz el escultor mas célebre de los tiempos modernos: Canova. Si la pintura puede ser acusada de una marcha retrógrada, el grabado en cobre ha mejorado por compensacion, y aun se ha perfeccionado. Tambien la tipografia de Venecia se distingue por su hermosura.

Las joyerías son mas ricas y variadas que en cualquiera otra ciudad de Italia. Del antiguo comercio que enviaba á toda Europa sus terciopelos y sederías, quedan ahora algunas fábricas de terciopelo, damasco, espejos, cristalería, cristal de Briasti, telescopios y porcelana. Sus medias de seda y sus caretas son todavía artículos de un comercio considerable. En fin, su triaca es justamente afamada; así como su marrasquino y otros licores.

XXIII.

Apuntes biográficos del Ticiano.

Ticiano Vicelli, nacido en Cadora, departamento de Frioul, el año 1477, es el pintor mas célebre que se conoce en el arte del claro oscuro. Recibió las primeras lecciones de Gentile Bellini, que se considera como el fundador de la escuela veneciana, y que fué el primero que pintó con aceite en su patria; secreto que en 1430 habia robado á Antonio de Messina, que lo supo de un químico y pintor flamenco llamado Juan Van Eyck, inventor de esta mejora.

Ticiano pasó á la escuela de Giorgione, donde perfeccionó tanto su colorido, que su maestro, celoso de su talento, lo despidió al fin.

Se dió á conocer primeramente como retratista, género en que sobresalió, reproduciendo las imágenes de muchos nobles venecianos; de manera que el senado le dió en recompensa un empleo de 300 escudos de renta.

Habiendo aumentado prodigiosamente su reputacion quisieron todos los soberanos de Europa tener sus retratos por Ticiano, que hizo los siguientes: el de Paulo III, durante su permanencia en Ferrara; de aquí se dirigió á Urbina para pintar al duque y la duquesa; hizo tambien el retrato de Soliman II, el de Cárlos V, en España; y el de Francisco I cuando este rey estuvo en Italia. Este último cuadro ecsiste todavía en el museo de Paris.

Ticiano no se limitó á los retratos: tambien pintó en el género histórico, y con mayor escelencia. Su genio es siempre grande y noble; sus composiciones, vivas y animadas, tienen la espresion mas natural; sus actitudes sencillas acaso tienen mucho de veneciano, y sus aires de cabeza están llenos de encanto, de gracia y de perfeccion. Como colorista ya hemos dicho que ocupa el primer lugar. Sus toques son vigorosos, finos, seductores. Ninguno ha producido unas carnes tan suaves y tan frescas; y es que tenia una manera de desvanecer los colores, que necesariamente daban la apariencia mas natural del cutis, sin que se percibiese e artificio.

Citarenios solamente su *Danae* y su *Venus acostada*, y un fragmento que representa á una de sus queridas, obra maestra en el arte del claro oscuro, y en la gradacion perfecta de los medios tintes.

Rubens es sin duda un gran colorista; pero sus tonos colocados siempre en contraste, dejan percibir el artificio de un sistema: los tonos grises acompañan siempre las sombras trasparentes; la luz colorante viene en seguida, y despues los claros son cubiertos por los rojos. En el Ticiano, por el contrario, nada de apariencias; sus encarnaciones están tan bien sombreadas que son tan dificiles de imitar como las naturales.

En fin, si á todas las bellezas de sus cuadros históricos, se aumenta la naturalidad y la espresion del gesto, la elegancia y la riqueza de los ropages, se tendrá una idea de las grandes obras que pintó en Venecia para su patria, y los lienzos de caballete que hizo para los soberanos de Europa que lo buscaban con avidez.

Dos de sus mas magníficos cuadros son *El Martirio de S. Pedro* y el *Coronamiento de Espinas*, donde brilla todo el vigor y la mágia de su pincel. Todavía podemos enumerar tambien los *Peregrinos de Emaus*, obra de una estremada finura de colorido, y de un claro oscuro estraordinario: la blancura del mantel que cubre la mesa en que Jesus come con los tres peregrinos, es admirable.

El claro oscuro es la base del colorido; pero no es el colorido mismo. Esta parte esencial del arte consiste en distribuir sobre una superficie plana la luz y la sombra, de manera que se pase insensiblemente de una á otra; ó bien confundir una con otra por los semitonos y las medias tintas. Por este medio un artista hábil, con su sola paleta y su pincel, pone tanta ilusion en un cuadro, y aun mas encantos, que la naturaleza misma.

Ticiano y Correggio son los dos maestros que han comprendido mejor este brazo de su arte.

Ticiano, tan justamente célebre, consideraba en la pintura la sombra como un accidente, absolutamente del mismo modo que la presenta la naturaleza en medio del dia.

Yo he observado que para producir el efecto mágico de una figura alumbrada en parte y en parte oculta en las sombras, pintaba primero las carnes tan fuertes como lo eran los tonos luminosos, y despues pasaba encima una mezcla trasparente de colores ligeros que dejaban ver la otra capa.

El empleo del aceite ha permitido hacer en este género admirables adelantos, que no estaban al alcance de los antiguos.

Ticiano estuvo cinco años en Alemania: cuando volvió á Italia ejecutó muchos cuadros en un estilo contrario al que antes tenia; opinion confirmada por el mismo Miguel Angel. Entre los cua-

dros de este segundo género contarémos:—Diana sorprendida en el baño por Acteon; la Educacion del Amor; y la Querida favorita del Ticiano; probablemente la hermosa Violante á quien tanto amó. Entre estos cuadros se cuenta tambien el llamado:—*El cofrecillo del Ticiano*, que representa á una muger llevando un cofrecillo en la cabeza; y *Persea y Andromeda*, que perteneció al rey de Inglaterra, segun una carta del mismo pintor, en que le prometia tambien otros dos cuadros, *Jason y Medea*, y otro de pura devocion.

Ticiano fué honrado, puede decirse, por todos los soberanos de la tierra. Sus cuadros son innumerables, y le proporcionaron una vida no solo descansada, sino aun lujosa.

Al morir debió dejar grandes bienes. Su hijo Horacio Vicelli, que pintaba tan bien los retratos, que llegaban á confundirse con los de su padre, tuvo una herencia considerable, segun los historiadores. Pasaba por avaro, y la verdad de esta acusacion parece confirmarse por una carta que escribió á Felipe II de España, en 5 de Agosto de 1564, remitiéndole un cuadro del Cenáculo, en la cual le suplica que le envie el importe lo mas pronto posible, "porque sus intendentes no son muy esactos, y esa cantidad le es necesaria para remediar su *infortunio*."—Pero este defecto no impedia que fuese un hombre alegre, complaciente y de maneras suaves, cuya sociedad buscaban los mas grandes de la tierra.

Su muerte ya sabemos cual fué.

Mr. Hesse, pintor frances, ha reproducido con mucho talento en un cuadro, los funerales que la república veneciana decretó al inmortal pintor. Ese cuadro se presentó en la esposicion de Paris el año de 1833.

XXIV.

Palladio.

Hemos hablado del mejor pintor; vamos á mencionar ahora al mejor pintor veneciano.

Bizancio, patria de muchos grandes hombres, cuenta entre sus hijos á Andres Palladio, nacido en 1508, y muerto en 1580. Comenzó á ejercitarse en la escultura; pero el poeta Juan Jorge Trizzino descubriendo en él grandes talentos matemáticos, y previendo que podria llegar á ser un hábil arquitecto, le esplicó el Tratado de Vitrubio, y lo envió dos veces á Roma, para formarle el gusto.

Nuestro jóven matemático se puso á pintar y á estudiar ardorosamente los monumentos antiguos de la ciudad. Ayudó este estudio con la lec-

tura de las obras de Alberti y de otros célebres arquitectos: buscó con avidez las antigüedades de Roma y de sus inmediaciones, así como las del reino de Nápoles; se posesionó de las ideas sublimes de sus autores; admiró su perfeccion artística; y todo esto le inspiró las bellas concepciones con que se honra su patria.

Despues de haber estudiado la antigüedad, volvió á Bizancio en Julio de 547: á su llegada se tenia el proyecto de reedificar la Basílica de la ciudad: en 1549 se abrió un concurso con este objeto; y el proyecto de Palladio fué unánimemente adoptado. Este palacio, donde se administra justicia, fué llamado *Basílica:* es la primera, y una de las obras mas notables de nuestro héroe.

Llamado á Venecia, su primera obra en esta ciudad fué el palacio Foscari; la segunda, el monasterio de los Canónigos de Letran, llamado de *la Caridad;* fué destruido este edificio por un incendio, y las ruinas que de él quedan son uno de los mas bellos adornos de Venecia. El refectorio de S. Jorge el mayor, cuya magnificencia puede llamarse inimitable; la iglesia que los monges del mismo monasteria le hicieron construir en 1.565; y la reconstruccion del palacio ducal, devorado por otro incendio en 1.574, con tambien brillante testimonio de su gran talento.

Mientras se ocupaba de estos trabajos Enrique III de Francia abdicó la corona de Polonia, y paso

por Venecia de vuelta á Paris: la república se apresuró á manifestarle la alegría que le causaba su presencia; y la decoracion del lugar en que debírsele, fué confiada á Palladio; lo mismo que un arco triunfal bajo el cual debia pasar el monarca frances. Urgido por el tiempo, nuestro arquitecto se decidió á emprender una construccion igual á la de Septinio Senero: su empresa llevada á cabo felizmente le valió innumerables elogios.

Palladio era laborioso. Los proyectos de que habla el segundo libro de sus obras, aunque en gran número, con solo una pequeña parte de los que concibió. Andres Palladio nació de padres pobres, se formó sin ausilio estraño, y solo debió su elevacion á sus propios esfuerzos. Colocado entre los simples ciudadanos de Bisancio fué ennoblecido luego. Escribió una obra sobre las antigüedades de Roma, un tratado de arquitectura, que son muy estimados de los artistas; y muy buscados y admirados de los inteligentes.

FIN.

ALBERTINA.

ALBERTINA.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR MIGUEL MASSON.

Traducida para el Siglo XIX

POR

José M. Flores Verdad.

MEXICO.

Imprenta de Ignacio Cumplido.

1851.

PRIMERA PARTE.

I.

LA CITA.

A la hora de la tarde en que los mil rumores de una ciudad populosa y comercial, van disminuyendo y debilitándose poco á poco, y se pierden en el silencio profundo de la noche; á la hora en que la niebla espesa de Octubre, envuelve como un velo ensangrentado la luz de los reverberos, y hace desaparecer en la vaguedad de una engañosa lontananza el cuerpo que parece podriamos tocar con la mano; en fin, á esa hora, y con una temperatura que invita á permanecer en su casa, al lado de un buen fuego, en un cuarto bien cerrado, salió furtivamente una jóven de una casa de regular aparien-

cia de la Plaza de San Nicolás de Ruan, cerró suavemente la puerta tras sí, é inmóvil, apoyándose con ella, como si sintiera haber pasado el umbral, paseó sus miradas con terror, y escuchó con ansiedad; tranquilizada despues por aquel minucioso ecsámen, y viéndose ademas protegida por la densidad de la niebla, aquella muger, obedeciendo un poder secreto mas fuerte que su voluntad, dió algunos pasos hácia adelante, no sin haber colocado sobre el rostro para mayor precaucion el capuchon de su capa de seda, cuyos pliegues mal dispuestos á propósito, hubieran disimulado su talle, á los ojos mas espertos.

Mas bien pronto le faltaron el corazon y el valor, y una estraña indecision detuvo sus piés como si estuviesen clavados en el suelo. Algunos transeuntes la observaron entónces, y entre ellos hubo algunos que le dirigieron algunas palabras groseras: nada sentia ni escuchaba. Sin embargo, al último choque mas fuerte, á la última palabra mas enérgica que las otras, pareció despertar, recobró su valor, y por un contraste muy natural, que basta indicar para que sea comprendida una increible resolucion, succedió repentinamente á su profundo abatimiento, atravesó la Plaza de San Nicolás, entró por la calle de los Judíos, que atravesó en toda su longitud, y despues de muchos rodeos en las calles tortuosas que rodean el Mercado Nuevo, despues de haber vuelto muchas veces tras sus huellas,

con un cuidado que hubiera podido creerse calculado, prosiguió su camino hácia el Mercado Viejo, que atravesó por fin, y poco despúes llegó al baluarte Cauchoise.

Hasta entónces habia recorrido el camino con singular rapidez; solamente se detenia por intervalos, nada mas que un instante, un segundo, el tiempo necesario para arrojar en derredor una mirada tímida, como para indagar si habia sido reconocida ó seguida, y despues precipitaba su marcha, á fin de recobrar el momento perdido.

Al verla de aquella manera, tan pronto corriendo, como marcando sus pasos, se hubiera adivinado que temblaba; en los momentos de descanso, en la ansiedad que se notaba en todos sus movimientos, era natural sospechar, que el objeto de aquel paseo nocturno, en un tiempo tan mal escogido, y en un barrio tan lejano, de la casa de la Plaza de San Nicolás, que era sin duda su habitacion, el objeto de aquel paseo, decimos, era un secreto, un misterio, que no hubiera querido dejar penetrar, ni aun á costa de su vida.

Sí, temblaba mucho la pobre muger, porque su mano apoyada con fuerza sobre el pecho, se elevaba impelida por los precipitados latidos de su corazon; y si, alguno sin querer hubiese al pasar frotado su capa, se habria imaginado la asustada jóven, que una mano habia oprimido su brazo, y con mu-

cho trabajo hubiera logrado librarse de aquella presion ideal. Si desde el fondo de una tienda, una luz pálida, penetrando los vidrios ennegrecidos por el vapor de la niebla, hubiera reflejado en ella sus inciertos rayos, se habria estremecido, pensando que aquella luz la acababa de descubrir. Todo, en fin, era motivo de desconfianza y de angustia, y sin embargo, caminaba siempre. Mas en el momento de atravesar el baluarte Cauchoise, vaciló de nuevo y se detuvo. Un sentimiento muy poderoso, el mismo tal vez que hacia antes tan difíciles sus primeros pasos fuera de su habitacion, acababa de introducir en su alma la irresolucion; mas el sentimiento que la domina, es punzante como la vergüenza, é imperioso como los remordimientos despues de una falta.

Medio vencida por el último grito de su conciencia, por ese terror saludable que parece un aviso del cielo, se prepara á retroceder, va á huir del peligro que ve sin duda muy cercano; sin embargo, dirigiendo su mirada mas allá del hermoso círculo de árboles, sin el que la jóven no se ha atrevido á penetrar, percibe, brillando cual lejanas estrellas las luces de los almacenes de la calle de Crosne; y esas estrellas, aunque opacas, son para ella un diamante que la llama, un iman que la atrae. Entónces comienza para la desconocida una de esas luchas interiores, cuya violencia solo Dios conoce, lucha espantosa para el corazon, que se estremece incesantemente

bajo el esfuerzo de dos pensamientos contrarios, lucha igualmente dolorosa, cualquiera que sea el que triunfe de aquellos pensamientos, porque siempre es el mismo corazon doblemente oprimido, el que paga con su sufrimiento el premio de la victoria.

Sin embargo, el combate que sostiene hace tanto tiempo aquella alma en pena, parece no llegar á su fin: al observarla se creeria que hay para la jóven peligro en adelantar, peligro en retroceder; se hace culpable yendo mas léjos, y se ve amenazada de serlo si vuelve al lugar de donde salió. La desconocida que no tiene ya ni valor ni voluntad, queda aterrada entre aquella alternativa. Pasan de esta manera algunos minutos, cual si fuera un siglo de tormentos.

Mas entre aquella indecision, y de lo mas profundo de su alma desolada, se ecshala repentinamente una plegaria llena de fervor; pide á Dios una fuerza cualquiera, ó para acceder ó para rehusar. La escuchó Dios? Quién lo sabe? Nadie; mas cree firmemente que un buen ángel la ha sostenido en su marcha al cielo, porque su febril agitacion cesa como por encanto, su sangre se refresca, sus ideas brotan con mas fijeza y lucidez; no reflecsiona ya; y sea por inspiracion divina, ó por necesidad de concluir con la incertidumbre, dejando al porvenir el cuidado de decidir si hace bien ó mal, la jóven esclama:

—No, no, no iré!

Hablando de esta manera se disponia á entrar en la ciudad, cuando un hombre envuelto en una capa, que atravesaba la Plaza en un sentido opuesto al camino de la desconocida, se encontró á su lado antes que hubiese tenido tiempo de observarlo y evitarlo. Aprovechando la luz de un reverbero, trató de distinguir sus facciones, ocultas bajo el capuchon de la capa de seda. Espantada por aquella curiosidad, en la que veia una intencion impertinente, porque el hombre á quien ella reconoce, se imagina que la ha reconocido tambien; la azorada jóven, no sabiendo cómo sustraerse á las consecuencias de aquel funesto encuentro, huye sin saber por dónde; el atrevido está ya léjos; mas creyéndose siempre perseguida, no recobra el uso de sus potencias, sino cuando se vé adelante del mismo baluarte Cauchoise, que algunos momentos antes le habia parecido una barrera insuperable.

Cediendo á aquel estraño favor que la conduce hácia el objeto que tanto trabajo le ha costado evitar, ó á la influencia de aquel encuentro inesperado, que ha servido de obstáculo à su vuelta, murmuró estas palabras:

—Vamos, si estoy perdida; que mi pérdida al menos no sea inútil......

Y maquinalmente, y cual víctima resignada, se abandona al poder que la domina.

Acaba de sonar el relox de la parroquia de la Magdalena; y ella, con un estremecimiento convulsivo cuenta las nueve. Entónces se apresura; y se creeria al verla caminar tan de prisa, que teme llegar demasiado tarde. Sin duda, porque si el objeto está prócsimo, la hora de la cita ha pasado ya. Continuando su camino con rapidez, se lanza en la calle montuosa que se presenta á su vista; se dirige violentamente á la estremidad opuesta, y no se detiene sino delante de la puerta de una casa baja, cuyas ventanas están perfectamente cerradas. Hallándose allí, y como si temiese recaer en las dudas que la habian hecho sufrir tan cruelmente, llama con prontitud á la puerta, que se abre al instante.

¡Ya era tiempo! La fatiga, la ansiedad, tantas y tan diversas emociones, habian sido para la infeliz muger un suplicio superior á sus fuerzas; un minuto mas, y habria caido muerta de debilidad.

La persona que abrió la puerta, sea por olvido, ó tal vez por precaucion, no sacó luz.

—Os esperaba, señora—le dijo simplemente y en tono de reconvencion.

La señora reconoció la voz de un hombre, y se detuvo; mas como vacilaba en penetrar en la oscuridad, en compañía de aquel hombre, la misma voz añadió con acento mas suave:

—Nada temais, señora; tomad mi brazo, y apoyaos en él......

Dicho esto, la atrajo á su lado, sin que pudiese ella oponer la menor aesistencia, y la puerta se cerró tras ellos. Entregándose á su guia, la jóven sin confianza y sin voluntad siguió un estrecho y largo corredor, que conducia de la entrada al fondo de la casa; al fin de aquel corredor, atravesó una pieza grande, é igualmente oscura, la cual comunicaba con la mas retirada de la habitacion; allí fué donde su guia se detuvo.

Solo se veian cuatro ó cinco grabados que representaban figuras militares del tiempo del imperio, y la imàgen de Napoleon repelida por todas partes, porque el general, el cónsul, el emperador, estaba representado en estátua de bronce, sobre el péndulo que adornaba la chimenea, en un busto de yeso sòbre la mesa de escribir, en miniatura sobre la blanca pipa de espuma de mar, colgada á la altura del brazo y cerca de una poltrona; en fin, tambien un magnífico retrato del prisionero de Santa Elena, colocado en un cuadro de ébano, era lo que formaba el principal adorno de aquella pieza; al aspecto de aquellos diversos emblemas, que revelaban un pensamiento, un culto único, se adivinaba que el habitante de aquella casa habia sido soldado; y como última prueba de esta asercion, se veia en el rincon del cuarto un uniforme de la jóven guardia imperial, coronado con un trofeo de armas.

Era un cuarto de soltero; mas no podian aplicarse estas palabras: *cuarto de soltero,* como sinóni-

mo de desórden y de baturrillo; al contrario, reinaba allí un aseo escrupuloso y un gusto perfecto; mas no ese buen gusto que se siente y no se esplica. Una especie de coquetería y aun de minucioso cuidado, coquetería accidental tal vez, y debida solamente á la esperanza de una visita desacostumbrada, parecia haber preocupado al dueño de la habitacion.

En aquel aposento retirado, léjos del ruido esterior, y al abrigo de toda indiscrecion, fué donde el soldado condujo à la fugitiva de la Plaza de San Nicolás. Ella temblaba, y se hallaba en tal estado de debilidad, que su compañero en lugar de hacer que se sentase, mas bien la depositó, en el sillon que habia acercado hasta la mitad de la chimenea donde brillaba un buen fuego, que no debia tardar en sentirse con un suave calor.

Despues de haber apilado los cojines bajo los piés y en el lugar donde reposaba la cabeza de su visita, para formarle un cómodo asiento, despues de haber tratado de calentar una mano, que sentia helada bajo el guante que la cubria; pero todo esto sin salir de los límites del respeto mas profundo y mas verdadero, sin tratar de ver aquel rostro, siempre oculto en el capuchon, se alejó del sillon, y permaneció en pié à alguna distancia, silencioso, inmóvil; con el fin, sin duda, de recobrarse de una viva emocion, y para no recordar demasiado su presencia á aquella muger que estaba allí, delante de él,

y que seguida con una mirada inquieta, como lo haria una madre, á la cabecera de su hijo enfermo.

La desconocida, que desde su llegada, no habia señalado su presencia, mas que por el ruido irregular de su respiracion, volvió en sí, y recobrando por instinto mas bien que por recuerdo, el sentimiento de su posicion, se levantó repentinamente del sillon, colocó con viveza sus piés en el suelo, y dirigió à su derredor una mirada de espanto; y habiendo encontrado la del hombre que la contemplaba con una indecible espresion de ternura, en que se mezclaba el orgullo de una victoria con mucho trabajo adquirida, se ruborizó y se puso pálida en seguida; en fin, con una voz en que todo el poder de su voluntad no consiguió hacerla segura:

—Qué me quereis, caballero?—dijo cubriendo el rostro con sus manos, pero no con bastante prontitud, para evitar el esponer á la vista de aquel á quien interrogaba, una cabeza juvenil y hermosa, aunque temblorosa por dos horas de angustia.

En cuanto à él, permaneció mudo, sumergido en un éxtasis delicioso, de felicidad y de adoracion.

El capuchon habia caido atras con el brusco movimiento de la jóven; él la habia visto en fin.

—Qué puedo temer de vos?—preguntó el acento de la súplica y del terror.

Estas últimas palabras fueron para el hombre, como un espantoso sacudimiento galvánico: se es-

tremeció, sacudió la cabeza, cerró los ojos, con el fin sin duda, de apoderarse en su vuelo, de una ilusion que acababa de escapársele; mas la realidad fué mas fuerte, y por una trasformacion tan repentina como el pensamiento, aquel hombre volvió á ser lo que era de ordinario.

Seguramente no eran, ni los trabajos de la guerra ni sus cuarenta años, los que habian hecho brotar de su cabeza algunos cabellos blancos, los que habian enflaquecido y arrugado sus mejillas, animado sus ojos con una llama sombría, surcado su frente larga y huesosa con las arrugas de la vejez, plegado sus labios bajo el esfuerzo incesante de una ironía amarga, ni estampado, en una palabra, en todo su rostro, una espresion de profunda melancolía, obra del dolor, de los desengaños sufridos, y de un odio demasiado vivo.

Al oir la voz de la jóven, la elevada y noble estatura de aquel hombre se inclinó: gimió profundamente; mas creyó comprender, que aquella era para él la aparicion fugitiva de su felicidad, y se resignó. Habiendo entónces levantado la cabeza, con el aire de inmutable firmeza, y decidiéndose á marchar directamente á su objeto, sin que aquel nuevo asalto del destino pudiese aumentar el odio que llevaba siempre su corazon, ó la generosidad natural, que algunas veces lo entregaba à tremendos combates, el hombre débil desapareció, no quedando mas que el hombre fuerte, el hombre que quiere, y para

quien todas las armas, todos los medios son buenos, con tal que aseguren el triunfo de su voluntad. Se sentó al lado de la jóven, y respondió:

—Me preguntais lo que podeis temer de mí? Olvidais, pues, señora, que no se trata de vos, y que no son vuestro reposo, ni vuestro honor los que están amenazados? Así, pues, dejad por favor, esa postura humilde y medrosa; cesad de tener la cabeza inclinada delante de mí: no os he llamado aquí, creedlo, para veros como víctima suplicante; y si necesitais una prenda sagrada de mi respeto, os doy mi palabra de hombre de honor, mi palabra de soldado, de que nada teneis que temer por mi parte, que pueda ser una ofensa para vos, ó causaros el mas ligero espanto. Espliquémonos, pues, con el rostro descubierto, franco y lealmente.

Ella obedeció y se enderezó lentamente; toda su fisonomía manifestaba una sorpresa, que sin embargo, no trataba de disimular; mas su admiracion duró poco, fuera porque sospechase una red bajo aquellas promesas de respeto, ó porque un sentimiento mas violento ahogase y dominase en ella á todos los demas; miró de frente á su interlocutor, espiando en los ojos de aquel hombre, el secreto de su pensamiento; hubo un momento de silencio entre los dos personages de aquella estraña cita. Durante aquel mudo ecsámen, permaneció él, impasible é impenetrable.

—Y bien—dijo la jóven con una especie de violencia—hablad, pues, señor, porque á vos toca esplicar ahora lo que significa esta carta.

Y al mismo tiempo, y sin dejar de considerarlo atentamente, sacó de debajo de uno de sus guantes un papel que tenia oculto.

—Sí, esta carta—añadió—que me ha hecho tan desgraciada desde que la recibí.

Como tardaba la respuesta á la pregunta que habia dirigido, desdobló la carta y leyó:

—"Tengo en mis manos el honor de vuestra familia!"

—Es verdad, señora.

—"Una prueba escrita—continuó la jóven, recorriendo con la vista aquella carta que sabia de memoria—la prueba material de un crímen, de una bajeza, que si escapa ahora á la ley, no atraerá por eso menos sobre su autor la infamia y el desprecio público. Esa prueba está en mi poder."

—Tambien es verdad, señora. Os suplico que prosigais......

—"Os dejo el cuidado de decidir vos misma cuál es el uso que debo hacer de ella. Reflecsionad que si no venís á mi casa esta misma noche, á las nueve, no escucharé mas que los consejos de la desesperacion, y que el que yo ponga en uso será funesto á vuestro esposo! Con una palabra puedo perderlo! Pues bien, señora, si despreciais el consejo que os

doy, si faltais á la cita que os pido, pronunciaré esa palabra fatal: estad segura de ello!"

—Tambien eso es cierto, señora—añadió él friamente—lo juro, si yo no os hubiese visto esta noche, mañana......

—Aquí estoy—interrumpió ella con ansiedad—bien veis que aunque he tenido pavor he venido. Sin embargo, si no se hubiese tratado mas que de mí, hubiera despreciado la amenaza que encierra vuestra carta, y me hubiérais esperado en vano. Ha sido necesario nada menos que la esperanza de arrancar á mi marido de un inminente peligro, aunque no conociese ni la causa ni la naturaleza del peligro; ha sido preciso tambien que mi marido estuviese ausente para que yo me aventurase á dar este paso tan estraordinario, que me parece, que me parece haberme hecho culpable solo por haberlo dado. Pero he estado loca, sí, señor, casi loca de espanto al recibir vuestro mensage; todo el dia siniestras imágenes pasaron por delante de mi vista, lúgubres pensamientos asaltaron mi espíritu; y durante el camino, al venir aquí, no podeis comprender todo lo que he sufrido.

—Pobre Albertina!—dijo el hombre misterioso, mirándola con ternura y compasion.

Sorprendida al oirse nombrar con un nombre que, aunque era el suyo, solo la mas familiar intimidad podia usarlo, la jóven fijó los ojos en su interlocu-

tor, como si hubiese querido pedirle cuenta de aquel atrevimiento, que casi rayaba en impertinencia; mas conducida por su primitiva inquietud, al verdadero motivo de su visita, añadió:

—Sí, he sufrido, pero qué importa; aquí estoy preguntándoos lo que es ya una falta hácia él, qué crímen ha podido cometer el hombre estimable, el hombre justamente honrado, cuyo nombre llevo. Ademas, ese crímen, hago mas que dudar de él, lo niego; sí, señor, lo niego á pesar de vuestra carta y de vuestras aserciones reiteradas hace un momento. Ah! ciertamente fuí una loca al creer semejante fábula—añadió ella, aventurándose en aquel pensamiento consolador—y yo juraria ahora.......

—No jureis, señora; es ser demasiado insensato negar lo que se ignora.

—Y cómo podeis saber lo que yo ignoro? cómo, con qué título, por qué casualidad conoceríais la conducta de mi marido mejor que lo que yo la conozco, yo que soy su muger, no siendo vos mas que un estraño?

—Un estraño!—repitió él, y se sonrió con amargura.

Aquella sonrisa pareció asombrar á la jóven con una de esas vagas percepciones de lo pasado, que no son un recuerdo, pero que lo despiertan; continuó, pues, ecsaminando la fisonomía del antiguo militar, con doble tenacidad.

—Un estraño!—repitió—no lo era en otro tiem-

po ni para vos ni para él, señora; mas el tiempo es un gran maestro, que enseña la ingratitud y el olvido. Ambòs habeis sufrido la ley comun; quejarme seria tan ridículo como inútil, ya lo sé, y por otra parte, vale mas tal vez que vuestro marido haya logrado borrar de su memoria mi nombre y mi recuerdo: al menos es un remordimiento que se ha ahorrado.

—Un remordimiento!—repitió ella con un tono profundamente ofendido— un remordimiento! sois cruel, caballero; admitiendo, lo que yo no creo, que la palabra fuese justa y verdadera, es á mí á quien debíais dirigirla? Es preciso que me conozcais muy poco, si esperais que vuestras palabras puedan disminuir la estimacion y la ternura que profeso á mi marido, ó que tengais en el corazon un odio estraño, cuyo motivo y objeto no comprendo.

—No creeis, señora: vais á creer. No comprendeis: todo vais á comprenderlo. Dignaos escucharme.

Y acercó su silla al sillon, y añadió:

II.

EL HONOR DEL MARIDO.

—"Hace once años, señora, tenia yo treinta; entónces vivia aquí, en Ruan. Nacido en la ciudad, perteneciente á una familia rica y considerada, no eran los placeres los que me faltaban, al contrario, era yo quien los desdeñaba; porque estaba triste, y una melancolía profunda, cuyo secreto solo yo sabia, hacia mucho tiempo que se habia apoderado de mi alma, y á pesar de mis esfuerzos para escapar de ella, me seguia por todas partes.

—"Sin embargo, no huia yo del mundo; primero, porque no queria esponerme á las burlas; y en seguida, porque al deseo de aturdirme que yo sentia, y qué era imperioso y necesario, se unia yo no sé qué esperanza de hallar en el mundo un bálsamo para mis heridas, un consuelo para mi dolor. Esa

esperanza no fué engañadora, el cielo tuvo piedad de mí. En una de las casas que frecuentaba con mas asiduidad, una noche, me parece que aún estoy allí, apareció una jóven, y fué acogida con un murmullo de admiracion; la ví, era hermosa."

Aquí la voz del soldado se dulcificó, sus ojos que estaban fijos en la muger que lo escuchaba con curiosidad y sorpresa, sus ojos, decimos, se inclinaron con timidez, y tomó una espresion tan cariñosa y tan reservada, como la de la pobre huérfana que ora al pié de una imágen, cuya figura le recuerda á la madre que ha perdido.

—«Sí, era hermosa!—continuó él—lo que me incitaba á mirarla, sobre todo, fué el ingénuo candor de sus faccciones, la pureza que huia en su frente, y en toda su persona una gracia tan inocente, tan tierna, un cierto no sé qué dulce y bueno, que causa alegría el mirar; ese atractivo desconocido que se busca en las facciones de una hermana, y con el que se complace uno en embellecer con anticipacion al niño que se espera.

«Era su primera entrada en el gran mundo, y llevaba con una rara distincion de maneras y lenguaje, toda la franqueza de sus diez y siete años. Supe que salia de un colegio célebre de Paris, donde habia recibido la mas brillante educacion.

«Desconfiado, como lo son los desgraciados, cuyas creencias han sido destruidas una á una; no

quise atenerme á la primera impresion que me produjo la vista de aquella jóven; la estudié, quise asegurarme de que su alma correspondia á las promesas de su rostro, porque yo me sentia arrastrado hácia ella por un encanto invencible. Nunca fué pagado mas dulce estudio con una recompensa mas deliciosa; la jóven de que os hablo, era realmente tal cual yo me la habia figurado á la primera mirada.

«Yo la amé!

«Sin embargo, combatí aquel amor, porque una fatal esperiencia me habia enseñado que cada uno de los afectos que yo sentia, debia cambiarse para mí en un amargo desengaño; luché en vano, porque yo la amaba, la amaba, y aquella pasion me hacia renacer á una nueva vida. Sí, yo que me creia muerto para todos los goces, olvidé mi triste pasado, no sirviéndome de nada la esperiencia, y me atrevia á esperar lo que yo me prometia á mí mismo. Mas esto podia yo hacerlo sin mucho orgullo: nuestras dos familias se conocian, y mi fortuna era superior á la suya. Así, pues, el matrimonio entre ambos no debia encontrar el menor obstáculo.

«Mas perdonadme, señora, tal vez estos pormenores os fatigan y os parecen fastidiosos; ya lo comprendo y no tengo el derecho de quejarme. Lo que os refiero no tiene la dicha de cautivar bastan-

te vuestra atencion, para que me escucheis con interes."

En efecto, la imaginacion de la jóven trataba de seguir otra cosa, que el hilo de la relacion; tan pronto fijando en el narrador una mirada tímida, como interrogándose á sí misma, era presa de esa especie de descontento inquieto que sentimos, cuando en el momento de afianzar la palabra de un enigma, mucho tiempo pedida á nuestra penetracion, aquella palabra se nos escapa repentinamente. Vuelta en sí, por las últimas palabras de aquel, que entónces estaba bien segura de no ver por la primera vez, le pidió con un gesto perdon por su involuntaria preocupacion, y le suplicó que continuase.

—"Para llegar à aquel matrimonio, objeto de todos mis votos – prosiguió —yo no tenia realmente, mas que hacerme amar de la jóven: el consentimiento de sus parientes y de los mios, hubiera seguido inmediatamente á la primera palabra de asentimiento que me hubiera dirigido. Sin pronunciarme de una manera positiva, puse en los cuidados con que la rodeaba, un interes mas marcado, una delicadeza esquisita: si ella se dignó observarlo, si quedó enternecida con los homenages de un amor respetuoso, el tiempo me enseñó despues, que podia tal vez dudarlo; pero yo creia entónces qué ella habia sabido comprenderme, y me parecia que no era

insensible, á aquellas discretas pruebas, de la pasion verdadera que me habia inspirado, y yo era feliz, oh! muy feliz.

—"Sin embargo, la fortuna me reservaba uno de los golpes mas crueles: escapado algunos años antes, à fuerza de oro y de poderosas protecciones, al servicio militar, que en aquella época no escluia á nadie, me encontré mas tarde tan fastidiado, tan fatigado con mi vida, que solicité à principios del año de 1811, el honor de morir de soldado. No tengo necesidad de deciros, que mi súplica había precedido á mi amor. Aquella súplica quedó muchos meses sin respuesta: se habia estraviado sin duda, ó mas bien habia sido retirada sin mi conocimiento por mi padre, del cual era yo hijo único: así lo pensé, ó para hablar con mas verdad, no lo pensaba, cuando un dia recibí la órden de incorporarme á mi regimiento, de guarnicion en una de las plazas fuertes de la frontera de la Holanda. Qué habia yo de hacer? Era imposible desobedecer: retroceder ante lo que yo mismo habia solicitado, hubiera sido cubrirme de vergüenza, esponerme á que se formasen dudas injuriosas á mi valor. Mas podia yo escoger aquel momento, para confesar mi amor? No era dejar un dolor al despedirme, de la que era el objeto de él, y á la que, me atreví á creer no era yo indiferente? La guerra acababa de éstallar de nuevo; me habria reprochado como un crímen, el asociar, ni aun con el pensamiento, á la

que yo amaba, á los peligros que iba á correr; así, pues, guardé silencio. Mi corazon fué el confidente, en el cual deposité mi secreto, mi tesoro. Por qué no fué el único? Por qué otro, y ese......

Y se detuvo, dominado por una viva emocion; mas logró vencerla y prosiguió:

—«El que debia tan cobardemente abusar de mi confianza, era un amigo de la infancia, un compañero de mi juventud, de mis estudios y de mis placeres; era para mí mas que un hermano. Lo habia yo llamado á Ruan, habia venido y empleaba yo los mayores cuidados, en hacerle agradable su permanencia en nuestra ciudad. Todas las puertas que estaban abiertas para mí, se abrieron para él; hice que participase de mis relaciones, de mis amistades, de todo en fin. Presentado por mí, fué recibido por todas partes, como yo lo era; y gozaba yo, mas que él, tal vez, de la buena acogida que todos le hacian.

«La víspera de mi partida, el 18 de Marzo, esta fecha está escrita en mi corazon con caractéres indelebles, el 18 de Marzo, en medio de una reunion brillante causada por mi marcha, ó al ménos con tal pretesto, no pudiendo contener aquel amor, que llenaba mi alma, conduje á mi amigo al hueco de una ventana, y desde allí, con un ademan que no pude reprimir, le designé á la persona, cuyo nombre estaba pronto á escaparse de mis labios:

—Ves aquella jóven?—le dije—pues bien, si el cielo permite que vuelva yo aquí, ella, ella sola será mi muger, porque nunca amaré á otra mas que á ella!

—«La jóven de quien yo hablaba con pasion, pero con discrecion á mi amigo, se llamaba entónces la señorita Albertina de Gerlis, érais vos; el hombre á quien confié mi secreto, aquel amigo sincero y afectuoso se llamaba Cárlos Dubreuil; y algunos meses despues de mi partida, era vuestro esposo, señora!"

—Esperad— esclamó ella—esperad!...... sí, lo que acabais de decirme lo recuerdo ahora. Sois, pues, Eduardo Monville; es muy posible, Dios mio, no os habia yo reconocido.

—La culpa no es vuestra, señora; no debo acusar, mas que á los años, porque convengo en que estoy muy cambiado!......

—Todo el mundo os creyó muerto ó prisionero—dijo ella con mas emocion que la que hubiera deseado manifestar.

—Es desagradable, sin duda, para ciertas personas, el que todo el mundo se haya engañado—contestó con tono irónico.—La muerte! no he deseado ni buscado otra cosa, despues de la horrible noticia de vuestro matrimonio; pero la muerte me ha desechado. La prision, algunas veces se vuelve uno loco en ella, me dijeron; hubiera sido un be-

neficio para mí, no pensar en vos, no recordar lo pasado; mas tampoco la prision quiso recibirme. En fin, se firmó la paz general; nos hicieron aceptar un rey, en cambio de tantas y tan hermosas conquistas que se nos debian; y como nada me atraia aquí, porque mi padre habia muerto, sin duda á causa de la pena de mi ausencia, fijé mi residencia en el fondo de la Alemania, en una aldea, donde habia yo estado mucho tiempo enfermo de una herida, desde nuestra retirada. Allí he vivido trabajando, esperando destruir mis recuerdos á fuerza de fatigas; inútiles esfuerzos, el recuerdo me atormentaba siempre. En fin, despues de una lucha sostenida por muchos años, se apoderó de mí hace algunos meses un deseo tan vehemente de volver á ver mi pais, de volver á veros, señora; pero de veros como os veo ahora, sola conmigo, que no pude resistir, cedí y vine."

La señora Dubreuil, despues de haber escuchado la estraña relacion de Eduardo Monville, se dejó vencer como hemos visto, por un sentimiento muy prócsimo á la simpatía, primer movimiento debido á lo que tenia de imprevisto semejante reconocimiento; mas durante la última parte de esta relacion, que apénas escuchó, reflecsionó, y levantándose, dijo con voz tranquila:

—Cuando salí de mi casa, hace una hora, temblaba porque me creia ya culpable, os lo he dicho;

y sin embargo, en mi imaginacion, era á la cita de un estraño, de un desconocido, á la que me dirigia. La amenaza hecha á mi marido, al honor de mi familia, escusaba, si no justificaba completamente á mis ojos, el arrojo de semejante paso: mas vos sois ese estraño; me habeis revelado un secreto, que solo la turbacion en que me hallaba, me impidió adivinar á la primera palabra; debeis comprender que permanecer aquí por mas tiempo seria para mí misma una grave imprudencia, y para el padre de mi hijo, para el hombre que amo, y que me ha dado á guardar su honor, una mancha que, aunque ignorada, me haria bajar los ojos y ruborizarme delante de él; dignaos, pues, olvidar que he venido, como me esforzaré yo en hacerlo. Adios, señor.

Al mismo tiempo dió un paso hácia la puerta del gabinete: Eduardo la contemplaba con la mayor sangre fria; permaneció con los brazos cruzados sobre el pecho; y en seguida, sin dar á conocer su sorpresa, ni intencion de detenerla, sin salir de aquela inmovilidad que le daba la apariencia de una estátua, le dijo solamente.

—No saldréis, señora.

—Seria preciso emplear la violencia para detenerme—contestó ella levantando la cabeza con noble orgullo, y fijando en él una mirada de desafio—seréis vos, caballero, quien empleará semejante recurso contra una muger?

—No, señora, os quedaréis por vuestra propia y libre voluntad. Olvidais que soy dueño de la reputacion y del honor de vuestro esposo? olvidais que si mañana digo una palabra, Cárlos Dubreuil, el hombre estimado, el negociante honrado, será á los ojos de todo el mundo un miserable . . . . . un infame? . . . . Os quedaréis, os digo! . . . .

La jóven cayó sin fuerzas en su sillon.

—Mas—contestó ella con desesperacion, y tratando de luchar todavía contra aquella espantosa amenaza—es una red horrible la que me habeis tendido; me habeis obligado á venir á vuestra casa, para escucharos hablar libremente de un amor que por todas partes os hubiera forzado á callar; y ahora que lo he escuchado todo, ahora que deseo partir, abusais del temor que han podido inspirarme los términos de vuestra carta: me veis débil, espantada, y repetís las mismas palabras para que permanezca yo aquí y os escuche: así para atraerme á este lazo, para satisfacer el odio ciertamente injusto que profesais á mi marido, no habeis retrocedido ante la mentira: la ecsageracion de estas palabras: *crímen é infamia*, que leo en vuestra carta, basta para probarme la falsedad de vuestra acusacion. Descender á la calumnia, imponerme un tormento moral para encadenar mi voluntad, sabeis, señor, que es una accion muy cobarde?

—Ahora mismo juzgaréis mejor—contestó Eduardo de Monville.

—Mentís, sí, mentís!—contestó vivamente la señora Dubreuil, apoderándose de aquella última esperanza, como un naúfrago de la tabla de salud—atreveos á sostener lo que asegurais, lo que habeis escrito!

—Lo sostengo—dijo él con voz débil.

—La prueba, una sola prueba, la que pretendeis tener entre las manos, dónde está? yo la quiero, la ecsijo; cumplo al hacerlo con mi deber!

—Perdonadme; mas en el estado en que estais....

Eduardo no se movió; porque verdaderamente enternecido con la desesperacion de aquella á quien tanto habia amado, parecia temer ir mas léjos.

—Ah! confesais, pues, que mentís!—esclamó ella con la alegría del triunfo.—Oid, señor—prosiguió la señora Dubreuil—nada arriesgo con decirlo aquí; en otro tiempo, y sin conocer ciertamente los sentimientos que pretendeis haber abrigado por mí, en otro tiempo os creia de un corazon noble y generoso, me inspirábais estimacion; mas hoy......

Una amarga sonrisa, un espantoso gesto de desprecio, fueron los que completaron su pensamiento.

El valor del acusador no pudo resistir á aquella última prueba; se levantó impetuosamente, y con una voz que la cólera hacia temblorosa, contestó:

—Vos lo quereis, señora! Llamándoos á mi lado, contaba con una fuerza que el aspecto de vuestro dolor me ha quitado por un instante; mas tratando de humillarme, acabais de volverme toda mi energía. Una prueba habeis dicho? Pues bien, yo os la daré; mas recordad que vos la habeis querido.

Dijo y corrió al escritorio, del que sacó un cofrecito que colocó sobre la chimenea; abrió aquel mueble, é introdujo su mano temblorosa: mas como no encontraba bastante pronto lo que buscaba, arrimó una mesa delante de la señora Dubreuil, y sobre ella vació el cofre, del cual se escaparon una multitud de cartas, y papeles de todas formas y dimensiones, doblados y enrollados con cuidadoso esmero. Comenzó á recorrerlos con rapidez.

En cuanto á la jóven, pálida y temblando ya, se habia estremecido de nuevo, y puéstose mas pálida al escuchar las últimas palabras de Eduardo: éste continuaba sus investigaciones con creciente impaciencia; revolvia, buscaba entre aquella multitud de papeles y de cartas, corriendo de uno á otro, interrogando las menores apariencias, y alejando por el esceso de su precipitacion el objeto cuyo descubrimiento importaba tanto á su honor.

—Ese papel está aquí, sin embargo; está aquí, estoy seguro—repetia á cada nuevo desengaño—os suplico que tengais una poca de paciencia, señora; no puede sustraerse por mucho tiempo á mis pes-

quisas; mas es tan pequeño, que se habrá deslizado quizá an alguno de los demas. Vamos—añadió—así lo haré mas pronto.

Y procedió con órden y método á un nuevo y escrupuloso ecsámen. La señora Dubreuil seguia todos aquellos movimientos con vista inquieta y espantada; cada vez crecia mas la impaciencia de Eduardo; mas bien pronto dió lugar á la indignacion, á la cólera: se contrajeron violentamente todos los músculos de su rostro, tembló todo su cuerpo; y arrugando una carta, de la que acababa de recorrer algunas líneas, no pudo ahogar una esclamacion, ó por mejor decir, un gemido.

—Qué teneis?—preguntó ella con una especie de interes.

—Perdonadme - respondió, recobrándose repentinamente—mas esta carta es de mi hermano, de mi hermano mayor que ya no ecsiste.

—Ah! ya lo considero; el dolor de su pérdida.....

—Sí, señora, sí, el dolor! un dolor agudo que me asalta luego que el recuerdo de mi hermano entra por mi pensamiento; porque ese hermano á quien yo amaba, fué el que me robó el amor de mi madre á fuerza de hipocresía y de mentiras. Era un digno hermano, no es verdad? Mas no es este mi primer afecto vendido. Esperad.

Y como impelido á pesar suyo, por la cruel vo-

luptuosidad, de revivir las heridas de su corazon, prosiguió:

—Sí, esperad; esta otra carta que veis, es de la primer muger que amé: ¡oh! tambien era hermosa; yo la creia pura.... una porcion de flores en un pedestal de lodo! En cuanto à este papél—continuó él—no es nada; nada, mas que la recompensa del primer favor que hice; una denuncia que podia hacer que me cortaran la cabeza. Hace de esto mucho tiempo, era yo muy jóven, y sin embargo, cada una de estas llagas sangra todavía; mirad, señora, todos los papeles, todas las cartas que cubren esta mesa, son otras tantas pruebas de ingratitud, de perfidia, de falsedad, de cobarde egoismo, que han recompensado mi confianza, mi ternura, mi buena fé y mi afecto. Ah! es preciso que lo confeseis, he hecho un aprendizage bien triste de la vida.

—Cómo ha debido sufrir!—pensó la señora Dubreuil, no pudiendo ocultar una viva compasion por aquella alma desgraciada, que descubria así su dolor delante de ella.

—Es un singular y precioso relicario el mio—continuó Eduardo Monville—hay gentes que conservan recuerdos dulces y tiernos, para guardar en su vejez algunos rayos del alegre sol de sus años juveniles; hubiera querido hacer como ellos, mas no pude; entónces me arrojé en el estremo contrario;

conservé con un cuidado religioso, todos los testimonios de las traiciones de que fuí víctima; ciertamente mis archivos son numerosos, porque cada uno ha tenido cuidado de aumentar de tesoro. Pues bien, lo creeríais? ni una sola de las lecciones de la esperiencia, fué una salvaguardia para el porvenir. Siempre confiado, engañado siempre, hé aquí mi vida. Ah! si yo os refiriere todos los hechos que tienen relacion con cada una de estas cartas, con cada una de estas notas, legadas á mi memoria, por la cobardía y la bajeza, desarrollaria una pági- bien triste de la historia de la humanidad; se creeria, y con mucha posibilidad, que mi relacion no era mas que el sueño de una imaginacion enfermisa; se supondria que era delirio, misantropía y ecsageracion; se me acusaria de mentiroso; y por qué los demas no me habian de decir que mentia? Vos me lo habeis dicho, vos misma, señora.

—Señor, por piedad!...... —interrumpió ella, para poner un término á aquella esplosion de cólera que no comprendia, y para recordar á Monville el objeto de sus pesquisas.

—A falta de la felicidad y de la esperanza, que parecian huir delante de mí —añadió sin tener cuenta de la congojosa impaciencia de la señora Dubreuil—me fué forzoso refugiarme en otra parte. He reunido, pues, este tesoro de odio y de desprecio que me hace vivir, y cuando llego á debilitarme,

cuando me siento acometido de una necesidad casi invencible de perdonar á los que han sembrado mi camino de engaños y de imposturas, consulto mi tesoro, y el desprecio y el odio se despiertan en mi corazon.

—Por piedad, señor!—esclamó la jóven—dejadlas todas y concluid conmigo.

Y bajó la cabeza, ahogó un suspiro, y guardó silencio por un momento. En seguida, como arrastrada por un trasporte frenético, continuó aquella ocupacion, tan largo tiempo interrumpida. Repentinamente dijo:

—Ya la tengo por fin!......

La señora Dubreuil se estremeció; aquel fué un momento solemne.

Entónces Eduardo se inclinó hácia bajo, teniendo en la mano una tira de papel, larga y angosta, que desdobló con cuidado, mostrándole dos ó tres líneas trazadas á lo largo, con una firma al pié:

—Qué nombre veis ahí, señora?

—El vuestro—respondió ella, mas muerta que viva—el vuestro: EDUARDO MONVILLE.

—Y aquí, señora? —y le presentó la tira de papel por el reverso.

Allí tambien se encontraban algunas líneas horizontales, y seguidas como las primeras, de una firma.

—CÁRLOS DUBREUIL, el nombre de mi marido.

—A la primer mirada, nadie dudaria ciertamente, que todos estos caractéres han sido trazados por dos manos diferentes; qué os parece?

—Sí—dijo ella con voz singularmente conmovida—hay dos letras diferentes, y la prueba de ello es que hay dos firmas.

Eduardo se sonrió; levantó los hombros en señal de lástima; en seguida añadió con voz terrible:

—Pues bien! lo que veis, señora, es una firma falsa; y el falsario es Cárlos Dubreuil, vuestro marido.

—Falsario!—repitió ella—falsario él!......

Y le faltó la voz; muda, con la vista estraviada, como asaltada de un vértigo, se lanzó por un esfuerzo convulsivo, tomó la letra de cambio, la ecsaminó en todos sentidos, pareció comparar las dos letras, y no recobró la voz mas que para pronunciar esta palabra:

—Imposible!

—A primera vista, sin duda—contestó el implacable acusador—podria creerse, con una poca de benevolencia, que hay dos letras, puesto que así como vos misma lo habeis observado, hay dos nombres; pero una mirada conocedora no podria engañarse tan miserablemente; notaria inmediatamente entre os caracteres notables diferencias; todo el mundo os

lo dirá: esta es obra de un inesperto. Cuando se trata de falsificar, se debe tener la mano mas segura; vedlo vos misma.

Y de nuevo le alargó el papel, que habia quitado suavemente de sus manos. Ella cerró los ojos y volteó la cabeza.

—Cómo se halla este papel en mi poder?—continuó él—voy á decíroslo, señora; ademas, la esplicacion no será larga ni difícil.

Antes de comenzar, tuvo necesidad de colocarse de manera que no tuviese ante su vista aquel rostro desconsolado, como si hubiese temido encontrarse frente á frente con un remordimiento.

—«Hace mucho tiempo—dijo él—y lo prueba la fecha del billete. Creo que os he dicho que habíamos sido compañeros de infancia, Cárlos Dubreuil y yo; separado por mi madre de la casa paterna, me habian colocado en un colegio en Lisieux, ciudad natal de vuestro marido; estábamos ligados con esa fraternidad franca y buena de la primera edad, que es preciso, tarde ó temprano, olvidar en el gran mundo. Despues de algunos años de separacion, nos encontramos ya jóvenes en Paris, y nuestra antigua union volvió á ser lo que habia sido en otro tiempo: una perfecta intimidad, y esto á pesar, ó ta vez en razon de la diferencia de nuestros gustos y caracteres.

«Cárlos era áspero, colérico y violento; pero su

aspereza y violencia se semejaban á la franqueza, y marcaban un buen natural, descompuesto solamente por una mala educacion. Frecuentaba cierta sociedad, que no calificaré, y de la que me esforzaba en separarlo; me causaba ciertamente mucha pena el ver mis consejos tan mal recibidos, pero me decia yo: tarde ó temprano concluirá por espantarse de los peligros que le señalo, y volverá á una conducta mas regular. Por otra parte parecia amarme, y la amistad es cosa tan preciosa, sobre todo para mí, que habia encontrado, como os lo he dicho, señora, un enemigo en mi hermano, que no hubiera renunciado por nada á la de Dubreuil. Y ademas, era yo verdaderamente mas prudente que él? se entregaba á los placeres con furor; yo me habia engolfado en especulaciones industriales; él hacia gastos descabellados, que al menos le producian la felicidad y la alegría; yo arriesgaba, en combinaciones atrevidas, sumas bastante considerables, que no me producian frecuentemente mas que esa febril y continua agitacion, consecuencia inevitable de mis combates con la fortuna; agitacion de que tenia yo necesidad, sin embargo; porque escepto Cárlos, nada tenia yo en mi vida desencantada.

«Conocia yo en Paris á un banquero, amigo de mi familia, á quien mi padre me habia recomendado tanco, que proveia generosamente á todos los gastos á que mis especulaciones me arrastraban; mis pedidos de dinero, por multiplicados que fuesen,

ó bajo cualquier forma que le llegasen, eran siempre bien recibidos. Yo veia poco, sin embargo, á aquel amigo, y nunca me habia visitado; así quedé muy admirado, cuando una mañana lo ví entrar en mi casa: me llevó esta letra de cambio, señora, que habia sido presentada y pagada en su casa la víspera, sin haberla ecsaminado.

«No me costó trabajo comprender que el desgraciado Dubreuil, en alguna imperiosa necesidad de dinero, habiendo tal vez contraido en el juego una de esas deudas que se llaman de honor, y viéndose sin recursos, habia perdido la cabeza hasta el punto de recurrir á aquel vergonzoso espediente, contando por una parte con la facilidad del banquero para lograr su objeto, y por la otra, con mi propia indiferencia, para no tener sino mas tarde una revelacion fatal. Pero si la inteligencia de los motivos de la falta cometida, como veis, con una esperanza engañadora de seguridad, si esa inteligencia me llegó al instante clara y completa, fué al mismo tiempo para mí un golpe demasiado fuerte, os lo aseguro; no debe la amistad ante todo descansar en la estimacion? Con un desagrado doloroso, veia yo á Cárlos Dubreuil, caer tan bajo de la mia.

«Sin embargo, el banquero hablaba nada menos que de entregar al culpable en manos de la justicia; le rogué, le supliqué, y puse en obra toda mi elocuencia para que consintiese en no perder á un

hombre por una accion que despues de todo, podia ser solamente lo que se llama un error de la juventud, el desgraciado resultado de una hora de estravío, un mal cálculo de la imaginacion; pero que no habia sido dictado por corrupcion del corazon.

„El banquero tenia una alma buena y cedió.

„Cubierto por mí, que felizmente habia recibido algunos dias antes una suma bastante considerable de mi padre, el señor Bruneau, repito, fué conforme á lo convenido conmigo, á buscar á Dubreuil, y le representó de una manera muy paternal, las fatales consecuencias que hubiera podido producir su conducta con cualquier otro acreedor, y concluyó por decirle, que el negocio podia arreglarse entre ambos. El señor Bruneau se comprometió á conceder al falsario todo el tiempo que necesitase para pagar. En fin, dejó à Cárlos, conmovido de arrepentimiento y de gratitud, mas quiso conservar segun dijo, la letra de cambio, que debia servirle de garantía.

„Al decir esto mentia el buen hombre, porque la letra habia quedado en mi poder.

„Cuando pasados algunos meses, Dubreuil se presentó para pagar su deuda, el banquero habia muerto; pero su hijo que era su sucesor, no quiso recibir el dinero del deudor, afirmando que no habia jamas estado en posesion del efecto de que se rataba, y que sin duda habia sido quemado por

mala inteligencia con otros muchos papeles dos dias antes de la muerte de su padre.

«Lleno ya de desconfianza, y como si hubiera yo adivinado que el cielo me reservaba muchas pruebas de aquel género, guardé este testimonio de mi segundo afecto mal recompensado: un hermano y un amigo: comenzaba felizmente la vida: qué decís? no es verdad?

«Por su parte, tranquilizado y bendiciendo al hombre que tan generosamente se habia constituido su salvador, Cárlos no concibió la menor sospecha, porque no queriendo que tuviese que avergonzarse en mi presencia, no cambié en nada mis maneras para con él; en fin, pasados algunos años, llegué á olvidarlo todo; le volví mi amistad á que no habia faltado mas que una sola vez. Sí, señora, yo lo habia perdonado, y despues para recordarme su crímen, fué preciso que una nueva traicion, mil veces mas criminal que la primera, se encargase de volverme la memoria. Por qué lo quiso? qué venganza tenia que satisfacer contra mí?"

La rapidez de aquella esplicacion, dada sin interrupcion por Eduardo Monville, no le habia permitido, ni ver el desaliento profundo de la señora Dubreuil, cuando llegó á la terrible acusacion, ni sorprender al pronunciar sus últimas palabras, una espresion de esperanza, que apareció en las trastornadas facciones de aquella muger desgraciada:

—Ha perdonado una vez—pensó ella—bien puede perdonar todavía.

Se volvió hácia Eduardo, y con dulzura, súplica y resignacion, le dijo:

—Os creo ahora, señor; es preciso que os crea. Ya no dudo, porque es imposible, que todo esto haya sido inventado. Ignoro solamente con qué objeto habeis hecho lucir esa luz espantosa; mas no abuseis de una arma que me matará, si teneis la crueldad de serviros de ella para herir de muerte la reputacion de hombre honrado, que el señor Dubreuil ha merecido despues.

Eduardo no respondió; continuó ella:

—La palabra *perdon* ha salido ya de vuestra boca, la pronunciaréis todavía; el odio que sobrevive á los años no es un sentimiento humano; y vos que hablábais de un error del momento, de una falta juvenil, no perderéis al que fué vuestro amigo. No, no lo haréis.

Monville se sonrió desdeñosamente, y dejó caer, como una sentencia irrevocable, estas tres palabras:

—Yo lo haré.

—Ah! qué espantoso deseo os posee, caballero, para que vengais á decirme: Perderé á vuestro marido, á mí que soy su muger? Pero ya lo veo, su nombre solo os irrita; mirad, no hablaré ya mas de

él, defenderé solamente mi causa, la causa de mi hija sobre todo, de mi hija, de un ángel sobre cuya frente, estamparíais con frialdad una señal de infamia. Decid, los inocentes pagaràn por el culpable? y yo confieso que lo es, puesto que es preciso que me resigne á creer que lo fué. En cuanto á mí—prosiguió ella, despues de un nuevo silencio—soy inocente, vos lo sabeis: no es un crímen el ignorar el amor que se inspira, y no podeis castigarme, por haber olvidado un sentimiento que yo no sospechaba; sin embargo, ved cuàl es nuestra desgracia, puesto que vuestra cólera no puede alcanzar al padre y al esposo, sin destruir al mismo tiempo á la esposa y á la hija.

—Ya lo sé—interrumpió con viveza Eduardo—sé tambien que mi crímen seria mayor que el suyo, si abusase de esa letra para confundir en el mismo deshonor al falsario y á la muger que he amado, y al niño que ningun mal me ha hecho; está seria la accion de un cobarde, de un miserable.

—Ah!—esclamó Albertina—el señor Dubreuil está salvado!

—No, señora—contestó Eduardo—porque yo seré ese miserable, yo cometeré esa cobardía. Os causo horror; mas pensad qué consideraciones puedo tener á ese Cárlos Dubreuil, cuando me ha traicionado à mi amistad, y ofendido mortalmente el amor que yo os tenia; cualquiera súplica, para sus-

traerlo á la venganza, que tengo suspensa sobre su cabeza, será inútil; lo he jurado; solo vos teneis derecho para poder conjurar la tempestad. Pero para que yo olvide mi odio, es preciso que consintais en pagar mi silencio.

—No me atrevo á comprenderos—dijo ella con una calma, desmentida por los latidos de su corazon.

—No os alarmeis, señora: la espresion ha traicionado mi pensamiento: lo que yo pido es solamente veros, vuestra presencia aquí: en mi casa.

—Es una locura—contestó la jóven indignada y admirablemente hermosa con el rubor que cubria su rostro....— Jamas consentiré; y aun cuando pudiese no lo haria.

—Yo lo quiero!—contestó él.

—Vos lo quereis, señor? Ah! hé ahí una violencia que revela una noble delicadeza á la verdad. Quereis por la fuerza dominar mis sentimientos? Porque tal vez no lo sabeis: amo á mi marido, no solo por deber, lo amo por inclinacion, con amor, en fin; y podeis creerme, porque no sé mentir.

—Y merece bien ese amor—contestó Eduardo Monville con tono amargo—porque—añadió él, siguiendo con los ojos el objeto que producian sus palabras—el Cárlos Dubreuil de hoy, vale mas sin duda que el de otra época; el jóven de los ímpetus

furibundos, de modales groseros, producto del trato de las malas compañías, ese jóven ha cedido la plaza, me complazco en suponerlo al menos, al marido mas tierno, al mas amable; al hombre de mundo, lleno de esquisita distincion y amenidad, miéntras que yo...... cuando reflecsiono en la obra del tiempo, y mido la distancia que nos separa, veo que los dos hemos cambiado; pero él solo es quien ha ganado en la metamórfosis.

La señora Dubreuil bajó los ojos, y dejó sin contestacion aquellas insinuaciones directas, demasiado personales para que no hubiese igual peligro en rechazarlas que en admitirlas.

—Y bien!—dijo Eduardo—qué habeis decidido? es preciso que esta letra quede en mi poder, ó quereis rescatar al precio que he puesto, la firma del falsario?

—Nada tengo que responderos, señor, puesto que no haceis ningun caso de los sufrimientos que me ha sido necesario vencer, y de los que me esperan todavía.... puesto que en fin, os obstinais en no ver mis lágrimas.

—Soy muy egoista—esclamó él—sí, demasiado egoista; porque enternecido con vuestras súplicas y vuestras lágrimas, quiero resistir sin embargo. Mas reflecsionad que despues de tantas ilusiones perdidas, y de la felicidad esperada en vano, cuando he

podido todavía decir: no está perdida del todo la felicidad para mí, puesto que me queda el poder de obligarla á venir á mi casa, aunque no sea mas que por una hora.... Pensad que la idea de saber si estais aquí, que puedo escucharos y poseer vuestra presencia léjos del mundo y del ruido, como un tesoro mio únicamente, me haria capaz de una mentira. Así, pues, decid si no debo aprovechar una verdad que es tan favorable para mí? Oid, Albertina, dejad que os dé este nombre de vuestros juveniles años, dejadme perder el recuerdo de lo que sois, para acordarme solamente que habeis sido para mí Albertina de Gerlis. Lo que yo quiero es no ver en vos mas que á ella; lo que deseo es refugiarme en lo pasado, para gozar de vida algunos instantes rápidos y fugitivos, robados á la larga vida de solo vos, que tal vez me está destinada todavía. Vos lo veis ahora, no soy ya el hombre duro é implacable que se ha mostrado hace poco á vuestra vista; ya no amenazo; suplico; ya no ecsijo, imploro. Albertina, os he amado, y vos sola no me habeis engañado, vos sola no me habeis vendido; Albertina, os amo todavía.... Oh! escuchadme: os amo —prosiguió él con un inefable acento de ternura— pero como en otro tiempo, con respeto, con temor, y ahora, lo mismo que en otra época, en medio de aquellas reuniones, donde os contemplaba de léjos, vos seréis para mí inviolable y sagrada; lo juro delante de Dios que me escucha; sí, feliz solamente con veros, con saber

que estais aquí, en mi poder, os bendeciré por haber venido, confiando en mi lealtad; permaneceré á cierta distancia, y nunca mi boca proferirá una palabra que pueda haceros arrepentir de esta confianza, ó que pueda haceros dudar de mi lealtad. Dejad, pues, que os diga todavía una vez que os amo, Albertina; esta ocasion será la última. Dejadme decíroslo—añadió él juntando las manos—por todo el tiempo en que he dejado de decíroslo, y por el tiempo tambien en que no os lo podré decir.

A su turno esperó una respuesta de Albertina; pero ésta estaba muy conmovida para responderle. Eduardo dobló una rodilla, y con el acento de la súplica y adoracion, prosiguió:

—Y ahora, por piedad, no me forceis á ejecutar una amenaza de odio y de venganza, cuando con una palabra, con una seña podeis salvarnos á todos.

Las fuerzas y el ánimo de la pobre muger se habian agotado: aquella amenaza contra su marido, repetida sin duda á propósito, le causó tal espanto, y vió al mismo tiempo á Eduardo de Monville tan desgraciado, tan desolada, que fatigada por la lucha, sea por temor ó por compasion, y viéndose sobre todo en la imposibilidad de evitar una espantosa catástrofe, se resignó y respondió, no sin vacilar:

—Pues bien, confio en vuestro honor, caballero.

—Consentís?

—Os he dicho que confio en vuestra palabra, y tambien—añadió ella—en la proteccion de Dios, que apartará tal vez la desgracia, que vos llamais tan implacablemente sobre mí.... Que sea, pues, para vos un remordimiento eterno esa desgracia, si llega á sobrevenir......

—No sucederá; porque con prudéncia, y yo la tendré, vuestras visitas quedarán secretas: así, pues, vendréis. Y cuándo?

—Ordenad, señor; no sois vos el que me manda? Y reprimió un movimiento penoso.

—Una hora todos los dias—dijo él en voz baja.

—Quisiera mejor morir!—esclamó ella.

—Una hora cada semana?......

—Eso es desear que no venga por mucho tiempo.

—Pues bien, una hora cada mes: esto es poco. No, es mucho, porque esa hora me dará la felicidad, por todos los dias que se hayan pasado sin veros, y la esperanza, por los dias que sigan hasta vuestra prócsima visita.... una hora cada mes, será festejada en mi soledad.... y en mi corazon—añadió en su interior.

La señora Dubreuil consintió.

Cuando despues de aquella larga y penosa entrevista, salió medio loca de aquella casa, donde acababa de concluirse tan estraño pacto, ni una luz brillaba en las ventanas de las casas de la ciudad.

Eduardo, que le habia dirigido en el umbral de la puerta un adios, casi tímido, seguido de estas palabras: —Hasta de aquí á un mes! Eduardo entró precipitadamente á su casa, tomó su sombrero, y lanzándose á la calle, se dirigió por el lado del baluarte Cauchoise, siguiendo á alguna distancia los pasos de la señora Dubreuil, cubriéndola con su proteccion invisible, pronto á arriesgar su vida por salvarla del peligro. Se detenia por temor de espantarla, cuando sus pasos fatigados lo acercaban imprudentemente á Albertina; velaba, en una palabra, sobre aquella muger, como si hubiese sido su madre ó su hermana; en fin, Eduardo no volvió á tomar el camino de su alojamiento, sino cuando desde la entrada de la plaza de San Nicolás se aseguró de que la puerta de la habitacion de la señora Dubreuil se habia cerrado tras ella.

III.

SUCESO PREVISTO.

Seis meses habian pasado, y seis veces Eduardo Monville habia recibido la visita, de la que no quería nombrar mas que Albertina de Gerlis.

Habia cumplido todas sus promesas de respetuosa adoracion.

Cuando llegaba, las mismas precauciones que el primer dia, la misma frialdad en las palabras; señalaba con la mano la manecilla del relox, y los minutos volaban.

El era, como debe suponerse, quien sostenia la conversacion, ó lo mas frecuentemente guardaba silencio, contemplándola con amor, y demasiado feliz con aquella contemplacion, para turbar con un vano ruido de palabras, las deliciosas emociones que agitaban su corazon.

Mas si la jóven, manifestando su sumision y su esactitud, osaba reclamar á título de recompensa la fatal letra de cambio:

—Oh! no—decia él—no quiero deshacerme todavía de mi única garantía de felicidad; mas tarde, Albertina, mas tarde: yo os la volveré; pero por favor, no lo ecsijais hoy.

Y cuando daba la hora y se retiraba Albertina, se decia como el primer dia:

—Dentro de un mes os espero.

Entónces, como el primer dia tambien la seguia, á fin de protejer su vuelta á la plaza de San Nicolás.

Durante aquellos seis meses ni una palabra de su marido, ni el menor indicio vino à revelar à la tímida Albertina que el misterio de sus escursiones, en un barrio de la ciudad fuese descubierto; ella daba gracias á Dios, pero Dios la abandonó al fin.

Era la noche de su séptima visita. El señor Dubreuil debia asistir á una comida de hombres, reunion compuesta de negociantes, compañeros suyos, y habia anunciado que no volveria sino á una hora muy avanzada de la noche. Creyendo todavía seguro su secreto, Albertina se dirigió à las nueve á la casa de Eduardo Monville: mas los negocios que debian tratarse en la comida, concluyeron mas temprano de lo que Dubreuil se habia imaginado, y volvió una hora despues de la salida de su muger.

—Dónde está la señora?—preguntó.

—En el baile de la señora de Courseul—contestó la criada interrogoda.

—Es singular—dijo él para sí—me habia dicho, sin embargo, que no iria á esa fiesta.

Y se marchó.

Dos horas despues estaba de vuelta. Ayudada por su criada, Albertina se desembarazaba de sus graciosos vestidos, que no le habian servido mas que para aparecer un instante en el baile.

El marido comenzó á recorrer el cuarto, acometido de una agitacion que apénas podia contener.

—No has estado mucho tiempo en casa de la señora de Courseul—dijo él, continuando su camino á grandes pasos, hasta que la criada se retiró.

—No, el ruido y el calor me incomodaban, y dejé el baile muy temprano.

—Pero á lo menos bailarias?—preguntó Dubreuil.

—Dos ó tres contradanzas á lo mas—contestó negligentemente Albertina.

—Creo que una de ellas con el señor Moriset?—añadió el negociante.

—Sí—respondió ella, tratando con un sentimiento penoso de comprender à dónde iba à parar su marido.

—La señora Danizier ha debido hablarte largamente, del nuevo favor concedido á su hermano?

—Es verdad; yo estaba á su lado...... Pero amigo mio, quién te ha instruido tan bien? Se diria......

Y todos sus miembros temblaron.

—Quién me ha instruido tan bien!—interrumpió con cólera.—Lo estoy bastante al menos, señora, para deciros que cada una de nuestras palabras es una atroz mentira! He estado en ese baile, y sé que no se os ha visto en él.

Anonadada, como herida por un rayo la desgraciada Albertina, permaneció muda.

Dubreuil, en una ecsasperacion difícil de pintar, tomó su brazo, y pálido de cólera, añadió:

—Dónde habeis pasado estas tres horas, señora? Responded! Responderéis?...... Mas no, no digais nada—prosiguió,—no digais nada...... porque volveríais á mentir.

—Cárlos, me juzgais mal. Ah! sí, demasiado mal —balbuceó la jóven llorando.

—Quereis que os diga dónde estábais?—continuó su marido, con una voz que el furor enronquecia.—Me engañais, y olvidais vuestros deberes de muger y de madre. Estábais en la casa de un amante!

Con un noble movimiento de cabeza, Albertina rechazó la acusacion.

—Sí, un amante!—repitió él, oprimiéndole el brazo con mayor violencia.

Ella no contestó mas que con un ademan de disgusto, y con una mirada de indignacion.

El añadió:

—Yo no me hago ya ilusiones; llamo las cosas por su verdadero nombre; no estoy como vos, acostumbrado á disfrazar las infámias bajo las gracias del lenguaje: Esto consiste en que yo no soy del gran mundo como vos, señora, que os educàsteis en Paris; con vuestras elegantes maneras, con vuestro trato brillante, que no os ha enseñado mas que à burlaros de mí y á engañarme. Sabeis que al casarme con vos, hice un contrato muy necio!

—Cárlos, Cárlos!—contestó Albertina, dejando escapar entónces un grito de dolor, que le arrancaba el tormento mas insoportable—Cárlos, olvidais que es á vuestra compañera de diez años, á la madre de vuestra hija, á quien hablais así?....

—A la querida de no sé qué bribon, es á quien refiero sus acciones—continuó él.—Sí, lo veo bien ahora, hemos nacido el uno para el otro.... y sabeis por què, señora?

—Ya sé..... ya sé—murmuró Albertina—que sois injusto y cruel, y que me es preciso contener mis gritos, ahogar mis lágrimas, porque si nos viesen así, siendo yo la víctima, y vos el verdugo, os despreciarian, Càrlos.... como lo mereceis.

—Yo—dijo él—yo, despreciado; no sabeis, pues, que yo soy un honrado, y que vos..... —añadió

apretando su brazo hasta lastimarlo—vos sois una muger deshonrada.

Albertina quisó responder.

—Os digo que sois una vil! - esclamó él.

Y empujándola con violencia la hizo caer sobre la cortante corniza de mármol de la chimenea.

—Ah!—dijo la pobre muger en lo mas doloroso de la angustia—si debo morir, que Dios lo perdone, porque este hombre está borracho, y no sabe lo que hace.

—Borracho! borracho!—esclamó Dubreuil aprocsimándose á su muger como un furioso. Y alzó la mano para pegarle; pero Albertina, pálida y sufriendo horriblemente, le opuso un rostro tan sereno, un dolor en que se manifestaba tanta dignidad, que la brutalidad pareció ceder á la magestad de la mirada que durante algunos minutos tuvo fija en él.

—Señor—dijo ella en fin—debeis comprender que ahora no teneis ya el derecho de interrogarme, y que seria por mi parte una bajeza, el tratar de justificarme ante vos.

—Sin embargo—respondió él titubeando—yo soy vuestro marido......

—Vos no sois nada para mí; no os reconozco ya por mi juez, porque no siento la necesidad de obtener vuestra estimacion.

Así, pues, su orgullo ofendido, y mas todavía e temor de comprometer la vida de dos hombres, porque señalar Eduardo á Dubreuil, no era ponerlos á los dos con la espada en la mano? El temor, decimos, de esponer la vida de uno y otro, tal vez, sin salvar con esto el honor del culpable, contuvo en el fondo del corazon de Albertina, la confesion del motivo de su ausencia.

Los dos esposos se separaron aquella noche, sin decirse hasta mañana, y al dia siguiente, cuando se encontraron, sintieron cada uno por su parte, que su felicidad se habia desvanecido.

IV.

LA SEGUNDA PARTE DE AMOR.

Durante los siete años que siguieron á aquella terrible escena doméstica, la cual habia justificado la ironía de los elogios, tributados por Eduardo Monville al carácter violento, á la brutalidad natural de Cárlos Dubreuil, durante aquellos siete años, nada cambió en el interior de la habitacion de los esposos de la plaza de San Nicolás; nadie en el esterior conoció su rompimiento, y el mundo pudo creerlos tan felices; tan unidos, como en los primeros tiempos de su matrimonio. En aquella apariencia de buena armonía, y en aquel divorcio tácito, doble situacion igualmente fértil en penosos tormentos, en atenciones forzadas, en miserias de todos los dias y de todas las horas, habian conclui-

do por emplear ambos, y sin convenio espreso, la misma atencion escrupulosa, la misma esactitud de cuidados y de esfuerzos, como hubieran podido hacerlo dos partes de buena fé, despues de concluido un convenio.

Mas á los principios aquellos esfuerzos y aquella atencion, se descubrieron muchas veces, en Dubreuil, por la torpeza y la afectacion, ó bien por una desgraciada imprudencia, y por los conatos de una violencia, contenida con trabajo. Concluyó, sin embargo, por acostumbrarse poco á poco á la contínua molestia, que debia ser la consecuencia prevista de su nueva posicion. La muger por el contrario, desde el principio, aceptó su infortunio inmerecido, con una dulzura, y una angelical paciencia, que no se desmintieron jamas.

Sin embargo, la esperanza de que su marido destruiria á fuerza de arrepentimiento, una acusacion injuriosa y tan brutalmente formulada, esta esperanza, que desde la mañana que siguió á la violenta querella, habia lucido á sus ojos, Albertina no la perdió sino con el tiempo.

Si Dubreuil no la interrogó de nuevo para tratar de aclarar sus sospechas, y si las conservó, fué porque lo dominaba ese orgullo indomable de las gentes sin talento y sin virtud, orgullo que una vez humillado por una superioridad interiormente reconocida, rehusa retroceder, porque semejante retroceso

seria la confesion de su inferioridad. Albertina por su parte, indignada del desprecio de su esposo, se encerró en un silencio completo, obedeciendo en esto, lo hemos dicho ya, tanto al sentimiento de su dignidad ofendida, como al temor de una esplicacion cuyo peligro conocia. La ternura que habia sentido hasta entónces por el padre de su hija, debió alterarse fuertemente con el ultraje hecho á su doble título de esposa y madre, y así si ella se resignó á sufrir en silencio, fué solo para impedir aquel combate cuyo resultado la hacia estremecer, y para no degradar á sus propios ojos al hombre injusto y culpable, que la habia condenado sin vida. Y por otra parte cuàl es la muger, que pudiera tener el valor, aun cuando fuera para justificarse, de decir al hombre á quien ha amado:

—Avergüénzate delante de mí, porque sé que eres un falsario!

En cuanto á Eduardo Monville, resolvió ella al instante no volver á verlo, bien decidida como lo estaba, á no hacer nunca nada que pudiese prolongar las sospechas de su marido.

Sin embargo, pasaban los dias, y el que ella misma habia fijado para su visita á Eduardo Monville, estaba prócsimo: era preciso, pues, apresurarse á conjurar la tempestad. Mas á qué espediente recurrir? Escribir! mas á quién confiar una carta? y si

la sorprendian? ademas, si el depositario del fatal secreto no queria contentarse con su escusa y acceder á su súplica? La pura é inocente Albertina, torpe en la astucia, é ignorando esos mil manejos de las mugeres que saben engañar, perdia la cabeza y no se determinaba por ningun partido.

Era todavía presa de la irresolucion del primer instante; un solo dia la separaba de aquella noche, y la mañana siguiente podia causar una espantosa desgracia, cuando en la iglesia donde ella oraba fervorosa y llorando, depositando el desconsuelo de su alma en el seno de Dios, vió á un hombre que se precipitó repentinamente en el suelo delante de ella; mas levantándose inmediatamente, aquel hombre le dijo en voz baja, presentándole un papel cuidadosamente doblado:

—Tomad, señora, esto que acaba de caer de vuestro libro de horas.

Sorprendida al principio, y aun espantada con el movimiento del estrangero, movimiento tan rápido, que ni uno de los fieles arrodillados á su lado lo observó, se volvió hácia aquel hombre: era él! era Eduardo!

Albertina vaciló antes de tomar aquel papel; mas como ella debia temer tambien que la insistencia de Monville para hacerla que aceptase no fuese notada, se resignó y tomó el papel al descuido.

El billete que recorrió furtivamente, al abrigo de su velo nó contenia mas que algunas líneas:

—«No podeis venir, ya lo sé—le escribia Eduardo—permaneced sin temor en vuestra casa: hay imposibilidades que yo respeto.

«No os vuelvo, sin embargo, vuestra palabra; y si no os espero el dia fijado, al menos cuento con otro tiempo mejor.

«Reflecsionad que cuando voluntariamente me priveis de vuestra presencia, yo lo sabré; y entónces, pero solo en ese caso, me creeré con derecho de usar, siguiendo la inspiracion de mi desesperacion, de la prenda que tengo en mi poder.»

Temblando, creyendo apénas lo que acababa de leer, quiso interrogar á su salvador, ó darle gracias con una mirada llena de reconocimiento; Eduardo Monville habia desaparecido.

Libre ahora de su mas punzante temor, bendijo á Eduardo en su corazon, como se bendice á un protector invisible, y no trató mucho tiempo en adivinar cómo habia descubierto aquella querella interior, tan oculta á la vista del mundo.

A riesgo de atraer sobre nosotros la severidad de la crítica, cuando conducimos así la historia á brincos y sobresaltos, debemos decir aquí que en otro tiempo, cuando abusando de la confianza de un amigo, Cárlos Dubreuil se casó con Albertina de Ger-

lis, no fué solamente por el deseo de hacer un rico matrimonio por lo que cedió: amaba á Albertina con idolatría; aquel amor habia triunfado de la prueba del tiempo, y diez años despues de la union de los dos esposos, duraba todavía en el marido el sentimiento profundo y vivo del primer dia.

Por atrevida que parezca esta proposicion, no vacilarémos en asentar que en la misma violencia de su amor, tanto como en la impetuosidad natural de su carácter, es preciso buscar la esplicacion de la implacable dureza de Dubreuil, cuando se creyó engañado. La certidumbre de su desgracia, tan ofensivamente formulada desde el principio, permaneció en estado de duda, cuando apagada su rabiosa cólera le permitió calmarse, escuchó y espió, apoderándose del mas leve indicio, que parecia deber conducirlo á una revelacion completa; forzado despues á abandonar aquel camino, se arrojaba en otro, y llegaba á desear que su muger resultase tan inocente como pretendia ser; pero no encontrando nada, ó por mejor decir, no encontrando mas que la oscuridad del vacío, en el mismo lugar donde buscaba pruebas luminosas, dejó que una fatal conviccion echase raices en su espíritu.

—Estas mugeres cuya educacion es tan minuciosa—decia él—estas damas con un lenguaje tan elegante, dispuestas desde tan temprano à las intrigas del gran mundo, tienen misterios que se nos esca-

pan á nosotros, gentes simples, que seguimos certamente nuestro camino.

Razonamiento absurdo y cruel, que no podia nacer mas que de una naturaleza pervertida, ó de una mala educacion; y ésta en aquel hombre habia sido tan mál dirigida! ademas, el trato de un mundo licencioso y grosero habia hecho lo demas. Despues de todo, cuando reflecsionaba á sangre fria, Dubreuil no se hacia ilusiones sobre su mérito; y la prueba de ello es que con la ambicion ó deseo de obtener la mano de la hermosa y distinguida Albertina, habia tenido bastante penetracion ó desconfianza de sí mismo, para comprender que si no cambiaba por algun tiempo al menos con un tono mejor, su lenguaje brusco y sus modales de taberna, no llegaria jamas al objeto que se habia propuesto alcanzar. Ayudándolo el amor, lo hizo aparecer tal como no era, y fué acogido favorablamente por la familia de Albertina; mas ya casado, se desembarazó poco à poco de aquel estorboso disfraz de buenas maneras y de hermoso lenguaje; léjos de contraer bajo la influencia de una graciosa y encantadora jóven, la fuerza de crearse una segunda naturaleza, el hombre antiguo resucitó con toda su fogosidad primitiva, aumentada por los hàbitos de mando, singularmente cercanos al despotismo. El lector no lo habrà olvidado, Dubreuil era negociante; y seguramente no es con espresiones escogidas

y con una fina política, como el gefe de una casa considerable puede conducir la tropa indisciplinada de escribientes, de trabajadores y de mozos de almacen. Para no conservar alguna cosa de la rudeza debida à aquel contacto, le hubiera sido preciso poseer, ó una rara distincion natural, ó un grande imperio sobre sí mismo, y ningun hombre estuvo distante de aquellas dos cualidades, que el que pretendemos pintar:

Llevando à todas sus empresas una voluntad de hierro, no desviàndose nunca del camino en que habia dado el primer paso, Càrlos Dubreuil se acostumbró insensiblemente à tratar los negocios de su matrimonio como los de su comercio: el negociante habia borrado al marido.

Por mucho tiempo su amor à su muger sirvió de correctivo à aquella atrabiliaria irrupcion; por mucho tiempo un afecto recíproco destruyó la distancia intelectual que separaba à los dos esposos; mas demolido aquel afecto, ofreció à sus ojos un abismo que los separaba. Así, pues, quedó vacío el corazon del marido al desaparecer aquella ternura conyugal, que tantos años lo habiá colmado de felicidad. Un horrible malestar se apoderó de él, y lo siguió en todos sus trabajos y en sus mas complicadas operaciones; Càrlos Dubreuil era verdaderamente desgraciado.

Como no tenia mas que otro ser à quien amar, que pudiera llenar aquel vacío y endulzar su dolor, fijó en su hija, en Natalia, toda aquella suma de ternura que habia hasta entónces dividido entre su muger y su hija. Antes de aquel secreto rompimiento, podia decirse que Dubreuil era à la vez verdaderamente esposo y padre de corazon; desde aquel dia no fué mas que padre.

Nueve años tenia Natalia en la época en que cesó de reinar la buena inteligencia entre los dos esposos: niña querida, mimada, viviendo llena de caricias, cumpliendo sus caprichos y en la mayor felicidad; era, en fin, uno de esos niños graciosos y rosados, cuyas redondas mejillas participan de la carne y de la fruta, tanto que estaria uno tentado à comérselos à besos, si no se temiese causarles mal; angelito de mirar obstinado, de modales graciosos, de lenguaje dulce y tímido; risueña, loca ordinariamente, y no apeteciendo mas que lo que se contrariaba à su fantasía encantadora y adorable, en una palabra.

El primer cuidado de Dubreuil, despues de su violento rompimiento con Albertina, fué sacar á Natalia de una pension, donde estaba hacia ya algunos meses; quiso educarla á su vista, tenerla á su lado sin cesar, abrazarla á cada instante, vivir por ella y para ella; le dió maestros, nada le faltó. Ve-

nian estos, y el padre para asistir á las lecciones de Natalia, para no separarse de ella, abandonaba sus negocios; trabajaba por las noches, á fin de que sus dias pertenecciesen enteramente á su hija. Estudios sérios, artes de adorno, todo se le enseñaba porque queria que la educacion de su Natalia, fuese completa; mas si los profesores reprendian en voz alta á la niña por aturdida ó perezosa, el padre reprendia á los profesores. La mas ligera indisposicion de su hija lo hacia temblar, porque entónces decia: si yo llegase á perderla! y su espanto era tan grande al pronunciar estas palabras, que la creia ya perdida. Entónces se interrumpian los trabajos; el padre cuidaba á su hija, y no vivia ya; y cuando el mal cedia á tantos cuidados, era un dia de fiesta. En seguida era preciso ver, à Cárlos Dubreuil, cuán feliz y orgulloso estaba con los menores progresos de su niña: la mostraba á todo el mundo con orgullo, y hacia que le tributasen todos sus elogios; un amigo que hubiera pasado sin dirigir á Natalia un cumplimiento que la halagase, se hubiera hecho al instante su enemigo.

Un dia en la plaza de Nuestra Señora, un saboyardito gritó al ver á Natalia:

—Ah! qué hermosa señorita!

Dubreuil llamó al saboyardo, y le dió un napoleon.

Era preciso tambien oirlo alabar la docilidad y la inteligencia de su hija. Cuando recibia, era solamente por ostentacion paternal: no queria mas que hacer brillar á su hija. Uno de los convidados á aquellas reuniones de familia, olvidó un dia aplaudir á Natalia, cuando acababa de tocar una aria en el piano; Dubreuil, no volvió á convidarlo.

Así, pues, no amaba mas que á su hija, ni veia mas que por ella, ni hablaba, ni pensaba, ni admiraba mas que á ella. Sí, dueño ya de una gran fortuna, queria enriquecer todavía; era para Natalia: siempre Natalia. Cosa estraña! Aquel Dubreuil, aquel hombre de hierro, tan susceptible, tan duro, tan impetuoso con todo el mundo, era con su hija paciente, dulce y bueno; el milagro, pedido en vano al amor del amante y del esposo, el amor del padre lo habia verificado.

Albertina tambien adoraba á la encantadora niña; ella tambien la amaba doblemente: como madre primero, y como esposa desgraciada despues.

Natalia se hizo, pues, en aquella casa, donde dos seres unidos por el cielo, vivian estraños el uno al otro, el centro comun donde debian apoyarse y brillar dos afectos divididos; pero por lo mismo doblemente poderosos. Todavía se encontraban, pues, sobre un mismo punto: sobre la cabeza de un niño. Mas era necesario que Albertina contuviese los ímpetus de su ternura; era preciso que ocultase sus

besos y sus caricias: Dubreuil estaba zeloso de su hija, y amarla como él la amaba, y probarlo como él lo hacia, esto era, para aquel corazon paternal, un robo hecho á los derechos de su amor.

V.

SUCESO DESGRACIADO.

En la época de las vacaciones, si Dubreuil estaba contento con los progresos de Natalia, siempre todos los años llegaba un dia en que el escelente padre decia á la encantadora jóven:

—Mañana partimos para Paris.

Y no la prevenia sino la víspera, para preparar á su hija una alegre sorpresa, y él mismo gozar de una gran felicidad, con aquel inocente entusiasmo de un corazon infantil, que se entregaba con tanta franqueza á sus impresiones de alegría ó de pesar.

Llegada la mañana siguiente, despues de abrazar á su madre, que nunca era de la partida, Natalia subia en su carruage, un carruage comprado espresamente para ella, y el padre y la hija partian al fin.

Enumerar los cuidados, las delicadas atenciones, as cortesías de toda especie, prodigadas por Dubreuil, durante el camino á su hija, seria cosa difícil, por no decir imposible; figúrese solamente, para tener una débil idea, los cuidados, las atenciones, los respetos de un amante con la querida adorada, que acaba de robar. Tenia frio? Pronto un chal en sus espaldas y cojines para sus piés; por el contrario, el calor encendia sus mejillas con un rubor desacostumbrabo? aire pronto; nada escapaba á su inquieta solicitud: miraba á su hija y decia:

—Detente, postillon...... Bien, al paso......

—Pero señor, voy por horas....

—Qué me importa? pagaré doble si es necesario.

Sentia Natalia entorpecidas sus piernas, queria verse arrastrada por una rápida carrera? entónces gritaba al postillon:

—Mas pronto! no marchais.

—Si vamos al galope, señor....

—Mas pronto todavía! Matad los caballos si es preciso; esa es cuenta mia.

Y hablaba de esta manera, porque Natalia acababa de decir:

—«Qué largo es el camino; ya quisiera haber llegado.»

Tenia razon la impaciente niña en desear llegar á Paris, porque la pródiga ternura de Dubreuil, hacia de nuestra gran ciudad de lujo y de miseria, una estancia encantada para la mimada niña de la plaza de San Nicolás.

Un domingo, era durante la permanencia anual de Càrlos Dubreuil, y de su hija en Paris, se vió al padre entrar solo al hotel; se hallaba sin sombrero, sus facciones parecian descompuestas, sus cabellos flotaban en desórden, y se hallaba fatigado como si acabase de dar una larga carrera. En fin, estaba tan pàlido el negociante, tan singularmente inquieto, que el dueño del hotel retrocedió espantado à su vista.

—Ha vuelto mi hija, es verdad?—preguntó el padre con angustia.

—No, señor, pero calmaos: acabo de entrar en este instante, y podria ser.... Voy, voy à informarme......

Y se oyó el sonido de una campana; en un minuto todos los mozos y empleados en el servicio del hotel se encontraron reunidos.

—Quién de vosotros ha visto à la preciosa señorita del núm. 5?

—Habrá oro para el que me lo diga—añadió Dubreuil.

—Yo la ví—dijo uno de los mozos.—Dubreuil lo hubiera abrazado.—La ví esta mañana—continuó—cuando salió con el señor.

Dubreuil profirió una espantosa maldicion.

—Y despues? despues?—preguntó el padre, interrogando con la vista, mejor todavía que con la voz, à los que le rodeaban.

Nadie respondió.

—Perdida!—esclamó Dubreuil—perdida mi hija!

—Perdida!—repitieron en coro con una especie de interes; y en seguida cada uno volvió à sus ocupaciones.

Dubreuil permaneció un instante en el hotel, abatido, sin fuerzas, anonadado bajo el peso de su dolor.

—Perdida? No, señor, no; estraviada solamente.... encontrarémos à esa querida señorita—dijo el dueño del hotel.—Primeramente, es necesario dirigirse à todos los diarios, y enviarles las señas de la pobrecita.

—Mas los diarios no salen hasta esta noche ó hasta mañana—observó el padre con desesperacion.

—Qué importa? en semejante caso se deben tomar todas las precauciones. Al mismo tiempo es necesario dirigirse à la policía....

—Gracias, gracias, no habia pensado en ello.

—Ademas, pueden ponerse avisos en las calles....

—Sí, teneis razon, amigo mio.... avisos en todas las calles y en todas las paredes. Dadme tinta y papel.... ó mas bien no; no podria yo escribir—añadió él con agitacion—escribid vos:—«Diez mil francos, cien mil francos à quien me conduzca à mi hija, perdida en el jardin de Luxembourg.”

Y leyó aquellas líneas escritas bajo su dictado, y dijo:

—Bien; que se imprima esto dentro de una hora.....

—Yo me encargo de todo, señor.... Tened esperanzas de que la encontrarémos; no se roban ya los hijos de Paris; no es como en Lóndres, donde esto se hace, segun dicen; por otra parte, tal vez la señorita volverà sola.... Mi hotel es muy conocido.... Mas descuidad, y fiaos en mí.... corro..... Pero dónde vais, señor?—añadió, tratando de detener al desgraciado padre.

—Buscadla! buscadla!—esclamó Dubreuil, y desapareció.

—Perdida en el jardin de Luxembourg!—murmuró el dueño de aquel hotel, recorriendo de nuevo aquel papel, sobre el cual habia escrito apresuradamente, impelido como lo estaba, por la desesperacion del padre.—La pobrecita tendrá mucho trabajo en encontrar su camino—añadió él—hay tan-

ta distancia de Luxembourg á nuestro cuartel del Palacio Real!

Dubreuil corria cortando las apretadas olas de la multitud, y dirigiendo entre aquella multitud espantadas miradas. Algunas veces se detenia, y atraido en seguida por una semejanza, contenia su rápida carrera, se abria un paso á despecho de todos los obstàculos, se deslizaba entre los carruages por un espacio tan estrecho, que era un milagro que no quedase machucado por los troncos ó aplastado bajo las ruedas. Llegaba cerca de la que habia creido reconocer; mas la semejanza lo habia engañado; no era Natalia; y de nuevo emprendia la carrera.

Viendo á un hombre con la cabeza desnuda, que daba con los codos á unos y que apartaba rudamente á otros, y que parecia tratar de escaparse, gritaron tras él:

—«Al ladron, detened al ladron.»

Y se le impidió el paso.

Irritado, desesperado con aquel retardo, dijo á los que se encontrában por todos los caminos, y que parecian tratar de detener sus pasos:

—Me llamo Dubreuil, soy negociante de Ruan, he perdido á mi hija y la busco; tomad, hé ahí mi pasaporte.... No habeis visto á mi hija?

Puesto en libertad, redobló su ligereza para recobrar el tiempo perdido. Recorrió así todas las calles que conducian de su hotel á Luxembourg;

buscó de nuevo por todos los rincones del jardin; el pobre padre estaba medio loco, y no sentia la fatiga. Trabajos inútiles! Al caer la tarde y á la voz de los guardas, salió y tomó el camino de su habitacion. Conservaba sin embargo, una esperanza.

El dueño del hotel salió á su encuentro. Sin interrogar á aquel hombre, Dubreuil comprendió toda la estension de su desgracia. Se habian tomado cuantas medidas se habian creido útiles; mas no habia la menor noticia de Natalia.

Subió maquinalmente á su cuarto, se dejó caer en un sillon, y sin proferir la menor queja, comenzó á llorar.

—Señor, la mesa está servida—llegó á decirle un mozo—y si quereis bajar......

Dubreuil fijó en él una mirada asombrada y murmuró:

—No tengo hambre.

Despues reflecsionó que Natalia tendria hambre tal vez, y lloró de nuevo; y con el corazon, con la vista y la voz la llamó, gritándole: «Ven, ven!....» como si ella hubiese podido escucharlo y responder á su grito de desesperacion: «Aquí estoy.»

A la mañana siguiente, tan temprano como le fué posible, porque el dia amanece tarde para los parisienses, Dubreuil comenzó de nuevo sus pesquisas, no corriendo como la víspera, sino con órden y método. Caminaba con lentitud ecsaminando con cuidado el esterior é interior de las casas, espiando

todas las puertas abiertas, pegando los ojos á los vidrios de todas las tiendas, de todos los almacenes, no dejando pasar ni una jóven, sin volverse diez veces para interrogar sus facciones: porque, no podia engañarse por el talle?

El segundo dia pasó de la misma manera.

Durante los que siguieron, Dubreuil no vivió sino maquinalmente, bajo la constante preocupacion de un pensamiento único. Una vez salió de su casa presa de la mas horrible sospecha: le habian dicho que la miseria, con el objeto de un tráfico infame, robaba algunas veces à los niños, para esponerlos medio desnúdos, cubiertos de llagas facticias, ó con los miembros dislocados, á la piedad de los pasageros; podia muy bien haber sucedido así con Natalia. El desconsolado padre fué de mendigo en mendigo, interrogando á todos los que se quejaban en las puertas, paseando una mirada inquisitorial sobre todas esas falsàs madres que enseñan á fuerza de amenazas y de injurias, el arte de arrostrar el desprecio á débiles criaturas, que no temen ni aun los golpes; él pedia á su hija á la indigencia desvergonzada, con un sentimiento de esperanza, con un estremecimiento de espanto, sin embargo; porque tan fresca, tan hermosa, iba tal vez á hallarla marchita, desfigurada y estropeada.

No tuvo la triste alegría de ver realizarse aquel temor.

Otra vez se dirigió al hospicio de huérfanos, su-

plicó y obtuvo que se le permitiese pasar revista á los niños de la casa de Caridad; Natalia no estaba entre ellos; despues se hizo conducir al hospital de niños enfermos: el director del establecimiento lo acompañó en su visita. Con increible perseverancia recorrió Dubreuil todas las camas de la enfermería; entreabria las cortinas, dirigia una angustiosa mirada á la infeliz criatura que padecia; en seguida pasaba á otra: cada uno de aquellos lechos del dolor cubiertos con sus cortinas, se le figuraba que encerraba á su hija. Cuando llegó al último, se preparaba á ecsaminarlo como habia hecho con los otros.

—Qué haceis, señor?—esclamó el doctor, deteniendo su brazo—la niña que está ahi, viva hace una hora, acaba de rendir el último suspiro.

Dos palabras solamente oyó Dubreuil: una niña! muerta! Corrió precipitadamente la cortina, levantó con mano convulsiva el pañuelo arrojado sobre la cabeza de la niña; todos sus miembros temblaban, vió...... á Dios gracias, no era Natalia.

Volvió á su casa; no habia habido la menor noticia.

El desgraciado padre agotó todos los medios, y siempre llegaba á esta desconsoladora conclusion: no hay noticias. Ciertamente la suya era una situacion espantosa.

Al tercer dia recibió una carta con el sello de Ruan, y aunque el rótulo iba acompañado de estas

dos palabras: *muy urgente*, Dubreuil ni aun siquiera la abrió: habia reconocido la letra de su muger; su muger. Y qué le importaba su muger? Ella estaba en Ruan muy tranquila sin duda, miéntras que él sufria. Su muger! él la detestaba; le echaba la culpa de su desgracia.

—La traicion de esa muger que yo amaba—decia—es causa de todo; si ella misma no me hubiese obligado á mirarla como estraña, habria venido con nosotros á Paris, y tal vez Natalia no se habria perdido.

No solo no abrió aquella carta, sino que la estrujó con cólera, y la arrojó sobre un mueble, como un papel inútil.

Ocho dias habian pasado desde la desaparicion de su hija. Los avisos colocados por todas partes, las inserciones en todos los diarios, y las pesquisas de los agentes de policía no habian producido ningun resultado. Hasta emplear su último medio, y hasta poner en ejecucion su última tentativa, Dubreuil habia esperado, y la esperanza lo habia sostenido; mas al presente, abatido, desalentado, no teniendo ya que esperar, mas que del tiempo ó de la casualidad, y no contando ni con uno ni con otra, se formó las ideas é imágenes mas siniestras.

—No la volveré á ver jamas—pensó—así mas vale concluir al instante con esta vida, que sin ella no será mas que un prolongado dolor. Su madre, no la amo ya; no amaba mas que á mi hija; no vol-

veré ciertamente á poner los piés en Ruan sin ella. Qué me resta? La muerte! Pues bien, sí, yo moriré; iré á reunirme con ella si ha muerto; y si ecsiste todavía...... qué me importa ya? No ha muerto ya para mí?

El hombre violento en su cólera y en su amor, aquel Dubreuil, que no sabia detenerse en aquel momento ante el consejo de la desesperacion, lo mismo que en otro tiempo ante el pensamiento de una mala accion; aquel que decia: "vamos adelante" por cualquier parte que su camino debiese conducirlo, cargó una de sus pistolas de viage, pensó por la última vez en su hija, é iba á dirigir el arma fatal contra su pecho, cuando se abrió repentinamente la puerta de su cuarto.

El personage que entraba tan á tiempo en casa de Dubreuil, era un hombrecito grueso, pequeño, bullicioso, y que llevaba escritas sobre todas sus facciones el júbilo y el contento; era un amigo de Dubreuil; éste saltó á su garganta, y sacudiéndolo hasta ahogarlo:

—Desgraciado!—le gritó—es para insultar mi desesperacion á lo que vienes aquí, á mostrar tu alegre rostro?

—Me ahogas, suéltame—gritaba el otro—qué diablo! te has vuelto loco?

—Loco!—repetia Dubreuil, que no se habia incomodado con persona alguna hacia mucho tiempo, y que encontraba por fin una sobre quien descargar

su cólera—loco! tú, tú eres el loco, Liénard; pero no, tú no eres mas que un torpe, un imbécil, un egoista .....

Y lo soltó.

—Estoy como una grana—murmuró Liénard, componiéndose delante de un espejo.

Dubreuil vomitaba horribles imprecaciones, recorriendo el cuarto á lo largo y á lo ancho.

—Mi querido amigo—continuó el recien llegado—no comprendo absolutamente nada de tu recibimiento, pero te perdono; ya sé que estás sujeto á esos accesos; no hablemos mas de ello; no te pregunto para que no me respondas; porque primeramente quiero sentarme; me has hecho sudar...... Vengo de Ruan......

—Hubieras hecho muy bien en quedarte allí.

—No me esperaba esta manera de recibirme...... Pero en fin, tú por qué no has vuelto? la carta de tu muger......

—No me hables de mi muger ni de nadie; soy tan degraciado.... Mira, ves esta pistola? cuando tú entraste iba á levantarme la tapa de los sesos.

—Ah! Dios mio!—esclamó el hombrecito poniéndose pálido, y dando un brinco en su silla....—Y por qué? habrás perdido otra cosa ademas de tu hija?

—Liénard!—gritó Dubreuil, con un tono de voz terrible, que hizo estremecer á su amigo—Liénard,

miserable! la pérdida de mi hija....? no es, pues, bastante?

—No digo lo contrario, amigo mio.... Vamos, cálmate.... A qué viene desconsolarte todavía?

—Cómo! te atreves á preguntarme á qué viene sentir á Natalia?

—Sin duda, puesto que esa querida niña ha parecido.

Dubreuil se detuvo repentinamente delante de su amigo.

—Parecido! —dijo.

—En Ruan, en tu casa.... La pobrecita estraviada en el Luxembourg, en medio de la multitud, nunca pudo recordar el nombre del hotel, ni el del diablo de la calle que tú habitas..... Pero ella, ella te contará todo esto mejor que lo que yo puedo hacerlo.

Dubreuil juntó las manos, y repitió con una alegría que se asemejaba al delirio:

—Hallada! hallada! Mi Natalia! mi hija! yo la veré! la han encontrado!

—Dios mio, sí! En su apuracion se dirigió á una buena señora que encontró en el camino... Una señora muy amable, segun parece.......

—Yo sabré su nombre—interrumpió con viveza Dubreuil.....—y tendrá los diez mil francos prometidos.

—Y si los rehusa?

—Te digo que los tendrá; yo quisiera verla.

—Cuando querais.... Pero permíteme que concluya.... De suerte que la señora nos remitió por la diligencia la niña estraviada; hay cosa mas chusca.

—Pero desde cuándo?

—Hace ocho dias, ni mas ni menos.

—Y han podido dejarme todo este tiempo lleno de tan mortales angustias?

—Ah! ya vuelves á perder la cabeza...... El mismo dia de la vuelta de Natalia, tu muger no te escribió una carta?

—Sí.... justamente.... es verdad.... no la habia leido!

—Ni leido siquiera!

—Acabas de decirlo: habia perdido la cabeza.....

Entónces rompió el sello de aquella carta tan olvidada, tan despreciada, y la leyó en voz baja: estaba concebida en estos términos:

«Señor:

«Ayer, dos horas despues que los diarios de Paris me habian dado la noticia de la pérdida horrible á que no hubiera podido sobrevivir, Natalia, vuestra niña adorada, mi hija querida, me fué devuelta por una casualidad inesperada, por un milagro de la bondad de Dios.

«Debo juzgar de vuestro dolor, por el mio que ha sido espantoso: juzgo tambien de la felicidad que vais á probar, por la que yo he tenido al volver á

ver á este ángel, que creia yo robado para siempre á mi ternura. Me apresuro, pues, á daros esta buena noticia; esta noticia tan feliz, que hace algunos intantes, cuando Natalia no estaba aquí, á mi lado, me costó trabajo creer en su vuelta; tan profundamente así habia penetrado la desgracia de su pérdida en mi corazon. Pero no, no me engaño, es ella la que veo; bendito sea el cielo; la veo y la escucho; ella os suplica que corrais apresuradamente, para aseguraros de que mi felicidad no es un sueño."

A la lectura de esta carta, Dubreuil no pudo reprimir un secreto movimiento de zelos. Su muger habia abrazado á Natalia antes que él.

—Lo ves—dijo Liénard—te esperábamos; y como no llegabas bastante pronto, fué preciso que viniese yo á buscarte.

—Tú eres mi salvador—esclamó el dichoso padre arrojándose en los brazos de su amigo.

—Yo ya lo creo—contestó el hombrecito con una mueca causada tanto por la sofocacion, como por la ternura—pero con la sensibilidad no se adelanta nada.... Partamos! tu muger está muy inquieta por tí......

—Y mi hija me espera!.... Sí, sí, partamos.

Y á la mañana siguiente, á su turno, Dubreuil abrazaba á Natalia.

VI.

PADRE Y MARIDO.

Tantas emociones sucesivas concluyeron por dar funestos golpes á la salud de Dubreuil. Le habia faltado poco para matarse á fuerza de dolor por haber perdido á su hija: cayó enfermo por la demasiada alegría de haberla encontrado. En pocos dias la vida del negociante de la plaza de San Nicolás se halló en peligro.

Creyendo llegar á su fin, llamó á Liénard cerca de su lecho; cuando se encontró allí, Dubreuil hizo salir de su cuarto á todo el mundo, recomendó á su amigo que cerrase la puerta con llave, suplicándole que se sentase á su lado; porque queria que nadie pudiese escuchar lo que tenia que decirle en aquel momento en que no estaba mas que á un paso de las puertas de la eternidad.

Liénard, sorprendido por el tono solemne del enfermo, obedeció.

Entónces le dijo Dubreuil que queria hacer su testamento. El amigo quiso hablar; iba á decirle que era una precaucion inútil, cuando Dubreuil le impuso silencio. El enfermo sentia que se aprocsimaba la muerte; y si consultaba á Liénard, su mejor amigo, no era para saber si debia ó no hacer su testamento, porque ya habia tomado su partido sobre el particular; lo que reclamaba del conocido afecto de Liénard, era un consejo sobre los medios que podria emplear para privar á su muger de su derecho de tutela sobre Natalia, y de su parte de herencia como viuda: el padre queria dejar toda su fortuna á su hija. Grande fué la admiracion del hombrecito, y debe comprenderse fácilmente: así como todo el mundo, Liénard ignoraba la mala inteligencia que reinaba entre ambos esposos.

—Es la fiebre la que te inspira ese mal pensamiento—no puede ser mas que la fiebre, porque de otra manera no comprenderia yo.

—Pocas palabras—interrumpió bruscamente Dubreuil.—Eres mi amigo, y quereis darme el consejo que te pido?

—Ciertamente, querido amigo—contestó el otro con embarazo, y como si buscase alguna escusa.—No desearia otra cosa mejor si supiese.... mas soy poco apto para esta especie de negocios; ademas, hay un medio muy simple para conseguir tu objeto,

y és consultar á un notario; yo me encargo de ello, te lo prometo.

—Sobre todo no me nombres.

Y el enfermo completó en voz baja su pensamiento.

—Si yo escapo—dijo para sí—no quiero que mi hija sospeche el deseo que habia formado; seria muy cruel hacerla avergonzar de su madre delante de mí.

El amigo Liénard partió para dirigirse á la casa del notario.

—Qué diablo de idea ha tenido—decia el hombrecito saliendo de la casa del enfermo—y de dónde ha podido ocurrirle semejante idea? Qué ha pasado entre el marido y la muger? yo, que casi soy de la casa, nada he visto...... Vamos, Dubreuil, deliraba.... Y ni modo de contrariarlo; se habria encolerizado, á fé mia. Entónces quién sabe la desgracia que tendrémos que deplorar...... El está bastante grave.... y vale mas ganar tiempo.... Esa pobre señora, Dubreuil, tan buena, tan dulce, tan amable, con todos los que la rodean.... Puedo decir que conmigo deberia haberse casado; y yo habia de ayudarlo, cuando pretende despojarla; ingrato! jamas. Sin embargo, el enfermo estaba en todos sus sentidos; al menos lo parecia..... en tal caso es preciso que haya una razon mejor para querer desheredar á una muger que adoraba..... No

atino.... No importa, es preciso que yo la observe.

A consecuencia de esa escena que le habia presentado recuerdos dolorosos, y para la cual solo el odio le habia dado fuerzas, el enfermo cayó en un profundo abatimiento, muy semejante á un letargo: se creyó que ya no tenia remedio. Una noche, sin embargo, despertó Dubreuil, y vió á su hija, á su ángel, de pié á la cabecera de su lecho, presentándole una bebida.

Habiendo hecho un movimiento para contemplarla con mas comodidad, el moribundo percibió á la señora Dubreuil, sentada, inmóvil, con la cabeza apoyada en el respaldo de su sillon: dormia.

—Tú no duermes, pobrecita—le dijo á la niña, arrojando sobre su muger una mirada de desdeñosa piedad y de cólera.

—Sin duda que no duermo; pero nada hay de estraordinario en ello—respondió Natalia en voz baja para no turbar el sueño de su madre—con esta son quince noches, que pasa mamá aquí, sin querer tomar un momento de descanso, miéntras que yo, acabo de despertar y salir de mi cama.

Dubreuil no quiso comprender la reconvencion involuntariamente manifestada, por las inocentes palabras de su hija.

Sin embargo, sea que la pocion que acababa de tomar, hubiese determinado una crisis saludable, sea tambien que la vista de Natalia, hubiese hecho na-

cer en el corazon del padre un poderoso deseo de no abandonar la vida, lo cierto es que Dubreuil, no tardó en entrar en la convalescencia.

Liénard, todos sus amigos y conocidos, fueron entónces á cumplimentar al enfermo, y cada uno elogió el saber y los cuidados del sabio doctor que lo habia salvado; todos hablaron de la paciente solicitud de su muger, que compañera asídua en sus dias y noches de dolor, lo habia constantemente velado; mas á todos aquellos elogios tan bien merecidos sin embargo, Dubreuil respondió algunas palabras en forma de aprobacion, y veia á Natalia con una ternura inefable. Si se hubiera atrevido, habria esclamado ante sus numerosas visitas:

—No, no es la habilidad del médico ni los cuidados de mi muger los que me han curado; es ella sola, mi hija.

Despedidos los amigos, Dubreuil quedó sólo con su niña; entónces se desquitó de la violencia que habia tenido necesidad de hacerse, y atrayéndola á sus brazos, y oprimiéndola contra su corazon, le dijo llenándola de besos:

—A tí es á quien debo la vida; nada mas que á tí.

Por lo demas, Liénard habia adivinado justamente: el convaleciente era demasiado feliz para pensar de nuevo en el testamento que habia querido hacer.

Natalia crecia. Al avanzar en edad, cumplia y aun escedia todo lo que prometia desde su infancia; cada año eran mayores sus gracias y sus atractivos. En todo Ruan se hablaba de ella con admiracion: es inútil añadir que la alegría y el orgullo del padre habian crecido al mismo tiempo que la belleza de su hija.

En aquel mismo año en que Natalia acababa de cumplir sus quince, hubo un baile dado en la prefectura, en honor de S. A. R. la señora duquesa de Berry, que visitaba la capital de la Normandía. Aquella fiesta pomposamente anunciada con anticipacion, escitó todas las coqueterías, rivalidades y ambiciones; cada cual pensó su gloria en distinguirse, sobre todo las mugeres. Se empeñó entre ellas una lucha, un asalto de preparativos ruinosos, de increibles prodigalidades; no hubo una que no desease eclipsar à las demas, por la riqueza y el buen gusto de sus adornos; mas de una dueña de su voluntad, hizo para aquel dia y aquella noche, tal brecha en el gasto de su casa, que fué preciso á fin de repararla, que la familia viviese con economía y privaciones el resto del año. Aquella ocasion de brillar, era magnífica para Natalia; Dubreuil no la dejó escapar. No contento con pensar que su hija seria la mas bonita, quiso, digamos mas bien ecsigió, que se pusiese de manera, que sobresaliese entre sus compañeras, y entre todas las señoras de la ciudad, por la elegancia y brillo de su adorno.

—Piensa—le dijo él—que no quiero que vean mas que á tí, y no se hable mas que de tí.

Y le dió carta blanca para que hiciese los gastos necesarios. La vanidad tenia mucha parte en el amor paternal de Dubreuil. Es penoso reflexionar, que si Natalia hubiera sido fea, ó solamente menos bella, él la hubiera tal vez amado ménos.

La jóven habia usado con franqueza del permiso de gastar tanto dinero cuanto su fantasía, sus caprichos y su buen gusto ecsigiesen; porque á medio dia del en que debia verificarse el baile, cuando Natalia llamó á su madre para pasar revista á todo lo que habia comprado y se hallaba colocado en la pieza, encontró que las compras se habian hecho dobles, como si Dubreuil hubiese tenido dos hijas. La madre manifestó su sorpresa por tantos gastos inútiles, por lo ménos en parte. La hechicera niña se arrojó entónces al cuello de Albertina, y con los ojos brillantes, mostrándole con el dedo uno de los adornos, le dijo con su voz argentina, ligeramente conmovida:

—Esto es para tí, mamá.

—Para mí? ángel de mi vida. Para qué? no he de ir al baile; bien sabes que estoy enferma; si no fuera así, tu padre me hubiera dicho como á tí, con anticipacion, que hiciese mis preparativos.

Natalia sabia en efecto, que Dubreuil no habia dicho á su muger que se preparase para la fiesta;

bastante lo sabia, porque su instinto filial no dejaba de comprender cuán desgraciada era su pobre madre.

—Y bien; esa será una razon de mas, mamá; será para mi padre una agradable sorpresa el verte aliviada y tan bien vestida. Irémos juntas al baile y vestidas iguales, qué delicioso será eso!

La señora Dubreuil contestó con una nueva negativa, á aquellas graciosas palabras.

Mas despues de la comida, habiendo llegado la hora de vestirse, Natalia suplicó tanto á Albertina, con su voz dulce y cariñosa, que ésta no pudo rehusarse á probarse el elegante vestido, hecho espresamente para ella.

—Déjame siquiera ver si te sienta—le dijo la jóven.

Y obtenido aquel primer triunfo la picarilla, no quiso que se quitase el vestido. Risueña, obstinada, ó bien, haciendo la mas graciosa mueca del mundo à la menor resistencia de su madre, tomaba los adornos uno por uno, y los colocaba ella misma con presteza, empleando la fuerza, y con mas frecuencia las caricias para lograr sus fines. La pobre madre la dejaba obrar, ocultando sus lágrimas y sonriéndose:

—Vamos, mamá—continuó Natalia—ya estás acabada de vestir; ahora tu hermoso collar de diamantes y esmeraldas, pronto, pronto. Oh! qué bien

te está. Estoy segura de que mi padre te encontrará encantadora, y te amará como en otro tiempo, viéndote así.

Albertina no pudo comprimir inmediatamente el suspiro de incredulidad que estas últimas palabras provocaron: Natalia habia en fin, adivinado que Dubreuil no amaba ya á su muger.

—Oh! vais tambien? Os creia enferma—dijo Dubreuil á Albertina, que entró muy adornada al salon, casi arrastrada por Natalia.

—Mucho trabajo me ha costado decidir á mamá —respondió la jóven.

En seguida, acercándose á su padre, añadió en voz baja:

—Yo lo quiero. Vamos, mi señor papá, no me contradigais...... porque si lo haceis, tendré los ojos encarnados, y no pareceré bonita.

—Partamos—dijo Dubreuil, forzado en sus últimos atrincheramientos por la poderosa voluntad de la tan amada cuanto graciosa niña.

Natalia dió un brinco de alegría á riesgo de estrujar su precioso vestido, y descomponer la espiga de diamantes artísticamente colocada en sus hermosos cabellos negros. Dubreuil tomó su brazo, confió su muger al amigo Liénard, y partieron para la casa de la Prefectura.

El baile estaba magnífico. Despues de haber colocado á las señoras Dubreuil, él y su amigo, se

mezclaron á la multitud. Liénard se agitaba, se dirigia á todo el mundo, miraba, criticaba y pedia noticias; el hombrecito era de lo mas hablador, y singularmente curioso. En cuanto á Dubreuil, no habia concurrido para admirar el baile solamente, es preciso decirlo, sino para ver á la princesa, heroina de la fiesta; caminaba, arrastrando á su amigo de grupo en grupo, empeñando conversacion con todo el mundo, estraños ó conocidos, incitando á unos y á otros á pasar revista á las bellezas de Ruan, llegando rectamente al lugar donde estaba su hija, y saboreando con delicia los elogios que él mismo habia provocado. Por otra parte, no hacia mas que escuchar, y su amor propio y su orgullo absorvian como para alimentarse, cada palabra halagüeña, dirigida á su Natalia. Hácia el fin del baile, léjos de estar fastidiado de oir alabar á su hija, escuchaba todavía.

—No es un absurdo, querido—decia un jóven oficial á un gentil-hombre que habia llegado con la comitiva de la princesa real—no es un absurdo—le decia designándole con el dedo á las dos mugeres, vestidas del mismo modo—no es demasiado desagradable el ver á una vendedora usar diamantes como una duquesa? sea orgullo ó necedad, de veras que causa lástima.

Aquellas palabras llegaron justamente á los oidos de los dos amigos. Dubreuil tuvo mucho trabajo

en contenerse; Liénard lo arrastró consigo, tratando de calmarlo.

—Es preciso no hacer caso de eso—decia—son palabras de un loco ó de un envidioso, que no merecen que se les preste atencion.

—De veras que tienes razon, Liénard—contestó Dubreuil, que consiguió calmarse un poco—seria ridículo en un marido tener siempre la espada en la mano para defender los adornos de su muger.

—Y mucho mas todavía en un padre, y cuando se trata solamente del vestido ó del tocado de su hija; seria, á fé mia, un bonito motivo de querella, y digno de un grave negociante, como tú—añadió Liénard, creyendo dar nueva fuerza al argumento de su amigo.

—Ah!—contestó Dubreuil, con afectada indiferencia—crees que era de mi hija de quien hablaba ese fátuo oficial?

—Hago mas que creerlo, estoy seguro—apoyó el hombrecito triunfante.

Hablando de esta manera, se dirigian hácia Albertina y su hija. Habia llegado el momento de la partida; mas cuando Liénard, despues de haber tomado el brazo de la señora se volvió para suplicar á su amigo que apresurase el paso á fin de evitar la multitud á la salida del baile, Dubreuil no parecia.

Algunos instantes despues se escuchó un estraño tumulto en un salon contiguo; los curiosos se preci-

pitaron hácia aquel lado; y en medio de un vivo altercado, se distinguió el ruido de un bofeton.

En cuanto á Liénard y á sus dos compañeras, esperaron, pero en vano, la vuelta de Dubreuil; como no lo vieron, se imaginaron, y la suposicion era verosímil, supusieron, decimos, que aquel las habia perdido, durante aquel momento de trastorno y confusion, y tomaron el partido de retirarse.

A la mañana siguiente se leia en el *Diario de Ruan:*

«A consecuencia de una querella ocurrida en el baile de la Prefectura, entre un jóven oficial y un rico negociante de nuestra ciudad, el señor D.... ha tenido lugar esta mañana un encuentro tras el campo de Marte. Despues de haberse dirigido cuatro balas, y habiendo declarado los testigos que el honor estaba satisfecho, les fué forzoso cesar el combate, á pesar de las vivas reclamaciones del negociante, que deseaba continuar la lucha.»

VII.

EL CRIOLLO.

Una mañana, mucho tiempo despues de aquel baile y de aquel duelo que habian conmovido á la ciudad de Ruan, la familia Dubreuil se encontraba reunida en el cuarto de Natalia.

Este, preciosamente adornado, gracias á la ternura del padre y al buen gusto de la hija, *retrete* encantador, con cortinas blancas, bordadas de seda color azul de cielo, con papel blanco sembrado de flores azules, con una cama pequeña, cubierta de blanco, que se dibujaba en la sombra de la alcoba; las paredes llenas de dibujos, de vistas, paisages y retratos, que revelaban ya una mano segura y hábil, con los muebles cargados, con esas mil fruslerías que no tienen uso, y que no se encuentran allí mas que para recrear la vista; santuario virginal, donde hasta el perfume de frescura y de paz que se

respiraba, todo recordaba que allí iba á adornarse, á orar y á descansar una jóven.

Aquel cuarto, decimos, servia de sala de almuerzo, escepto los casos bastante raros, en que el número de los convidados obligaba á la familia Dubreuil á descender al comedor del piso bajo. Fué un capricho infantil, ó por mejor decir, un cálculo del amor filial, el que arregló las cosas de aquella manera. Hé aquí con qué motivo ú ocasion el negociante y su muger se encontraron una mañana en el cuarto de su hija, y en seguida tomaron la costumbre de ir á desayunarse allí todos los dias.

Desde la muda separacion de su marido, la salud de Albertina se encontraba muy delicada, y algunas veces pasaba tan malas noches, y se sentia tan débil á la mañana siguiente, que no podia sino con mucho trabajo dejar su cuarto á la hora indicada, para tomar en union de la familia el desayuno. Hasta entónces Dubreuil habia soportado, sin quejarse, lo que él llamaba con mucha insensibilidad los caprichos de la señora; pero un dia que su paciencia se hallaba cansada, no viendo á Albertina bajar al comedor, donde él se hallaba, con muy buen apetito, quiso precisamente comenzar el desayuno sin esperar á su muger, detenida en su habitacion mas tarde que de costumbre, por una nueva indisposicion de la víspera. Natalia, que no habia podido comprender, pero que veia demasiado bien, el desvío de su padre hácia Albertina, Nata-

lia, que sabia que solamente á la hora de la comida era cuando los esposos se veian, resolvió no dejar perder aquel último medio de aprocsimacion. Obligada por Dubreuil, la jóven se puso á la mesa aquel dia en silencio, con el corazon oprimido, los ojos llenos de lágrimas, que le costaba trabajo contener; mas la sumision no pudo ir mas léjos. En vano su padre le suplicó, y aun le ordenó que tomase alguna cosa. «No tengo hambre" tal fué su única y constante respuesta. En vano, y con bastante inquietud le preguntó si estaba enferma:—«No—dijo ella, y permaneció inmóvil en su silla; tanto que Dubreuil, irritado por aquella obstinacion, cuyo motivo creia adivinar; y arrastrado tal vez por el descontento secreto que sentia contra sí mismo, se levantó bruscamente, y tirando su servilleta con cólera, dijo:

—Puesto que así obrais, señorita, y que quereis mejor esperar á vuestra madre, que hacerme compañía, os prevengo que en lo de adelante, comenzando desde hoy, me desayunaré todas las mañanas, en el *Café del Comercio*, con mis amigos.

Y dejando á medio concluir el desayuno, salió. Natalia nada hizo para detenerlo, ofendida como lo estaba por su injusticia y su dureza. Sabia muy bien, por otra parte, que Dubreuil volveria.

Repentinamente la tristeza que poco antes oscurecia las preciosas facciones de la jóven, desapare-

ció como por encanto; un rayo de alegría brilló en sus ojos, poco antes húmedos por las lágrimas contenidas, y apareció en sus labios una sonrisa: un pensamiento halagüeño, un proyecto que habia formado su amor filial, habia súbitamente reanimado su esperanza.

Sin perder tiempo, Natalia tomó valerosamente una gran resolucion. Por su órden y al instante, fué colocado el cubierto en su cuarto, donde fué á desayunarse con su madre, y cuando ésta le preguntó por qué Dubreuil no habia subido con ella, la piadosa jóven para no enconar sus heridas, se guardó muy bien de hablarle de lo que habia pasado; contestó solamente, que un negocio importante, que no permitia el menor retardo, habia obligado á su padre á salir; ademas, cuando la señora Dubreuil se informó por qué se desayunaban allí, y no abajo, Natalia respondió:

—Porque es mas cómodo para tí, mamá, que estás enferma: así, pues, hasta que te alivies nos desayunarémos aquí.

—Como tú quieras, hija mia—dijo Albertina.

Pero aun antes que se hallase restablecida de su indisposicion, la señora Dubreuil debió observar que su marido huia de ella, porque en la misma noche de aquel dia, tomando aparte á su padre, Natalia le dijo:

—Y bien, irás mañana al *Café del Comercio*?

—Sí—respondió él, con una especie de cólera; tan zeloso estaba de las atenciones de la hija con la madre, atenciones que no temia tratar interiormente de ingratitud á su ternura y de desobediencia à su autoridad paternal. Fué preciso que á la mañana siguiente, la pobre niña hiciese poner por segunda vez en su cuarto, la mesa del desayuno.

Sin embargo, Dubreuil que no queria privarse por niñerías, durante sus horas de libertad, del placer de ver á su hija, concluyó por decir, con justa razon, que aunque Albertina estuviese en aquel cuarto, no era un motivo para que dejase de concurrir como ella; y á la mañana siguiente, buscó un pretesto, para desayunarse en su casa, sin comprometer, sin embargo, su dignidad. Felizmente, aquel dia hizo un tiempo espantoso.

Entónces Dubreuil, subió como por casualidad al cuarto de su hija un poco antes de la hora del desayuno; dado aquel primer paso, fuè, vino, se sentó, se levantó, maldiciendo la lluvia que caia à torrentes, lo que le impedia salir. El pobre zeloso, no descansaba en un lugar, y dejaba adivinar, al ojo menos previsor, la impaciencia que lo agitaba y el deseo que no podia vencer. Hubiera dado cuanto tenia, porque Natalia se hubiese decidido á decirle: —«Siéntate.» Mas la maliciosa no pronunció esa palabra, gozando de un embarazo, que se complacia en prolongar, á manera de castigo. Dubreuil se daba á todos los diablos, y continuando en mal-

decir el mal tiempo, se aventuró á acercar tímidamente una silla á la mesita donde estaba colocado el desayuno de las señoras. Esto era lo que parecia esperar la amable jóven, feliz con que su proyecto se hubiese logrado tan bien y tan pronto. Se apresuró entónces, pero en silencio, y como si hubiera sido una cosa convenida y acostumbrada, á poner el tercer cubierto. El almuerzo se verificó sin que una sola palabra hubiera recordado la ausencia de la víspera y de los dias anteriores.

Vuelto á aquella intimidad Dubreuil, no volvió á hablar desde aquel dia, de ir á buscar á sus amigos en el *Café del Comercio*, y desde aquella reunion accidental, preparada por la astucia de una tierna jóven, nació una costumbre diaria, costumbre tierna y llena de encantos, à la que por nada del mundo, el dichoso padre se habria decidido á renunciar. Allí se encontraba mucho mejor que en su habitacion; estaba en la de Natalia, en la de su hija; se hubiera dicho tambien que en aquel cuarto de la jóven el carácter del negociante sufria un cambio total, ó para hablar con mas verdad se hacia amable y bueno, á fin de no desarreglarse en la atmósfera de bondad que allí reinaba: privilegio de la localidad, influencia notable, sobre todo cuando Dubreuil dirigia la palabra á su muger; porque aun entónces parecia tener que emplear menos esfuerzos para endulzar su mal humor. Allí, en efecto, el mal esposo desaparecia ante el buen padre. Y

por otra parte, un dia que, arrastrado por su mal natural habia lanzado á Albertina una palabra áspera, é iba á dar curso á su acceso de mal humor, el ángel de paz, Natalia, lo habia detenido repentinamente, diciéndole con gracia infantil:

—Olvidais, señor papá, que estais en casa de una señorita.

Saltando en seguida á su cuello, le cerró la boca con su manecita rosada y torneada. Dubreuil no pudo ocultar una sonrisa, y la nube se dirigió para no volver mas.

Hubiera podido predecirse: si alguna vez el marido desconfiado debe reconocer su injusticia, si la muger ultrajada puede olvidar la herida dolorosa, hecha á su corazon y á su dignidad de esposa; si la paz debe concluirse entre ellos, será en ese cuarto favorito, y bajo los auspicios de Natalia, donde debe firmarse el tratado.

Los tres por diversos títulos, digámoslo de una vez, por igual motivo de ternura, por el mismo deséo de concordia, al menos aparente, encontraban su satisfaccion en aquella dulce costumbre de reunirse. Sin embargo, fué preciso bien pronto renunciar, y eso porque un dia, en lugar de tres convidados, hubo cinco al rededor de la mesita.

Quiénes eran aquellos dos recien llegados, y cómo fueron admitidos en el santuario? eso era lo que nos disponiamos á referir hace ya mucho tiempo,

cuando nos fué forzoso para la inteligencia de esta relacion el retroceder violentamente en nuestro camino. Cerremos aquí el inmenso paréntesis, y anudemos para seguir en lo de adelante á donde quiera llevarnos el curso de los sucesos.

Una mañana, pues, que el padre, la madre y la hija rodeaban la mesita á la hora acostumbrada del desayuno, una voz muy conocida preguntó por el otro lado de la puerta:

—Se puede entrar?

—Pardiez! es el amigo Liénard!—esclamó Dubreuil—da vuelta á la llave; siempre estamos visibles para tí.

—Es que no vengo solo—observó la misma voz, pasando por el ojo de la llave.

—Y aun cuando fuéseis diez—contestó el negociante—no hay indiscrecion.... Entrad.

Pero Natalia habia ya corrido, y fué la que abrió la puerta.

Liénard apareció con sus ojos vivos, la faz rubicunda, conduciendo por la mano á un jóven.

—Ah!—dijo él—veo con placer que me habia engañado; porque no encontrándoos allá abajo, he temido que alguno de vosotros estuviese enfermo; así, por qué diablos os refugíais aquí?.... Ah! ya adivino: un capricho de este amable duendecillo....

Y como Natalia bajaba los ojos ruborizándose, avergonzada por oirse llamar duendecillo delante de un estraño:

—Vamos, no hay nada malo—añadió el hombrecillo....—Mas perdon, olvidaba...... escusadme.... mis queridos amigos; os presento al señor Luciano de Roncy, jóven criollo, recien llegado de la Martinica, mozo encantador como veis, que me ha sido especialmente recomendado por los amigos que tengo por allá, y que conocen mucho á uno de sus tios; el señor ha llegado hace poco á mi casa, justamente en el momento que me disponia á venir á haceros una corta visita; á fé mia, me dije entónces: Una persona de mas en casa del amigo Dubreuil, no incomodará; y os traigo, sin cumplimiento, á mi nuevo amigo.

—Sed muy bien venido, señor—dijo el negociante al jóven criollo, que con mucha urbanidad quiso políticamente escusarse de su involuntaria indiscrecion, y del embarazo que su presencia podia causar á la familia.

—A qué vienen tantas frases?—interrumpió Liénard—presentado por mí, sois ya de la casa...... Es verdad, Dubreuil.... Vamos, colocaos á vuestro gusto.... y desahogámonos, porque tenia yo tal prisa por llegar aquí, que no hemos todavía tomado nada.

Llamó Natalia, y apareció un criado.

—Pronto, Francisco, pronto, hijo mio—ordenó Liénard—recomienda en la cocina, que no hagan esperar mucho à nuestro apetito de viageros......

Pero antes ve á mi cuarto, y traeme mi bata y mis babuchas. Esta es una costumbre; no me desayuno bien, sino cuando tengo los piés calientes y los movimientos libres...... Despues del almuerzo, prenderás fuego en la chimenea, é iré á tomar posesion de esa habitacion, que siento siempre desde que ya no la habito, y la que me apresuro á venir á ocupar lo mas pronto que pueda.

Francisco obedeció.

A aquel tono de propietario, à aquella franqueza de maneras y de lenguage, á aquellas órdenes dadas en fin, como verdadero dueño de la casa, la familia Dubreuil no respondió, mas que con una sonrisa de asentimiento. Fué traida la bata, y Natalia se apresuró à ayudar à su amigo à ponérsela; Albertina bajó para apresurar los preparativos del desayuno, y el mismo negociante deslizó en la mano de Francisco la llave de cierto candado, y en el oido del criado, el nombre de cierto vino favorito de Liénard. Solo el recien venido permaneció asombrado; aquella franqueza de su amigo le parecia tan estraña, tan fuera de los usos recibidos, y aun de la urbanidad, que no pudo dejar de manifestar altamente su sorpresa.

—A la verdad, señor Liénard, sabeis que sois muy feliz, en tener así una casa siempre abierta y pronta à recibiros? Habeis resuelto un problema dificil: cuando tan pocas personas son amas en sus

casas, vos habeis encontrado el medio de ser el amo en las de los demas.

—Una casa!—contestó el hombrecito con cándida inocencia—una casa! Verdaderamente no habeis acertado; tengo como esta, una docena poco mas ó menos; pero es preciso convenir, en que la que yo prefiero es la del amigo Dubreuil; en ninguna parte estoy tan bien como aquí; nada me incomoda, ni empleo la menor ceremonia; juzgaréis por vos mismo. Ah! no conoceis à Dubreuil: sus amigos estàn en la casa de él, absolutamente lo mismo que en las suyas.

—No conoceis á Liénard—dijo Dubreuil á su turno—él està como en la suya en casa de todos sus amigos.

—Pardiez! no hay medio de hacerlo de otra manera!...... Mas aquí està el almuerzo; á la mesa, jóven, é imitadme. Decia, pues—continuó él, gustando las salsas y saboreando el vino de su amigo Dubreuil—yo decia, pues, que no habia medio de hacerlo de otra manera: Aun cuando yo quisiera no podria; si mis amigos encuentran mi presencia incómoda, tanto peor para ellos; para qué me obligan à salir de mi casa, é ir à verlos? Cuando es uno soltero como yo y sin parientes cercanos, es preciso componerse una familia; y creada esa familia, es preciso mantener con ella buenas relaciones; qué diablo! Yo conozco mis deberes, y no sé olvidar jamas á mi parentela; no soy un oso, á

Dios gracias, y nadie en el mundo puede obligarme à que me sepulte en mi madriguera...... Bonita madriguera sin embargo, yo me vanaglorío de mi casita del barrio de Beauvoisine...... Vos no habeis tenido tiempo para ecsaminarla, señor de Roncy, será otra ocasion; pero creedme, por bonita que sea, me fastidiaria hasta morirme, si me fuese preciso habitarla por mucho tiempo: nadie quiere tomarse el trabajo de ir á admirarla. Por pequeña que sea yo la encuentro demasiado grande, soy solo, mi jardin es encantador: flores, frutas, todo lo que deseis; mas qué me importa? No tengo á quien ofrecer las unas, y no me gustan las otras! Tengo una bodega admirablemente provista, que me ha costado cuidados, tiempo y dinero; pero para qué me sirve? Me he de beber yo todo mi vino? Sin contar mi bosquecito que hormiguea en conejos, me los comeria voluntariamente; pero en conciencia, miradme bien. Podré divertirme en correr tras ellos? Tengo tambien mas de las rentas que me son necsarias, que producen mis capitales. Preguntad, mi jóven amigo, á Dubreuil, que las hace valer y las conoce; pero es imposible que gaste cuanto tengo yo solo...... Siempre tengo algunos buenos rollos de napoleones, á disposicion de algun amigo necesitado...... Pero, lo creeríais? Nadie ha tenido nunca necesidad de mí.... Ninguno me ha dado jamas la satisfaccion de verlo desgraciado.... Estas gentes se burlan de mí;

no gozan de tanta felicidad, sino para hacerme rabiar; que el diablo se los....

—No diré la palabra—añadió despues de haberse detenido un momento, viendo el dedo de Natalia levantado en señal de amenaza—no, duendecillo, no la diré. Pero, voto al demonio! No por eso dejo de pensar.... que todos mis amigos son egoistas. Tú el primero, Dubreuil.... has querido calmarme con una mirada y un gesto.... bah! Primeramente, que yo no me enfado, ni soy tan bestia.... la cólera entorpeceria la digestion. Así, pues, mi jóven amigo—continuó dirigiéndose á Luciano—ved si hago mal, y si no soy digno de compasion. Me gusta la sociedad, el ruido de los negocios, la discusion y los bailecitos.

—Oh! sí—apoyó maliciosamente la jóven.

—Por qué lo habia yo de negar? Pecado confesado, dicen, casi casi perdonado. A fé mia, sí, me gustan las diversiones; me hacen vivir; me moriria si solo tuviese que ocuparme de mi persona; me gusta mezclarme en todo, y en los matrimonios mucho mas; oh! los matrimonios son mi fuerte.—Y completando su mirada su pensamiento, parecia decir á Natalia: paciencia, hija mia, me ocupo del vuestro.

—Sin embargo—añadió el criollo, que se complacia en el desarrollo de aquel carácter, mezcla singular de bondad y de personalidad—sin embargo,

si mal no recuerdo vuestras propias palabras, habeis permanecido soltero.

—Yo! eso es muy diferente.... Me gusta mucho hacer mi voluntad, demasiado; y primero que todo, mi independencia, mi libertad, y esto me conduce rectamente, á lo que tenia el honor de deciros: mis amigos se quedan en sus casas y me abandonan; yo no quiero permanecer en la mia, y voy á las de ellos. Me he dicho á mí mismo: Continuaré viéndolos y los veo. Cuando à Liénard se le pone alguna cosa en la cabeza, no se le quita con mucha facilidad. Sufro un poco, no siempre estoy á todas mis anchuras; no en todas partes comen á una misma hora; es preciso algunas veces, so pena de pasar por impolítico, que me marche, cuando me seria muy agradable el quedarme; ó que yo me quede cuando no desearia otra cosa mejor que ir á pasearme.... Pero á pesar de todo, conservo mi independencia; soy libre como el viento, porque debeis considerar, que si todo esto me desagradare, no me someteria á ello, y así logro mi objeto principal: vivir con mis amigos que no tienen la política de ir á vivir conmigo. Ellos han creido vejarme y yo me vengo. Y bien, voto al diablo! si no están contentos con recibirme, que vayan á mi casa á tratar de sus negocios, á divertirse, á decidir los matrimonios, à reir, á beber y à maldecir; entónces consiento en no ir á casa de persona alguna; aun haré construir otra ala en mi pequeña nfica

aumentaré mis plantíos, tendré mi bodega en un estado continuamente respetable: no se notarán en ella las brechas: tendré un carruage y caballos; añadiré liebres á los conejos de mi bosque; haré ó harémos todos honor á mis rentas; pero miéntras que los que amo, se obstinen en permanecer en sus casas, yo me veré obigado á no alojarme sino en ellas, y á ir de casa en casa, durante todo el año: esto es cruel; pero no quiero que se diga que he encontrado jamas un obstáculo á mi voluntad y á mis deseos de independencia. Dubreuil, este año comienzo por tí, y te concedo un mes.... nada mas que un mes. Qué quieres? no soy egoista...... y pertenezco á todos mis amigos.... Mas tranquilízate, volveré de cuando en cuando; tú eres el preferido.... Vamos, un dedito de vino, porque me siento alterado....

—Hé aquí lo que causa el hablar demasiado—dijo Natalia, que se apresuró á servirlo—vosos enfermais, mi buen amigo......

—Querida niña!—esclamó Liénard—que toma tanto interes en mi salud, y que me llama siempre su buen amigo, aunque sea ya una señorita.

La jóven no tenia necesidad de aquel cumplimiento para ruborizarse. Durante la interminable charla del buen amigo, habia muchas veces arrojado al descuido una mirada sobre el estrangero, y éste, justamente en el momento en que Liénard aca-

baba de hablar, la habia sorprendido *in fraganti* en su curiosidad.

—No, no será nada—añadió Liénard, que habia hecho una pausa en su conversacion, mas que para saborear lentamente, y con la conciencia de un fino gastrónomo, hasta la última gota de un vino esdirituoso — por otra parte, no debia yo por mi propio honor, manifestar á un jóven protegido, por qué razon lo he conducido aquí, en lugar de recibirlo en mi casa?

—Es justo—contestó Dubreuil—y me felicito por haber sido escogido con preferencia á cualquiera otro, para dar al señor una buena y franca hospitalidad.

Dirigiéndose despues directamente al jóven, prosiguió:

—Permitidme, señor, os pregunte cuál es el objeto de vuestro viage? Puede mi pregunta pareceros indiscreta; pero no es dictada, sin embargo, mas que por el deseo de saber en qué puedo seros útil.

Luciano iba á responder, aunque un poco embarazado; pero Liénard, aprovechando aquella ocasion de hablar que se le presentaba, contestó:

—El señor de Roncy me confió esta mañana que se fastidiaba en la Martinica, y ha venido á Francia para ver cosas nuevas y distraerse.

El criollo apoyó con una señal afirmativa las palabras de Liénard.

—En ese caso, os haré con mucho placer, en tanto que de mí dependan, los honores de nuestra ciu dad; aceptad, pues, aquí, señor, lo que Liénard os ha ofrecido antes que yo, y como si yo mismo hubiese hablado: amistad, buena posada y entera libertad.... Vamos, Natalia, llena los deberes de dueña de la casa; corre á dar las órdenes para que se prepare á nuestro nuevo huésped el pabelloncito del terrado..... Os alojo un poco léjos de nosotros —continuó Dubreuil, dirigiéndose de nuevo al jóven estrangero—mas no por eso tendréis menos libertad para ir y venir cuando os convenga...... Por otra parte, bien que separados por la distancia del jardin, no por eso nos verémos con menos frecuencia, y serémos mejores vecinos, cuanto que no temerémos incomodarnos uno á otro.

Sin duda el ecsámen furtivo, al cual habia sometido la jóven al señor Luciano, habia sido favorable à este último, porque con el mas vivo apresuramiento salió para obedecer las órdenes de su padre.

Así, pues, el criollo fué instalado en la casa. Tal vez el negociante habria mostrado mayor reserva con respecto al estrangero presentado por el amigo Liénard, si Albertina no hubiese estado allí; pero habia visto à ésta hacer un movimiento como para aventurar una observacion sobre la conveniencia de aquella presurosa oferta, que casi rayaba en imprudencia; esto fué bastante para que Dubreuil persistiese en la resolucion de detener en su casa al señor

de Roncy. Hallaba malo esto su muger, luego era bueno. Razonamiento falso, suposicion ridícula y tal vez peligrosa; pero que en cualquiera circunstancia se apresuraba à formularla así, y que seguia à la letra desde su rompimiento con Albertina. La esposa no hizo caso de aquella nueva señal, de un desprecio que la costumbre le hacia casi indiferente; la madre sola tuvo que sufrir, porque si habia querido presentar una objecion, con el fin de combatir el proyecto de su marido, no era por ella, sino solamente por su hija.

Por lo demas, es préciso decirlo, nada habia en las maneras y en el lenguaje de Luciano, que no justificase plenamente la halagüeña acogida que se le habia hecho. Luciano tenia para ayudar en su favor, ademas de su juventud, una fisonomía interesante, una urbanidad esquisita, ese no sé qué, en fin, que previene y atrae, que se siente y que escapa à la definicion; poco hablador tal vez, aunque hubiera podido hablar muy bien sobre cualquiera cosa, porque su instruccion era tan variada como profunda; poco hablador, pero no absolutamente silencioso por desden ó por apatía; si se notaba en sus discursos y en sus costumbres cierta gravedad y seriedad, al menos nada tenia de repugnante; era por el contrario un encanto mas, una dulce tristeza sobre un rostro juvenil. Añadamos à esto que, cocomo Luciano habia ya viajado mucho, y su talen-

to habia sido adornado con buenas y sólidas lecturas, se gustaba un placer singular al oirlo hablar; cuando por casualidad, arrastrado por una conversacion que le agradaba, ó por el poder de sus recuerdos se entregaba à ella enteramente, entónces era cuando hablaba mas bien lo que producia el corazon, que lo que le dictaba su talento. Todas estas cualidades, resultado de la educacion, todos esos dones de la naturaleza que poseia el nuevo huésped de Dubreuil, no tardaron en ser apreciados tal cual lo merecían; y concluyeron por acostumbrarse tanto, y en tan poco tiempo à verlo como de la familia, que no se notaba mas que su ausencia, cuando acompañado de Liénard hacia sus escursiones durante algunos dias en las inmediaciones de Ruan.

VIII.

GUILLERMO GIROUX.

Era, pues, una ecsistencia serena y encantadora la que se gozaba en la habitacion del negociante, y esto gracias à la introduccion del jóven estrangero: ecsistencia mezclada con fàciles trabajos, con paseos y visitas al gran mundo durante el dia; por la tarde, música ó agradables conversaciones al lado del fuego: nunca Dubreuil habia hallado las noches tan cortas y tan agradables, aun à pesar de la presencia de su muger. En cuanto à ésta, que al principio habia visto con una especie de repugnancia la admision del señor de Roncy en la intimidad de la familia, habia concluido por hacer lo mismo que los demas; amó à Luciano, y tranquilizada su ternura maternal, bendijo al criollo por el bien que le cau-

saba su presencia: le debia, si no la paz, al menos una tregua à sus sufrimientos; gracias à Luciano, su marido olvidaba su tiranía.

Este estado de cosas hacia seis meses que duraba, y por consecuencia hacia cinco que Liénard, fiel á su sistema de amistad é independencia, habia partido para ir á visitar á otros amigos, cuando un dia Dubreuil, que habia sido llamado para formar parte del jurado, en la sesion del ayuntamiento, entró mucho tiempo despues de la hora acostumbrada do comer, parecia muy triste, y bajo el yugo de una preocupacion de que no podia libertarse.

Concluida la comida, apresuradamente y en silencio, se dirigieron al salon, y se sentaron al rededor de la chimenea. Dubreuil se hallaba todavía dominado por el mismo pensamiento desagradable que lo perseguia.

—Apostaría—dijo Natalia con voz cariñosa—que es ese odioso tribunal el que causa tu tristeza.

—Es verdad—contestó pasando la mano por su frente—he visto hoy un espectáculo, y he escuchado palabras que no olvidaré en mi vida.

—Cuéntanoslo!

—Tú lo quieres, hija mia?

—Y yo, señor—añadió Luciano—os lo suplico, si mi súplica puede tener algun peso, despues del deseo esplicado por la señorita Natalia.

Albertina fué la única que no dijo nada: no tenia derecho ni de querer ni de pedir.

—Escuchadme, pues—dijo el negociante—y sobre todo escuchadme con atencion, porque el asunto lo merece. No esperéis, sin embargo, uno de esos dramas judiciales, inmensos y complicados, cuyos monstruosos detalles se agrupan al rededor del hecho principal para escitar la curiosidad y cautivar el interes; aquí no hay mas que un acusado, un hecho muy simple, muy natural, confesado por él, y esa misma simplicidad es la que aumenta aquí el terror, la que conmueve mas profundamente el alma, y le inspira un doble sentimiento de horror y de piedad.

Despues de tal ecsordio, que preparó perfectamente la atencion de su auditorio, Dubreuil continuó:

—"Todo el mundo en Ruan conoce à Guillermo Giroux, el rico arrendatario de Salmonville: todo el mundo sabe el crímen que ha querido cometer; de él es de quien se trata: su hija, la hija del amo, amaba á un criado de la quinta, y bien pronto el deshonor de la desgraciada niña fué descubierto."

A estas palabras por un sentimiento de pudor ofendido, y al mismo tiempo sin duda para buscar un apoyo contra la emocion que le habia causado el tono solemne del narrador, Natalia se apretó contra su madre, que por su parte abria ya la boca, para hacer observar que semejante relacion no convenia delante de una jóven; mas comprendiendo

que sus observaciones serian ó mal recibidas ó al menos inútiles, se resignó al silencio.

—«Al descubrimiento de la falta de su hija—continuó Dubreuil—el padre justamente irritado, no dió oidos mas que à su cólera, y tomando un baston nudoso, ruborizándose y medio loco, le dió à la culpable, que cayó bajo la violencia del golpe, con la cabeza hecha pedazos y bañada en su sangre. Entónces el padre, á quien el acta de acusacion no teme designar con el título ne asesino, como si se tratase de una accion verdaderamente criminal, y no del efecto de una indignacion muy natural, y escusable aun en su mayor esceso, el padre, repito, Guillermo Giroux, vuelve en sí cuando ha cumplido, lo que en buen derecho se llama un acto de justicia; arroja una mirada sobre la desgraciada, tirada sin movimiento á sus piés, é imaginándose que la ha muerto, con los ojos secos sin embargo, y las facciones trastornadas todavía por un resto de cólera, mas no manifestando ni pesar ni dolor, corre y se hace hacer preso.

«Ayer compareció ese hombre ante nosotros, despues de dos meses de cautividad, sereno como el primer dia, sombrío y triste; pero con una tristeza grave, severa y llena de energía; se veia que lo que causaba aquella tristeza era, no el conocimiento de su posicion, no el temor de una sentencia y de una muerte infame, sino el sentimiento de su ultrage, siempre presente, siempre vivo. Os lo juro, al as-

pecto de aquel alto y rudo viejo, que no contaba mas que una mancha sobre su vida, que no inclinaba la cabeza mas que bajo el peso de una falta, y de una falta que no era suya, á la vista de aquel venerable acusado, que esperaba en fin, sin inquietud, así como sin espanto, el juicio que podia dar el cadalso, por término á su larga carrera, llena de honor y de probidad, sí, os lo juro, no hubiérais podido escapar á la emocion mezclada de respeto involuntario, de que fuí acometido.

«El trabajo de los testigos era fácil; Guillermo lo habia confesado todo, y esplicádolo en términos claros y precisos con una seguridad llena de dignidad, igualmente distante de la desvergüenza y de la cobardía; solo parecia sentir un penoso embarazo, cuando para obedecer las órdenes del presidente, se veia forzado á volverse hácia el banco de los testigos, porque habia allí una persona que hubiera querido no ver; así, pues, no dirigia á aquel banco, mas que una rápida mirada, y entraba en seguida en su impotente calma. Esa persona cuya vista le causaba tanto mal, debeis adivinar que era su hija, sí, su hija, que curada de su espantosa herida, asistia á los debates, con la vergüenza en el rostro, y el tormento en el alma.

«Hoy solo faltaba escucharla á ella. Al escuchar su nombre se levantó vacilante, y sostenida por los que estaban cerca de ella, el presidente le dió ánimo, hizo que llevasen una silla al recinto del

tribunal, y se tomó el trabajo de recordar que la hija del acusado no seria sometida al juramento. Al oir el nombre de Fanchette..... es el de la culpable—añadió Dubreuil.

—De la culpable?—preguntó Luciano.

—No, del testigo quise decir—contestó Dubreuil.

Al oir aquel nombre, el padre ocultó la cabeza entre sus manos para no verla. Despues de haber dado un paso, la infortunada se detuvo, como si no pudiese ir mas léjos; armándose en seguida de valor se adelantó. Era preciso ver á aquella jóven agobiada por el dolor, con su cicatriz en la frente, llevando á la barra del tribunal la prueba elocuente y visible de la sangrienta justicia de su padre. Esto oprimia el corazon; habia en aquella reunion de la víctima y del asesino cierta cosa sublime que hacia estremecer......

—«Hablad ahora"—dijo el magistrado. Ella hizo una débil señal con la cabeza, como para responder:—«Esperad que recobre mis fuerzas para obedeceros."

En efecto, Fanchette pareció resignarse á hablar mas habiendo llegado á la silla preparada para ella, se volvió hácia su padre......

—Al tribunal es á quien debeis dirigiros—dijo el presidente. Mas ella, sorda á aquellas palabras, á

aquellas órdenes muchas veces repetidas, escuchando una voz mas poderosa, corrió hácia su padre, y cayó á los piés del viejo, gritando en medio de sus sollozos:—«Perdonadme, padre mio, perdonadme!!"

Y espectadores y jurados se hallaban enternecidos, y los mismos jueces, aunque mas acostumbrados que los demas á sangrientas escenas, no podian dominar su emocion: solo el padre habia permanecido inmóvil en su inflecsible postura: se comprendia que no habia perdonado.

—Es posible!—esclamaron al mismo tiempo la señora Dubreuil y el jóven criollo. Natalia estraordinariamente conmovida, no pudo mas que juntar las manos y murmurar: Pobre! pobre Fanchette!

—Ah! sí, lo que os digo es verdad—prosiguió el negociante—Guillermo Giroux no habia perdonado; mas no he concluido. Despues de la declaracion de la desgraciada jóven, declaracion muchas veces interrumpida por sus lágrimas y sus sollozos convulsivos, despues de la requisitoria del ministro público, que concluyó con pedir la aplicacion de la pena mas severa, porque habia premeditacion, apariencia de asesinato en el referido crímen del arrendatario, despues de la acalorada réplica del defensor de Guillermo, éste suplicó se le permitiese hablar; y habiéndosele concedido, tomó la palabra en medio del mas profundo silencio:

—Señores—dijo entónces—no soy mas que un

pobre paisano, y no os detendria aquí por mas tiempo, si no supiese que las palabras que dicen la verdad concluyen siempre por ser comprendidas por las personas honradas. Se ha pretendido, y vosotros lo habeis escuchado ayer por boca de uno de los testigos; se ha pretendido, digo, que por orgullo, por ferocidad y por avaricia me he ecsaltado contra la pasion criminal de esa niña, y que por esa misma razon la he castigado. El padre Guillermo Girox era muy rico, muy vanidoso para consentir en el matrimonio de su hija con un jornalero; hé ahí lo que han dicho, y á eso respondo: que no es cierto! Lo juro delante de Dios; he herido á mi hija porque era culpable, porque habia manchado mi nombre y amargado mi ecsistencia, porque amaba sobre todo á la miserable, y porque me habia engañado. La he herido, y no me arrepiento mas que de la debilidad de mi brazo; porque yo hubiera querido matarla. Sí, señores—añadió el arrendatario—he querido matarla; y no es muy natural? Yo me veia deshonrado, y el deshonor que proviene de una niña que amamos mas en el mundo, es una de esas cosas que no pueden soportarse. La ley condena esto, es verdad; mas los que seais padres entre vosotros, debeis comprenderme."

—Lo confieso—prosiguió Dubreuil—aquellas simples palabras, mas elocuentes en mi opinion que toda la relacion que el hábil abogado nos acababa de hacer, produjeron en mí una impresion que nada

pudo destruir, ni aun la evidencia del hecho, de que se hacia cargo el acusado. A pesar de tal evidencia, á pesar de la accion confesada, no me creí con derecho de condenar al padre, desaprobando al hombre que se habia hecho justicia á sí mismo; como gefe del jurado, combatí enérgicamente en la sala de las deliberaciones á mis cólegas que opinaban por el castigo del culpable; y en fin, volvimos á comparecer en el tribunal con una sentencia de absolucion.

—«Mas comprended el efecto que debia producir Guillermo Giroux en el auditorio, cuando léjos de darnos gracias, léjos de manifestarse gozoso por verse absuelto, se levantó orgullosamente, y sacudiendo su blanca cabellera, dando á su cabeza, verdaderamente hermosa en aquel momento, una espresion á la vez enérgica y dolorosa, al mismo tiempo que nos señaló con temblorosa mano á la hija culpable, comprended, os digo, el terror que se apoderó de todos los corazones, cuando con voz conmovida al principio, y al fin sonora, magestuosa y retumbante, nos dijo:

—«Hubiérais hecho mejor en condenarme, señores, porque á esa desgraciada que veis ahí, os lo juro delante de Dios, la mataré.»

—Espantoso!—dijo Luciano.

En cuanto á Natalia, murmuró una palabra que no se entendió.

—Pues bien—dijo Dubreuil—no son las palabras de Guillermo las horribles y espantosas, sino mas bien la necesidad imperiosa que las ha hecho pronunciar; yo he aplaudido desde el fondo de mi corazon el sentimiento que las ha dictado, porque comprendo ese sentimiento. Ama uno á su hija porque está orgulloso de ella, porque causa nuestro orgullo, nuestra alegría, nuestra gloria; se complace uno en mostrarla, como ostenta el rico su oro, como la coqueta hace brillar sus joyas mas preciosas; pero si sucede que alguno tiene el derecho de arrojarle al rostro un desprecio, y si éste es merecido; si en fin, comprendeis un dia que está manchada vuestra gloria, destruida vuestra alegría, que la joya no es mas que vidrio, cómo queréis que no se rompa en un momento de indignacion y de furor.....

—Pero una niña tiene siempre derechos á la indulgencia de su padre—dijó con cierta firmeza la señora Dubreuil.

Sin escuchar á su muger, sin responderle, prosiguió animándose por grados.

—Ah! Dios mio, yo no temo cosa igual; pero creo que si me sucediera, tendria siempre en la imaginacion, como el arrendatario Guillermo, no solamente la idea de la falta de mi hija que me deshonra, sino como él tambien, la de todas las astucias que debió emplear para conseguirlo; pensaria: el dia en que recibia sus caricias, en que la oprimia yo

contra mi corazon, como lo hago en este momento con mi buena é inocente Natalia; pensaria, repito ese dia, á esa misma hora me engañaba; me habia engañado la víspera, y en mis brazos, prodigándome dulces palabras, reflecsionaba tal vez, como podria engañarme al dia siguiente. Qué! habia de decirme esto yo, su padre, y querríais que tuviese indulgencia con ella; exigiríais que saliese de mi boca la palabra perdon, cuando no podria tener mas que un deseo de venganza en el alma? Creeis esto posible? Oh! palabra de honor, Guillermo Giroux, ha tenido razon de decirlo: con semejante pensamiento que no se aparta de nosotros, que nos irrita sin cesar, tarde ó temprano llega uno á matar á su hija.

Dubreuil se detuvo con las manos crispadas y sus ojos brillantes. Natalia se habia inclinado sobre el hombro; tomo con las dos manos la preciosa cabeza de la encantadora niña, y la besó muchas veces, creyendo ver en el movimiento de su hija una caricia y una señal de aprobacion. Mas Albertina, madre atenta, se estremeció en su propio asiento, Natalia inclinó su frente, porque tuvo temor de haber adivinado el motivo verdadero de aquel abandono filial; se hubiera dicho, en efecto, que Natalia no habia bajado la cabeza mas que para disimular una súbita palidez, causada tal vez por el interes demasiado vivo que tomaba en la relacion de su padre.

En cuanto á Luciano, habia permanecido sereno y frio en apariencia; no trató ni aun de probar que Guillermo, despues de su brutal accion y de una aquiescencia inesperada, habia aumentado su falta profiriendo una amenaza tan espantosa.

—Dar la muerte—dijo únicamente—no deja de ser siempre un crímen: todo asesino debe dar cuenta á Dios y á los hombres de la sangre que ha derramado, y no sé que esté un padre, mas que cualquier otro asesino, fuera de la ley general; y aun me parece que hay una justicia en hacerle sufrir esa ley, mas implacable, mas terrible á él que á los demas.

— Sin embargo —contestó con viveza Dubreuil, levantándose—si el padre es ultrajado, se cree bastante fuerte delante de Dios por el testimonio de su conciencia para desafiar la ley de los hombres; quién detendrá su brazo? qué poder lo contendrá cuando va á cometer un asesinato?

Luciano conoció tal vez que seria una imprudencia el prolongar la discusion, y guardó silencio; Albertina observaba siempre á Natalia.

Esta conversacion produjo en el resto de la noche una frialdad glacial sobre la reunion ordinariamente animada. Así, pues, la jóven, aunque su padre le hubiese rogado por varias veces, no pudo cantar en el piano, é hizo en vano mil esfuerzos para parecer alegre y risueña como siempre. Lucia-

no por su parte, ni aun siquiera atendia á la partida de los cientos acostumbrada, y Dubreuil tenia trabajo en contener la impaciencia que le causaban los multiplicados yerros de su adversario. Albertina que no perdia ni uno solo de los movimientos de su hija, Albertina, á quien ese instinto particular á las madres, y que les sirve de adivinacion, parecia conocer el estado de incomodidad en que se hallaba Natalia, le preguntó si no seria de opinion de que se retirasen.

—Todavía no es hora—esclamó Dubreuil.

—En efecto, me siento fatigada—respondió la jóven levantándose, despues de haber dirigido á su madre una mirada llena de reconocimiento.

—Ya lo creo—dijo entónces el padre, mirando la manecilla de la péndula—son las nueve....

—Vamos, señor de Roncy, os desquitaréis mañana; con que así, buenas noches.

Y se separaron.

Ordinariamente se separaban hasta las diez de la noche; mas un deseo de Natalia era suficiente para cambiar las costumbres de la casa; se contemplaba tan feliz Dubreuil, tan feliz en obedecer los menores caprichos de su hija.

En el momento en que la hija del negociante, habiendo llegado á la puertecita de su alcoba, daba á su madre el beso de despedida, Albertina que vacilaba en interrogarla, le preguntó sin embargo:

—Nada tienes que decirme?

—No, mamá, nada—respondió la jóven con tal espresion de franqueza y de candor, que la escelente madre no supo qué pensar, y llegó hasta acusarse de haber concebido una duda culpable, una sospecha injuriosa.

Y sin embargo, si alguno hubiera podido un momento despues penetrar en el cuarto donde la jóven que acababa de esplicarse con un tono de verdad tan natural, se habia encerrado dando dos vueltas á la llave, la hubiera visto pálida como un muerto, con los ojos estraviados al principio, y elevados al cielo en seguida; la hubiera visto despues doblegàndose al peso de una desesperacion, tanto mas violenta, cuanto que habia sido contenida por mas tiempo, caer de rodillas, haciendo esfuerzos por orar; casi al instante el testigo oculto hubiera visto á la hija de Dubreuil, levantarse como si no pudiese encontrar bastante fuerza para una oracion; torcerse despues las manos, pasearse con precipitacion, arrojarse vestida en su lecho, y ocultar su cabeza en la almohada, para ahogar sus sollozos: porque lloraba la jóven que siempre estaba tan alegre, aquella Natalia, á quien todo parecia sonreir en la vida. Al amanecer lloraba y gemia aún.

Albertina tampoco habia dormido en toda la noche. Atormentada por una vaga inquietud, buscó en vano el sueño. Cuando apareció el dia se apresuró à ir à llamar á la puerta de su hija; nadie res-

pondió: llamó en voz baja; el mismo silencio. Turbada entónces, y sometida al efecto penoso de una ansiedad de que no podia darse cuenta, mas que como de un temor, que por no tener un objeto distinto, no era menos real, Albertina descendió apresuradamente al jardin, y maquinalmente, sin quererlo, sin pensar en ello, siguió la primera calle que se ofreció á su vista, la cual la condujo en derechura al pabellon del terrado. Repentinamente la señora Dubreuil se detuvo en su marcha, hasta entónces rápida; se detuvo, decimos, cuando reconoció que se dirigia á aquel pabellon, que se habia dado por habitacion al jóven criollo. Un súbito rubor apareció en sus mejillas: el instinto que habia guiado sus pasos por aquella parte, le advertia que Natalia era culpable; mas quiso dudar todavía, y un sentimiento de respeto á su hija la hizo retroceder. Entró en el comedor situado en el piso bajo, y cuyas ventanas daban al jardin; queria esperar la vuelta de Natalia; mas allí encontró à su marido.

—Bueno—dijo él con tono burlon—ya levantada, y de dónde venís tan temprano?

—De dar un paseo en el jardin, y....

Y no tuvo ni el tiempo ni la fuerza para concluir su frase, porque apénas habia dicho las primeras palabras, cuando vió á su hija que desde el fondo del jardin se dirigia á la casa.

—Diablo!—continuó Dubreuil—escogeis una hora muy estraordinaria para vuestros paseos.

—Natalia lo deseaba—respondió ella con embarazo, y no sabiendo cómo sustraerse á las observaciones irónicas de su marido.

—Ah! es justo—contestó entónces con bondad—cuando se acuesta uno tan temprano, se puede gozar el placer de respirar el aire de la mañana....

En seguida, volviendo à su tono de crítica burlona:

—Era preciso que vuestra hija os enseñase eso, porque vosotras, grandes señoras, educadas en las costumbres perezosas......

Hubiera podido continuar, porque Albertina no lo escuchaba. Obedeciendo á ciertos temores, mucho mas fuertes que su voluntad, y dejando á su marido que concluyese en monólogo sus injustas observaciones, habia abandonado el sitio, no para escapar de las malévolas observaciones de Dabreuil, sino para correr al encuentro de su hija, que se aprocsimaba á là casa á pasos lentos.

Poco faltó para que Albertina no arrojase un grito de espanto, á la vista del cambio que se habia verificado desde la víspera en las facciones de la pobre niña; la tomó por debajo de los brazos, calmándola con tiernas y consoladoras palabras, y como sintió que vacilaba, le dijo con bondad:

—Sostente, que trata de calmarte; ahí está tu padre viéndote y esperándote; no temas nada, sabe que hemos salido las dos muy temprano; acabo de decírselo.

—Ah! mi querida madre!........

Y las palabras espiraron en los labios de la jóven; pero una mirada tierna y suplicante, esplicó el resto de su pensamiento.

—Muy bien sabia yo, hija mia—se contentó con añadir Albertina—muy bien sabia yo anoche que tenias alguna cosa que decirme.

Un momento despues habia besado á su hija, y notando la alteracion de su rostro, él mismo se habia acusado, de haberla causado por su relacion de la víspera, relacion cuyo recuerdo habia sin duda producido una noche de insomnio.

Pasaron algunos minutos y salió Dubreuil; los intereses de su comercio lo llamaban fuera de su casa; Albertina y Natalia se hallaron entónces solas: subieron juntas á la habitacion de la jóven. Habiendo cerrado la puerta con cuidado la niña humilde, y como vencida bajo el peso del arrepentimiento, se arrodilló á los piés de su madre, sin poder pronunciar una palabra: Natalia veia solamente á Albertina, é imploraba una frase ó señal que le diese fuerza y valor.

—Pues bien, sí—le dijo la señora Dubreuil, levantándola—sí, yo te perdono, hija mia, yo te perdono; pero dímelo todo!........

IX.

EL SECRETO DE LA JÓVEN.

Natalia, como lo hemos dicho, no estaba ya á los piés de su buena madre; ésta la habia levantado y héchola sentar en sus rodillas. La jóven, sin embargo, sea por vergüenza de la confesion solicitada, sea por timidez al esplicarse claramente, continuaba guardando silencio, como si la indulgencia maternal no le hubiese con anticipacion prometido el perdon de su falta, cualquiera que fuese; como si no hubiese ademas comprendido la muda pero elocuente prueba de tierna confianza que acababa de recibir. La señora Dubreuil se callaba tambien, ecsaminando con una ansiedad dolorosa las dudas de la pobre niña que se doblegaba temblando bajo el peso de aquella mirada mas bien temerosa que severa.

Las dos mugeres permanecieron así durante algunos segundos.

Pero impotente para resistir á su impaciencia, á sus inquietudes que iban en aumento, la madre tomó en fin la resolucion de interrogar de nuevo á su hija. Conociendo Natalia por su parte que tenia una necesidad imperiosa de confesarlo todo, hizo un violento esfuerzo sobre sí misma; y en el momento en que Albertina abria la boca para repetir su ruego, la niña arrancó del fondo de su alma atormentada, pero donde el dolor no habia ahogado aún la esperanza, arrancó, decimos, estas palabras que encerraban una confesion completa:

—El me ama, mamá! me ama! y se casará conmigo!

Al oir tales palabras, la señora Dubreuil no pudo ocultar un movimiento involuntario de repulsion, que fué demasiado conocido por Natalia.

—Oh! si tú me rechazas—continuó la jóven desconsolada precipitándose al cuello de su madre, y uniéndose á él como un náufrago á la tabla que le presenta la salvacion—oh! si tú me rechazas, mamá, qué me queda entónces, Dios mio?

—Pues bien, sí—dijo la señora Dubreuil, volviendo á la duda y tratando de alejar como injuriosa, como imposible, la suposicion de la desgracia tan claramente revelada por la esclamacion de su hija —sí, yo te lo he prometido: serás siempre mi hija

querida: tienes razon, debo quedarme para tranquilizarte contra tí misma, para hacerte leer en ese corazon que vas á abrirme; me quedo á tu lado, sí, me quedo; lo oyes, Natalia? Nunca te dejaré, aun cuando todo el mundo se crea con derecho de abandonarte; sí, pobre niña, me encontrarás siempre aquí, pronta à consolarte y à sostener tu valor. Mas à qué viene pensar en eso? Gracias à Dios no estamos reducidas à esa estremidad: à Dios gracias, nada has hecho que pueda dar à los que te aman el derecho de rechazarte, y no tendràs jamas necesidad de mi apoyo contra el abandono de los demas; oh! no, tú te engañas, sin duda. Tu dolor me habia espantado al principio. Perdóname, hija mia: tú no eres culpable, porque no puedes serlo: ya lo he dicho: te engañas, sin duda; te estravia tu inesperiencia, turbada como lo estás por los nuevos sentimientos que se despiertan en tí. Un error de tu cándida inocencia te hace mirar tal vez como un crímen lo que no es ni una falta á tu edad: tú amas, no es verdad? y esto te parece tan estraño, que tienes temor y vergüenza de tu amor.... Vamos, es cierto que he adivinado? Te ruborizas y vuelves la cabeza, no me respondes..... Y por qué ruborizarte, por qué, pues, tener vergüenza, si el que amas merece tu amor?

—Luciano lo merece, mamá!

—El señor de Roncy!

—No te he dicho que era él?

—El ú otro, qué importa, con tal que sea digno de tí. Temes que tus sentimientos no sean aprobados por tu padre? haces mal, porque sabes lo mucho que te ama; jamas su ternura ha rehusado nada á tus caprichos, á tus menores deseos; y cuando se trata de tu felicidad, de tu porvenir, tiemblas, temiendo no se muestre por la primera vez duro y severo.... Qué loca eres!..... tu felicidad no es la suya?

Albertina se detuvo, y repentinamente el espanto de haber comprendido demasiado el grito de desesperacion de Natalia, ese espanto contra el cual luchaba, tratando de penetrar la verdad, se le presentó horrible y en toda su primitiva violencia; porque escuchó á su hija, que siempre con la cabeza oculta en su seno, murmuraba con el acento de un espanto indecible:

—Mi padre! mi padre!

—Pero Diós mio, qué hay, pues?—respondió la señora Dubreuil—me he engañado? En todo lo que acabo de decirte, lo cierto es, y lo repito, y estoy segura de ello, lo cierto es que tu padre no rehusará tu mano al señor de Roncy, si los informes que la prudencia ecsige que se tomen en semejantes circunstancias le son favorables; y lo serán sin duda; tu padre entónces se apresurará á consentir en este matrimonio: y será muy feliz sabiendo que tú lo eres. Mas si sucediese lo que no es posible, ni creo, que el señor Luciano encontrase indigno de tí este

amor, no tiene todavía bastantes raices para que con el tiempo no puedas curarte de él, y olvidarlo....

—Olvidarlo!—repitió Natalia—ah! mamá, jamas! es imposible.

—Imposible?—repitió Albertina sonriéndose con incredulidad—á tu edad es imposible el olvido de semejante pena? Suceda lo que sucediere con tu inclinacion hácia el señor de Roncy, es preciso ser razonable, hija mia, y tú lo serás: no tienes por otra parte á mí y á tu padre, para calmar tu sufrimiento, para endulzarlo á fuerza de caricias y de consuelos? Pero á qué viene el armarse de una prevision que nada justifica? Así, pues, sin dilacion, desde hoy, al instante, es preciso hablar á tu padre......

—Oh, guárdate de hacerlo!—esclamó la jóven con terror, enderezando la cabeza, y mirando fijamente á su madre—guárdate de hacerlo, porque seria perderme sin remedio.

—Perderte!

—Sí—continuó ella, con una vehemencia estraordinaria—sí, seria perdida, si mi padre supiese que he amado sin decírselo; no lo oiste ayer?....

—Al contrario, te perdonaria inmediatamente, y pondria todo su cuidado en que ese amor tuviese el resultado que yo deseo.

—Cuidado inútil, mamá!—esclamó Natalia—de otro, de Luciano ahora, es de quien debo esperar mi salud...... El es el que debe hablar al pri-

mero.... La misma autoridad de mi padre, nada puede para apresurar ó retardar mi matrimonio, y aun cuándo no quisiese, lo que es muy posible, en fin, à pesar de lo que has dicho, aun cuando no quisiese, en fin, darme à Luciano por esposo, su voluntad seria impotente para deshacer lo hecho....

—Natalia, me haces estremecer!—dijo la señora Dubreuil con la angustia del desgraciado que tiene ya un pié en el abismo, cuya profundidad mide con la vista—mas lo hecho, qué cosa es? Acaba, acaba, qué quieres decir?

—No me maldigais, yo te lo ruego, no me maldigais.

—No te he prometido amarte siempre? Pues bien, decias?.... El señor Luciano........

—Madre mia, he sido culpable.........

—Culpable tú, niña desgraciada!

La singular energía que habia sostenido hasta aquel instante el valor de la jóven, habia caido repentinamente despues de la última palabra de su terrible confesion; tanto por debilidad como por vergüenza, inclinó la cabeza y sus ojos se cerraron; permaneció un momento sin voz, inanimada, casi fria: el alma y el cuerpo habian sucumbido en la lucha.

En cuanto á la señora Dubreuil, aquella espantosa realidad que sospechaba sin embargo, destruyó toda su fuerza moral; no obstante, fué la prime-

ra que recobró el sentimiento, y conteniendo sus lágrimas, y olvidándose de sí misma, no pensó mas que en su hija; alentándola con sus caricias, reanimàndola con sus besos, y oprimiéndola contra su pecho, como se oprime á un niño triste ó enfermo, y prodigándole esas tiernas palabras maternales, que consuelan, que reaniman la esperanza, que hacen que el mal y el dolor se alejen de la persona querida, como si temiesen, tocándolos, cometer un sacrilegio.

—Pobre Natalia!—murmuraba.

Al sonido de aquella voz penetrante volvió en sí Natalia.

—Tú no me acusas, mamá, no me reprendes, porque eres buena, yo me lo esperaba, porque me lo habias ofrecido; te doy gracias por ello, como por una inesperada felicidad. Ah! tú lo comprendes—prosiguió con la vista estraviada y temblando todo su cuerpo, como si estuviese todavía bajo la impresion de una espantosa amenaza—comprendes ahora, por qué me viste anoche palidecer, durante la relacion de mi padre? Por qué he sufrido tanto, durante aquella horrible escena del tribunal? Cuando el arrendatario Guillermo no quiso perdonar á su hija que le gritaba:—Piedad! Aquella desgraciada culpable y suplicante, me pareció que era yo; me parecia que mi padre me heria, como la hirió el suyo!

—Oh! no, hija mia, jamas.

—El lo dijo! él lo dijo! No escuchaste que aplaudia las últimas palabras del acusado, que habian absuelto? El añadió:—tarde ó temprano llega uno á matar á su hija!—Al oir estas palabras, toda mi sangre refluyó al corazon, y creí que iba á caer, que iba á morir; no sé lo que pasó en mí, lo que sentí...... mas aquella amenaza me reveló...... todo lo que yo tenia que temer.

—Sí, comprendo, tuviste temor por tí......

—No, madre mia—contestó Natalia con viveza —no temia yo por mí...... sino por mi hijo.

A aquella repentina revelacion de una nueva desgracia, la señora Dubreuil quedó muda y como petrificada. La jóven no se atrevia á mirar á su madre; temia al pronunciar estas palabras terribles: —Mi hijo—cruzó sus manos sobre su agitado seno, y en el gesto púdico, en la misma humillacion de su actitud, respiraba una increible espresion de orgullo: era el sentimiento maternal que en ella se despertaba.

Inmediatamente volvió Natalia á sus primeras palabras de confianza y de amor:

—Luciano me ama—dijo ella—es un hombre honrado: se casarà conmigo.

Albertina habia tomado su resolucion. Desde aquel dia, desde aquel instante, comenzaba realmente su tarea de madre, tarea grande y penosa, que prometió á Dios cumplir hasta el cabo.

Sin añadir una palabra, sin querer escuchar otra cosa, se levantó, colocó suavemente á su hija en la silla que acababa de dejar, y se lanzó á la puerta del cuarto: mas detenida por un grito desconsolador de Natalia, que con las manos enclavijadas y los brazos estendidos hácia ella, le decia con el acento de la desesperacion:

—Ah! bien sabia que me abandonarias.

—No, no, hija mia—contestó—lo que te dije antes de la confesion de tu falta y de tu desgracia, te lo repito ahora: te amo y te perdono...... espérame, espérame!

—Qué vas á hacer?—quiso preguntar Natalia.

La señora Dubreuil habia desaparecido cerrando la puerta y llevándose la llave.

X.

EL OBSTÁCULO.

Lo que Albertina tenia que hacer lo sabia perfectamente al dejar el cuarto de su hija; mas apénas puso los piés fuera de él, cuando la especie de calma y de órden en las ideas, que habia sabido hasta entónces conservar, por un esfuerzo casi sobrenatural, la abandonaron repentinamente: la resolucion que habia tomado y su proyecto fijo, todo lo olvidó. Anonadada, aniquilada bajo el peso del inmenso infortunio, que alcanzaba á su hija, y que se le presentó entónces, con sus espantosas consecuencias y sus peligros reales; luchas vanas, tal vez, y acaso tambien sangrientas catástrofes, quedó por un momento como loca. Un solo medio de arreglar lo pasado y de conjurar el porvenir, se

habia ofrecido á su imaginacion; mas aquel medio no lo recordaba ya; era preciso obrar al instante; no habia que perder un momento: comprendia esto; pero era todo lo que podia comprender.—Mi hija. —decia ella, y nada se presentaba á su espíritu! Su frente ardia, sus ojos estaban secos y enrojecidos, sus facciones trastornadas; se espantaba á sí misma del desórden de sus ideas, mas á fuerza de repetirse:—Mi hija, mi hija!—llegó á unir á aquel nombre el de Luciano, y ambos juntos en su pensamiento, le volvieron en fin la memoria.

Aquella turbacion, aquel dolor y aquella locura, no los sufrió mas que durante un minuto cuando mas; creyó cuando recobró la razon con sus recuerdos, que se habia separado de Natalia hacia una hora.—Sí, Luciano!—dijo, y siempre pálida, con el rostro igualmente alterado, devorada por la inquietud y por el dolor, bajó rápidamente para dar órden á Francisco de que fuese á ver si el señor de Roncy estaba en su habitacion, á fin de suplicarle que subiese, pues tenia que hablarle. Entrando en el comedor donde creia encontrar al anciano criado, encontró en su lugar á su marido el señor Dubreuil.

Felizmente el padre de Natalia tenia en la mano un rollo de papeles bastante voluminoso, cuya lectura parecia preocuparlo mucho, así es que no percibió, ni la agitacion de su muger, ni el movimiento de espanto, que no pudo ella ocultar á su vista.

Al ruido que hizo ella al entrar, alzó Dubreuil la cabeza.

—Ah! pardiez—dijo con tono brusco—llegais muy á propósito, porque iba á subir al cuarto de Natalia, para buscaros.

Albertina dió gracias interiormente á Dios, protector de las madres, que le habia permitido descender bastante á tiempo, para retardar al menos una revelacion, que segun habia dicho Dubreuil, podia ser una sentencia de muerte para la culpable, porque el orgullo del padre, si se hubiese sentido tan cruelmente ofendido, no hubiera calculado tal vez, si era ó no un crímen vengarse de la ofensa, con un asesinato. Albertina, recobrando un poco sus fuerzas y confiando en Dios, que acababa de apartarle de la desgracia de una esplicacion inmediata, se recobró y pudo responder, sin manifestar su voz la mayor emocion:

—Qué me quereis, señor?

—Se trata del proceso que sostengo contra vuestro cuñado, por nuestra parte de la quinta de Mesnil; ya sabeis de lo que hablo?

—Sí, sí, ya sé—dijo ella sin pensar en lo que decia, no deseando mas que cortar lo mas pronto posible una conversacion cuya duracion iba á hacerle perder un tiempo precioso.

—Ah! señora—contestó Dubreuil con su acostumbrada brutalidad—no me escuchais? Ya conci-

bo que tendréis que pensar en otra cosa, que no sean nuestros intereses de familia. Mas como es preciso que firmeis este documento que acaba de enviarme mi abogado, oiréis su lectura; vamos, sentaos, que voy á comenzar.

—Mas no urge.....—se atrevió ella á objetar.

—En eso es en lo que os engañais.

—Podeis esperar hasta la noche....

—No, no—dijo él—esta misma mañana, al instante, es preciso concluir.... Debo apresurarme á daros conocimiento de estos papeles, y enviárselos inmediatamente al abogado; me los ha pedido porque tiene necesidad de ellos.

Por un instante Albertina estuvo á punto de decir á su marido que su hija la esperaba, que Natalia sufria por su ausencia; pero una repentina reflecsion detuvo las palabras en sus labios; el padre no hubiera dejado de interrogarla, y hubiera querido saber por qué Natalia esperaba á su madre, y por qué sufria; tal vez se habria apresurado á subir á la reducida habitacion, y habria encontrado á Natalia llorando sin duda, é incapaz de contenerse habria revelado el fatal secreto. Se violentó, pues, y resolvió escuchar la insoportable lectura, puesto que no podia hacer otra cosa. Mas con la ansiedad que la dominaba, quedó de pié.

—Sentaos, pues—repitió Dubreuil con cólera—á la verdad, no os comprendo...... Que no os di-

vierta una conversacion á solas conmigo, es muy natural; pero debeis hacerme la justicia, de que pongo el mayor cuidado en que estas pláticas sean raras entre nosotros. Pero que esto os interese ú os fastidie, como es necesario, y ademas indispensable, os quedaréis y me escucharéis: es preciso, yo lo quiero......

Sin contestar una sola palabra, Albertina fué á sentarse al lado de la ventana, la cual, como se sabe, daba al jardin, y desde ella se veia el pabellon habitado por el jóven criollo; despues dijo á Dubreuil:

—Daos prisa, pues, señor, ya os escucho.

Este la contempló durante algunos instantes, como si le causase placer la impaciencia que sentia y que dejaba traslucir á su pesar; despues de aquel ecsámen, tomó una silla y se colocó delante de Albertina, aunque á una respetuosa distancia; en seguida sacó de la bolsa su pañuelo, su caja de polvos, aspiró una buena porcion de tabaco, y todo esto con una lentitud calculada, con infinitas precauciones, pausas y tiempos de descanso, que prolongaba á propósito el que poco antes parecia tan de prisa. Pequeña y mezquina venganza con que se gozaba, y que era un suplicio para la pobre madre. En fin, comenzó la lectura.

—Pero qué diablos teneis? Es increible—añadió él, despues de haber dado vuelta á unas cuantas ho-

jas—no me prestais la menor atencion: apuesto que os veriais muy apurada para repetirme lo que os acabo de leer; y sin embargo, esto os interesa; no sé lo que teneis que mirar sin cesar en el jardin......

—Continuad—dijo la señora Dubreuil, resignándose.

Prosiguió, en efecto, ya fijando los ojos en el papel, ya mirando á su muger; mas repentinamente se interrumpió por segunda vez.

—Por fin, señora—dijo—ya esto es demasiado!

—Oh! Dios mio!—esclamó Albertina, con los ojos siempre fijos en el pabellon del terrado.

—Escuchareis, señora!—repitió Dubreuil—quiero que escucheis.

Se acercó á ella, tomó uno de sus brazos, y ahuecando la voz para obligarla á que escuchase á pesar suyo; y cuando creia verla distraida, interrumpia de nuevo su lectura, con movimientos bruscos y reiteradas preguntas, á las que Albertina se veia forzada á responder bien ó mal.

Figúrese la ansiedad de la desgraciada madre: acababa de ver á Luciano abrir la puerta del pabellon y dirigirse hácia la reja del jardin:—Va á salir—dijo ella—tal vez para no volver en todo el dia, como lo hace ordinariamente.

—Comprendeis—añadió el implacable Dubreuil sacudiéndole el brazo—comprendeis con qué claridad establece este pasage los hechos, y cómo manifiesta la mala fé de vuestro cuñado?

—Sí, sí, ya comprendo.....—respondió la afligida madre, que veia llegar á la reja el caballo del señor de Roncy.

—Observad la importancia de este argumento y que nos da el triunfo de la causa—prosiguió Dubreuil, que no soltaba su presa.

—Sí, teneis razon......

Albertina se detuvo súbitamente sin poder decir mas: se hubiera puesto pálida si hubiese sido posible; tan desconsoladora era la angustia que acababa de sentir su corazon.

—Si Natalia—pensó—inquieta por mi larga ausencia bajase á buscarme!

Y al mismo tiempo Luciano, que habia sin duda olvidado alguna cosa en el pabellon, entró tal vez por un instante......

—Triunfarémos!—esclamó Dubreuil, animándose con la lectura—triunfarémos; qué pensais, señora?

—Creo como vos......—respondió ella.

Mas sus fuerzas la abandonaron; Albertina estuvo á punto de desfallecer. Creyó escuchar la voz de Natalia que la llamaba; y Luciano salió de nuevo del pabellon, cuya puerta cerró...

Así, pues, la desgraciada madre era presa de un doble temor, y luchaba contra dos tormentos. Con la vista fija en el jóven que se preparaba á partir, escuchando con atencion, se estremecia á cada paso

de Luciano, á cada ruido que llegaba del piso superior, y Dubreuil continuaba:

—Tenemos todavía otras razones mejores: vais á ver.

Pero fuera de sí, incapaz de soportar por mas tiempo el triple tormento que sufria: la violencia por una parte, y por las otras dos un temor incesante, se levantó, apartó con violencia su mano de entre las de su marido, y dijo:

—Es inútil que concluyais; voy á firmaros ese papel.

—Sin embargo..... —dijo Dubreuil admirado.

—Voy á firmar—repitió ella—me parece que esto debe seros suficiente..... mas cesad vuestra lectura; ya es bastante; no puedo escucharos por mas tiempo.

—Es justo—respondió él con un acento que participaba de la ironía y del desprecio—es justo, señora; yo era necio al creer que este negocio, por muy importante que fuera, podria interesaros; como no se trata mas que de nuestra fortuna, de la de Natalia sobre todo, y á la verdad no vale la pena de que os ocupeis de ella!..... os importa tan poco el porvenir de vuestra hija!..... Firmad, pues, y tened presente que es la última vez que os hablo de nuestros comunes negocios. Vos quereis de hecho ser aquí una estraña; pues bien, lo sereis, yo os respondo de ello!

Insensible à aquellas injustas reconvenciones, à aquella brutal amenaza, Albertina tomó la pluma y se dispuso à firmar; pero en aquel instante vió à Luciano cerca de la reja, y preparándose à montar à caballo; un momento mas de retardo, y partia sin remedio! soltó la pluma y corrió hàcia el cordon de la campanilla, que agitó con fuerza.

—Estais loca, señora? — esclamó Dubreuil— à quién llamais así? firmad, pues, ó vais à hacer que crea que vuestra intencion ha sido la de burlaros de mí......

—Corred à decir al señor de Roncy que no salga sin verme; tengo que hacerle un encargo.... — dijo Albertina à Francisco, que habia inmediatamente contestado al llamamiento de la campanilla. El criado se apresuró à obedecer. La señora Dubreuil lo siguió con la vista, y su agitacion no se calmó hasta que vió à éste llegar à buen tiempo para detener à Luciano. Entónces con mano convulsiva tomó la pluma, trató de trazar su nombre; mas se detuvo à la primera letra, y viendo que su marido la ecsaminaba con aspecto burlon, firmó al fin.

El pretesto de tener que hacer un encargo al señor de Roncy, fué lo mejor y lo que mas pronto ocurrió á la pobre muger para detener á Luciano; felizmente Dubreuil lo aceptó por bueno y valedero, porque el jóven era, hacia algun tiempo, el proveedor de aquellas señoras, para sus compras de poca importancia; mas como era preciso que el mal hu-

mor del marido se aprovechase de tan buena ocasion para estallar, murmuró entre dientes, pero de una manera que pudiera ser comprendido:

—Muy bien! alguna bagatela, una necedad, algun andrajo: eso es mucho mas importante para ella, que un proceso del que depende una parte de la fortuna de su hija.... La reconozco bien en eso.

Viendo que Albertina no contestaba á su grosero insulto, Dubreuil tomó de la mesa el papel firmado, pasó por delante de su muger, á quien dirigió una mirada desdeñosa, y solo se despidió de ella con el estruendo de las puertas que iba cerrando con violencia á su paso, inclusa la de la puerta que daba á la plaza de San Nicolás.

—Al fin!—esclamó Albertina con una sonrisa de satisfaccion.

Pero no tuvo tiempo para calmar su espíritu, y poner un poco de órden en sus ideas, porque al mismo tiempo se abrió la puerta del salon—la que daba al jardin—y entró Luciano.

—Qué es lo que me procura la dicha de serviros, señora?—dijo inclinándose—Y cuál es esa comision de que me ha hablado Francisco? Ordenad....

—Concededme un momento, señor, un solo instante para recobrar mi tranquilidad.

Luciano retrocedió con asombro, casi con espanto, al ver las facciones trastornadas de la pobre muger.

—Dios mio! Qué teneis?—le preguntó él.

—Oh! no es nada, no ha de ser gran cosa—contestó ella despues de un corto silencio; y levantàndose y dirigiéndose á él:—Lo que yo deseo, señor—añadió ella—es que no salgais tan temprano, porque os necesito.

En seguida lo tomó del brazo, y respondiendo á todas sus preguntas, con las mismas palabras dichas en voz bajá, y con acento imperioso:

—Venid, señor Luciano, venid; seguidme, yo os lo mando.

Y conduciéndolo hizo que subiese la escalera, en cuyo descanso encontraron á Natalia, que muriéndose de inquietud, no habia vacilado en bajar. La señora Dubreuil ordenó á su hija que entrase en su habitacion; á Luciano que la siguiese, y entrando á su turno, cerró la puerta y se dirigió al jóven criollo. Este, pálido de terror, y lleno de confusion, adivinó inmediatamente que estaba descubierto.

—Señor de Roncy—le dijo Albertina con tono grave y solemne—hoy mismo, en mi presencia, en el desayuno, vais à pedir à mi marido la mano de la señorita Natalia Dubreuil.

Respirando à penas, con el corazon oprimido, el cuerpo inclinado, sin pestañear, sin hablar, con los ojos fijos y pendientes de los labios de Luciano, de donde debia salir para ellas una sentencia de vida ó de muerte, la madre y la hijá esperaron su respuesta.

El, con la cabeza oculta entre sus manos, inmóvil, helado, nada respondia.

—No me comprendeis?—repitió la madre—hay necesidad de repetiros que hoy, esta misma mañana, es preciso absolutamente que pidais à mi marido que se digne aceptaros por yerno?

Siempre en la misma postura Luciano, guardaba silencio.

—Vacilais, señor?—continuó—habriamos contado mal mi hija y yo; ella con vuestro amor y yo con vuestra lealtad, para obtener la única reparacion que es ahora posible? la única, ya la lo sabeis.... Nos habriamos ambas engañado? Ah! eso seria abominable, y no puedo creerlo.... Señor de Roncy, en el nombre de Dios que castiga el perjurio, en nombre de mi hija y de los sufrimientos de que es víctima, por vuestra causa ..... en nombre de su honor, que habeis arrancado, pero que podeis volverle; yo os lo pido; porque siendo su madre tengo derecho para ello: sabeis lo que un hombre de honor haria en vuestro lugar; sabeis lo que yo ecsijo, ó mas bien, lo que imploro; responded, lo haréis?

A estas palabras Luciano levantó la cabeza, se descubrió el rostro, y en sus ojos y en sus mejillas se veian las señales de las làgrimas. Mas sea porque su emocion fuese muy violenta, ó por cualquiera otra causa, guardó silencio.

—Ha llorado! ha llorado!—esclamó Natalia, en cuyo corazon la vista de las làgrimas de Luciano

hizo renacer la esperanza—perdónale, mamá: él ha llorado!

—No son lágrimas las que aquí se necesitan—contestó la señora Dubreuil—mas si éstas han sido arrancadas por el aspecto de vuestro dolor, anuncian á lo menos que teneis el alma buena y accesible á la piedad; pues bien, señor, por favor, no prolongueis por mas tiempo nuestro suplicio...... no añadais á una desgracia, ya casi superior á nuestras fuerzas, el tormento mas espantoso todavía de vuestra lealtad......

—Luciano!—esclamó una voz suplicante.

—No ruegues, hija mia; para tí el suplicar seria una bajeza; á mí me toca decirle; Luciano, tened piedad de nosotros! á mí me toca arrojarme á sus piés, si lo desea así; no hay vergüenza en la humillacion de una madre que implora por su hija.

—Señora—dijo en fin con voz ahogada—señora, y vos, Natalia, maldecidme porque soy un infame... Ese matrimonio que colmaria todos mis votos; ese matrimonio que yo mismo hubiera hace mucho tiempo solicitado.......

—Y bien?—esclamó Albertina con ansiedad.

—Es imposible!

—Imposible!—repitió ella enderezándose y avanzando un paso hácia Luciano—no he escuchado bien.... vos no habeis dicho eso...... vos no habeis podido decirlo.... pero sí; si lo ha dicho.... Imposible! y por qué es imposible?

—Oh! no me lo pregunteis!

—Es decir que os creeis con derecho de robarnos el honor, la esperanza, todo, en fin, y no me concedeis á mí el de interrogaros, el de obligaros á responder? Este derecho lo he pagado bastante caro.... por otra parte, aquí soy vuestro juez..... Vamos, señor, hablad; matadnos con una palabra; pero esa palabra quiero saberla; la ecsijo.......

Vencido Luciano por la voz elocuente y sagrada de una madre, no pudo asistir por mas tiempo; lleno de remordimientos y de desesperacion, se dejó caer de rodillas delante de Albertina, y en esa humilde postura, con los ojos fijos en tierra y torciéndose las manos, apénas tuvo fuerza para murmurar estas espantosas palabras:

—Soy casado.

—Oh! habeis dicho bien: sois un infame!......

El ímpetu doloroso de la madre fué interrumpido por un grito ahogado: Natalia estaba desmayada.

SEGUNDA PARTE.

I.

LA PARTIDA.

Cuando la madre vió á su hija inmóvil, privada de sentido, su primer movimiento fué de desesperacion.

—Vos la habeis matado, señor, vos sois su asesino!

Pero inmediatamente, espantada por lo que acababa de decir, y apresurándose á desmentir sus palabras, Albertina continuó dirigiéndose al culpable, á quien la vergüenza, el arrepentimiento y el dolor habian petrificado:

—Vamos, ayudadme, pues, á socorrerla.

Y lanzándose al mismo tiempo que Luciano hácia su hija, y dividida su atencion entre los terrores maternales y su indignacion, mezclaba los reproches mas amargos á las recomendaciones mas minuciosas, escitaba, dirigia los movimientos del jóven, mientras que prodigaba sus maternales cuidados á la infortunada Natalia, y encontraba en su ecsaltacion y su ternura la fuerza de atender á todo.

—Llevémosla á su cama—decia Albertina.....

—Oh! sí, es horrible lo que habeis hecho.

—Bien! tijeras—añadia—esto es, gracias; dádmelas, es preciso cortar estos cordones.... Abusar de la hospitalidad ofrecida con tan buena voluntad—balbuceó cortando los lazos y las costuras. En seguida, pensando que los vestidos de la pobre jóven impedirian su respiracion, y que debian servir de obstáculo á su restablecimiento, murmuró una órden que Luciano no pudo entender, pero que le hizo obedecer el instinto de la conservacion de Natalia.—Agua, ahora; agua de colonia que está sobre esa cómoda; pronto, pronto—añadió la madre, que no interrumpia sus reconvenciones mas que para apresurar el restablecimiento de Natalia. Mas apénas obedeció Luciano, cuando prosiguió ella con tono colérico:

—Pagar con un crímen la mas generosa acogida! hacerse amar de una pobre niña inocente, que tuvo fé en ese amor que creia verdadero y leal! per-

derla de propósito, es una infamia, es una cobardía!

Al oir estas palabras, el criollo quiso aventurar una escusa; pero Albertina, muy ocupada con el cuidado de socorrer á su hija, para dejar á Luciano el tiempo de contestar, le dijo:

—Sostenedla, para que pueda romper este vestido que la oprime.

Entónces él levantó con fuerza y precaucion á la niña, siempre desmayada; y mientras que la sostenia así, la señora Dubreuil murmuraba:

—Si yo fuese su padre, sabeis que me seria necesario toda vuestra sangre!...... Respira: gracias, Dios mio!..... pero no soy mas que una pobre muger, y no puedo mas que maldeciros!.... Ya vuelve, no es verdad? decidme que ya vuelve!. .. Señor de Roncy, vuestra conducta es la de un miserable?.... Qué importa? ella vivirá! sí, vivirá mi pobre hija; pero para la desgracia es para lo que debe vivir ahora! y sois vos! Oh!—continuó ella con una especie de enérgica resolucion—no quiero que permanezcais aquí.... partiréis hoy mismo...... Ya abre los ojos, bendito sea el cielo! Partid, señor, partid con los remordimientos del mal que habeis hecho, y con la maldicion de una madre!....

Natalia, en efecto, recobraba sus sentidos poco á poco, y bien pronto no le quedó de su desvanecimiento mas que una suma debilidad. Cuando Al-

bertina vió que su hija iba á volver en sí, se colocó entre el culpable y la víctima, á fin de ocultarla á la vista de éste; despues mostró con el dedo la puerta á Luciano. El criollo insistia en permanecer allí; queria antes de partir pedir perdon á la que amaba; á aquella cuya pérdida habia causado. Para vencer aquel deseo, Albertina repitió el mismo ademan imperioso, al que acompañó estas palabras:

—Nunca, señor, no la volveréis á ver jamas!...... Salid, y cuidad de que no os vean bajar de esta habitacion.... Pensad tambien que antes de esta noche es preciso que dejeis esta casa.

Aniquilado, el jóven obedeció. Al abrir los ojos Natalia, encontró á su lado á su madre, que lloraba.

—Es un sueño, un horrible sueño el que he tenido, no es verdad? Habia creido verlo, escucharlo.... Y sabes lo que decia?.... Ah! es espantoso!..... Pero, es verdad que no ha venido, que no ha dicho eso?.... Yo estaba loca; he soñado.... Tranquilízame, mi buena madre!

—No has soñado: todo es cierto, Natalia; demasiado cierto, hija mia—respondió la señora Dubreuil, cuyas palabras iban acompañadas de sollozos.

—Oh! entónces es preciso morir!—murmuró la jóven.

—No: es necesario vivir, Natalia!

Y Albertina enjugó sus lágrimas, como para dar á su hija ejemplo de valor.

—Es preciso vivir—repitió ella—porque estás amenazada de la desgracia de ser madre, y yo te enseñaré con mi ejemplo, que una madre, aún deshonrada, pertenece ante todo á su hijo, y no tiene derecho para dejarse morir.

Aquel triste recuerdo de sí misma, mostró à Albertina mas dificil; pero mas sagrada, la tarea que se habia impuesto. En lo de adelante, la suerte de su hija dependia de su destreza y de su vigilancia: juró salvarla.

—Estàs muy débil para bajar—le dijo ella—pero yo es preciso que te deje; aprovecha mi ausencia para calmarte; trata, hija mia, de vencer la desesperacion y dar á tu rostro una apariencia de serenidad, que ya conozco no puede estar en tu corazon; no es la mentira la que quiero enseñarte, sino la prudencia, porque es preciso que yo hable à tu padre de una súbita indisposicion, de que hay un impedimento para que te levantes hoy; seguramente querrá verte, espera su visita, prepárate á recibirlo de un momento á otro: es una prueba que hay que sufrir; pero hija mia, no es menos cruel para tu madre que para tí; pero triunfarémos de todo esto, yo te lo aseguro...... Cuenta conmigo y ya veràs.... verás que no hay desgracia que no sea reparable.

La madre y la hija cambiaron un beso, y como la hora del desayuno habia dado ya, Albertina se apresuró á bajar para no despertar las sospechas. Por una fuerza imaginable, despues de tantos golpes, supo dar á sus facciones su acostumbrada espresion, y si alguna cosa que se parecia al sufrimiento, y que revelaba una agitacion interior, se manifestaba, Dubreuil no debia ver en ella mas que el resultado de la escena de aquella mañana; y con tal que él se engañase, era todo lo que necesitaba Albertina.

Cuando apareció en el comedor, Luciano, Dubreuil y Liénard, á quien su marido habia encontrado en el camino, y conducido consigo, se encontraban ya reunidos al rededor de la mesa.

—Y Natalia por qué no viene?—dijo el negociante, pronto á alarmarse, cuando se trataba de su hija.

—No le permite bajar una ligera indisposicion—contestó la madre.

—Enferma? y no lo deciais!.... así sois siempre...... Corro—añadió él, dirigiéndose á los dos convidados—comenzad, ya vuelvo.

Se levantó, y los demas hicieron otro tanto, y ya el padre se dirigia hácia la puerta, cuando Albertina lo detuvo.

—Natalia duerme, vais á turbar su sueño......

—Ah! entónces es diferente.... subirémos todos despues del desayuno.

—Qué tiene?—preguntó Liénard con gran interes.

—Nada—respondió Albertina—una noche un poco agitada, eso es todo.

—Y llamais á eso nada?—dijo Dubreuil.—En cuanto á mí, no me lo perdono, porque yo soy la causa de todo el mal; sí, con mi diablo de historia de ayer!.... Pero tambien, por qué me obligaron á referirla?

—Qué historia?—preguntó el antiguo amigo de la casa.

—Este Liénard es muy curioso! Vamos, tranquilízate: yo te la contaré.

Y hablando de esta manera se puso á la mesa; solo Luciano se mantenia de pié, é iba á escusarse de que no podia tomar parte en el almuerzo, cuando la señora Dubreuil, que comprendió su intencion, le dijo con una señal imperiosa; pero que nadie percibió escepto él:

—Sentaos!

Se sometió y se sentó con tristeza.

—Qué teneis, pues, mi jóven amigo?—preguntó de nuevo Liénard.

—Pardiez! y es verdad—añadió Dubreuil—pareceis ahora abatido, mi querido señor de Roncy.

Luciano pronunciaba ya con voz balbuciente algunas palabras ininteligibles, embarazado como se hallaba al responder, cuando Albertina acudió en su ausilio.

—La tristeza del señor Luciano—dijo ella—nada tiene que no sea muy natural, y al mismo tiempo muy satisfactorio para nosotros: cuando se deja una casa donde ha sido tan bien recibido con la mayor cordialidad al menos....

—Ah! qué!—esclamaron á la vez Liénard y Dubreuil, tan admirado el uno como el otro.

—Diablo!—añadió el último—y nada me dijísteis ayer....

—Dignaos escusarme....—respondió el criollo con embarazo, no sospechando qué pretesto podria hallar Albertina para aquella partida que ella habia dispuesto.

—La escusa es demasiado buena—continuó la señora Dubreuil—el señor es muy generoso, porque ha querido retardar cuanto le ha sido posible el momento de la despedida, y hasta esta mañana me ha referido que partia para la Martinica.

—Mas qué os urge? Qué es lo que os llama tan pronta y súbitamente?

—Un motivo muy poderoso—se apresuró á decir Albertina—el señor Luciano va á reunirse con su muger.

—Casado! sois casado? y nada sabíamos nosotros—repitieron uno tras otro el negociante y su amigo.—Qué hombre tan discreto sois, sea dicho esto sin reconvencion.

—Përdonadme—murmuró Luciano, que se veia

obligado por la madre á hacer la confesion completa de su situacion de familia—perdonadme, si no os he hablado jamas de mi matrimonio: yo mismo quisiera poder olvidarlo! Es una historia bastante triste, para mí sobre todo: se trata de una muger vieja, caprichosa y mala, con quien me obligaron á casar por razones de fortuna; la dejé á la mañana siguiente de nuestro matrimonio, en el momento en que concluia el baile. Qué mas he de deciros? Sabeis ahora tanto como yo.

—Y por ella es por quien os vais? Es ella la que os obliga à volver à ella? A fé mia, si yo estuviese en vuestro lugar......

—Liénard!—dijo el negociante haciéndole señas de que se callase.

—Qué?—repitió el hombrecito—mi jóven amigo no puede hallar mal el que yo lo encuentre demasiado bueno. Una anciana, y mala ademas. Ah! y esa partida está ya decidida?

—Es necesaria!—dijo Albertina con bastante viveza.

—Es preciso—repitió Luciano.

Y acompañó su respuesta con un profundo suspiro y una mirada llena de desesperacion, dirigida á la madre de Natalia....

—Entónces tanto peor—contestó el infatigable rentista—tanto peor, y perderéis, porque no os hallaréis aquí para presenciar el precioso matrimonio que preparamos....

—Hablador!—esclamó Dubreuil con un movimiento de cólera.

—A fé mia, ya solté la palabra.... Despues de todo, en qué está el mal? Tarde ó temprano no hubiera sido preciso decirlo? y no se habria tenido necesidad de esperar largo tiempo para ello, puesto que hoy mismo debe el pretendiente dirigir su demanda oficialmente.

—De qué matrimonio quereis hablar?—preguntó Albertina con voz un poco temblorosa.

—Y con cuàl matrimonio habia yo de ser tan feliz—respondió el amigo de la casa—si no es con el de nuestra querida niña?

—Un matrimonio para Natalia? Y yo no sabia nada!—contestó la madre, olvidando su acostumbrada prudencia.

—No me lo tengais á mal—dijo Dubreuil con un tono de dulzura desacostumbrada, sea porque se contuviese en presencia de Luciano, ó porque la felicidad le hiciese mas fácil el respeto de los miramientos domésticos.

—Si no he hablado antes de este proyecto de union, es porque habia que allanar ciertos obstáculos: todo ha quedado arreglado; pero hasta hoy solamente....

—Y puedo alabarme—añadió Liénard, dándose un aire de importancia—puedo alabarme de que no he sido inútil al amigo Dubreuil en esta grave circunstancia.

Hubiera temido causar una falsa alegría à Natalia.... porque es uno de los mejores partidos de Ruan el que le ofrezco.

—Ya lo creo! el hijo del presidente de nuestra corte real—añadió el indiscreto amigo.

—Vamos, este diablo de Liénard me roba todas mis sorpresas una por una.

—Gran cosa son tus sorpresas; eso es ser demasiado egoista, supuesto que solo uno es feliz.

Albertina reflecsionaba; Luciano estaba aterrado.

—Mi jóven amigo, concededme la razon—le dijo Liénard—á la salud de los futuros esposos.

—A propósito, cuándo es la partida?—preguntó Dubreuil.

—Esta misma tarde.

—Pero al menos veréis al futuro......., un buen mozo!

—No sé.... mis preparativos...... Y cuándo es la presentacion?—preguntó á su turno el jóven criollo.

—A la hora de comer—contestó Dubreuil.

—Tan pronto!—dijo Albertina.—No temeis que en el estado de debilidad en que se encuentra, esta nueva emocion le......

—Decíais, hace poco, que su indisposicion era cualquier cosa—añadió el padre—por otra parte, sea lo que fuere, tranquilizaos, la felicidad la curará, mucho mejor que el reposo......

Albertina guardó silencio; pero fué la primera que se levantó de la mesa, y corrió al cuarto de su hija.

Una hora antes de comer, Luciano, sin haber obtenido de la señora Dubreuil el permiso de ver á Natalia, sin haber sido escuchado por la madre, justamente inecsorable, Luciano pronto á partir, llena el alma de remordimientos y de desesperacion, se despedia de Liénard y de la familia de la plaza de San Nicolás; pero por mucho que se hubiese apresurado para evitar el encuentro del pretendiente á la mano de Natalia, se vió obligado á verlo, y aun á saludarlo, porque éste entraba en el momento en que despues de haber dirigido la última mirada á la escalera que conducia á la habitacion de su víctima, el criollo abria la puerta, y se preparaba á salir de aquella casa, para no volver jamas.

II.

MATRIMONIO SIN AMOR.

Cómo Natalia, jóven, educada por un padre que no amaba mas que á ella, ni veia por otros ojos que los de su hija; por una madre que habia concentrado en ella todos sus afectos; jóven, cuya inocencia debia ser protegida por una esmerada educacion, y por la solicitud maternal, solicitud que no la desamparaba; cómo esa jóven, decimos, desconociendo à la vez unos deberes tiernos y sagrados, habia podido ser vencida, sin recurrir para no caer en el fondo del abismo, á la primera tabla de salvacion de todos los corazones juveniles que se encuentran en peligro: à una entera confianza en la madre que los ha formado?

Cómo es posible tambien que un jóven, recibido en una casa honrada, admitido en el seno de una

familia, como si hubiera pertenecido à ella por los vínculos de la sangre, fuese tan ingrato, y olvidase de tal modo los deberes que le imponia una leal hospitalidad, que pagase una acogida tan franca y cordial con una infame seduccion; los testimonios de la amistad del padre con el deshonor de la hija, y tantos beneficios con un crímen que sabia muy bien no podia repasar?

Cómo, en fin, un padre y una madre, esos dos guardianes vigilantes del tesoro comun, con los ojos siempre fijos en su hija, en aquel bien tan precioso para ellos, cómo es posible que los dos al mismo tiempo se entregasen à una seguridad fatal, que debia perderlos? Cómo los dos à la vez fueron tan imprudentes, que no comprendieron el peligro; tan inespertos para no hacer nada, con el objeto de evitar una desgracia en todo caso posible; tan ciegos, en una palabra, para no sospechar lo que podia resultar de aquella intimidad?

Tales son las objeciones que han debido ofrecerse à cualquiera imaginacion, que haya continuado hasta aquí la lectura de este drama de familia, objeciones cuya gravedad no pretende ni disimular ni alternar el narrador de esta historia, que tampoco se lisongea de destruir, porque su obligacion es no probar, sino decir lo que ha pasado, referir los sucesos que para él son la historia, y no dar verosimilitud à lo que es demasiado cierto. Mas los hechos hablan mas alto que los escrúpulos de los lec-

tores; así, pues, à la autoridad del hecho será à lo que se refiera el narrador, y continuará impasible su camino, abandonando à la crítica lo que no quiera aceptar como posible, y que no es, sin embargo, mas que una cruel realidad.

Tratemos ahora de suplir con una relacion mas completa y mas detallada, la oscuridad que ha debido dejar en la imaginacion del lector, la respuesta embarazada de Luciano, á las preguntas que se le dirigieron.

Un jóven de carácter ardiente, de pasiones fogosas, cuya sangre ardia con todo el fuego de la juventud, así como con el del clima en que habia nacido, se veia á los diez y ocho años todavía, sometido al yugo severo de su familia: se le trataba como á un niño, à él, criollo que no habia tenido adolescencia, á él, que como de un salto habia llegado al estado de hombre. A esa edad en que nosotros, hijos de las regiones templadas, tememos dejar el lado de nuestras madres, se colocó à su rededor una trinchera de precauciones; se le encerró en el estrecho círculo de los deberes; se le negó el aire y el espacio, á él que tenia tanta necesidad de ambas cosas, à fin de disipar en el esterior la ecshuberancia de vida que crecia y se agitaba en su seno; á él cuyo pensamiento aspiraba à la libertad de todas sus facultades, que se esforzaban en retener cautivas. Lo hicieron esclavo en fin, y él á cualquier precio queria ser libre.

Impaciente con el freno que gobernaba su voluntad, incapaz de someterse con docilidad al poder que con mano de hierro lo oprimia, maldijo las mantillas con que trataban de envolverlo, y en sus deseos de libertad, deseos aumentados diariamente con la inutilidad de sus interiores revelaciones, y con toda la impotencia de los esfuerzos empleados para quebrantar sus cadenas, pidió al cielo, como un beneficio, la emancipacion que podia hacerlo dueño absoluto de sus horas, de sus pensamientos y de sus acciones.

—Llegue—decia él—el dia de mi libertad, aunque tenga que pagarlo con una parte de mi fortuna, con diez años de mi vida, con toda mi futura felicidad, y yo lo bendeciré! Por apresurar tan deseado dia, cualquier sacrificio me parecerá corto, cualquier medio bueno para conseguirlo.

Debe suponerse con qué alegría, con cuánto agradecimiento, aquel jóven, así prisionero en aquella red de apretados hilos, debió recibir la venturosa noticia que su padre le anunció un dia:

—Luciano—le dijo—vas á casarte.

Al fin veia lucir un rayo de esperanza; al fin iba á llegar para él aquella libertad por tanto tiempo esperada, tan amorosamente acariciada en su imaginacion! Un matrimonio! El no habia pensado en aquel medio; mas qué le importaba? un matrimonio era la salud, la dicha y la libertad!

—Ahora—esclamó él—gozaré del sol y respiraré el aire libre! podré mover mi cuerpo, fatigado ya con el peso de las cadenas que he arrastrado duranta diez y ocho años; gozaré con voluptuosidad de la independencia, de los placeres del mundo, de la alegría del libre albedrío y de la dominacion: van á casarme!

Estaba embriagado, loco; y aunque no quisiese manifestar claramente su embriaguez; aunque tratase igualmente de reprimir lo mejor que podia, el trasporte casi insensato que á la palabra matrimonio habia hecho latir su corazon, el portador de la noticia vió escrito en los ojos de Luciano, antes que su boca hubiese dicho sí, su consentimiento á aquella union, consentimiento que solo se le pedia por mera fórmula, y sin el cual se hubiera obrado siempre.

El feliz jóven aceptó. Y lo hizo sin informarse de quién era la muger con quien queria unírsele, sin darle esto siquiera el menor cuidado. Qué le interesaba? Donde los demas buscan un objeto de ambicion ó de fortuna, él no encontraba mas que un medio de sacudir el yugo que con tanta fuerza lo oprimia.

—Por otra parte—decia—quien quiera que sea esa muger, yo la amaré: no va á ser el instrumento de mi libertad? Mi matrimonio no debe abrirme un nuevo mundo, ignorado hasta aquí, pero adivi-

nado; cerrado hasta hoy á mis esploraciones, pero comprendido y visto desde léjos por mis ardientes aspiraciones, y por mis ojos siempre cautivos? Sí, ciertamente amaré á esa muger, desde ahora la bendigo, y le profeso un culto de reconocimiento y de amor; le ofrezco en mi alma un altar como á mi ángel tutelar......

—Pobre Luciano!

Ayer se hallaba en el cielo; miradlo hoy repentinamente arrojado sobre la tierra; se estremece al escuchar el nombre de la compañera que se le ha ofrecido y que ha aceptado; se estremece porque conoce demasiado á esa criatura que su esperanza casi ha divinizado, y se espanta ahora, sabiendo que le pertenece: tiene mas que el doble de su edad; la aridez de su alma está escrita en los pliegues de su rostro, en sus hundidos ojos, en sus delgados y marchitos labios; y esto es nada, en comparacion de esa fealdad que no repugna, sino que asombra: tristes son los recuerdos que oprimen el corazon de Luciano, sólo al oir pronunciar el nombre de esa muger: habiendo temblado delante de ella, cuando era todavía niño. Cuántas veces abusando de un estraño poder, mas estrañamente tolerado por el gefe de la familia, en cuya casa no era mas que una estrangera; sin embargo, cuántas veces fué castigado el pobre mozo por una travesura inocente, por una carcajada un poco ruidosa, por una palabra mal dicha, por uno de esos mil pecadillos de la infancia,

que una madre perdona al instante! Nunca aquella muger tuvo para Luciano una palabra amistosa, nunca una dulce mirada; siempre, por el contrario, un rostro severo y duro; palabras amargas y reprensivas; siempre se ha complacido en atormentarlo, en contrariarlo en sus menores gustos, en hacer correr sus lágrimas! Hembra tirana, que necesitaba una presa para destrozarla incesantemente á picotazos; arma femenina, mas cruel mil veces que el puñal que asesina; ¡tirano á quien era necesario un esclavo para verlo sumiso y tembloroso á sus piés; y Luciano era todo esto para ella..

Cuántos dolores debió sufrir el desgraciado niño! Cuántos suspiros habia tenido que ahogar, cuántos lágrimas que devorar, y que caian como una amarga lluvia sobre su pobre corazon!... Y lo que mas le indignaba, era que tal despotismo le fuese impuesto por una estrangera, introducida, quien sabe cómo, en la casa paternal... Ciertamente debia haber en todo aquello un vergonzoso misterio que no comprendia; pero cuya ecsistencia le revelaba su corazon; su padre lo trataba con severidad, pero al menos su padre tenia derechos sobre él, mientras que aquella muger usurpaba un poder injusto. Frecuentemente decia: —«Yo resistiré."—y cuando llegaba el momento de la resistencia, y escuchaba la voz áspera de su mal genio, no se atrevia á hablar; se asustaba y se humillaba bajo aquella terrible mirada. No se atrevia á hacer la menor cosa, porque

se hallaba solo y era débil. Su padre, lo conocia él muy bien, no le hubiera tolerado nada. Lucia no temia á su padre; pero aquella muger, oh! era pará él un objeto de ecsecracion; y mucho tiempo despues, cuando se separó de la familia, aquel odio del niño atormentado, reinaba intenso y vivo, como el primer dia, en el alma del jóven. Y aunque no la veia, estaba siempre presente á sus ojos; y se estremecia de cólera al escuchar su nombre: no le recordaba aquel nombre su mas cruel desgracia? No era con la que llevaba aquel nombre, con la que habia comenzado su larga vida de servidumbre No parecia que habia asistido á su nacimiento, como una hada malévola, para entregarlo al ilotismo, á la nada, en la casa de su padre?

Y esta fué sin embargo, la compañera que se le dió, y hasta el dia del matrimonio, es decir, cuando ya no podia retroceder, fué cuando él supo que iba á ser su esposa, y cuando su padre acababa de decirle, que de aquella union dependia su fortuna, el honor de su nombre y aun su salud: no habia medio de rehusar, y aun cuando hubiera encontrado alguno, le hubiera faltado valor para decir: «No quiero.” En Luciano la costumbre de la obediencia se habia hecho como una segunda naturaleza. Se casó, pues, á pesar de su aversion; pero debia concederse una compensacion á sus súplicas y desesperacion: sabemos ya que á la mañana siguiente de aquel matrimonio, impuesto por una imperiosa

necesidad, que desde la mañana siguiente á la alianza, que le ofrecia por toda indemnizacion del cambio de estado, una desgracia segura, un amor imposible; sabemos que despues de la noche de boda, pasada en el baile, habia podido huir de su tierra natal, dejando á su muger viuda antes de ser esposa. Habia podido huir, decimos, llevando consigo, sin duda, el pesar de haber comprado tan cara su independencia; pero feliz á pesar de todo, porque era libre, libre en fin.

Tenia el mundo por límite, y se lanzó á él ardiente y gozoso, corriendo hasta donde pudo; pero no hasta donde hubiera deseado, aligerando así el peso de sus cadenas, gustando todos los placeres, aspirando el perfume de la libertad, ya viviendo con esa plenitud de felicidad que saborea al hombre que puede decir: «Soy dueño de mí mismo.» Dueño de sí y gozaba de la vida con esa impetuosidad devoradora del esclavo emancipado por cierto tiempo y que piensa: «Es preciso volver á colocar mi cuello en el yugo.» Así, pues, hizo Luciano durante dos años infinitos viages, olvidando à su muger, y no acordándose de ella mas que por intervalos, apresurándose èntónces á desechar tan importuno recuerdo, que se colocaba como una barrera, en el camino que recorria con tal ligereza. Mas al cabo de aquellos dos años, le llegó una espantosa noticia: su padre acababa de morir. El jóven com-

prendió que nada podia su voluntad, contra semejante golpe, y dijo:

—Es preciso que yo vuelva á la Martinica; es necesario que permanezca yo allí, porque ahora soy gefe de familia, tengo bienes considerables que manejar, y deberes que cumplir.

Se resignó, pues, y elevándose á la dignidad de hombre, se sintió con valor para mandar á su turno, resistir á las tentativas de su muger y dominarla.

—Si la dulzura no es suficiente—dijo él—hablaré alto y firme, porque estoy resuelto á no abandonar mas que la mitad de mi autoridad, y si esta concesion no produce un buen resultado, no huiré como lo he hecho, no cederé como he cedido al temor, á los ímpetus y á la usurpacion conyugal; responderé como hombre, y ordenaré, pues tengo derecho para hacerlo.

Poco á poco se afirmó y se fortificó en su resolucion. Y ademas, podia ser muy bien, que hubiese juzgado mal á su muger; ó tal vez que no fuese la misma de otro tiempo.

Así pensaba y hablaba Luciano al desembarcar en el puerto de San Pedro. Arrastrado por una generosa esperanza, se apresuró á ir á la casa paternal, habitada por aquella muger, que debia esperarlo, porque por medio de una carta le habia ma-

nifestado su vuelta. Llega, se nombra, un esclavo lo precede, y anuncia al señor de Roncy.

—Que espere!—esclama con impaciencia una voz agria y muy conocida de Luciano.

Comprendiendo que todo su porvenir depende tal vez de la conducta que observara en aquel momento, el marido no vacila, indignado ademas con semejante recibimiento, entra, y dirigiéndose á su muger:

—No sabia, señora—le dijo con firmeza—que tenia necesidad de esperar en mi casa.

—Vuestra casa, sí—contestó ella con una ironía insultante, y lanzándole una espantosa mirada de desprecio—en vuestra casa sin duda, porque he pagado las deudas de vuestro padre!

Luciano se habia preparado anticipadamente, contra las reconvenciones y la cólera; mas no tuvo fuerzas ante aquella grosera injuria.

Despues de tal ultraje, no habia entre los esposos reconciliacion posible; se encontraban destruidas para el jóven todas sus esperanzas de felicidad; lo conoció y vió con una sola mirada, todos los infernales tormentos que iba á sufrir su asistencia con aquella muger; mas no quiso ceder el campo sin vengar la memoria de su padre que compadecia ahora, siendo su víctima, por todos los sacrificios ecsigidos por la estrangera.

A un gesto que no sufria la menor resistencia,

salió el esclavo. Luciano habia perdido la paciencia, su orgullo se hallaba profundamente ofendido, y fuè implacable.

La escena que siguió entre los dos esposos debió ser larga y terrible, largo y terrible tambien debió ser el tormento moral infligido á la indigna esposa, porque sus gentes la encontraron sofocándose de rabia, con el rostro lívido, y la boca espumante.

Arrojado Luciano de la casa de su padre, fué á buscar un refugio en la de uno de sus tios, y habiendo realizado ocho dias despues, una pequeña parte de su herencia, la única que no habia rescatado la muger que llevaba su nombre, partió de nuevo: un buque se hacia á la vela para Francia.

—Vamos á Francia—dijo.

Qué le importaba el lugar de su destierro?

Aquellos ocho dias habian sido suficientes para cambiar completamente las maneras y el carácter de Luciano. Su dolor, sin embargo, perdió bien pronto su violencia; reflecsionó que no habia merecido su desgracia, y conservando de ella un recuerdo, que debia durar tanto como la vida de aquella compañera aceptada por él en un dia de maldicion, sufriendo con rabia el peso de las cadenas que él mismo habia remachado; la distancia endulzó la amargura de su situacion; en seguida no le quedó una tristeza y gravedad, como la que conserva un hombre que ha vivido mucho; y él no tenia mas de veinte años.

Al término de este segundo viage, es cuando hemos visto á Luciano, presentado con tanta franqueza por el amigo Liénard, á la familia del negociante de la plaza de San Nicolás.

III.

AMOR SIN MATRIMONIO.

Por mucho que se haya dicho de esos amores nacidos á primera vista, por grande que sea el ridículo que se haya descubierto en las pasiones instantáneas, estravagantes é imposibles, y de las que, segun la opinion general, no se encuentran ejemplos mas que en los libros y en las comedias; por mucho que sea el descrédito en que haya caido el poder simpático de la mirada, la repentina revelacion del corazon, nos es forzoso recurrir aquí, á lo que se llama un medio usado, porque lo repetimos

por última vez, no inventamos, sino que referimos, y cuando la verdad viene tan á propósito en nuestro ausilio, no podemos consentir, en reemplazarla con una combinacion mas ingeniosa tal vez, mas satisfactoria para el lector, sin duda; pero que tendria para nosotros, la inmensa desventaja de ser una mentira. A pesar de tantas objeciones y críticas, á las que podriamos contestar con anticipacion, vamos á esponer atrevidamente lo que fué, sin preguntarnos si esto podria ser verdaderamente así, ó de otra manera. Este modo de proceder, tal vez no sea ni regular ni leal; mas como es el mas cómodo, se nos perdonará el haberlo preferido á cualquier otro. Por otra parte, es suficiente á nuestra conciencia de historiadores, el haber antes manifestado que no nos seria dificil, esplicar el súbito rapto de irresistible atractivo que arrastró á la hija de Dubreuil hácia el jóven criollo.

Natalia, viva, ligera, aturdida, se admiró al principio al aspecto de aquel estrangero, casi de su misma edad, y sin embargo grave, sério y triste; y es preciso que advirtamos, que la jóven que se admira de alguna cosa, no deja descansar su imaginacion, hasta que ha descubierto la causa de ella; esto mismo acaeció á Natalia; se ocupó mucho de Luciano, á quien ecsaminaba con la vista cuando se hallaba presente, y con el pensamiento cuando estaba ausente; y como el pensamiento de una niña de diez y seis años, corre velozmente por el camino

que tiene por punto de partida la curiosidad y por límite el amor, una especie de tierno interes succedió muy pronto á la sorpresa.

El contraste físico que entre ambos ecsistia, la habia atraido y encantado por mejor decir; la voz fuerte y sonora, pero tranquila y dulce del criollo, sus modales políticos, aunque un poco frios, completaron el contraste, y Natalia obedeció sin saberla y sin comprenderla, à esa ley de la naturaleza, que quiere la analogía en los sentimientos, y la desigualdad en los caractéres, para formar afectos fuertes y durables.

Si Luciano hubiera sido petulante y alegre, Natalia no le hubiera concedido mas que aquella atencion que una jóven no puede rehusar á un hombre amable y bien apuesto; pero como se le apareció triste, y lo supuso desgraciado, se despertó su sensibilidad y sintió cierto encanto en mostrarse sensible, y amó en seguida al que le revelaba involuntariamente todo lo que tenia de bueno su corazon.

Aquel amor creció tanto mas violentamente, cuanto que ni siquiera sospechó en un principio que aquello fuese amor.

La jóven sentia una emocion estraordinaria, su corazon latia con precipitacion; pero en aquella turbacion desconocida hasta entónces para ella, nada le causaba espanto; todo esto, por el contrario, la hacia mas viva y curiosa; y si algunas veces cuan-

do buscaba la palabra del enigma que la atormentaba, una estraña melancolía, á despecho de sus esfuerzos se apoderaba de su espíritu, haciéndola meditabunda, no era mas que una nube que pasaba, es decir, una meditacion de cinco minutos que cedia al primer pensamiento alegre de su imaginacion.

En cuanto á Luciano, no habia tenido necesidad de comprender que era amado por Natalia, para amarla, y sobre todo para conocer la fuerza de aquel amor que encerraba su corazon. El tambien se habia dejado vencer por los encantos del contraste; en él tambien la simpatía habia aparecido repentinamente y llegado en poco tiempo hasta la pasion; pero miéntras la cándida é imprudente jóven se dejara arrastrar con seguridad, con alegría por el torrente que la llevaba, Luciano trataba de ocultar lo que sentia. A los ojos de un hombre honrado como él, de un huésped respetuoso y reconocido, semejante sentimiento era un crímen.

Pensando así, debió haber huido; mas no lo hizo Contaba con sus fuerzas, y se prometia solamente! gozar en secreto del amor que habia hecho nacer; y lo que es mas generoso sobre todo, se prometió á fuerza de circunspeccion, de prudencia y sabiduría, llegar por grados á curar á Natalia de su naciente inclinacion.

Durante mucho tiempo, Luciano cumplió su paabra. Escusado por la intimidad que se habia esablecido casi inmediatamente entre el estrangero y

sus amigos, en vano lo perseguia Natalia con graciosas burlas sobre su calma ordinaria, y le reconvenia el que no se riese, imitando su ejemplo; en vano para alentarlo á que tuviese mas confianza en sí mismo, la inconsiderada jóven fijaba en él miradas en que brillaba una satisfaccion mezclada de inquietud; en vano descontenta por el mal resultado que obtenian sus astucias, y por vencer lo que ella llamaba la timidez ecsagerada del salvage, nuestra loquilla habia recurrido á él sin cesar, ya para que le esplicase el sentido de una palabra inglesa, que pretendia no haber comprendido bien en la leccion anterior, ya para una de esas mil complacencias, aceptadas como un deber por el jóven; éste, siempre frio en apariencia, siempre reservado, fingia no observar que ella pagaba con una graciosa sonrisa, ó castigaba con el ademan mas hechicero del mundo la mayor ó menor eficacia y prontitud con que satisfacia sus caprichos.

En vano hervia la sangre con impetuosidad en las venas del criollo, y por momentos tenia que sostener en su interior reunidos combates; imponia silencio á aquellas ocultas sublevaciones, y mas de una ocasion, despues de haber estado á punto de sucumbir, salió victorioso de la lucha.

Pero luchar siempre era dificil, por no decir imposible; llegó una época en que Luciano se halló débil á pesar suyo contra aquellos ataques inocentes

de la jóven, mas formidable mil veces que los manejos de una coqueta.

Un dia que Natalia, sola con él, acriminaba con una terquedad mas provocativa que de ordinario, su indiferencia y su frialdad acostumbradas, y que obedeciendo al impulso secreto de su corazon habia añadido con tono de reconvencion:

—Sin embargo, aquí todos os aman!

Luciano, dominando el trasporte que al oir aquellas palabras iba á hacerle olvidar su posicion, sus promesas y sus deberes, conservó su aire tranquilo, y tomando el acento solemne de una tristeza profunda, dijo, apoyando cada una de sus palabras con una intencion muy marcada:

—Es necesario, sin embargo, no amarme, porque, os lo prevengo, esto puede haceros desgraciada.

Defensa imprudente, que fué para Natalia á la vez una media revelacion, un cebo de mas á su curiosidad, y un incentivo á su instinto malicioso de óven.

—Y por qué, pues—le preguntó ella—no se os puede amar?

El criollo no respondió.

Durante ocho dias estuvo ella incómoda.

En la noche del noveno dia, Natalia, atormentada por una pena que no podia esplicarse, subió á su cuartito, se sentó delante de una mesa, dobló ma-

quinalmente una hoja de papel, que colocó en frente de su pecho, tomó la pluma sin saber lo que hacia, y entregada á aquella preocupacion que la absorvia enteramente, dejó correr sobre el papel su mano, que temblaba, y trazó unas palabras que ni veia ni comprendia. A quién se dirigian? Apénas en su turbacion hubiera podido al instante responder á semejante pregunta. Cuando se detuvo y se disipó el velo que oscurecia su vista, leyó con increible sorpresa:

—«Estad satisfecho, porque no se os ama.»

Espantada entónces de su audacia, la jóven quiso destrozar á aquella carta imprudente; pero en aquel momento su padre, á quien un ngocio habia llamado un instante fuera, despues de la comida; Dubreuil, decimos, que no hubiera podido pasar una noche sin ver á su hija, entró en la habitacion de Natalia. Esta ocultó con viveza la carta bajo los pliegues de su manteleta, y le fué preciso bajar y seguir á su padre al jardin, donde se hallaban reunidos algunos amigos: la pobre niña estaba muy inquieta, pero conocia que le era ya imposible el darse cuenta de aquella inquietud. Su embarazo se aumentó á la vista del jóven criollo, y apénas pudo contestar de una manera satisfactoria á las preguntas amistosas que por todas partes se le dirigian, con motivo de su momentánea ausencia. Luciano que, habia visto en aquel enojo de ocho dias una nueva prueba del amor que inspiraba; Luciano, que

seguia con la vista todos los movimientos de Natalia, y que se afligia verdaderamente por su inquietud, de la cual se acusaba, no pudo menos en un momento en que vió á la jóven quedarse un poco mas atras de los demas paseantes, que detener sus pasos de modo que se encontrase á su lado; y entónces, con un tono verdadera y singularmente penetrante, le dijo en voz baja:

—Bien os decia, Natalia, que era preciso no amarme.

—No os amo á vos, ni á nadie—esclamó èlla.

El la vió, sacudiendo la cabeza con aire de incredulidad.

—Lo dudais!—continuó ella rápidamente, picada y casi colérica—pues bien, mirad eso que os probará que yo no miento jamas.

Y diciendo estas palabras, deslizó la carta en su mano, y huyó.

Aquella noche Natalia no durmió. Desde aquel fatal momento se sintió herida en su dignidad de jóven, y fué para ella un suplicio el pensar que habia escrito à un jóven, y que éste habia leido y conservado su carta. Obligada á fingir, á ocultar sus emociones, le fué preciso adquirir la ciencia de la mentira; logró bien pronto el disfrazar su voz, poner una máscara en su rostro, y dar á su mirada una espresion engañadora. Aprendió, en fin, lo que muchas mugeres consideran, aunque errada-

mente, como su mejor salvaguàrdia: aprendió á tener presencia de ánimo.

La pobre Natalia hizo grandes progresos en el camino del disimulo: conoció que en lo de adelante el misterio debia quedar impenetrable á los ojos de sus parientes; así, pues, se esforzó en parecer como antes, tranquila y alegre; y lo consiguió!

No hubo, pues, como ha podido creerse, ni falta de perspicacia ni de solicitud por parte del padre y de la madre; si fueron engañados por las apariencias, fué porque la habilidad empleada por la jóven tenia bastantes recursos y poder para ocultar la verdad.

Embriagado de felicidad á la lectura de aquella confesion, que parecia desmentir el amor, Luciano se cansó de combatir; y poco despues no prohibió ya á Natalia el amarlo, y un dia se atrevió á decirle:

—Os amo!

Dígnese recordar el lector que habia nacido bajo el ardiente sol de los trópicos, y que tenia veinte años.

Dichosa á su turno, y ella tenia necesidad de aquel consuelo, la culpable niña, para no descubrirse en el disimulo, impuesto á todas sus acciones y á todas sus palabras; feliz al principio, no tardó en probar un nuevo y cruel tormento, el de los zelos. Sí, estuvo zelosa, y aquella tortura le fué necesa-

rio esconderla en todas las demas, en lo mas profundo de su corazon. Desde el momento en que Luciano le dijo:—Os amo! se creyó con derecho de pedirle cuenta de todas sus acciones, y de ser partícipe de todos sus secretos; debia confiarle cuanto hacia, y donde iba. No le habia ella confiado el mas grande, el único secreto que ella hubiera hasta entónces ocultado á sus padres: su amor, en fin!

Llegó una carta de la Martinica á Ruan para Luciano; Natalia lo vió incómodo despues de haberla leido; muy incómodo, en efecto, porque en aquella carta se le hablaba de su muger. La jóven inquieta no tuvo un momento de tranquilidad, hasta que se encontró sola con él. Sus primeras palabras fueron para suplicarle que le mostrase aquella carta, ó al menos que le dijese su contenido. Luciano se rehusó. Juntó las manos, le suplicó con una mirada elocuente, vertió lágrimas; mas no pudo vencer la resistencia de Luciano.

Entónces se ecsaltó la imaginacion de Natalia; en lo que podia no ser, así como él lo afirmaba, mas que una cosa muy poco importante para ella, la zelosa jóven vió la felicidad ó la desgracia de toda su vida: en la negativa de Luciano, negativa insignificante tal vez, y que él no oponia á sus súplicas mas que por no ceder siempre, su desconfianza sospechó una intencion culpable: el designio de engañarla, ó quién sabe? de romper con ella tal vez.

Espantada é irritada al mismo tiempo, renovó con mas fuerza sus instancias y sus súplicas: en un instante la escena habia llegado al mas alto grado de ecsaltacion por una parte, y de dolor por la otra; porque Luciano suplicaba á la jóven que lo creyese; pero rehusaba siempre mostrar la carta.

—Por piedad, por favor, Natalia—decia él—no insistais si me amais.

—Vos sois el que no me amais!....—contestó ella con desesperacion.

A aquella injusta reconvencion, que parecia dar nueva violencia á su amor impetuoso, y por largo tiempo comprimido, Luciano esclamó:

—Ah! que no te amo!......

Y como espantada, Natalia quiso huir. El criollo, olvidando el respeto y la prudencia, la detuvo!

—Y bien—le dijo él despues de algunos momentos—esa carta que tú ecsigias, aquí està: te la entrego, si la quieres todavía; pero te lo declaro, Natalia, si la lees, seré muy desgraciado.

Y le alargó aquella carta con ansiedad. Ella la recibió con orgullo, de las manos temblorosas de su amante; vaciló un instante, pareció reflecsionar y preguntarse: la abriré? Pero en lo mas fuerte de su incertidumbre, sus miradas se dirigieron á Luciano, y sorprendieron una làgrima en los ojos del criollo; entónces arrojó con viveza la carta al fuego, y precipitàndose en los brazos del suplicante:

—No—le dijo ella—no debes ser desgraciado.

Esto pasaba en el pabellon del terrado, una noche que Dubreuil se habia visto obligado á conducir á su muger á la casa de su abogado, donde habian sido llamados ambos para la firma de un escrito relativo al litigio de familia, de que hemos hablado antes.

IV.

LA ENFERMA.

Luciano habia partido desterrado del antiguo continente por una muger, y enviado á su patria, de donde una muger lo habia hecho huir dos veces.

Aquel dia el pretendiente que hemos visto llegar, sostuvo solo la conversacion; pero no vió á Natalia.

Inmediatamente despues del desayuno, Albertina, como ya lo dijimos, se habia levantado de la mesa la primera y corrido al cuarto de su hija.

Allí no tuvo mas que el tiempo necesario para comunicarle el proyecto de matrimonio, arreglado por su padre, así como la prócsima llegada del pretendiente; y á pesar de las precauciones que empleó la tierna madre, para anunciarle aquella funesta noticia, faltó poco para que la pobre Natalia se desmayase de nuevo. Todo se habia conjurado á la vez contra ella, la desgracia la perseguia sin descanso, y con golpes tan redoblados, que al fin sucumbió. La acometió una violenta fiebre, y en seguida pareció no sufrir nada: al delirio habia sucedido un profundo abatimiento, una postracion completa de sus fuerzas morales y físicas: en este estado la encontraron Liénard y Dubreuil, cuando una hora despues del retorno de Albertina á la habitacion de su hija, subieron á ver á Natalia, creyendo que tendria, cuando mas, una ligera indisposicion; entónces tambien quedó decidido que la union proyectada por el negociante, seria aplazada para un dia mas feliz.

Mas aquel dia parecia que debia esperarse por largo tiempo: léjos de ceder, el mal empeoraba.

No tratarémos de pintar la desesperacion del padre, que nada comprendia de aquella repentina enfermedad; recuerde el lector, para formarse una idea de ella, aquel dia en que creyó habia perdido á su hija en Paris. Era la misma violencia en el dolor, la misma locura. Pero, quién podrá decir lo que sentia la desgraciada Albertina? Quién po-

drá analizar todos los tormentos de aquella tierna madre? No solamente temblaba por la vida de su hija, sino que temia á cada instante, bajo el golpe de aquel doble espanto, descubrir el fatal secreto, y le era preciso hallar fuerzas para disimular; necesitaba mucha sangre fria y destreza para impedir un descubrimiento, cuyas inmediatas consecuencias podian causar la muerte de la culpable niña. Y ni un solo instante de descanso, de seguridad y de abandono! El amor maternal le imponia el deber de no separarse ni un momento, ni abandonar su activa vigilancia, porque Dubreuil estaba siempre allí.

Qué drama tan estraño el que se representaba al lado del lecho de dolor de Natalia!

Un esposo cruel que no habia perdonado á su muger, y para quien era un sufrimiento tenerlo á la vista; sin embargo, el padre desconsolado, se aprocsimaba á su muger; pero solamente para ver á su hija de cerca, y tener alguno á quien hablar de ella; una madre que se esforzaba en alejar á un padre del lecho de su hija enferma! En fin, dos personas á quienes un mismo punto de afecto reunia, y que se veian separadas por un abismo! El odio y el desprecio por una parte, el temor por la otra. Ademas aquel hombre que hubiera querido ser el único que cuidase á su hija; pero que conocia que no tenia derechos para privarla de los cuidados

de su madre, aquel hombre que no habia soportado al principio, sino con mal humor, y aun con brutalidad la presencia de su muger, que llegó á tolerar en seguida con indiferencia como si no fuese mas que una estraña, aquel marido que estaba dispuesto á no dirigir la palabra á su muger, sino vencido por la necesidad, y que se vengaba siempre de aquella necesidad con un tono duro, con ironía y sarcasmos, habia llegado desde la enfermedad de su hija, á tratar de anudar los lazos que él mismo habia roto, hacia muchos esfuerzos para endulzar la aspereza de su voz, se le veia dar vueltas al rededor de su muger con embarazo, y separarse con aire sumiso, cuando ella queria estar sola cerca del lecho de Natalia, se retiraba á algunas distancia, se aprocsimaba de nuevo, implorando con la mirada una palabra que lo tranquilizase, como el perro del cazador, que se acerca con las orejas caidas, despues de haber cometido una falta, y frota las piernas de su amo, como para implorar su perdon.

Pero si Dubreuil obraba de esta manera, era porque vencido por la inquietud, que aumentaban de dia en dia las respuestas ambiguas del médico, él se ecsageraba la inminencia del peligro, y decia:

—Solo Albertina puede informarme de la causa y de los progresos de esta enfermedad.

Sea lo que fuere, aquel hombre que habia desconocido á su muger, reconocia por lo menos, con

aquella tácita confesion, que no podia pasarse sin el instinto de la madre.

—En fin, qué tiene esa pobre niña?—preguntó à Albertina, un dia que creyó verla mas agitada, mas inquieta que de costumbre—en nombre del cielo, decidme: de qué proviene su mal, porque ese maldito doctor me mata con sus incertidumbres?

Era la vigésima vez que Dubreuil dirigia esta pregunta á su muger, que siempre la habia eludido.

—Quereis que yo os lo suplique—continuó él con las lágrimas en los ojos—decídmelo, porque vos lo sabeis, tal vez ella os lo habrá dicho......

—Lo he adivinado—respondió en voz baja la señora Dubreuil, enternecida con el dolor de su marido, y buscando en su imaginacion, una mentira generosa y diestra, para calmarlo y mejor ocultarle la verdad.

—Y bien?

—Mas bajo! mas bajo!.... es preciso que no nos oiga.

—Hablad, hablad!......

—Su corazon es el que padece. Cómo no lo habeis comprendido como yo?.... No sabeis, pues, adivinar nada?.... Recordad el dia en que cayó enferma; su enfermedad es de amor!......

—Ella ama, y á quién? Oh! que hable, y si es necesaria toda mi fortuna para pagar su dote....

—Ama al señor Luciano—interrumpió Albertina—y ella sabe que es casado.

Con mucho trabajo contuvo Dubreuil un grito de sorpresa y de desesperacion. Cayó aterrado sobre una silla.

—Porque lo recibí en mi casa!—murmuraba con voz ahogada.—Y por qué no dijo que era casado el miserable? Pobre niña! pobre niña!

La madre de Natalia habia conocido que era preciso sacrificar una parte del secreto, para salvar la otra.

Sin embargo, el mal habia llegado á su punto culminante, y no tardó en cambiarse en mejoría, y por fin llegó la época de la convalescencia.

No cansarémos á nuestros lectores con la relacion de los trasportes de alegría de Dubreuil. En cuanto á Albertina, su tarea no hacia mas que comenzar, porque estaba prócsimo el instante en que no le seria posible disimular á los ojos de su marido la falta de Natalia. Sin embargo, gracias á su prudencia, que dictaba todas las palabras al doctor, se ordenó un viage: el cambio de aires, las sensaciones vivas y repetidas de los prsparativos, las distracciones de Paris, el ruido contínuo, debian curar á Natalia de su insensato amor; así hablaba el médico, aconsejado por Albertina.

—Qué no lo hubiérais dicho antes!—esclamó el padre contentísimo—ya habriamos partido......

Sí, y me conviene un viajecillo de ocho dias, y nuestra enferma se restablecerá; qué felicidad el traerla aquí gozando ya de su salud! Y todo esto no nos costará mas que un viage de una semana.

—Una semana!—repitió la madre—ahora mismo, doctor, no hablábais de cuatro ó cinco meses.

El doctor hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Cinco meses?—dijo Dubreuil—y aun seis si es preciso, y partirémos hoy mismo: hace mucho que no viajo, y tengo deseos de ver nuevos paises.

—Repentinamente el negociante se detuvo en lo mejor de sus proyectos de partida que hacian estremecer á Natalia y á su madre, pensó en el estado embarazoso de sus negocios: hacia algun tiempo que las quiebras sucesivas de algunos comerciantes habian comprometido su fortuna.

—Si parto—dijo él—creerán que es una fuga, y perderé mi crédito. Soy muy desgraciado.

Y despues dijo con voz alterada:

—Dios mio! mi querida amiga, mira como esto se dispone á mal tiempo; no puedo partir, es preciso que me quede.

Albertina lo sabia perfectamente.

—Mas quién—prosiguió con dolorosa ansiedad—quién acompañará á Natalia en su viage?

Y dió dos ó tres vueltas por la pieza, buscando

una respuesta á aquella pregunta; y no encontrándola......

—Pardiez!—esclamó Liénard, que asistia á la deliberacion—es eso todo lo que te apura? Me parece que no es necesario ir á buscar muy léjos quien acompañe á Natalia; á quién podrias confiarla mejor que á su madre?

Dubreuil lo miró con sorpresa, se ruborizó y se mordió los labios.

—Sí—apoyó el médico—los cuidados, las atenciones de una madre son lo mejor para una jóven.

La última persona en quien hubiera pensado Dubreuil, la última que hubiera escogido, habria sido ciertamente su muger; pero las dudas que se habian apoderado de él hubieran dado lugar á muchas conjeturas, si las hubiese dejado reconocer; ademas, se trataba del restablecimiento de Natalia: así, pues, se resignó. Salió el doctor, y Liénard se escusó en estos términos, de no poder acompañar á los viageros:

—Aquí no soy dueño de mí mismo, sino que pertenezco á mis amigos de Ruan; pero tranquilizaos, mi querida señora Dubreuil, y vos tambien, señorita; robaré uno ó dos dias al mes á cada uno de mis amigos, é iré á veros.... Ademas, que no me desagradará mucho el ir á dar una vuelta á Paris.

Al dia siguiente por la mañana, el negociante mandó suplicar á su muger que pasase á su gabinete, donde la esperaba.

—Tomad—le dijo—mil doscientos francos para vuestros gastos de viage; cuando os falte dinero, que me escriba mi hija.

En aquella misma tarde, la madre y la hija montaban en una silla de posta. Natalia, muy cubierta con un schal y una capa de seda, habia bajado de su cuarto por la primera vez desde la partida de Luciano. Sostenida por su madre, se adelantó lentamente hácia la puerta; antes de pasar el umbral Natalia se arrojó en los brazos de su padre, y en el instante en que éste le daba en la frente el beso de despedida, se inclinó bajo aquel beso paternal, como bajo el peso de una maldicion. En aquel momento tambien Dubreuil hacia vanos esfuerzos para detener dos lágrimas que corrieron por sus mejillas; todos los recuerdos de lo pasado se borraron en su memoria: arrastrado por un poder irresistible, alargó la mano á su muger, que aunque muy admirada de aquel movimiento, no retiró la suya, y con voz entrecortada por sollozos, le dijo:

—Albertina, tú me traerás á mi hija.... no es verdad que me la traerás?

V.

LOS SOLITARIOS DE PASSY.

Llegada á Paris la señora Dubreuil, no tardó en comprender que escogiendo la capital para ocultar el secreto de Natalia, el doctor habia sido mal inspirado, y ella misma no habia sido mas previsora que el doctor. No podia condenar á su hija á una completa soledad, á una especie de reclusion forzada, cuando su salud vacilante pedia por el contrario distracciones, ó al menos un movimiento suave y continuo. Pero por muchas que fueran las precauciones de que se rodease para pasearse en la ciudad, habia otro peligro, mayor que el primero tal vez, y casi inevitable: encontrar á algunos conocidos. Por la salud de la hija, así como por la de la

madre, por el reposo de ambas durante los pocos meses difíciles que iban à pasar, era preciso à toda costa que se ocultaran las miradas de todos los indiscretos, porque uno solo en efecto hubiera sido suficiente para hacerles perder el fruto de tantos trabajos, de tanta prudencia y de tantas angustias.

Albertina resolvió, pues, buscar en las inmediaciones de Paris un retiro seguro, y del cual haria un misterio el mayor tiempo posible, aun para su mismo marido. La señora Dubreuil encontró en Passy lo que deseaba, y las dos viageras fueron à habitar una casita en la calle de las Viñas, una de las mas desiertas de aquel barrio parisiense, que tanto participaba de la ciudad como del campo.

Allí su ecsistencia fué monótona y triste; pero en aquella misma tristeza, las reclusas no podian dejar de encontrar alguna dulzura, sobre todo cuando comparaban la calma de que gozaban con las terribles escenas y la espantosa catàstrofe que su permanencia en Ruan debia indefectiblemente haber producido.

Y por otra parte, no tenia allí Natalia à su madre, para sostenerla, para consolarla y para darle valor? Y no tenia Albertina que salvar à su hija? à su hija, que la compadecia y que la consolaba tambien? porque la señora Dubreuil, para enseñar à Natalia, así como se lo habia prometido, que una madre, aun deshonrada, no tiene derecho para dejarse morir, la señora Dubreuil, repetimos, le habia

referido lo que habia pasado en otro tiempo entre ella y su marido; y aunque hubiese empleado en aquella revelacion toda la prudencia de un secreto y de un dolor, leyendo en el alma una de otra como en la suya propia, amàndose no solo porque eran hija y madre, sino porque ambas eran desgraciadas.

Ocupaciones agradables, la música, algunas lecturas de cuando en cuando, un paseo corto bajo los arbolillos del jardin, y mas que todo, largas conversaciones sobre lo pasado, y sobre el porvenir tambien; sobre el porvenir del niño que iba à nacer, ocupaban todos los instantes de Natalia y de su madre. Sus largas é interminables plàticas rodaban siempre sobre el mismo objeto: sobre la pobre é inocente criatura, cuyo nacimiento se esperaba de dia en dia. Así se pasaban los de las solitarias de la calle de las Viñas: solo por la noche, y ya tarde, era cuando se atrevian à pasar el umbral de su habitacion para dirigirse hàcia el bosque de Bolonia; y cuando llegaban allí, escogian con preferencia los senderos mas desiertos, y los caminos mas oscuros.

A Natalia era, como se recordará, á quien Dubreuil habia dado el encargo de escribirle todas las ocasiones que tenia que cumplir con aquel deber. Se llenaban de lágrimas los ojos de la arrepentida jóven, y su mano temblaba. Si Albertina no hubiese estado allí para ecshortarla y para obligarla, nunca habria tenido fuerzas para concluir la carta

comenzada; porque era preciso con un punzante dolor en el alma, sonreirse en la carta, hablar á su padre de los placeres, que apénas conocia de nombre: debia hablarle, en fin, de aquella vida de Paris, que ignoraba la pobre niña; le era preciso referir los conciertos, las tertulias y los espectàculos: era forzoso mentir, y hacerlo con seguridad, con conviccion, por mejor decir, á fin de no dejar à las sospechas el mas ligero pretesto. A la conclusion de cada una de aquellas cartas, escritas bajo el dictado de la señora Dubreuil, las dos mugeres arrojaban un suspiro de alivio, como si se encontrasen libres de un pesado fardo, y llegada la noche, al fin de su oracion cuotidiana, la madre decia:

—Dios mio! perdonadme esta mentira, y tened piedad de mi hija.

—Perdonadme por haber mentido, Dios mio!—decia la jóven—y perdonad à mi padre su injusticia con mi madre.

Habiendo Dubreuil escrito á Natalia que sabia con placer que visitaba á la honrada familia de uno de sus corresponsales, el señor Moreau, rico negociante de la calle de los Bourdonnais, hubiera habido necesidad de hacerle su retrato. Albertina se encargó de responder à su marido que un médico célebre, consultado por ella, habia ordenado á su hija que huyese de la agitacion fatigosa del mundo, sin dejar por eso de frecuentar la sociedad; y que

obedeciendo à aquella prescripcion, acababa de establecerse en Passy, donde Natalia gozaba á la vez del aire del campo y del movimiento, y de la vista de un mundo brillante, en el bosque de Bolonia.

Los meses pasaban así: la madre alentando á su hija, y ésta buscando en los deberes de su nuevo estado, la fuerza necesaria para llegar al término fatal: y en todo ese tiempo ningun accidente desagradable llegó à turbarles en su retiro la uniformidad de su ecsistencia.

Ningun accidente hemos dicho. Una noche solamente, en una de sus escursiones al bosque, Natalia se estremeció involuntaria y súbitamente, á la vista de un jóven que pasó rápidamente à su lado, y al que creyó reconocer. El movimiento de la hija no se escapó à la señora Dubreuil: mas no dijo ni una palabra. Cuando llegaron á su casa, Natalia se arrojó en brazos de su madre, y le dijo:

—Oh! Dios mio! quiere, pues, matarme?

—Sí—respondió Albertina—era él!

Y no se atrevió à pronunciar un nombre, que ambas parecia que de comun acuerdo lo habian escluido para siempre de sus conversaciones. Desd aquel dia limitaron sus paseos al jardin de la casa.

Sin embargo, Liénard, que no tenia el defecto de ser desmemoriado, sobre todo cuando se trataba de ir á ver à sus amigos, se habia acordado de la visita prometida á las dos viageras la víspera de su

partida; habia, pues, economizado con mucho trabajo, decia él, en cada uno de los meses concedidos por él á sus forzados huéspedes, aquí un dia, allà dos ó tres, formando todo una suma de ocho dias completos. Impelido entónces por Dubreuil, á quien el mismo embarazo en sus negocios retenia en Ruan, tomó una mañana el primer lugar en la diligencia, la cual lo condujo justamente à la hora de comer al patio de la posada de Paris.

Sin perder tiempo, dejando allí su maleta, que debia recoger à la mañana siguiente, echándose en la bolsa un paquetito que contenia su neceser, corrió, no en busca de un hotel, él que no se alojaba mas que en casa de sus amigos; tampoco à Passy, sino al Palacio Real, á casa de Véfour. El estómago del buen Liénard vencia siempre à las ecsigencias de su corazon. Pero no nos apresurémos á imputarle como un crímen aquel retardo que prolongó, menos con la ingratitud de un amigo olvidadizo, que con toda la beatitud de un viagero hambriento, y de un gastrónomo que necesita recobrar sus fuerzas con toda comodidad. En la misma tarde, despues de haberse arreglado convenientemente, se puso en camino para el pueblecillo de Passy. Liénard siguió la orilla del agua, y enjugándose la frente de cuando en cuando, decia:

—El camino es un poco largo, pero es preciso sacrificarse por sus amigos, ademas que servirá este ejercicio para hacer mejor la digestion.

Y despues de media hora de camino:

—Diablo! ya se acerca la noche—prosiguió—con tal que no se hayan acostado.... Quedaria yo lucido!

Cuando llegó á la puerta de la calle de las Viñas, que le habian indicado, y cuando tenia la mano en el anillo de cobre, fijado en la punta del alambre que correspondia con la campanilla, un hombre que desde lo mas oscuro de la calle venia tras él, deslizándose à lo largo del muro, y el que Liénard habia observado no sin algun espanto, se encontró repentinamente à su lado, y lo detuvo por el brazo.

«Al ladron," iba à gritar Liénard espantado; mas al voltearse se fijó su mirada en el maldito que lo interrumpia. A la luz moribunda del crepúsculo lo reconoció, y quedó mudo, no de espanto, aunque no estuviera precisamente muy seguro, sino de sorpresa; de una sorpresa mezclada de duda, de esa duda que se siente al ver repentinamente à una persona que se ha creido muerta.

—Dónde vais?—dijo bruscamente Luciano de Roncy, sin darle tiempo de volver de su asombro.

—El es!—esclamó Liénard, sin contestar á la pregunta que se le habia dirigido—Cómo, sois vos, señor de Roncy? no queria creer á mis ojos al principio.... Pero qué diablo haceis aquí? Os creia yo en la Martinica! No puedo volver de mi sorpresa.... Es decir que no habeis partido? Es estraño......

debe haber alguna causa para que yo os encuentre en Passy, en una calle desierta, deteniéndome por el brazo en el momento en que voy á llamar á una puerta.... Y no me dais las buenas noches?.... Al hecho.... Cómo estais, mi jóven amigo?

—Dónde vais?—repitió Luciano, interrumpiendo las locuaces esclamaciones del hombrecito. Mas éste no habia concluido de admirarse, y queria á fuerza que se le diese cuenta de aquel encuentro inesperado.

—Es único en su caso! es único!—decia para sí mismo.....—Y no hay duda que es él! pero en qué estado!

En efecto, la noche no estaba tan oscura que no pudiese ver los vestidos desordenados, y aun el aspecto estraño del jóven criollo.

—Me diréis por fin á dónde vais?—preguntó aún Luciano, pero aquella vez sacudiendo à Liénard, y con un tono que ecsigia una respuesta.

—Qué de prisa estais!—contestó el viejo solteron, con una espresion de mal humor, que no creyó prudente manifestar—dónde voy? pardiez! á casa de la señora Dubreuil, que vive aquí con su hija enferma; pero vuestra presencia me indica bastante que sabeis tanto como yo.

—No entraréis!

—Y por qué?

—No entraréis, os digo!

—No váyais mas léjos—dijo repentinamente Luciano colocàndose delante de él, y obligàndolo à apoyarse contra un muro.

—Qué me quereis?—esclamó el rentista lleno de espanto, y pensando en la terrible amenaza que resonaba todavía en sus oidos.—Qué me quereis? Seríais capaz, infortunado jóven?....

Y creyéndose en seguida luchando ya con un adversario jóven, vigoroso, y que le parecia muy capaz de dejarse arrastrar á los mas terribles escesos, tuvo bastante presencia de ánimo, para comprender que no habia mas de un medio para desarmarlo, y era el emplear la dulzura, y ejecutar lo que quisiera.

—Veamos, mi jóven amigo, confesadlo: habeis cometido una falta?—dijo con el tono de un moralista que prepara su ecsordio.

—Una falta!—repitió Luciano—qué sabeis?—Dios mio!—respondió mostrando una sonrisa, y logrando justamente hacer la mas graciosa de las muecas—eh! Dios mio; se hace todo á esa edad...... cuando es uno jóven sobre todo.... no es verdad? Oh! la juventud es terrible.... Vamos, no os incomodeis.... Bien veis que no soy malo.... ya yo comprendo esto.... Pardiez!......—Liénard dió entónces á su voz una espresion que con buena voluntad hubiera podido pasar por una cosa semejante al abandono, una especie de alegría.

—Pardiez! Si comprendo? —añadió él —me acuerdo como si fuese ayer.... en mi juventud era yo muy....

En esta palabra se interrumpió, buscando el epíteto, que siguiendo la suposicion que perseguia, pudiese convenientemente darse á sí mismo; pero su imaginacion trastornada, no le presentó ninguno, y soltó la primer palabra que le ocurrió, y esta palabra fué:

—Truhan......

—Sí, he sido muy truhan—repitió en tono medio picaresco y medio pudibundo—mas si yo hubiese tenido en ese tiempo un buen amigo, como lo soy yo tal vez......

—A qué viene toda esa charla?—dijo Luciano—escuchadme.

—Dejadme concluir; no os arrepentiréis tal vez; si yo hubiese tenido......

El hombrecito hizo una nueva pausa, recobró su seguridad un momento, porque oyó el paso lento de una patrulla que parecia venir por aquel lado. Luciano escuchó con menos placer sin duda, porque su compañero lo vió estremecer. Liénard se creyó salvado; pero tal vez, porque la ronda nocturna temiese entrar en la oscuridad del callejon, donde el hombrecito se ingeniaba en pasar el golpe, que segun él le amenazaba, porque pasó de largo, y el amigo íntimo de Dubreuil se encontró frente á

frente y solo en la oscuridad, ante su terrible adversario.

—Os decia, pues—añadió con un gemido de resignacion —que si en mi juventud hubiese yo tenido un amigo como lo soy yo vuestro, habria ido á verlo y le hubiera dicho:—Mi buen amigo, he jugado, tengo deudas, y por consiguiente acreedores; hazme el favor de sacarme de este apuro, dame dinero. Y yo conozco á Liénard, es buen sujeto; ademas es muy rico, sin que haya necesidad de usar con él de violencia, está pronto á todo; ciertamente podeis creerme, está dispuesto á.........

—Quereis callaros!— replicó con impaciencia el criollo, que durante aquella charla burlesca, habia parecido muy ocupado, en medir con la vista, á pesar de la oscuridad, la altura del muro, à cuyo pié se encontraban, ecsámen que no habia podido observar el rentista desconsolado, y tambien muy ocupado en el interesante trabajo de salvar su vida.

—Os juro que no os engaño.....—repitió él.... estoy realmente pronto......

—Estais loco!

—Jóven, no me insulteis!

Y trató de soltarse de Luciano, que con brazo firme lo mantenia elevado en el mismo lugar.

—Insultaros, mi querido señor Liénard? no pienso en ello, por el contrario. Veamos, es verdad que tengo un servicio que pediros, pero esto no debe es-

pantaros con anticipacion; no quiero ni vuestra vida ni vuestra bolsa.

—¿Qué es, pues, lo que quereis?

Liénard respiró con libertad.

—Teneis las espaldas fuertes?

—Ordinariamente sí, y puedo alabarme de ello; pero os confieso francamente que por hoy mis piernas tiemblan un poco.... Ademas, no comprendo muy bien.

—No importa, apoyaos aquí, contra este muro, y formadme una escala.

—Cómo! eso es todo lo que quereis!.... Ah!

Liénard arrojó un prolongado suspiro de satisfaccion.

—Pero por qué diablo no me lo habeis dicho antes? Habeis cometido.... una chanza, perdonadme la palabra, que iba mas allá de los límites.....

—Hace un cuarto de hora, por lo menos, que sabríais lo que esperaba de vuestra complacencia, si me hubiéseis dejado tiempo para pronunciar una palabra. Consentís, pues?

—Aunque sea esta una postura poco digna de un hombre de mi edad y de mi carácter, puesto que lo quereis...... Pero esperad que me enjugue la frente.

—Teneis calor?

—Sí, estoy nadando......

Y limpió el sudor frio que inundaba su rostro.

—Pero he ofrecido......

—A quién?

—Primero à esas señoras cuando dejaron nuestra ciudad, y despues al amigo Dubreuil, que está muy inquieto: así, pues, me ha recomendado el que sepa con precision el estado de salud de nuestra querida Natalia; ecsaminar lo que pasa, sin que observen que pongo en ello la menor atencion; y volver à Ruan para llevarle noticias seguras.

—Es decir que venís aquí á espiar?

—Mi jóven amigo, estais en un mal dia, ya lo veo; vuestras espresiones son demasiado ligeras.... perdonadme la palabra, y...... Pero para qué es hablar tanto? Buenas noches; voy á......

—Os he dicho que no podéis entrar—repitió Luciano deteniéndolo.

—Qué! pretendeis?... Vamos, es cosa para reirse.

—Yo lo mando.

—Os repito que es de órden del amigo Dubreuil......

—Razon de mas. Escuchadme, señor Liénard; vos me conoceis, no es esto?

—Es decir, por el contrario, que no os conozco.... esa petulancia......

—Nunca he hecho mal à nadie—continuó el jóven, sin hacer caso de la interrupcion de Liénard —no quisiera hacerlo á persona alguna, y à vos

mucho menos...... Mas os lo prevengo, y grabad bien esto en vuestra memoria: si tratais de entrar á esta casa, os levanto la tapa de los sesos!

Y para probar que su amenaza no era vana, sacó de la bolsa una pistola, cuyo gatillo hizo resonar.

—Ahora—añadió—obrad como querais; pero à nadie acuseis, sino á vos mismo de cualquiera desgracia......

—Esto es espantoso!—murmuró Liénard, á quien el miedo hizo dar un brinco atras, tan léjos como lo permitia el poco desarrollo de sus piernas y rotundidad de su abdómen. Y hubiera seguramente caido, si la mano de Luciano no lo hubiera contenido.

—Espantoso!—murmuraba siempre el hombrecito, cuyos dientes rechinaban y acometido de un temblor general.

—Vecinos, tranquilizaos; no llegaré á esa estremidad, si no me forzais à ello, y vos sois dueño de impedir una desgracia.

—Pero al menos, tened la bondad de esplicarme......

—Nada! Adivinad lo que sea, si la curiosidad y vuestra mision os obligan à ello. Adivinad, consiento en ello, puesto que no podeis adquirir la certidumbre por vuestra vista; pero aun cuando llegàseis á penetrar la verdad, debo advertiros, que os prohibo la digais jamas; entendeis? y si por desgra-

cia desobedeceis mi prohibicion, estad seguro de que sabré encontraros.......

—Para.... levan.... tarme.... la tapa.... de los.... se.... sos?.... Ya entiendo....—dijo el rentista, colocando entre cada una de sus palabras un prolongado intervalo, como para dar á su interlocutor el tiempo necesario para interrumpirlo, en el caso en que no hubiera comprendido bien la intencion del criollo.

—Vamos—añadió él, con un poco de calma—es preciso sacrificarse por sus amigos...... Habré caminado inútilmente...... aunque sea muy desagradable el ir à dormir qué sé yo donde...... En fin, no importa, volveré mañana.........

—Ni mañana, ni otra vez, ni nunca!—dijo Luciano con voz imperiosa!

—Bah!—hizo el hombrecito.

—No comprendeis acaso?

—Sí, sí, sí, comprendo.

—Así, pues, nos entendemos?

—Perfectamente.

—Gracias! gracias!—esclamó Luciano, con el acento de un profundo reconocimiento.—Oh! no sabeis qué alegría me causais!......

Y quiso en su estraño trasporte, manifestar á Liénard, la alegría que le causaba su promesa, y e pesar que sentia por haber empleado un medio tan violento para obligarlo á prometerle silencio; pero el hombrecito retrocedió dos pasos.

—Jóven—dijo—guardad esa pistola, guardadla. Es preciso no jugar con las armas de fuego...... una imprudencia es muy fácil de cometerse......

Nuestros dos personages estaban ya á alguna distancia de la puerta donde habia principiado aquella escena tragi-cómica.

Hablando Luciano, habia tomado á Liénard por el brazo, y éste se dejaba conducir sin saber dónde, á la buena ventura y preocupado como lo estaba, y aun no recobrado de las sucesivas emociones que le habia sido necesario sufrir, hacia un largo cuarto de hora.

—Cuàn ardiente tienen la sangre estos criollos—pensaba él—pero éste con su aire de Caton, y sus modales santuchos, quién diablos habria creido que? ....

Conversando así habia dado vuelta á la esquina de la calle de las viñas. Entraron en una especie de callejon muy oscuro, cubierto por ambos lados por los muros de los jardines.

—Dónde estamos? —preguntó repentinamente Liénard—apénas distingo para andar.

—Qué os importa?—respondió Luciano—no estoy con vos?

—Qué me importa!—murmuró el hombrecito...... que volvia á tener miedo....

Mas no tuvo tiempo para proseguir su monólogo interior.

En un momento se halló Luciano en lo alto de la muralla.

—Hasta otra vista, mi jóven amigo—esclamó Liénard—me voy......

—No—contestó Luciano—estaos ahí.

—Pero al menos, no os dilateis......

Y con mucho desagrado del rentista, Luciano desapareció.

VI.

EL PADRE DEL NIÑO.

Cualquiera otro que no fuera el criollo, no habria podido dejar de reirse con el acento tímido que de la recomendacion del asustadizo rentista; mas él en aquel momento, así como durante toda la escena procedente; en aquel momento sobre todo, parecia

presa de una agitacion interior, que escluia toda otra idea, que no fuese la que lo dominaba; idea tenazmente fija, dolorosa y ardiente. Luciano estaba ya léjos cuando Liénard, contemplando las estrellas, con la cabeza aturdida por lo que acababa de pasar, le suplicaba todavía.

Despues de haber saltado al jardin, mucho mas elevado al nivel de la calle, como no habia sentido en su caida mas que una especie de asombro producido solamente por el efecto de la oscuridad, que no le habia permitido calcular la distancia: Luciano atravesó el jardin y marchó con agilidad, pero con muchas precauciones, y como un ladron que teme ser sorprendido, hácia una habitacion baja, donde un débil rayo de luz se deslizaba à través de los intersticios de una persiana cuidadosamente cerrada. Cuando llegó allí, se agazapó cerca de la ventana, en el àngulo formado en aquel lugar por la casa y el muro que la rodeaba, y que acababa de salvar.

Entónces, poniéndose casi de rodillas bajo la ventana, empleando la vista y el oido, interrogando con ansiedad cada rayo de luz, recogiendo en su corazon destrozado cada uno de los sonidos que desde el fondo de la habitacion llegaban hasta donde él estaba, testigo que no ve, que apénas escucha, oia sin embargo y trataba de introducir su vista impaciente en aquel cuarto, donde parecia que se

jugaba su vida. Mas si no llegaba alguna cosa á su vista, ni rumor alguno à su oido, adivinaba.

—Allí està la que sufre—decia—pobre Natalia! Si ella muere, me suicido.

Y su mano buscó la culata de su pistola, que apretó entónces convulsivamente contra su pecho.

Comprendia perfectamente los horribles sufrimientos de la paciente, y participaba de las angustias, que no le era permitido, ni consolar con sus palabras, ni aun endulzar con su presencia, y que de cuando en cuando el ruído sordo de su respiracion, que trataba de comprimir, le revelaban mucho mejor que el testimonio de sus sentidos, el grito de dolor ahogado por la que iba á ser madre. Entónces se fijaban sus dedos crispados en las barras de la persiana, y hacia muchos esfuerzos, sin embargo, para no romperlas. Si en aquel instante hubiera podido verse á Luciano, hubiera uno retrocedido de espanto al aspecto de aquel desgraciado, ó mas bien se hubiera uno sentido conmovido de piedad. Se hallaba estraordinariamente pàlido, tenia pintadas en cada una de sus facciones los tormentos que sentia; todos los músculos de su rostro manifestaban las contracciones nerviosas del de Natalia, á cuyo lado no se encontraba, y que sin embargo parecia decirle desde léjos: "Valor."

Sí, pobre madre, valor.

Pero al menos à la paciente no le faltaba ningu-

no de los ausilios que reclamaba su estado. Luciano creia ver y veia; tan preocupado se hallaba su espíritu con lo que pasaba en aquella habitacion; veia á la señora Dubreuil cuidando à su hija, mientras que otra muger vigilaba atentamente los progresos del drama terrible en que jugaban dos ecsistencias.

Veia tambien á Natalia, atormentada por el sufrimiento, y armàndosé con una fuerza de voluntad sobrehumana contra la imperiosa necesidad de llamar en su ausilio gritos y sollozos; asistia al espectáculo de aquel dolor, que hubiera querido ocultarse, hacerse mudo; y à la vista de tantos tormentos, sufridos con la resignacion de un àngel que mereciese aquel dolor, Luciano se torcia de rabia y desesperacion.

En fin, creyó escuchar, y escuchó realmente el débil grito de un niño, y su pecho se dilató, libre del peso enorme que lo oprimia. Se sintió entónces poseido del irresistible deseo de responder á la voz del que le debia la vida; estuvo à punto de arrojar un grito de alegría y de amor; mas le fué preciso contenerse y ocultar tambien el secreto que le pertenecia á él solo; y para reprimir aquel deseo impetuoso del orgullo paternal, apoyó violentamente su mano contra la boca; màs no siendo aún suficiente, mordió su mano hasta hacer que brotase la sangre.

Despues trató de ver todavía el interior del cuarto; mas no pudo lograrlo: lloraba mucho para ello. Sin embargo, se limpió los ojos; mas en el instante en que enjugaba las lágrimas que turbaban su vista, corrieron por dentro de la ventana una espesa cortina; entónces no fueron ya mas que sombras mal dibujadas las que pasaron à su vista.

Luciano, cuyo corazon latia precipitadamente, Luciano, cuya cabeza se hallaba trastornada, reflexionó si se presentaria ó huiria; mas el ruido de una puerta que se abrió no le dió tiempo mas que para ocultarse entre unas plantas. Un instante de reflecsion fué suficiente para demostrarle que seria mucha imprudencia el querer saber mas por el momento. Tomó su partido, atravesó el jardin, volvió al muro que brincó de nuevo, y tras el cual encontró en el mismo lugar al amigo Liénard, que lo esperaba mordiendo el puño de oro de su baston, y que repetia tal vez por la milésima ocasion:

—Qué diablo ha ido à hacer ahí dentro?...... no puedo adivinarlo.

—Y bien, habeis visto á esas señoras?—preguntó á Luciano que, habiendo cogido su brazo, lo conducia con rapidez.

—Qué os importa?

—Ah! mi jóven amigo, sois muy discreto...... pero sé mas de lo que creeis......

—Cómo?—preguntó el criollo con viveza, y temblando por temor de haber sido descubierto.

—Pensais tal vez—contestó el amigo de Dubreuil—que el espanto y la oscuridad me habian absolutamente desorientado; nada de eso.... durante vuestra ausencia, os he espiado.... ya solté la palabra.... tanto peor para vos.

—Y cómo? siguiendo el mismo camino que yo?

—No soy tan estravagante; me contenté con seguir la pared, y llegué hasta la puerta de la señora Dubreuil; lo cual me hizo reconocer lo que ya sospechaba yo, es decir, que el jardin á que habíais saltado, gracias à mis espaldas, no es otro que el de la casa de mi respetable amiga.

Y sin notar que las conjeturas desmentian formalmente aquel epíteto de respetable que acababa de unir al nombre de la señora Dubreuil, añadió con aire maligno:

—Jóven, me diréis si es por la madre ó por la hija?

—Libre sois para descubrir la verdad, si podeis —contestó el criollo—pero acordaos bien que este secreto debe morir con vos.

—Es justo...... debe uno sacrificarse por sus amigos.

Durante el resto del camino, es decir, hasta Paris, Luciano permaneció silencioso; en cuanto à Liénard, no cesó de quejarse.

—Jóven—decia—habeis cometido muchas faltas; primero me habeis obligado á caminar infructuosa-

mente; (perdonadme la palabra, sin contar mi cuarto de centinela al pié de ese maldito muro, en esa maldecida calle; en seguida, pensad en la responsabilidad que pesa sobre vuestra cabeza, si no encuentro un buen hotel esta noche; si duermo, ó si no duermo absolutamente; porque es muy posible, supuesta la hora avanzada de la noche, que me vea forzado á dormir à cielo raso, ó en un cuerpo de guardia......

Cuando llegaron á la plaza de Luis XV, Luciano dió las buenas noches á Liénard, y se separó de él.

—Hé aquí cómo se conducen todos los jóvenes —dijo entónces con amargura el desventurado rentista—cuando ya no nos necesitan nos abandonan. En mis tiempos no éramos así; yo sobre todo, no hubiera jamas procedido de esta suerte con un amigo apurado.... Felizmente traigo aquí mi pasaporte; sé leer, gracias á Dios; y sin duda no es por mera formalidad por lo que imprimen en los pasaportes: «Concederéis al viagero ausilio y proteccion en caso de necesidad.” Justamente me encuentro hoy en este caso...... quiero decir, esta noche.

La desgracia de dormir al aire libre, ó no dormir absolutamente, desgracia tan temida por Liénard, no se realizó: gracias al cielo y à su dinero, el hombrecito encontró buena cama por aquella noche, y durmió sin interrupcion hasta la mañana

siguiente, à pesar de las terribles emociones de la víspera; mas el sueño no le quitó la memoria: al despertar recordó su mal encuentro de la calle de las Viñas, el juramento que se le habiá ecsigido, y la amenaza que resonaba todavía en sus oidos, y se guardó muy bien, así como Luciano se lo habiá dicho, de volver á Passy.

Sin embargo, como no queria estar ocioso en aquel lugar donde se ven tantas cosas, otras muchas que se escriben, é infinitas que se comen, quiso verlo todo; mas se guardó muy bien de leer; tuvo el buen gusto de comer cuanto se le presentó; en una palabra, gozó de una vida deliciosa por espacio de ocho dias; despues de haber empleado aquel término economizado, como él decia, y fiel á sus amigos, Liénard se volvió á Ruan.

Grande fué su embarazo cuando encontràndose delante de Dubreuil, le fué preciso dar cuenta de su mision al padre, impaciente por tener noticias seguras de su hija. No habia para Liénard mas que un medio de salir de aquel mal paso: era mentir, y mintió.

—Esas señoras están muy buenas—dijo á Dubreuil—gozan de una salud admirable.

— Pero Natalia?—preguntó el negociante—No me hablas de esa querida niña?

—Natalia? goza de una salud soberbia, mi querido amigo, y está tan gorda que da gusto el verla.

Su viage y permanencia en Passy, no pueden haberle sido mas provechosos. No la reconocerias. Se goza de muy buen temperamento en Passy; te aseguro que es un lugar delicioso. Estoy muy contento por haberlo conocido; volveria yo allí de buena gana.

—Y ni una carta de mi hija?—prosiguió Dubreuil con tono de pesar.

—Ah! sí, cartas!—contestó con viveza Liénard—á qué viene escribir, supuesto que yo me he encargado de manifestarte todos sus sentimientos? Por otra parte, deben llegar dentro de pocos dias.

—Sin embargo, hubieran debido escribirme, aunque no fuese mas que una palabra; eso me habria tranquilizado, porque hace mucho tiempo que no veo á mi hija.

—Te digo que van á llegar y quieren sorprenderte. Ese es, amigo mio—repitió el encantado, por hallar con tanta facilidad respuesta á todo—esas damas quieren sorprenderte, y ese es el motivo porque no escriben.

Dicho esto, el amigo íntimo se apresuró à alejarse para evitar nuevas preguntas, y de la plaza de San Nicolás fué á instalarse á la casa de un amigo que lo esperaba.

De hora en hora, Dubreuil entregado à la esperanza de la prócsima vuelta anunciada por Liénard, creia llegar al instante feliz en que abrazaria á su

querida Natalia, despues de tan larga ausencia.... Pero los dias pasaban y la jóven enferma no volvia.

En fin, un dia, en lugar de ver llegar à su muger y á su hija, recibió una carta de esta última, carta que hizo renacer todos sus temores, carta cuyos torcidos renglones y mal formados caractéres manifestaban demasiado que la habia escrito la mano de una enferma; al verla se habia pensado que un movimiento febril habia conducido la pluma. Natalia anunciaba á su padre que no podria estar de vuelta en Ruan antes de seis semanas.

A la lectura de aquella carta, una sospecha, de que él mismo no podia darse cuenta, se apoderó del espíritu de Dubreuil. Sintió un violento acceso de cólera contra Liènard, que sin duda la habia engañado, y el rentista fué demasiado feliz en no encontrarse allí, porque su amigo le hubiera pedido cuenta de aquella mentira, de una manera que lo habria hecho arrepentir. No pudiendo resistir Dubreuil al deseo de verlo todo por sí mismo, y pronto á alarmarse por cualesquier friolera, olvidó el estado de sus negocios, y dijo con tono resuelto:

—Enferma todavía! Seis semanas sin verla! y Liénard que me decia todo lo contrario. Ah! Se me oculta alguna cosa! Mañana lo sabré todo!

Luciano no se habia limitado, como debe suponerse, á la visita nocturna, de que antes hemos hablado..

A la mañana siguiente, al encuentro de la calle de las Viñas, y entónces sin el ausilio del amigo Liénard, que demasiado obediente à las órdenes que habia recibido del criollo, no podía de nuevo presentarle sus espaldas el dia siguiente y los sucesivos, Luciano penetró al oscurecer en el jardin de la señora Dubreuil, por el muro de la callecita, y por aquella ventana cuyas persianas no siempre se encontraban perfectamente cerradas, pudo convencerse de que ningun peligro amenazaba ya la ecsistencia de su querida Natalia. Mas no era solamente por ella, por lo que iba furtivamente, y permanecia durante horas enteras escuchando; era tambien por su hijo, porque queria verlo al menos, ya que le estaba prohibido estrecharlo contra su corazon. Necesitaba escuchar los quejidos de aquella infeliz criatura á quien amaba con todo el amor ardiente y sagrado de un padre; aquel niño que la ley social le prohibia mirar de otra manera que como un estraño. Mas aquella felicidad, que iba á espiar y á gozar de paso, aquella dicha instantánea, buscada en las tinieblas ocultamente como una cosa vergonzosa, le fué rehusada demasiado pronto: al tercero dia el niño habia desaparecido.

Luciano no habia previsto que la prudencia seria un deber en la madre cuidadosa, de alejar aquella prueba viva de la falta de Natalia. Absorto enteramente con alegría, cruel sin embargo, y orígen de incesantes tormentos, que debia á su título de

padre, él no habia pensado en nada, sino en que era padre, que tenia un hijo, y que deseaba verlo, aunque fuese al descuido, y nada mas que una hora por dia.

Cuànto podia durar eso? ni aun siquiera lo habia pensado.

Sin embargo, su hijo no estaba allí; se lo habian quitado; mas qué habian hecho de él?

El primer movimiento del criollo fué ir á pedir cuenta à Albertina de aquel robo que causaba su desesperacion: mas comprendió que era un paso audaz é inútil, porque seguramente la señora Dubreuil no le diria ni el lugar donde habia colocado al niño, ni los medios de poder encontrarlo. Tal vez, por el contrario, advertida de la presencia de Luciano en Passy, lo ocultaria mejor, y lo sustraeria á todas las pesquisas.

Era, pues, mas prudente no presentarse, y mejor el recurrir á la astucia; así, pues, Luciano armándose de paciencia, y con un valor que debia vencer todos los obstáculos, concluyó por decir:

—Encontraré à mi hijo.

Y lo encontró en efecto.

A fuerza de destreza, de trabajos y de perseverancia, llegó á saber, que en la noche del segundo al tercer dia, la puertecita de la calle de las Viñas se habia abierto para que entrase una muger de la aldea de Auteuil, y que una hora despues, aquella muger habia salido de la casa, llevando en sus bra-

zos un bulto, que parecia cuidar demasiado. Esto fué bastante; y el jóven dijo entónces:

—Veré á mi hijo y lo abrazaré!......

Algunas horas despues llegó á Auteuil á la casa de la nodriza, con el corazon palpitante, y lleno de alegría, pensando que no le seria dificil comprar el silencio de aquella muger, y bendiciendo al cielo, que habiendo tenido piedad de él, parecia haber conducido allí à su hijo, espresamente para que pudiese verlo con mas seguridad y espacio, y ser feliz al fin, con comodidad y sin temor. Mas esta esperanza no debia lograrse.

Llegó, decimos, con el corazon palpitante y lleno de alegría; pero á dos pasos de la puerta, que con anticipacion veia abrirse sin obstáculo delante de él, encontró á Albertina que salia de la casa de la nodriza. Luciano quiso huir, la madre de Natalia lo contuvo, y sorprendida como él por aquel encuentro inesperado; pero adquiriendo en sus deberes de madre la fuerza necesaria para concluir al instante con una persistencia que podia llegar á ser peligrosa:

—Qué osais venir á hacer aquí?—le preguntó con voz severa.

—No queria mas que abrazar á mi hijo—respondió él, y al mismo tiempo levantó la cabeza, que habia tenido inclinada hasta entónces, y dirigió á la irritada madre una mirada llena de arrepentimiento y de sumision.

—No deberia permitirlo—dijo ella enternecida y pronta á ceder.

—Oh! tened piedad de mí, señora; no me lo rehuseis, yo os lo suplico!

—Pues bien, señor, abrazad á vuestro hijo.

—Mi hijo!—esclamó él.—Oh! decidme que tambien se llamará Luciano.... decidme que no me ha maldecido su madre!

—Consiento en que abraceis á vuestro hijo—contestó la señora Dubreuil con voz mas conmovida que severa—pero con una condicion, y es, que no volveréis à presentaros aquí; que os volveréis á la Martinica, y que no volverémos á oir hablar de vos. Lo ecsijo por el derecho que he adquirido sobre vos.

—Partiré, señora—contestó él, vencido por el irresistible ascendiente de aquella madre ultrajada por él, y por él reducida à una vida miserable y desesperada—sí partiré, puesto que es preciso mi destierro para probaros mis remordimientos y asegurar vuestro reposo; pero decid al menos à Natalia....... à vuestra hija, que como ella, y mas que ella tal vez, amo á nuestro hijo, y que este amor no tendrá otro término que el fin de mi ecsistencia.

—No me comprometo á decir semejante cosa—contestó Albertina: Natalia, mi culpable y desgraciada hija, debe olvidar que ecsistís en el mundo; y si hubiese en vuestro corazon un poco de esa misma piedad, que me pedíais ahora mismo para vos,

no la espondríais à un encuentro que causaria su muerte.

Y hablando de esta manera, Albertina habia introducido á Luciano en la casa. La nodriza fué alejada bajo un vano pretesto, y el desgraciado padre pudo abrazar à su hijo por la primera vez, quizá tambien por là última.

Despues de aquella visita que la señora Dubreuil no habia abreviado sino con pesar, enternecida como lo estaba por el dolor del jóven criollo, dolor que comprendia demasiado, cuando estuvieron dispuestos para separarse, ella le dijo:

—Tengo vuestra palabra, señor, no olvideis que debo y quiero contar con ella.

—Mi desesperacion debe probaros, señora, que he resuelto cumplirla.

—Sobre vuestro honor, no se os volverá á ver en Passy?

—Sobre mi honor!—contestó él ahogando un sollozo.

—Partiréis esta noche?......

—Esta noche—repitió él con el corazon despedazado.

En efecto, tomada aquella resolucion, no quiso retardar por mas tiempo la ejecucion de su solemne promesa.

A los tres dias Luciano estaba en el Havre, donde se embarcó en el primer buque que se dió á la vela para las Antillas.

VII.

PETRITA.

Dubreuil, tal vez no lo habrá olvidado el lector, Dubreuil habia dicho: —"Mañana lo sabré todo." En la mañana de aquel dia, en que el padre cediendo á su inquietud, debia llegar de Ruan á Passy, para tener en fin la esplicacion de la prolongada ausencia de Natalia, y saber en qué estado se hallaba la salud, siempre vacilante de su hija, en la misma mañana de aquel dia Albertina recibió una carta muy voluminosa, con el sello de Poitiers, y cuya letra no reconoció al principio.

Abrir precipitadamente la carta, dirigirse á la firma, y leer con una sorpresa mezclada de espanto el nombre de Eduardo de Monville, al fin de la última hoja, fué para ella negocio de un momento.

Faltó poco para que la carta cayese de sus manos.

Qué podia tener que decirle despues de nueve

años de silencio, aquel Eduardo Monville, que en otro tiempo le habia escrito generosamente:

—"Sé que no podeis venir, permaneced en vuestra casa."

Pero que habia añadido:

—"No os vuelvo vuestra palabra."

Reclamaba despues de tanto tiempo, la ejecucion de una promesa que habia hecho derramar tantas lágrimas? Era para recordarle los términos del contrato que ella habia admitido por un movimiento de generosidad para con su marido, por lo que Eduardo le escribia entónces? Quedó petrificada tanto por la sorpresa, cuanto por el asombro.

El espanto de la señora Dubreuil duraba todavía, cuando su mirada se fijó sobre un papel que se habia escapado de la carta, en el momento sin duda en que la habia abierto con un movimiento convulsivo: recogió aquel papel, y reconoció la funesta letra de cambio: la prueba del crímen que habia costado á Dubreuil su reputacion de honradez á los ojos de Albertina, y á ésta la confianza de su marido. Tenia, en fin, en su poder aquel testimonio irrecusable de una falta de la juventud, que aunque despues de muchos años de haberse cometido, debia destruir la felicidad de un matrimonio. Arma fatal en las manos de Eduardo Monville, era casi un milagro que un hombre tal como él no se hubiese servido de ella cuando se habia visto obligado á renunciar en lo de adelante á la esperanza de recibir

misteriosamente en su casa à la que tanto habia amado. Arma inútil, en fin, en las manos de la esposa ultrajada; porque si desde la escena cruel que habia pasado en otro tiempo entre ella y su marido, nada habia hecho para justificarse, era porque, como lo hemos dicho, para hacerlo era preciso nada menos, que dirigir al culpable esta palabra terrible: falsario! y semejante cosa repugnaba à la generosidad de su alma. Quiso mejor sufrir que responder á una acusacion injusta, con una reconvencion que hubiera sido una humillacion para el padre de su hija. Y tambien, digámoslo sin embargo, porque la herida fué al principio muy profunda para curarla fácilmente, y en seguida porque Dubreuil, el único autor de su comun desgracia, no hizo ningun esfuerzo para cicatrizar aquella herida, por tanto tiempo sangrienta. La pobre é inocente muger esperó para hablar, á que volviese el amor entre ella y Dubreuil.

Si una hora de abandono habia podido sonar para ellos, si el esposo fatigado por su injusto zelo y sus groseras brutalidades hubiese solamente no esplicado, sino manifestado con modales mas dulces su arrepentimiento, su vuelta á mejores sentimientos, no hay duda que Albertina hubiera arrojado un velo sobre sus sentimientos, y apartando cuanto le hubiera sido posible la susceptibilidad del culpable, ella no le habria esplicado el motivo tan loable de su pasada conducta.

Pero Albertina habia esperado en vano: que su amor de otro tiempo, que su amistad y su confianza reviviesen; todo esto se habia estinguido por falta de pábulo. A fuerza de desengaños, de ofensas que habia recibido, y de inútiles esperanzas, habia llegado á mirar á Dubreuil como á un estraño, sobre todo desde que él habia querido que no fuese mas que una estraña en el domicilio conyugal; porque es preciso decir esta triste verdad: cuando se acostumbran á no amarse en una casa, llegan á olvidar su amor de otro tiempo; y entónces quién aligera el peso de esa cadena indisoluble y frecuentemente pesada, que se llama matrimonio?

Sin embargo, fué con un sentimiento de felicidad, tal como no lo habia sentido hacia mucho tiempo, con el que Albertina, á la vista de aquella letra de cambio, comprendió que Eduardo Monville le volvia en fin, con la tranquilidad, la probabilidad de recobrar sus derechos de esposa.

Deseosa de conocer la estension y los motivos de aquella restitucion tan deseada, implorada tantas veces, y siempre rehusada, la señora Dubreuil, suplicando á Dios que no destruyese la esperanza que la halagaba, y armándose tambien de valor contra algun nuevo pesar, como si las continuas desgracias le hubiesen hecho casi imposible el pensamiento de una alegría completa; Albertina impaciente, pero temiendo saber la suerte que la aguardaba, desdobló la carta de Monville con mano trémula, y

leyó hasta la última palabra sin detenerse, si no era para arrojar alguna breve esclamacion de sorpresa.

Aquella carta estaba concebida en estos términos:

«Tengo el derecho de escribiros, señora: soy casado!

«Perdonadme porque he sido cruel con vos; habria debido comprender que no me correspondia á mí el castigaros por faltas agenas, por grandes que fuesen, y por justo y natural quo hubiera sido el castigo.

«Perdonadme, porque no he tenido bastante valor para veros sufrir el injusto celo de vuestro esposo, ni bastante generosidad para volveros alejándome, esa prueba de su crímen que habíais solicitado, y que podia confundir una acusación bajo la cual habeis preferido humillaros, por el esfuerzo casi sobrenatural de un afecto que he admirado, pero que no he tenido fuerza para imitar.

«Sí, señora; habeis sido buena y sublime hasta el punto de aceptar el papel de culpable, cuando vuestro acusador hubiera debido besar vuestros piés y bendecir vuestro silencio; y yo que lo sabia, no me he elevado á la altura de vuestro sacrificio, no he salido de este bajo y cobarde egoismo, al cual no habeis tenido necesidad de decírmelo, buscaria en vano una escusa en mi desgracia. Léjos de esto he temido, os lo confieso, ceder á un buen movimiento de mi corazon, y bajo la impresion del te-

mor que tenia de mí mismo, combatido por la pasion que el tiempo aún no habia vencido, partí sin dejaros al menos el consuelo de saber que me hallaba yo ausente, sin deciros: Parto; nada temais. Hubiera sido esto noble y digno, hubiera sido cumplir con mi deber; mas no, ¿os lo confesaré? gustaba no sé qué cruel satisfaccion en llevarme conmigo la certidumbre de que quedábais bajo el terror incesante de mis amenazas.

«Es preciso que os presente desnudo mi corazon; y si no logro justificar mi conducta, espero á lo menos que esplicándoosla con franqueza, obtendré de vuestra indulgencia el perdon que me he atrevido á pediros al principio de esta carta.

«Os lo suplico de nuevo, señora, perdonadme!

«Salí de Ruan poco despues de la cita á que concurrísteis, no por piedad á mi amor, sino por afecto hácia aquel, cuya reputacion me hubiera sido tan fácil destruir; por afecto, lo repito, á ese esposo que tan mal os ha conocido, y del que nos hubiera vengado una palabra pronunciada por mi boca; pero, esa palabra no la pronuncié, porque vos misma guardábais silencio, y porque me pareció que lo que vos no hacíais, yo no tenia derecho de hacerlo.

«Ofendida como yo, y tal vez mas cruelmente sin duda, habeis guardado silencio; yo tambien lo he hecho, no por vuestro marido, sino por vos.

«Oh! no trato de hacer un mérito de mi reserva, porque me fué sugerida por el egoismo: os amaba;

este amor, aunque sin esperanza, era mi única alegría: esto lo esplica todo.

«Las primeras palabras de mi carta han debido admiraros, señora; vos á quien acabo de hablar de amor. Sí, este amor ecsiste; durará tanto como mi vida, y sin embargo, soy casado!

«Ya sabeis que no es un sentimiento de esa naturaleza, el que ha podido reemplazar en mi corazon la verdadera y eterna pasion, esa pasion de mis años juveniles, cuyo objeto sois vos. No es tampoco, creedlo, el deseo de una alianza brillante la que me ha hecho renunciar á mi juramento, de consagrar á vos únicamente tanto de cerca, como á cualquiera distancia, un culto fiel y esclusivo: no, no es eso.

«Escuchadme, señora, y permitidme prolongar esta conversacion, la última con que os he de molestar. Por otra parte, estos recuerdos, que á pesar mio encuentro en mi alma, estos recuerdos que os ofenden, no volverán á referirse por mi mano en el papel; tranquilizaos; de otra es de quien voy á hablaros ahora.

«Despues de haber vagado durante muchos años, inquieto y atormentado, no encontrando en ninguna parte el reposo que buscaba, iba un dia de Niort á Poitiers. Es inútil, y me seria imposible deciros lo que me habia conducido á aquella parte de Francia; no era mas que esa misma necesidad incesante de cambiar lugar, que por todas partes me

perseguia. Habia dejado el carruage público, á cosa de una legua de distancia de la ciudad de Lusignan, y caminaba á pié á lo largo de los senderos, que surcan el camino real, poco curioso, os lo aseguro, por admirar el paisage, y los puntos de vista muy notables que encontraba, casi á cada paso en aquel lugar. Pero respiraba con mas tranquilidad, y trataba de distraer mi imaginacion con la fatiga del cuerpo.

«Hacia cerca de media hora que caminaba de aquella manera, cuando volviendo la vista por el lado del camino, de que temia apartarme, cuando percibí á la vuelta de un sendero, un estraño espectáculo, que al principio me causó admiracion, como si la revelacion de una miseria moral, fuéra de la ley comun, me hubiera llegado por el aspecto de la miseria física material que veia á algunos pasos de distancia.

«En una zanja, una jóven de diez y seis ó diez y siete años, mas bien acurrucada que sentada, tenia en sus brazos un niño pequeño con el cual parecia jugar. Habia en aquel grupo, sin embargo muy natural, alguna cosa triste y aun espantosa.

«La jóven que tenia al niño, tan pronto lo colocaba sobre sus rodillas, como lo mecia en sus brazos, agitàndolo con movimientos convulsivos; despues lo abrazaba, oprimiéndolo fuertemente contra su corazon; y todo esto acompañado de una risa

contenida, ó de una de esas canciones monótonas de los campesinos del Poitou, que cantaba con ese tono atractivo particular á los habitantes de ese pais. Cuando concluia de reir ó de cantar, comenzaba sus juegos, sus bruscos y rápidos movimientos, sus apretones furiosos que hacian temblar por la cristurita.

«Me acerqué con intencion de quitar al niño de aquellas manos peligrosas, cuando á un grito arrojado por él, ví á la jóven sosegarse repentinamente, colocarlo suavemente en sus rodillas, levantar una esquina del pañuelo que cubria su seno, y muda, séria, acariciando con una mano la cabeza del niño, mecerlo con amor, y no apartar de él la vista, como lo haria una madre buena y tierna.

«Quedé asombrado, conmovido, mas de lo que podria decir. Entónces fué solamente cuando ecsaminé con atencion los pobres vestidos de aquellos dos desgraciados, que Dios colocaba en mi camino, como para mandarme que los protegiese. Fué, no la pobreza, sino la originalidad de sus vestidos, los que escitaron en mí una increible piedad: el niño estaba casi desnudo, envuelto solamente en un pedazo viejo de lienzo de lana, que apénas daba vuelta à su cuerpecito; la jóven tenia los brazos y las piernas desnudas, tenia unas enagüillas de color escuro, remendada en varios lugares, con pedazos de tela grosera, y una pañoleta de gasa color

de rosa, flotaba en sus espaldas. Me acerqué y me senté en la orilla de la zanja, á pocos pasos de distancia.

«La pobrecilla se volvió, y fijó en mí sus hermosos ojos negros, se sonrió conmigo con aire de inteligencia, por largo rato; al verla se hubiera creido que queria hacerme admirar sus blancos dientes, en seguida me hizo una señal amistosa con la cabeza, como si fuésemos antiguos conocidos, y la desgraciada jóven me dijo:

—«Y mi moneda?

«Y comenzó á reirse á carcajadas: la pobre jóven era idiota.

—«A quién pertenece ese hermoso niño?—le pregunté.

—«A mí, es mio ... y de él, porque mirad—respondió ella—por mas que digan, y aunque me arrojen piedras, eso no es verdad; el otro, el viejo Bertrand.... Ya sabeis?.... no es mi padre!

«Fingí comprender lo que ella me decia, con el fin de alentarla á que se esplicase con mas claridad; y todo lo que pude adivinar por sus incoherentes respuestas, fué que Petrita, así se llama mi pobre idiota, enviada por sus parientes para mendigar el pan en los caminos, habia encontrado léjos de su pueblo á un mendigo viejo, enfermo y corrompido, y que á la union de su doble miseria era á lo que el niño debia la vida. Esta relacion duró mucho tiem-

po, porque á cada instante Petrita se interrumpia, ya para comenzar sus carcajadas, ya para proseguir su cancion, y siempre al fin de cada una de sus frases, interrumpidas por la risa ó el canto, me repetia estas lamentables palabras:

—«No, no es mi padre!

»Y cuando llegué al fin de mis preguntas:

—«Bertrand está en el hospital—me dijo—venid á verlo, venid á ver qué flaco, qué feo, qué enfermo y viejo está; pero no digais que es mi padre; os creerian los demas.... y seria yo aporreada, no es verdad? No es mi padre: es mi amante!...

»Despues comenzó á reir, y repitió:

—«Venid á ver! venid á ver!

»Yo la seguí. Caminaba, ó mas bien corria, como si le precisase mostrarme aquel hombre, cuya sola vista hubiera debido probarme lo que yo creia ya: que aquel no era su padre. La seguí, pues, dejando entre ambos una distancia considerable, cuando á la entrada de la poblacion, la ví repentinamente rodeada por una multitud de niños que salian de la escuela: los bribonzuelos la rodeaban, la empujaban y se la enviaban unos á otros, gritando por todas partes:

—«Eh! la idiota! la loca!

»Y la llenaban de injurias alusivas á aquel Bertrand, que decian que era su padre y que la habia seducido.

«Embarazada, empujada, amenazada y aun maltratada, Petrita, trataba sollozando de romper el círculo que cada vez se apretaba mas; pero demasiado débil no podia lograrlo; en cuanto á mí habia apresurado el paso, y llegué en el momento en que la loca perdia las esperanzas de sustraerse de la brutalidad de los picarillos estudiantes. Cuando la infeliz me vió, colocó á su hijo en las palmas de las manos, y alargándomelo con desesperacion:

—«El chiquito! el chiquito!—me gritó en un ímpetu de amor maternal.

«En aquel momento no estaba loca, os lo juro; todo su amor de madre se habia manifestado en su lastimoso acento; me queria decir:

—«A mí me pueden matar; me es indiferente; pero salvad á mi hijo, que es por el que temo!

«Inmediatamente la libré de sus perseguidores, á quienes fué suficiente una amenaza para hacer entrar en razon. Se alejaron, pero murmurando, y dirigiéndole unas miradas que me fué fácil interpretar de esta manera:

—«Otra vez no te nos escaparás!

«Llegamos al hospital. Allí Petrita fué despedida con indignacion por la hermana enfermera, que me permitió entrar.

—«Vais á ver á un hombre muy criminal—respondió la hermana al oirme pronunciar el nombre de Bertrand—vais á ver á un pecador endurecido, que se halla ahora en agonía.

—«Quiero entrar tambien—esclamó la idiota, cuyas últimas palabras habian llegado á sus oidos—quiero verlo tambien, puesto que va á morir; si fuese mi padre, no querria verlo.... pero no lo es!

«A mis ruegos la hermana dejó entrar á Petrita. Viendo que nos acercábamos juntos al lecho de dolor donde moria de miseria, mas bien que de enfermedad, el viejo Bertrand levantó la cabeza como para darnos gracias por nuestra visita.

—«Es verdad, Bertrand, que no sois mi padre? —dijo la idiota dirigiéndose al viejo—es preciso decir que no sois mi padre—repitió ella—os creerán porque vais á morir.... Vamos, decid solamente que sois mi amante.

«Y hablando así la pobre jóven, se fué á la cabecera del lecho, mecia dulcemente á su hijo en sus brazos, y le hacia seña de que se callase, porque el niño lloraba.

—«Es cierto lo que ella dice—respondió Bertrand—tiene razon, yo no soy su padre.

«Inclinándose despues hácia mí:

—«Vos os interesais por mi buena amiga—continuó él en voz baja—tanto mejor, eso me agrada; yo muero sin inquietud por ella, porque no la dejo sin recursos.

«Aquel hombre era monstruoso, y tambien habia cierta cosa horrible en aquellas espresiones: *Mi amante, mi buena amiga,* dichas por la idiota con

su sonrisa singular, y por aquel miserable viejo, sobre todo, aquel viejo sucio, innoble y agonizante.

—«Entiendes, Petrita?—prosiguió él—tienes con que mantener á mi hijo, puesto que tengo dinero escondido: será para tí y para el chiquito.... Busca bien en el ladrillo que está delante de la chimenea: encontrarás siete francos!.....

«Y como un buen padre que acaba de asegurar la suerte de sus hijos, se sonrió con satisfaccion; un relámpago de orgullo iluminó sus ojos, ya empañados, y repitió:

—«Siete francos!

«Y pocos momentos despues espiró.

«Me apresuré con un corazon disgustado á huir de aquel espectáculo de miseria y de depravacion; salimos del hospital sin que aquel acontecimiento hubiese parecido producir en Petrita una viva impresion: solo me dijo:

—«Qué pronto murió!

«En el momento de dejar á aquella pobre jóven, me detuve; y porque no podia resolverme á partir, sin saber si el viejo Bertrand habia dicho la verdad: si Petrita tenia un asilo, y si alguno se interesaba por ella, lo bastante para proveer á sus necesidades.

—«Dónde iréis, hija mia?—le pregunté, porque me seguia paso á paso, así como un pobre perro abandonado se apresura á reunirse con el primero que le dirige la palabra y lo acaricia.

—«Vamos á la zanja—respondió.

«Y comenzó á cantar entre dientes la cancion lenta y monótona de que os he hablado.

—«No teneis otra habitacion?—le pregunté....

«Hace poco Bertrand hablaba de un cuarto, ya sabeis, el viejo Bertrand, que no era vuestro padre......

«Me comprendió.

—«Si, sí—dijo—teniamos un cuarto, un cuarto muy hermoso.... Me echaron de él....

—«No conoceis á alguna persona que os quiera mucho?

«Pareció buscar y consultar sus recuerdos, y me hizo repetir la pregunta.

—«Mucho? mucho?—repitió ella varias veces con un acento que probaba que no daba ningun sentido á aquella palabra.

«Despues, repentinamente esclamó:

—«Ah! sí, mucho!.... ya sé, ya sé....

«Y me nombró tres personas. Nos pusimos en camino: no queria yo abandonarla antes de haberme asegurado de que alguno la recogeria. En el momento de entrar en la casa de la primera persona, de las que me habia indicado, un espanto inesplicable se apoderó de la pobre idiota; creí ver que temblaba; trató de ocultarse tras de mí; pero no pudo conseguirlo, sin haber sido vista por aquella furia, á quien pensaba yo no tener mas que recomendarla.

—«¿Quieres irte?—le gritó con voz amenazante—si pones aquí los piés, desgraciada, te haré salir mas pronto de lo que tardes en entrar.

—«Á otra—dije.

«Cuando llegamos á la segunda puerta, el mismo espanto de parte de Petrita; pero allí á lo menos me escucharon, porque yo hice ofrecimientos de dinero para que cuidasen á mi protegida.

—«Ah! sí—me respondieron—dejarla dormir una sola noche en nuestra casa, equivaldria á atraernos el incendio y la muerte.... porque lleva consigo la desgracia!

—«Yo no como el pan del vicio—me respondió una vieja, á quien me dirigí en seguida; ni por ciento ni por mil—añadió ella—quisiera encargarme de esa miserable! sí, una miserable, y no es otra cosa, salvo el respeto que os debo, mi buen señor.

«Allí, como en las otras dos partes, Petrita habia temblado al acercarse á la puerta, y habia buscado á mi lado un refugio contra el mal recibimiento que su instinto parecia hacerle preveer.

«Entónces comprendí que la desgraciada jóven, en el momento en que yo le habia preguntado los nombres de las personas que podian interesarse en su suerte, no me habia nombrado tal vez aquellas, sino porque se acordaba de haber sido maltratada por ellas, y esto en una poblacion en que todos sus habitantes la trataban del mismo modo. Pobre jó-

ven! el recuerdo del mal recibido, se habia grabado tan profundamente en su memoria, que bajo la impresion de un temor siempre presente, y que era el único sentimiento tal vez del que su turbado espíritu conservaba fielmente el recuerdo, habia pronunciado los nombres de sus mas crueles perseguidores, cuando se deseaban conocer los de sus bienhechores, si era posible que los tuviese.

«Su espanto, que no habia podido esplicarme al principio, me probaba entónces que adivinaba justamente. A pesar del mal resultado de aquellas tres tentativas, hice todavía otras, y por todas partes le hacian la misma acogida, pronunciaban las propias palabras de anatema, y casi iguales amenazas; por todas partes igualmente, Petrita, sin que se le reprochase, en términos precisos su union criminal con el viejo Bertrand, por todas partes decia con un acento que destrozaba el corazon:

—«Y sin embargo, no era mi padre!

«En fin, rechazada generalmente la pobre jóven, que tal vez conocia por instinto su estado de abyeccion, y que comprendia que yo, su único apoyo, iba á abandonarla, Petrita, repito, cuando me vió en disposicion de despedirme, me alargó á su hijo, que llevaba siempre en los brazos, y me gritó:

—«Puesto que no quieren á la madre, coged al menos al chiquito.... os amará mucho.

«La voz lastimosa de aquella madre afligida, su súplica tan llena de tierna abnegacion y de inocen-

te confianza; su mirada que se fijaba en mí, como se vuelve hácia el cielo con desesperacion el alma pecadora que no debe subir á él; todo esto, y tambien, es preciso que os lo diga, porque os he prometido descubriros mi corazon enteramente, y tambien la espresion elocuente de sus grandes ojos negros, la belleza casi inteligente en aquel momento de su pálido rostro; todo esto, repito, me inspiró un movimiento que el mundo criticará sin duda; pero que á mí me pareció una órden del cielo, la cual no siento haber obedecido.

—«Puesto que todo el mundo te rechaza—le respondí—yo te recibo.

«Por todo agradecimiento, Petrita abrazó á su hijo con un ímpetu de alegría, imposible de describir; cogiéndolo despues con un solo brazo, tomó mi mano y me siguió.

«Hoy la idiota de Lusignan es mi muger, y la infeliz criatura no ha recobrado aún la razon: al menos todo me hace esperar que el tiempo y los cuidados llegarán à vencer su profunda melancolía.

«Hoy tambien, señora, os vuelvo vuestra palabra, y concluyo como he comenzado por deciros:—Perdonadme el tormento que por tan largo tiempo os he hecho sufrir; mas creedme: à pesar de las apariencias, hay alguna nobleza en un corazon que ha sabido despreciar las preocupaciones y las ecsigencias de la opinion, para arrancar de una muerte mi-

serable, ó lo que es peor aún, de una vida infame, à dos personas en quienes ahora ha colocado mi corazon todos sus afectos."

VIII.

MENTIRA SUBLIME.

Si no hemos manifestado los sentimientos que asaltaron à Albertina durante la lectura de tan larga carta, es porque nos hubiera sido necesario interrumpirnos à cada palabra; por otra parte, los diversos sentimientos de la madre de Natalia pueden reducirse à dos; y à decir verdad, realmente no formaban mas que uno; mucha sorpresa mezclada à una grande alegría, que tenia por causa una victoria inesperada.

En fin, tenia en su poder aquella terrible letra de cambio: le habian devuelto su palabra. En la última frase de Eduardo Monville fué cuando se detuvo. Un puerto de salvacion se abria, pues, ante la esposa inocente y condenada; ante aquella generosa muger, que tenia necesidad de probar su inocencia, y recobrar la estimacion de su marido, para

que la madre indulgente tuviese derecho de defender ante el engañado padre la causa de la hija culpable.

La justificacion de Albertina entónces era fàcil: no tenia mas que mostrar á Dubreuil aquella letra falsa que lo condenaba à su turno, y no vaciló en hacerlo. El temor de humilllar à su marido, que la habia por tanto tiempo retenido, no la contenia ya: necesitaba para salvar à Natalia, conquistar una especie de ascendiente en su matrimonio, y gracias á aquella revelacion primero, y al tiempo en seguida, esperaba lograr lo suficiente para obtener en fin el perdon de su desgraciada hija. Por otra parte, lo hemos dicho, Albertina se habia acostumbrado á no amar à Dubreuil, y á no ser amada por él. Ademas, la habia hecho sufrir demasiado, para que ella consintiese por mas tiempo en contemporizar á costa de su orgullo y del porvenir de su hija. Esta última consideracion hizo callar todos sus escrúpulos; y cuando Natalia, viéndola alegre le preguntó cuàl era el motivo de la felicidad que manifestaba su semblante, Albertina se contentó con responder con una dulce sonrisa, y un inefable acento de ternura:

—Sabrás esto mas tarde, hija mia; serémos felices, y espero que esto sea muy pronto...... No insistas, no me interrogues, yo te lo suplico: no puedo decirte por ahora otra cosa.

Como acababa de dar la hora de su visita ordinaria á la casa de la nodriza, añadió:

—Partamos.

—Sí, partamos—dijo Natalia, dichosa con la felicidad de su madre, sin comprender, sin embargo.

Y se pusieron en camino para Auteuil.

Dos horas despues, Dubreuil llamaba à la puertecita de la calle de las Viñas; nadie respondió. Inquieto ya y temiendo no le hubiese sucedido alguna desgracia á su hija, llamó de nuevo; perdiendo en seguida la paciencia, entró resueltamente en una casa vecina, para tomar informes.

—Las señoras salieron—le respondió una vieja, muy ocupada en espumar su puchero.

—Salieron?—repitió él con asombro—yo creia que una de las señoras estaba peligrosamente enferma.....

—Eso no es un obstáculo, aunque nanifiestan estar sino muy buenas las dos—contestó la vieja.

—Y podríais decirme dónde están?—preguntó él.

—En casa de la nodriza seguramente—contestó ella sin voltearse.

—En casa de la nodriza!—repitió con asombro Dubreuil.

—No hay duda!.... Se creeria que esto os causa admiracion.

—¡Una nodriza!—continuó él con una risa forzada—soñais, buena muger.

—Yo soñar, yo, Ursula Grondard, yo soñar?—esclamó con un repentino movimiento de indignacion, la comadre que no era muy sufrida.—Vos sois el loco, buen hombre—continuó ella levantàndose y mirándolo de pies á cabeza.—Sí, una nodriza, yo os lo digo; y es preciso una, puesto que hay un niño.

—Un niño!—murmuró Dubreuil.... pudiendo apénas contenerse.

Mas se recobró sin embargo, temiendo perder tan buena ocasion de aclarar el misterio de infamia, que comenzaba solamente á entrever.

—Sí, sí, ya sé—añadió él, haciendo un esfuerzo para contenerse—pero esa nodriza, dónde está? Podríais decírmelo?

—No sé—contestó secamente la señora Ursula Grondard.

—Os lo ruego—continuó él.

Sus labios temblaban, rechinaban sus dientes, y sus ojos lanzaban siniestros relámpagos.

—Teneis, pues, muchos deseos de saberlo?—preguntó la vieja.

—Sí, es preciso que yo vea á esas señoras al instante—dijo Dubreuil—es preciso, os lo repito—prosiguió aprocsimàndose como un furioso á la vecina—alguno debe saber dónde están. Dónde està esa

nodriza?...... Dónde está ese niño?...... Vais á decírmelo. Os juro que me lo vais à decir!

—Bueno, bueno —interrumpió la vieja espantada con la cólera de Dubreuil—parece que me va à ahogar...... Decid, creeis que soy vuestra criada ó portera de esas señoras para responderos? Parece que sois un poco malcriado.... Dejadme libre el campo y cuidar mi puchero.

Y hablando de esta manera, se sentó delante de su braserillo.

—Soñar, soñar!—añadió ella amenazando á Dubreuil con su cucharon.

Muy atormentado por estas palabras, que zumbaban incesantemente:—Una nodriza!—Un niño! —El padre de Natalia no hizo el menor caso de las amenazas de la vieja, y dirigiéndose á ella mas irritado que nunca, le gritó con voz terrible:

—Me dirás dónde está esa nodriza? Vieja hechicera!

Cediendo Ursula Grondard al espanto que le causaba Dubreuil, le respondió, deseando desembarazarse de él:

—Pues bien, està en Bolonia, á la entrada de bosque; id si quereis; pero no por esto dejais de ser un grosero.

Dubreuil no pedia mas, y partió velozmente.

—Ve á buscar!—esclamó la comadre, viéndolo alejarse.—Ah! con que soy una vieja hechicera, eh! Es muy grosero ese señor para darle buenas razo-

nes. No es como el otro, ese gracioso jóven..... Ese sí es honrado y político.... me dió mi napoleon de oro porque le dije que estaba el niño en Auteuil, y no lo engañé..... A fé que à mi hombre, que busque, que busque!

Y encantada de su venganza, reia á carcajadas. Dubreuil caminaba con velocidad.

Hay emociones tan violentas, tan tùmultuosas, que las espresiones empleadas para pintarlas, deben necesariamente parecer frias y descoloridas. Escuchando á aquella muger, no habia querido creer al principio Dubreuil, mas despues habia quedado aterrado, insensible; toda su sangre refluyó al cerebro, y si hubiera permanecido un minuto mas, habria caido con un ataque fulminante de apoplegía; mas dando el aire á la sangre una circulacion mas libre, ayudando la rapidez de la carrera á la ecsaltacion de sus ideas, sucedió lo que necesariamente debia suceder: Dubreuil sabia ya que habia una falta y un crímen, y con aquella certidumbre le habia acometido una espantosa cólera, un deseo desenfrenado de venganza, que le era preciso satisfacer á toda costa y con cualquiera riesgo: palabras ininteligibles salian de su boca; pero entre ellas se distinguian claramente estas, sin cesar repetidas:

—«Un niño! Natalia!"

Y echaba espuma, y rugia, y corria.

Qué iba á hacer! Ni se lo preguntaba ni lo sabia. Presa de aquel espantoso parasismo de furor

que lo dominaba, que lo impelia hácia un objeto, equivocó el camino, se estravió muchas veces en las calles y en los senderos del bosque, y no logró mas que á fuerza de preguntas dirigidas á los que encontraba, el volver á hallar el camino.

Ya de noche fué cuando llegó á Bolonia. No hallando á aquella nodriza de que se le habia hablado, creyó que la vecina se habia burlado de él; despues creyó que habia comprendido mal: habiéndole dicho en seguida un transeunte, que lo que buscaba podria encontrarlo en Saint-Cloud ó en Auteuil, hizo que le indicasen los dos caminos, y se puso en marcha, sin observar que se acercaba la noche, y que hubiera sido mejor sin duda, volver á Passy.

Una hora despues era completamente de noche: Dubreuil se perdió en el bosque y estaba sudando. Corrió durante toda ella sin encontrar salida: tenia fiebre. Toda la noche la pasó formando los mas espantosos proyectos de venganza. En medio de aquel desórden de ideas, que no se descubria en él mas que por estas tres palabras:

—Niño! Mi hija! Infamia!

Tres palabras terribles que llevaban en sí cada una de ellas una sentencia de muerte.

Toda aquella larga noche dió vueltas en aquel bosque, como un loco en su celda, ó como una bestia feroz en la jaula en que se halla prisionera. Solamente á la madrugada la fatiga física fué mas

poderosa que la ecsaltacion moral; cayó sin fuerzas al pié de un árbol, la sangre hervia en sus venas, latian sus sienes, zumbaban sus oidos, y deliraba. El sentimiento único que conservó, fué el de un pesar punzante; se imaginó que iba á morir, á morir sin vengarse de aquellas dos mugeres que habian igualmente abusado de su doble confianza de esposo y de padre. Morir sin vengarse de aquella madre que habia perdido á su hija; de aquella hija, la única persona que hubiera sido capaz de hacerle creer en la virtud, y que acababa de probarle con su caida, que la virtud no es mas que una mentira, y el pudor un velo, que cualquiera con mano atrevida puede levantar.

—Así, pues—decia él—el respeto de sí mismo, el sentimiento del honor, la consideracion de su propia dignidad, son armas tan mal templadas, que la mirada de un hombre es suficiente para enmohecerlas.

—Mas—proseguia Dubreuil en su desesperacion—no debia pensar en mí, en su padre? En mí que le habia confiado el honor y la gloria de su nombre? Oh! ella lo habrá pensado sin duda; es imposible que no haya dicho: Morirá! . . . . Si ella ha dicho eso, y el pensamiento de matarme lo ha tenido! . . . . Oh! qué infame, qué infame!

Una lluvia fria que comenzó á caer en aquel instante lo refrescó. El silencio de la noche le volvió un poco de calma. Cuando quiso levantarse esta-

ba helado: mas la luz habia ya salido; aquella luz tan deseada le volvió el valor y el pensamiento de que iba bien pronto á conocer en fin toda la verdad, le hizo recobrar toda su cólera.

Se levantó; pero antes de orientarse, Dubreuil que necesitaba nada menos que un asesinato, para apagar su sed de venganza, se metió en un bosquecillo, cortó una gruesa rama de un árbol, y abastecido con aquella arma destinada á cumplir el acto de violencia que meditaba, y que llamaba justicia, dijo rechinando los dientes:

—Ahora tal vez las encontraré!

Y se dirigió apresuradamente hácia un trabajador que atravesaba el bosque, para dirigirse á su trabajo. Le preguntó cuál era el camino mas corto que podia conducirlo á Passy; Dubreuil escuchó con atencion la respuesta, y grabó profundamente en su memoria las indicaciones que le dió, porque entónces no queria esponerse á equivocar el camino, y seguro de él, echó á correr por el sendero que el trabajador le señaló con el dedo.

Aquella noche tan horrible para Dubreuil, no habia sido mejor para su muger; pero el insomnio es tierno y alegre algunas veces. Albertina habia meditado la carta que queria escribir á su marido, aquella carta que debia encerrar su justificacion; pero queria hacer con prudencia, y sin ninguna de las amargas reconvenciones, que tenia sin embargo, derecho para hacer, porque aquella carta era la que

iba á preparar el camino de la indulgencia y del perdon para la falta de Natalia.

Desde muy temprano, y mientras que la jóven, fatigada por el paseo de la víspera dormia profundamente, Albertina se habia levantado y comenzado su carta, orgullosa y feliz como lo estaba la pobre madre, por tanto tiempo atormentada y envilecida de poder decir á Dubreuil:

«Me habeis injustamente acusado; yo era inocente, y hé ahí la prueba: si he consentido en pasar hasta hoy por culpable á vuestros ojos, era para evitaros una humillacion: tengo necesidad de vuestro arrepentimiento, como la teneis vos de mi perdon; no os pido por premio de todos mis sufrimientos, mas que os encontreis dispuesto á la indulgencia en favor de una culpable, que á ambos nos es querida.”

Sí, Albertina era feliz, muy feliz con poder escribir de aquella manera á su acusador; el porvenir hasta entónces amenazante para ella, parecia haberse al fin despejado.

Repentinamente la campanilla de la puerta de la entrada resonó con violencia. Albertina corrió á abrir; y habiendo en seguida reconocido al que se anunciaba con aquel ruido de amo, retrocedió espantada.

Era Dubreuil, pálido, con los ojos estraviados, los vestidos desordenados. Cerró tras sí la puerta, y blandiendo su enorme garrote, esclamó:

—No es por vos por quien pregunto, señora, es por mi hija; quiero verla, conducidme á donde ella está.

—Dios mio!—contestó Albertina—qué teneis, señor? de dónde venís, ¡y qué quereis hacer.

—Quiero, quiero matarla!—dijo el padre, arrojando espuma de rabia.

—Mas bajo, os lo ruego! háblad mas bajo—respondió la pobre madre, que adivinó al instante el motivo del viage de su marido y la causa de su furor.

—Y por qué ha de ser mas bajo? temeis el ruido ahora, vosotras á quienes el temor del escándalo no ha contenido, en la pendiente del crímen?

—Por piedad, hablad mas bajo, Natalia duerme; tiene necesidad de descanso.

—Duerme!—esclamó Dubreuil—pues bien, que despierte, porque la necesito al instante.

Y recorria con la vista la habitacion de Albertina, y queria lanzarse hácia la puerta, no haciendo caso de los esfuerzos que su muger hacia por detenerlo, y á riesgo de lastimarla, iba á separar el obstáculo que se oponia á su paso, cuando la señora Dubreuil, rechazándolo con violencia, le dijo con voz firme:

—Perdeis el juicio, señor, al querer turbar el sueño de esa niña; si es una esplicacion la que necesitais, si es una víctima la que quereis, pedídme-

la; estoy pronta á contestaros, y me resigno á sufrirlo todo.

—Me habeis engañado infamemente—murmuró Dubreuil con el garrote levantado, y echando espuma por la boca—en cuanto á vos, no es estraño, ni me admira.... Pero ella! ella! Oh! es preciso que yo me vengue! es preciso hacerme justicia; es necesario que muera!

Y como al hablar de aquella suerte, el padre de Natalia seguia con la vista todos los movimientos de su muger, á fin de saber hácia qué parte de aquel cuarto se dirigian con mas espanto los ojos de la madre, sorprendió una mirada reveladora que esperaba para dirigir con mas seguridad sus pasos.

—Allí está—dijo él arrojándo un grito de salvage alegría, y se dirigió en derechura á una escalerilla que conducia á la habitacion de Natalia. Por rápido que fué aquel movimiento, Albertina se encontró, sin embargo, en la primera grada de la escalera antes que su marido, y como siempre, formó un obstáculo entre el padre furioso y la hija culpable.

—A mí es necesario matar—dijo, estendiendo las manos para detenerlo.

—Pues bien, ambas moriréis—vociferó él—vos por vuestra infame complacencia, y ella, por su niño.

Y de nuevo levantó el garrote.

—El niño?—repitió la madre, cuya cabeza se

trastornaba; la madre, que no sabia como oponerse al asesinato de su hija, y que no tenia tiempo ni aun para decir á Dios: Inspiradme!

—Sí, ese niño miserable, cuya vida tambien necesito.

—Natalia no es culpable—contestó la señora Dubreuil—y es espantoso querer vengarse de ella; en nada os ha ofendido.

—Y el niño? el niño?—preguntó el furioso.

Iba á caer el arma terrible, y Albertina se colocó valerosamente bajo el golpe que la amenazaba; y no recurriendo mas que á su heroismo maternal, respondió:

—Pues bien, ese niño es mio, caballero!

Palabras admirables, porque hacian en lo de adelante imposible cualquiera justificacion que intentase la acusada esposa; pero qué importa? puesto que salvaban á Natalia. Noble inspiracion de un corazon generoso, sublime mentira, que con cualquiera otro que Dubreuil, hubiera sido perdida sin duda; puesto que cualquiera otro hubiera ecsigido una esplicacion; pero el marido desconfiado y brutal, acostumbrado á despreciar á su muger, debia aceptar y aceptó, como una verdad claramente demostrada, la confesion de un crímen que justificaba plenamente la horrible opinion que tenia de su muger.

El garrote cayó de sus manos. En su alegría de encontrar á Natalia inocente, ni aun tuvo el pensamiento de despreciar á Albertina.

—Oh! nada temais—le dijo—os dejaré vivir, señora; os desprecio demasiado para mataros.

Un instante despues añadió:

—Id á buscar á mi hija; decidle que quiero llevármela de aquí al instante: id, y como me será muy desagradable el conversar de vos con ella, decidle tambien que ecsijo que no hable jamas ni de su madre ni de ese niño; idos, pues.

Mucho trabajo costó á la señora Dubreuil el conservar la fuerza necesaria para subir hasta el cuarto de Natalia; sus piernas flaqueaban, y sentia que à cada paso iba à faltarle el corazon. En medio de tantos dolores, uno era mas punzante que los demas: el temor de que su culpable hija no hubiese escuchado la escena que acababa de pasar entre ella y su marido. Fué, pues, para la sublime madre un inmenso consuelo, el de encontrar à su hija profundamente dormida.

La contempló algunos instantes, como para pagarse de todo lo que habia sufrido, de todo lo que le quedaba aún que sufrir, y léjos de arrepentirse de una confesion que la deshonraba sin remedio, sintió en el fondo de su corazon una alegría tan dulce y tan completa à la vez, que llegó à decir:

—He hecho mas de lo que debia; mas no seria yo una verdadera madre, si no hiciese mas de lo que debo por mi hija.

Dubreuil esperaba, sin embargo: Albertina com-

prendió que era preciso evitar el peligro de su repentina llegada à la habitacion de Natalia.

—Levàntate, hija mia—le dijo con dulzura—tu padre viene à buscarte; va à llevarte consigo.

—Mi padre?—repitió la jóven, como si luchase todavía con un sueño penoso.

—Sí, està allà abajo esperàndote; vamos, no tiembles así; te ama, y no sabe nada.

—Y mi hijo? Dios mio, qué sucederà à mi hijo?

—Yo me quedo para velar sobre él, para protegerlo, para que sepas que està una buena madre à su lado.

Albertina con las mas dulces y consoladoras palabras, con el ejemplo de la resignacion llegó à tranquilizar à su hija, y à hacer que pasasen à su corazon algunas chispas de aquel valor que la encontraba pronta à todos los combates, así como à todos los dolores; tuvo aún fuerzas para apresurar la partida de una hija tan querida, y que ya no debia volver à ver.

—Te suplico por Dios—dijo à Natalia—que no hables jamas al señor Dubreuil de mí ni de tu hijo.

—Es acaso posible?—preguntó la jóven sollozando.

—Es preciso.

—Y cuàndo nos volverémos à ver?

—Cuando Dios quiera—dijo Albertina.

Y le mostró desde la ventana à Dubreuil, que se paseaba con impaciencia en el jardin.

Algunos segundos despues, la hija se hallaba en los brazos de su padre, que la condujo inmediatamente fuera de aquella casa.

IX.

AISLAMIENTO.

El viage de Passy à Ruan, emprendido aquel mismo dia, fué triste y silencioso por una y otra parte; el padre y la hija, sumergidos en una penosa preocupacion, parecian igualmente embarazados al encontrarse solos: se hubiera creido que el recuerdo de lo que habia pasado en la mañana en la casita de la calle de las Viñas, habia colocado entre ellos una barrera que ambos temian traspasar.

Natalia estaba dolorosamente afectada por una separacion cuyo motivo no podia comprender, cuya duracion no se atrevia à calcular, y su imaginacion se perdia en conjeturas, en suposiciones, desechadas tan pronto como eran entrevistas, sin que llegase à comprender el objeto de la promesa que Albertina habia ecsigido de su obediencia.

Esperaba, pues, con ansiedad la primera palabra de su padre, palabra que tal vez la pondria en el camino de la verdad, ó al menos que le manifestaria sin duda lo que tenia que temer ó que esperar.

Mas aquella palabra tan deseada no llegaba.

Dubreuil por su parte ardia en deseos de interrogar à Natalia; mas como conocia que pedir à una hija pormenores sobre la falta de su madre, era una cosa vergonzosa à la vez que poco conveniente, contenia con un violento esfuerzo las preguntas sin cesar prontas à escapàrsele, y aquel esfuerzo continuo se descubria por movimientos repentinos y por una febril impaciencia; cruzaba los brazos, los estendia, apretaba los puños, golpeaba con los dedos los vidrios del carruage, pateaba y se agitaba como el caballo ardiente, à quien detiene el ginete por fuerza con la rienda: daba en fin todas las señales esteriores de una lucha interna, empeñada entre dos sentimientos. Obligado à ceder à su inecsorable tormento, y medio vencido por el deseo que lo aguijoneaba, miraba à Natalia; iba à hablarle; mas recobrando su voluntad su imperio, se mordia los labios hasta hacerse sangre, y lograba callarse, ó al menos librarse por otra pregunta que dirigia por lo bajo, de la que bullia en su interior, y que con mil trabajos contenia.

En uno de aquellos accesos que lo amenazaban imperiosamente, y al mismo tiempo por satisfacer

un movimiento de curiosidad que felizmente llegó en su ausilio, preguntó repentinamente á su hija:

—Qué dia estuvo Liénard en Passy?

—No ha estado—respondió ella asombrada.

—Cómo, no lo habeis visto?

—No, no lo hemos visto.

—En todo este tiempo?

—En todo.

—Es singular—pensó Dubreuil, y habiendo tomado otro curso sus ideas, guardó silencio de nuevo y con mas facilidad. No usaba de la palabra de cuando en cuando mas que para decir à Natalia:

—Estás bien? Tienes frio? Quieres que levante la cortinilla? Quieres que la baje?

Así continuó y concluyó el viage.

Dubreuil habia pensado obligar à Liénard à una confesion completa tocante á su estraña conducta, y relativamente á las noticias mas estrañas aún, que le habia dado con tanto aplomo, despues de su ausencia de ocho dias. Pero el negociante no tuvo necesidad de recurrir á la fuerza, ni aun de provocar una severa esplicacion, porque á su llegada á Ruan encontró en su casa una cartita en cuyo sobrescrito reconoció la letra de su amigo Liénard.

—«Hace un mes—escribia èste—que yo no habia mentido à nadie. Tu partida precipitada para Paris, me prueba bastante que he hecho mal en co-

menzar por tí, porque no tardarás en saber que te he engañado. No ví á las señoras. Un impedimento involuntario, un obstáculo insignificante en sí mismo; pero en fin, un verdadero obstáculo, me ha privado del placer de presentarme en la casa, y si te dí noticias de su salud, fué porque me pareció en el primer momento, que despues de sesenta leguas de ida y vuelta, despues de sesenta leguas, repito, recorridas espresamente para saber cómo estaban, hubiera sido por mi parte una imbecilidad, el volver sin tener nada que decirte. He mentido por temor de parecer ridículo á tus ojos; confieso que he mentido; pecado confesado, queda medio perdonado, y por lo mismo espero, que me perdonarás completamente: así, pues, firmo como lo hacia antiguamente, tu viejo amigo:

«LIÉNARD.»

Esta sincera confesion desarmó á Dubreuil, que no pensó ya en ella. Con el tiempo disminuyó tambien en él el deseo de interrogar à su hija; deseo que lo habia tan violentamente atormentado al principio: desapareció en fin completamente, despues de algunos combates mas raros, y la victoria fué mas fácil, gracias sobre todo á aquella respuesta que él mismo se dió á todas sus preguntas: no habia ya bastante? La que podia ser todavía objeto de su cólera, no habia jurado no volverla á ver jamas? No habia resuelto olvidarla? Y se impuso aquel

olvido con tal voluntad, que Albertina concluyó por ser para él una persona que no ecsistia, y aun como si nunca hubiese ecsistido. Por otra parte, de su antigua indiferencia, al olvido que queria conquistar, no habia mucha distancia: cuando el corazon pierde la memoria, la imaginacion hace otro tanto.

En cuanto á Natalia, no habia olvidado á su madre; y aun cuando su corazon hubiese sido capaz de tan monstruosa ingratitud, todo en aquella casa le recordaba la compañera de su infancia, y su protectora en la desgracia. Todo en efecto conservaba á los ojos de la jóven reconocida, el recuerdo vivo é indeleble de la escelente madre: el lugar donde Albertina se sentaba en la mesa, el que habia escogido en el salon, la calle del jardin que mas agradaba á Albertina, y aquella piececita sobre todo donde ella habia comenzado con tanto valor aquella tarea maternal, que desde léjos continuaba con una abnegacion tan perseverante. Por todas partes Natalia veia á su madre, y sin embargó, fiel á su juramento, no pronunció jamas el nombre de su madre, aquel nombre escrito en cuanto la rodeaba, y en su corazon con caractéres indelebles. Mas si se abstenia de hablar, no era, apresurémonos á decirlo, solamente por obediencia á la fé jurada; su promesa no hubiera ciertamente encadenado la voz de su alma, sino porque temia la irritabilidad de su padre, que se habia hecho escesiva; era porque ha-

bia visto un dia á su padre, arrancarle de las manos, y hacerlo pedazos con los piés, con furiosa cólera, un neceser de que Albertina se servia en otro tiempo, y en el que, en medio de graciosos arabescos, se leian embutidos con nácar y perlas, estos dos nombres: *Albertina, Dubreuil.* Habia visto á su padre, que despues de haber pisoteado aquella reliquia santa y reverenciada, arrojar los pedazos al fuego, y salir gritando con una voz furiosa:

—Nada de ella! Nada quiero aquí suyo!

En fin, si Natalia se callaba, era tambien por un admirable sentimiento de pudor, por una divina inspiracion de respeto filial: no siendo bastante pura para defender una causa sagrada, no queria esponerse á oir infamar en su presencia el nombre de su madre.

Acabamos de esplicar el silencio de Natalia, hija de Albertina: espliquemos ahora el silencio de Natalia, madre de aquel niño, de quien se habia visto obligada á separarse, y á quien estaba tal vez condenada á no volver à ver jamas. Tambien la jóven madre estaba ligada con una promesa, mas no era solamente esta la que la detenia, sino que ignoraba si su padre estaba ó no instruido de su falta: si no sabia nada, ¿no debia ella temer que la menor palabra imprudente, que seria una revelacion, comprometiese el porvenir y la ecsistencia de su hijo, así como la de su madre, confidente y protectora de su secreto? La generosa Natalia tenia

que colocarse la última en aquellos temores que la atormentaban, la salud de dos personas queridas, por las que temblaba al principio, y que serian como ella, víctimas de la fogosidad de su padre; la salud de su madre y de su hijo, no requerian como una ley suprema, el silencio mas absoluto?

Si por el contrario Dubreuil lo sabia todo, tal vez, como medio de reparar su falta y de merecer su perdon, era por lo que se le imponia la obligacion del silencio. Natalia daba vueltas en el círculo de aquella doble hipótesis, sin poder escoger; mas así en una como en otra suposicion, era preciso callar y callaba. Lo que la hizo inclinar sin embargo hácia la idea de que su falta era conocida, fué que Dubreuil, algun tiempo despues de su vuelta, hizo demoler el pabelloncito del terrado. Pensó entónces que su padre, por un sentimiento de delicadeza, por el que hubiera querido poder darle gracias, destruia un funesto recuerdo; mas, si la boca y los ojos de Natalia permanecieron mudos á aquel consolador pensamiento de la generosidad de Dubreuil, no sucedió lo mismo con su corazon: bendijo el amor indulgente del padre, que la comprendia tan bien, y que queria que tuviese en lo de adelante que sufrir una vergüenza menos, porque sintió un grande y verdadero alivio, casi mucha alegría, cuando vió desaparecer aquel pabellon, testigo de su falta. Bien que no pudiese desechar un tierno recuerdo del padre de su hijo, siempre con

una vergüenza mezclada de terror, sus ojos se dirigian á la antigua habitacion del que la habia hecho culpable y desgraciada; si la memoria del crímen no estaba menos viva en su conciencia, si el peso de la desgracia y del arrepentimiento permanecia igualmente en su alma jóven y afligida, al menos su vista no debia ser ofuscada, por el recuerdo material que allí se le presentaba, como una amenaza incesante, como un implacable remordimiento. Sufria tanto la tímida niña, la desconsolada madre, que destruida una de las causas del sufrimiento, por ligero que fuese aquel alivio, era demasiado para ella.

Natalia se engañaba; Dubreuil habia hecho demoler el pabellon porque habia sido habitado por Luciano, à quien detestaba por haber inspirado à la jóven un amor sin esperanza, y al mismo tiempo porque era un cambio en aquella casa, que hubiera querido poder destruir hasta los cimientos, y de la que deseaba por lo menos cambiar, tanto como fuese posible, su aspecto y disposicion, á fin de que no quedase señal de la esposa infiel y culpable. El mismo dia, aunque sin conocimiento de Natalia, hizo condenar la puerta del cuarto ocupado antes por Albertina. Ya meditaba otros trastornos, y si no los realizó al instante, fué porque temió causar un pesar demasiado vivo á su hija; cuya salud le daba muchas inquietúdes.

Debe comprenderse que con semejantes pensa-

mientos y tales dolores, sin esperanza de endulzar su amargura, era triste, pesada y monótona la ecsistencia de los habitantes de la casa de la plaza de San Nicolás. Dubreuil ciertamente, no tenia la mas ligera duda sobre la virtud é inocencia de su hija; pero el último golpe que habia recibido, lo habia hecho receloso y desconfiado; todo le parecia red, seduccion y peligro. El tiempo que no consagraba á los negocios de su comercio, espiaba á su rededor y al de Natalia, y por todas partes creia ver enemigos. Temer, sospechar, odiar, tal era su vida.

Estaba léjos el tiempo, en que orgullosa de su hija, se aprovechaba con ansia de todas las ocasiones que se le presentaban de hacerla brillar; el tiempo en que se paseaba con ella, feliz con la belleza de su hija, como un amante con los encantos de su querida; el tiempo en que la conducia á los bailes, para oir decir que era la reina de la fiesta; el tiempo en fin, en que cifraba su orgullo, con lucirla à la vista del mundo. Bailes, fiestas y aun paseos, de nada queria oir hablar; habia cerrado sus puertas al mundo; algunas veces solamente, y esas muy raras, un número pequeño de amigos, que habia alejado su desconfianza, eran admitidos en su intimidad.

Así pasaban para Natalia, aquellos dias largos y melancólicos. Viviendo en la soledad, sin consuelo, casi sin esperanzas, su único recurso para esea-

par de aquel fastidio creciente, de aquel tormento moral incesante, era escribir ocultamente á su madre; pero la esperanza y la adquisicion de noticias le estaba prohibido, porque ni sabia donde habia de enviar sus cartas á Albertina, dónde y cómo le habia de haber dirigido sus respuestas? Ademas, no podia quejarse, ni llorar; no tenia una persona á quien confiar los pesares que la minaban sordamente, y cuando el aumento de su dolor hacia que su corazon tratase de desahogarse y lloraba, le era preciso ocultar aquellas lágrimas mas amargas, que derramándose entónces en su interior, hacian el efecto de un veneno ardiente y corrosivo. En fin, si se quiere representar bajo su verdadero punto de vista, es decir, en toda su terrible realidad, las angustias concentradas y la penosa posicion de Natalia, figúrese una esposa jóven, y una madre jóven igualmente, queremos decir, una muger que tiene su primer hijo; esta puede confesarlo, y está orgullosa y feliz; puede hablar de él á su marido, à su padre, á su madre y à sus amigos, felices y orgullosa como ella; puede en fin, hablar de él à todo el mundo, y mostrarlo con alegría, con orgullo; y sin embargo, cien veces por dia siente inquietudes por aquel hijo de su amor, tiembla á la menos ausencia que se prolonga, se alarma al mas ligero grito, se estremece á la menor apariencia de dolor: Dios le ha dado aquel niño; solo Dios puede quitárselo.

Esta es la madre jóven rodeada de felicidad, de adoracion y de respeto. Veamos ahora à la hija de Dubreuil:

Aunque distante de su hijo, que fué el fruto de un crímen, ella lo ama tambien; pero no tiene persona alguna à quien poder decir: «Si supiéseis cuàn hermoso es mi hijo." Léjos de esto se ruborizaria de vergüenza si alguno llegase à hablarle de aquel niño; tiembla tambien por él; tiembla porque no lo tiene á la vista; sus inquietudes son espantosas, y le es forzoso devorarlas y ocultarlas como un misterio de reprobacion, sufrirlas como un castigo merecido; le es preciso conservar sus temores para sí sola, y sufrir sola tambien, porque ninguno participa de ellos, ninguno los endulza; no debe pronunciar el nombre de su hijo, mas que por lo bajo, en lo mas escondido de su corazon y delante de Dios; porque la única persona à quien podria hablar de aquel pobre inocente, no se halla allí para escucharla; à la sola à quien le sea permitido hablar de él, desde léjos, à esa, decimos, no puede escribirle.

Entre los poco numerosos amigos que Dubreuil consentia en recibir en su casa, el lector debe esperar el hallar á nuestro antiguo conocido el buen Liénard. Habia en efecto, conservado la entrada en la casa del negociante; no podia hacerle sombra; así, pues, Dubreuil le concedia una entera confianza, y no le impedia el conversar con Natalia.

Una tarde que ésta se paseaba pensativa, en

aquella calle del jardin, que en otro tiempo habia con tanta frecuencia recorrido, el hombrecito se dirigió á ella, se acercó con paso discreto, tomó su brazo con aire misterioso, y le dijo en voz baja, despues de haber visto por todas partes, como si temiese el ser sorprendido:

—Tengo una carta......

—De mi madre?—esclamó Natalia, sin poder contener su impaciencia.

—Mas bajo, mas bajo! Si Dubreuil oyese esa palabra...... no es muy pacífico cuando se incomoda, y...... Sí, pobre ángel, de tu madre, una carta encerrada en otra dirigida á mí, y que no contenia mas que estas palabras: «Me atrevo á confiar en la discrecion de nuestro antiguo amigo Liénard, que entregará esta carta á mi hija, sin conocimiento de su padre.»

— Dàdmela, dádmela pronto—dijo la jóven con tono de súplica.

—Aquí està. Ahora, mi querida niña, si quieres, me encargaré de poner la respuesta en el correo, aunque todo lo que tiene alguna relacion con Passy, no sea muy bueno para mí—añadió el honrado Liénard, suspirando al recuerdo de su mala aventura—pero basta; es preciso sacrificarse por sus amigos...... Así, pues.... silencio....

Natalia no tuvo tiempo mas que para ocultar la carta en su seno, y no pudo manifestar su reconocimiento sino por un apreton de manos, que fué

muy significativo, porque la cara redonda y alegre del hombrecito, se puso pálida de ternura. A ese tiempo llegó Dubreuil y se mezcló en la conversacion. Continuó el paseo, y Natalia se vió obligada à tomar parte en él; despues entraron al salon y Natalia siguió á su padre, condenándose por pendencia á un horrible suplicio. Tenia bajo los pliegues de su vestido una carta de su madre, una carta por tanto tiempo esperada, la tocaba su mano y su corazon palpitaba, con la certidumbre de que tenia noticias de su hijo; mas ignoraba si eran buenas ó malas. Felizmente Liénard sabia la impaciencia de la jóven, y acudió en su ausilio; se apresuró, pues, por un sentimiento de delicadeza, cuya generosidad solo Natalia comprendió, se apresuró, decimos, á ganar una tras otra dos partidas de ajedrez á Dubreuil, con el fin de que éste se encolerizase y pusiese á Liénard á la puerta, lo que en efecto sucedió. Nunca el rentista habia estado mas contento del empleo de su noche.

—Es preciso obligar uno á sus amigos en ciertas ocasiones—decia él, aplaudiéndose del buen chasco pegado á su irascible adversario—y ademas, me divierte dar jaque mate.

Habiendo quedado solo al fin, Natalia se retiró á su cuarto, cerró la puerta, dando dos vueltas á la llave, y abrió la carta de su madre, que leyó con avidez.

«No estoy ya en Passy—escribia Albertina—si-

no en Auteuil, en casa de la nodriza, siempre cerca de nuestro hijo; en esta piececita, la primera en que hemos pasado juntas horas tan buenas, al lado de la cuna de este niño, á quien debo el ser madre por segunda vez, horas tan largas y que tan cortas nos parecian; horas afortunadas tambien, aunque mezcladas de temores, porque estàbamos aquí las dos; quiero decir, los tres.

«Ahora mis dias se pasan lentamente; pero no pesan demasiado, sin embargo: no tengo aquí quien reclame todos mis cuidados, todos mis instantes y toda mi ternura, y no es preciso que me ocupe yo doblemente de él: primero por mí, que le he quedado sola, y por tí que no te encuentras aquí? Además, leo y releo tus cartas, que me consuelan de tu ausencia: tengo valor y no me quejo: puesto que era preciso que tú te separaras de tu hijo, lo que debia suceder tarde ó temprano, es una gran felicidad que yo no me haya visto forzada á abandonarlo; que haya podido continuar viviendo con él; sí, veo esto como una gran felicidad, hija mia, porque si hubiera sucedido de otra manera, si yo te hubiese seguido á Ruan, hubiéramos sufrido mucho, no es verdad, al verlo en manos estrañas? Y quién sabe cuando nos hubiera sido permitido volverlo á ver? Yo por lo menos no lo dejaré nunca. Sin duda nuestra separacion es cruel, pero necesaria; y Dios que da mas amor, es decir, mas fuerza y valor á las madres que á sus otras criaturas, Dios te

dará el valór y la fuerza para soportar tu parte de dolor.

»Te escribo ésta al lado de la cuna de nuestro querido niño; hablàndote sobre todo, es como me agrada contemplarlo. Ahora mismo dormia; acaba de despertar llorando; lo he tomado en mis brazos para ahogar sus gritos, y en seguida he pronunciado tu nombre, y como si me hubiera comprendido, se ha callado y sonreido conmigo; entónces lo he abrazado por las dos. Así es como lo hago con frecuencia; por lo demas, debes figurarte que entre los besos y caricias que le prodigo, la mitad son siempre por su madre Natalia.

«Pobre angelito, velo sobre él; no temas nada. Su salud es escelente, gracias al cielo, y la mia tambien.

«Me parece á su lado, que retroceden mis años, que te vuelvo á ver pequeña, cuando te mecia suavemente contra mi corazon, y gozo por momentos, como del perfume de felicidad de otro tiempo; en esos momentos estoy fuerte y alegre, como lo estaba entónces: me parece que este niño eres tú: mas no lo eres casi en efecto?

«He conocido la necesidad de tranquilizarte, mi múy amada hija; pero la prudencia ecsige que no te escriba sino raras veces; tú misma no me escribes, sino en dilatados intervalos. Es cruel no poder hablarse, cuando se tienen tantas cosas que decir: sin embargo, guárdate bien, hija mia, porque

es preciso mucho tiempo para evitar el que se despierten las sospechas. Nuestro hijo me llama, y todos los besos que le dé hoy, se los daré á tu nombre; mañana me desquitaré y lo haré por mí. Adios, y valor; tal vez vendrán dias mas felices; una madre debe siempre esperar.

«Yo espero, Natalia; espera tú tambien.»

Durante la lectura, Natalia llevó con frecuencia, con una santa veneracion, la carta de Albertina á sus labios, y en seguida la humedeció con sus lágrimas, que al fin corrieron. Pero cuán amargas hubieran sido las lágrimas de la jóven, si hubiese comprendido, como nosotros podemos comprender, la sublime abnegacion que se ocultaba en cada línea, en cada palabra de aquella carta; generosa y sublime ternura en efecto: la pobre madre sabia que se hallaba para siempre separada de su hija, y sin embargo, le hablaba de felicidad y de esperanza; la pobre madre sufria horriblemente, y se esforzaba por sonreir, y parecia casi alegre.

A la mañana siguiente, Liénard colocaba en el correo la respuesta de Natalia. Pero como lo había dicho Albertina, era preciso usar prudentemente de aquel medio de correspondencia, y solo una vez en el mes, Natalia tenia noticias de su hijo, así como Albertina un testimonio del reconocimiento de Natalia.

La hija del negociante, en una de sus cartas, se aventuró á pedir á su madre la esplicacion del mis

terio, que en vano trataba de penetrar, y la señora Dubreuil contestó:

«En el nombre de tu hijo, por nuestra mútua felicidad, ecsijo que cumplas la promesa que me hiciste á nuestra separacion:—Hija mia, te dije, nunca hables á tu padre de mí, ni de tu hijo. Tú te empeñaste en guardar silencio, continúa respetando mi secreto; yo lo quiero, yo te lo suplico.»

Obediente, Natalia, no habló mas sobre el particular.

X.

LOS CINCO CUBIERTOS.

Hemos manifestado la vida retirada del padre y de la hija; nada turbaba su soledad, y nada parecia interrumpir su fastidiosa uniformidad. Sin embargo, á pesar de la firme resolucion tomada por Dubreuil de no salir de su casa, le fué imposible rehusar una invitacion que le hizo un dia Liénard.

—Tú abusas de mi debilidad!—le dijo el hombrecito, bullicioso y con aire maligno.—Qué diablo! se debe uno sacrificar por sus amigos, ya lo sé; pe-

ro es preciso que éstos no lleguen hasta tiranizarnos........

—Dónde quieres venir à parar?—interrumpió el negociante con el tono regañon que era ordinario en él.

—Yo siempre vengo á comer á tu casa—contestó Liénard—se come bien, muy bien, no digo lo contrario; pero quiero desquitarme; por una sola vez no te has de morir, voto al demonio! y no te rehuses, porque yo quiero........

—En ese caso, tanto peor para tí, por......

—Porque irás, ó no creeré que eres mi amigo.....

—Pues bien, sea, iré—contestó Dubreuil, cediendo de mala gana.

—En buena hora. Queda tambien arreglado que te acompañará nuestra querida Natalia...... En casa de un viejo solteron y con su padre, nada hay que decir......

—La llevaré...... Estás contento?

—Todavía no...... Ya tengo tu promesa; pero es preciso que la cumplas pronto......

—Cuando quieras, fijarémos un dia....

—Ya está fijado.... Quiero que vengas pronto.... hoy mismo, al instante—contestó el antiguo amigo, que habia vacilado sobre la última parte de su frase, porque esto era en efecto, lo mas difícil de la victoria que habia jurado obtener.

—Al instante! Estás loco, viniendo à convidarnos à la misma hora de comer?

—Esto es lo mas gracioso de nuestra fiesta..... Vamos pronto, tu sombrero.... soy ecsigente..... Diablo! esto me sucede tan pocas veces, que es preciso perdonármelo: estás dispuesto? sí........ pues bien, partamos!.......

—Partamos—respondió Dubreuil—pero no comprendo este capricho. Ah!—añadió él—espero que estaremos solos.... sin cuyo requisito retiro mi palabra.

—Solos? sí, solos! entre amigos—dijo Liénard. —Vamos, querida Natalia—continuó dirigiéndose á ella—despachémonos, se nos espera.

—Se nos espera?—repitió Dubreuil, dando un paso para colocar sobre un mueble su sombrero que tenia ya en la mano.—Quién nos espera?

—Pardiez! la comida—contestó Liénard.

Y un cuarto de hora despues los tres se pusieron en camino para la casita del barrio Beauvoisine...... Cuando llegaron, el negociante miró á su antiguo amigo; y observando en él una inquieta sonrisa, concibió una vaga inquietud que le hizo fruncir las cejas, y murmurar por lo bajo:

—«He hecho mal en ceder á su invitacion.»

—Llegamos justamente á buen tiempo—esclamó Liénard—pasemos al instante al comedor.

Allí se aumentó el mal humor de Dubreuil: habia colocados en la mesa cinco cubiertos.

—Me has engañado, Liénard—esclamó.

—Cómo?—preguntó el hombrecito, preparándose contra la borrasca que sin duda habia previsto.

—Me parece—dijo el negociante, comenzando á encolerizarse—me parece que tú, yo y mi hija, no somos mas que tres: qué significan entónces esos dos cubiertos de mas? nos dijiste que estariamos solos......

—Solos, sí, lo dije; solos entre amigos, lo repito...... Pues bien, esos dos cubiertos no están de mas. Qué tendrias que responder, si esos dos amigos fuesen dos antiguos conocidos que espero?.... eh!....

Y acompañó tan victoriosa contestacion con cierta sonrisa que Natalia observó, sin saber cómo debia interpretarla.

—Amigos conocidos! Eh! qué me importa?—contestó Dubreuil mas y mas descontento—esta es una verdadera red, una asechanza.

—Sí—añadió el buen rentista, que seguia sonriéndose—una asechanza con un pavo trufado y vino de Champagne; te aconsejo que te quejes.

—Qué importa!—prosiguió el negociante, á quien aquella especie de misterio no dejaba de interesar demasiado, al mismo tiempo que se irritaba con la mala fé de su antiguo amigo—me vas á decir con quién hemos de comer, ó me voy......

—Oh! tú no me harás semejante afrenta; es imposible!

—Pero á quién esperas? No quiero ver á persona alguna, ya lo sabes, y la sorpresa si es esto lo que me preparas, está léjos de agradarme; te lo advierto.

Hablando de esta manera, Dubreuil recorrió la sala á grandes pasos, pateando con impaciencia. Natalia escuchaba, admirada, y á pesar suyo agitada por una curiosidad de que no podia darse cuenta.

—Y bien, sí, es una sorpresa—dijo al fin Liénard—una sorpresa cuyo placer he querido gozar... Una comida de reconciliacion.

—Reconciliacion! no conozco á nadie con quien reconciliarme......

—Pardiez! sí.

—Te digo que no.

—Y yo que sí.

—Ah! esto es insoportable.

—Y cuando sepas que tenemos por convidado....

—A quién?—preguntaron á la vez el padre y la hija.

Un criado abrió la puerta, y desapareció despues de haber anunciado:

—El señor Luciano de Roncy!

—El!—esclamó Dubreuil con voz espantosa—qué viene á hacer aquí? Liénard, eres un desgraciado...

Al nombre de Luciano, que llegó hasta su corazon, cual el golpe de un martillo, Natalia arrojó un grito, y cayó desvanecida y casi sin movimiento en una silla.

—No quiero verlo! no quiero verlo!—repetia Dubreuil con furor—que no venga, que no entre.

—Me escucharéis, sin embargo, señor—respondió Luciano presentándose á la puerta.

—Ah! si no estuviese en casa de un estraño!

Y un gesto amenazante concluyó el pensamiento del negociante.

—Yo un estraño!—dijo Liénard—yo soy tu amigo, y lo pruebo. Ademas, puedes obrar con entera libertad; grita, amenaza, encolerízate; así lo esperábamos. Felizmente no hay aquí ni espada ni pistola. En cuanto á tí, mi querida niña—continuó corriendo hácia Natalia—es un golpe terrible, y habia previsto tu emocion; pero tranquilízate, todo irá bien. .. he puesto á mano sales y agua de colonia; así......

—Ven, hija mia, vén, salgamos!—dijo repentinamente Dubreuil, cogiendo la mano de Natalia, que apénas podia sostenerse.

—No saldréis antes de haberme escuchado—contestó Luciano.

Y se colocó delante de la puerta.

—Yo te impediré el que salgas—dijo Liénard, imitando el movimiento de Luciano.

Dubreuil, pálido de cólera, soltó la mano de su hija, que se vió obligada á apoyarse contra un mueble para no caer; despues, volviendo la espalda á Luciano, dirigió sus miradas al rededor con una espresion siniestra, como si buscase una arma con cu-

yo ausilio pudiese abrirse paso. Hubo un momento de espantoso silencio. Dubreuil se habia acercado á la mesa, y maquinalmente habia tomado un cuchillo: Natalia y Liénard no pudieron ocultar un estremecimiento.

—Dubreuil!—esclamó el último, dirigiéndose á él, esponiéndose así con un afecto tanto mas admirable, cuanto que el valor no era una de las cualidades que poseia nuestro hombrecito.

Mas sea que la voz de su antiguo amigo lo hubiese vuelto en sí mismo, ó porque retrocediese ante las consecuencias de su precipitacion, el negociante se sentó tranquilo en apariencia: solo que, como era preciso que su rabia descargarse sobre alguna cosa, comenzó á cortar y destrozar la orilla de la mesa á grandes cuchilladas y con aquella arma, que tanto espanto habia causado á dos de los retores de aquella escena; en cuanto á Luciano, miraba á Natalia y parecia adquirir á su vista la fuerza de desafiar la tempestad que se preparaba.

—Ya estás un poco mejor, es verdad?......—preguntó Liénard con voz temblorosa.

—Puesto que soy aquí vuestro prisionero—dijo con voz ahogada y una sonrisa llena de amargura —puesto que estoy condenado á veros y escucharos, vamos, hablad; qué puede tener que decirme el señor de Roncy?

—Lo que quiero deciros—respondió Luciano con dignidad y adelantándose—es que, si me estravió

una pasion invencible, no he olvidado mis deberes; y que si fuí culpable, al menos soy un hombre honrado.......

—Oh! señor....—esclamó Natalia con acento suplicante, y ocultando su cabeza entre las manos.

—Tranquilizaos—contestó el jóven criollo—puedo decirlo todo ahora; soy viudo.

—Viudo! — esclamó Dubreuil, cesando por un instante de destrozar la mesa que habia hecho su víctima.

—Viudo!—esclamó Natalia, levantando la cabeza, é interrogando á Luciano con una mirada, como si dudase todavía.

—Sí, pardiez; viudo y muy viudo—repitió Liénard frotándose las manos con aire de indecible satisfaccion.

—Y yo vengo—prosiguió Luciano—lleno de arrepentimiento y de amor á reclamar......

—Dios mio!—dijo Natalia con un gemido lastimoso.

—A reclamar qué?—preguntó el padre enderezándose con altanería—qué reclamais, señor?

—Mi muger y mi hijo—respondió el jóven sin vacilar.

—Vuestro hijo!

—Sin duda, tu nietecito—añadió Liénard, que parecia haberse encargado de la parte de las conclusiones esplicativas.

Dubreuil no respondió; se sentó en la silla y per-

maneció un instante pensativo. En seguida, fuese por la cólera ó por un remordimiento mas bien, balbuceó estas palabras:

—Cómo! ese niño es vuestro! y su madre dónde está?

—Su madre es mi muger!.... Puedo nombrarla así, porque ahora no podeis rehusarme la mano de Natalia.....

—Natalia!

—Padre mio!—esclamó ésta arrodillándose á los piés de Dubreuil.

—Ah! hija desgraciada!.... eres tú.... tú......

Y levantó su mano armada con el cuchillo; mas antes que Luciano y Liénard se hubiesen arrojado para prevenir un crímen, el cuchillo habia caido de la mano de Dubreuil que se habia abierto por sí misma, con la vista estraviada, presa de un punzante recuerdo, añadió:

—Eres tú...... eres tú...... que me dijo la otra?

Asombrado por un instante, Natalia trataba de esplicarse la estraña sorpresa de su padre, y sus últimas palabras no menos singulares: sus ideas se perdian, y no tenian al menos órden: en fin, apareció la verdad en su imaginacion:

—Oh! madre mia!—esclamó—mi buena madre, hé aquí á donde os ha conducido vuestro amor por mí. Habeis aceptado la vergüenza para salvarme del justo castigo que mi padre me reservaba!....

Ah! solo Dios puede recompensar semejante sacrificio.

—Muger admirable!—murmuró Liénard, oprimiendo la mano del criollo, tan conmovido como él.

—Mas para qué fué esa mentira?—preguntaba Dubreuil, aturdido y casi demente.

—No comprendeis que era para salvarme?—contestó la hija de Albertina, valerosa entónces que se trataba de defender y de vengar á su madre.....—no comprendeis que creia que me mataríais sabiendo mi falta, y que quiso mejor la muerte ó el desprecio por sí misma, que vuestra cólera para mí? Ah! no es solo hoy indulgente esposa, sino madre sublime! Hace mucho tiempo que habia creido adivinarlo.... Y cuando me habló de vuestras injustas sospechas......

—Te ha dicho?......

—Todo, padre mio. Oh! no era justo?—continuó Natalia con mayor energía—no era justo, puesto que no tenia otra persona mas que yo, su hija, para consolarla? Sì, todo me lo dijo: vuestro odio, vuestras ultrajantes acusaciones; y por qué? Dios mio! A causa de una letra de cambio que era preciso rescatar......

—Cuál? qué letra de cambio?—dijo Dubreuil, pálido al oir aquella palabra, abatido, con la vista fija, y presto à derramar dos làgrimas que brillaban en sus pestañas—una letra de cambio!—repitió esforzàndose por sonreir.....—si he hecho mucha,

en mi vida.... pero Dubreuil el negociante las ha pagado todas, à Dios gracias; así, pues, no comprendo, no puedo comprender.......

Y con la vista trataba de interrogar á su hija; mientras que Liénard y el criollo se dirigian al descuido una mirada afligida, como para preguntarse: Qué quiere decir esto?

—No sé justamente, padre mio—contestó Natalia espantada, y arrepintiéndose tal vez de haber ido demasiado léjos—mi madre me ha hablado solamente de un señor Eduardo Monville, y de una letra firmada por vos......

—Eduardo Monville!—esclamó el desgraciado Dubreuil con un acento de desesperacion, que hizo correr un frio glacial en los corazones de los que lo escuchaban—ecsiste todavía esa letra de cambio, ecsiste todavía?

Y levantándose como un loco furioso, añadió:

—Yo la quiero! yo la quiero! un millon, toda mi fortuna, toda mi sangre para el que me la traiga.

En aquel momento la puerta del gabinete contiguo al comedor, se abrió con estrépito.

—Tranquilízate, Cárlos, aquí está.

—Mi madre!

Albertina tenia en la mano el fatal billete y la letra de Eduardo Monville, que contenia su justificion. A tan inesperada aparicion, Natalia, despues

de haber arrojado un grito de alegría que no pudo contener, se habia precipitado en los brazos de su madre; Dubreuil despues de un grito de sorpresa y de remordimiento, sintió flaquear sus rodillas; estaba absorto, asombrado. Liénard se enjugaba los ojos, repitiendo: Admirable muger! muger sublime! y Luciano, casi seguro de su perdon y de su felicidad, contemplaba con embriaguez á la madre y á la hija, abrazadas y llorando en silencio.

Albertina, generosa hasta el fin, conoció que quella escena no debia prolongarse, porque habia allí una persona que sufria; y no queriendo que la dignidad del padre quedase comprometida delante de la hija, y que la del hombre lo quedase delante de sus amigos, se acercó á Dubreuil, le tomó con dulce gravedad:

—He venido—le dijo—á pedirte un perdon que me debes, amigo mio.

Y al mismo tiempo le mostraba á Luciano y Natalia.

—Sí, me lo debes, y no me lo rehusarás, porque la indulgencia maternal que tiene tambien algunos derechos, los ha perdonado ya, y estoy segura de que tu indulgencia seguirá á la mia: un marido y una muger deben tener el mismo pensamiento, cuando éste se refiere á la felicidad de su hija.

Dubreuil, que habia recorrido con la vista tanto la carta como la letra de Eduardo Monville, los guardó en su bolsa; y si no corrió á abrazar à su

muger, detenido por cierta vergüenza, por lo menos le respondió con un trasporte de alegría, bajo el cual trató de cubrir el ímpetu de su arrepentimiento, que solo Albertina comprendió:

—Teneis razon, es preciso perdonarlos; bastante han sufrido.

Y viendo despues á Natalia, añadió con un acento de verdadera conviccion:

—*Un padre ama mucho; lo sé por mí mismo: pero veo que una madre ama mucho mas.*

—A la mesa!—esclamó Liénard—A la mesa! Es preciso sacrificarse por sus amigos: es cierto; pero esto no debe impedir el comer bien......

—Y ahora—continuó dirigiéndose á Dubreuil cuando todos se hallaban sentados—no tenia yo razon en decirte que no estaban de mas los cinco cubiertos?

Qué otra cosa podemos añadir, sino que todos son felices?

FIN.

FOURTEEN DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED

This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

